

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 28
Enero-Marzo 2013

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

"El Tercer Reich": Desencaje del género diario de vida y conformación de un sujeto escritural sin horizonte de sentido, por Felipe Zúñiga Amaro

James Joyce o las epifanías en la cotidianeidad, por Jonatan Frías

"Las mil y una noches", ese fantasma literario, por Jesús Greus

• Relato

K&P's Prague Tattoo con dos fotografías perdidas, por Álvaro Martí

Un hombre con luces, por Carlos Montuenga

Fiebre de salsa en Estocolmo, por Víctor Montoya

Vigilar la casa, por Lucía Lorenzo

Mi memoria histórica, por José López Rueda

Un triste personaje novelesco, por Roberto Gutiérrez Alcalá

La mudanza de Eliza Doolittle, por Luis Miguel Rubio Domingo

El niño de la fotografía, por Jimena Tierra

Indicios pánicos, por Jonathan Alexander España Eraso

Cuatrocientas, por Rolando Revagliatti

Aniceto Mendoza, por Cristina Davó Rubí

Ingenua tentativa de fuga, por Chema Torrent Santamaría

Antes de salir de la sesión, por Ramón Araiza

Billete, por Luis Topogenario

La casa Heisenberg, por Álvaro Valderas

La magia de las flores, por Paloma Hidalgo

Cuando las cremas no sirven para nada, por Diego Álamo Felices

Sospecha, por Alfonso María Dapena Cores

La niebla roja, por Ramón Zarragoitia

Lo que sé de Víctor Lince, por Manuel del Pino

Clarita, querida mía, por Salvador Alario Bataller

El proceso de reinserción, por Amparo Pérez Arróspide

Microrrelatos, por María Morgade

• Narradores Arnoldo Rosas

• Aniversarios

"Tiempo de silencio", cincuenta años, por Pedro M. Domene

• Miradas

Sir Walter Scott y el nacionalismo escocés, por Enrique García Díaz

• Reseñas

"El chico de la estrella" de José Lupiáñez, por José López Rueda

"La bala que cayó del cielo" de Rosa Burgos, por José Luis Muñoz

"Antología del microrrelato español (1906-2011). El cuarto género narrativo", ed. de Irene Andrés-Suárez, por Pedro M. Domene

"Tantas lágrimas han corrido desde entonces" de Alfons Cervera, por José Luis Muñoz

"Últimas pasiones del caballero Almafiera" de Juan Eslava Galán, por Ángeles Prieto Barba

"El caso Casas Viejas. Crónica de una insidia (1933-1936)" de Tano Ramos, por Ángeles Prieto Barba

"Un maestro" de Guillermo Saccomanno, por José Luis Muñoz

"Catalinas sur" de Anahí Flores, por Vanessa Alanís Fuentes Oliver

"Los hombres te han hecho mal" de Ernesto Mallo, por José Luis Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra realidad cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 28

<i>“El Tercer Reich”: Desenajaje del género diario de vida y conformación de un sujeto escritural sin horizonte de sentido</i> , por Felipe Zúñiga Amaro.....	3
<i>James Joyce o las epifanías en la cotidianeidad</i> , por Jonathan Frías	19
<i>“Las mil y una noches”, ese fantasma literario</i> , por Jesús Greus	22
<i>K&P’s Prague Tattoo con dos fotografías perdidas</i> , por Álvaro Martí	30
<i>Un hombre con luces</i> , por Carlos Montuenga	35
<i>Fiebre de salsa en Estocolmo</i> , por Víctor Montoya ..	39
<i>Vigilar la casa</i> , por Lucía Lorenzo	46
<i>Mi memoria histórica</i> , por José López Rueda	48
<i>Un triste personaje novelesco</i> , por Roberto Gutiérrez Alcalá	49
<i>La mudanza de Eliza Doolittle</i> , por Luis Miguel Rubio Domingo	54
<i>El niño de la fotografía</i> , por Jimena Tierra	56
<i>Indicios pánicos</i> , por Jonathan A. España Eraso ..	59
<i>Cuatrocientas</i> , por Rolando Revagliatti	61
<i>Aniceto Mendoza</i> , por Cristina Davó Rubí	63
<i>Ingenua tentativa de fuga</i> , por Chema Torrent Santamaría	65
<i>Antes de salir de la sesión</i> , por Ramón Araiza	70
<i>Billete</i> , por Luis Topogénario	72
<i>La casa Heisenberg</i> , por Álvaro Valderas	75
<i>La magia de las flores</i> , por Paloma Hidalgo	77
<i>Cuando las cremas no sirven para nada</i> , por Diego Álamo Felices	79
<i>Sospecha</i> , por Alfonso María Dapena Cores	81
<i>La niebla roja</i> , por Ramón Zarragoitia	88
<i>Lo que sé de Víctor Lince</i> , por Manuel del Pino	90
<i>Clarita, québida mía</i> , por Salvador Alario Bataller ..	97
<i>El proceso de reinserción</i> , por A. Pérez Arróspide ..	100
<i>Microrrelatos</i> , por María Morgade	103
<i>Narradores: Arnoldo Rosas</i>	104
<i>Aniversarios: “Tiempo de silencio”, cincuenta años</i> , por Pedro M. Domene.....	111
<i>Miradas: Sir Walter Scott y el nacionalismo escocés</i> , por Enrique García Díaz.....	115
<i>“El chico de la estrella” de José Lapiáñez</i> , por José López Rueda	117
<i>“La bala que cayó del cielo” de Rosa Burgos</i> , por José Luis Muñoz	118
<i>“Antología del microrrelato español (1906-2011). El cuarto género narrativo”, ed. de Irene Andrés-Suárez</i> , por Pedro M. Domene	119
<i>“Tantas lágrimas han corrido desde entonces” de Alfonso Cervera</i> , por José Luis Muñoz	121
<i>“Últimas pasiones del caballero Almafiera” de Juan Eslava Galán</i> , por Ángeles Prieto Barba	122
<i>“El caso Casas Viejas. Crónica de una insidia (1933-1936)” de Tano Ramos</i> , por A. Prieto Barba	123
<i>“Un maestro” de Guillermo Saccomanno</i> , por José Luis Muñoz.....	124
<i>“Catalinas sur” de Anahí Flores</i> , por Vanessa Alanís Fuentes Oliver.....	125
<i>“Los hombres te han hecho mal” de Ernesto Mallo</i> , por José Luis Muñoz	126
<i>Novedades editoriales</i>	127

EL TERCER REICH: DESENCAJE DEL GÉNERO DIARIO DE VIDA Y CONFORMACIÓN DE UN SUJETO ESCRITURAL SIN HORIZONTE DE SENTIDO

por Felipe Zúñiga Amaro

*Por todas las evidencias estamos en el mundo para no
hacer nada.*

Emil Michel Cioran

El Tercer Reich de Roberto Bolaño, escrita en 1989 y publicada póstumamente el año 2010, es una novela heteróclita, que estriba sobre el diario de vida de Udo Berger, un funcionario de la compañía Stuttgart y aficionado a los wargames¹, en especial a uno denominado con el título de la obra. Éste consiste en ser un juego de tablero y fichas en las que se asumen roles que simulan los ejércitos de la Segunda Guerra Mundial. En este artículo trataré de cómo el diario de vida, como género literario dentro de la tradición chilena, es subvertido, configurándose un texto que no manifiesta ninguna finalidad ni reflexión de la realidad que permita la construcción y reconstrucción de un Yo con un horizonte de sentido. Lo anterior se fundamenta mediante tres aspectos que desencajan el género en cuestión: en primer lugar, el narrador centra su escritura en la búsqueda de una variante para revolucionar las formas de jugar, quedando lo íntimo en un plano irrelevante; en segundo lugar, los sucesos de La Segunda Guerra Mundial son evocados desde la perspectiva de lo lúdico, erosionándose el sentido político de pertenencia a una continuidad histórica; y por último, el diarista representa la vida con el mismo nivel de irrealidad que los wargames, generándose una difuminación de los límites entre la realidad y la ficción. Bajo este panorama de decadencia metafísica, es cimentada una concepción de la vida como un juego intrascendente e improductivo. El creador del diario se anula a sí mismo, abandonando su principal afán (los Wargames), lo que provoca la transgresión de los lineamientos estructurales del diario íntimo como categoría literaria.

INTRODUCCIÓN

En este artículo se tratará un aspecto obviado de la novela póstuma *El Tercer Reich*. El foco central de la exégesis será la subversión de los elementos tradicionales del diario íntimo como género literario en Chile. Los aspectos que posibilitan lo anterior se irán desarrollando en cuatro apartados, que si bien son de tópicos disímiles, contribuyen a erigir el propósito fundamental de la interpretación: la construcción de un diario de vida que subvierte el género, puesto que el sujeto escritural, Udo Berger, configura una representación de la realidad marcada por el sin sentido, la desesperanza y el vacío metafísico inexorable. El narrador queda paralizado, pues ya no es necesario un autoconocimiento y una búsqueda, por lo que su vida pierde rotundamente un horizonte de sentido.

Mediante el análisis conformado en los cuatro apartados, se quiere dilucidar cómo Berger comienza un proceso de distanciamiento con respecto a los otros y a sus alicientes iniciales (los Wargames), transformándose en un personaje que pierde su coherencia, quedando sólo como un portador de un nombre que se despoja de todos sus anhelos, y que sucumbe como una sustancia física que se des-

¹ Bolaño confesó su adicción por los juegos de estrategia en una entrevista realizada por Fernando Villagrán en el programa *Off the record*: "Soy un buen jugador de juegos de estrategia. Pero de juegos difíciles. Por ejemplo, hacer que Napoleón triunfe en Waterloo. Son juegos de horas, terribles, que te enganchan y convierten en un vicioso" (Andrés Braithwaite, *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales. Pág. 105.)

liza en el vacío sin ningún propósito ni nada que registrar. En la primera parte se indicará una sucinta especificación teórica del género literario diario de vida. En el segundo apartado, se quiere dar cuenta de los rasgos que perfilan a Berger como sujeto posmoderno, de afanes ególatras y de escasas interacciones sociales. Con respecto a su diario íntimo, el autor reflexiona acerca de su proceso de escritura y de las finalidades que se propone en un determinado retazo. Lo interesante de estas metas escriturales, y que subvierten el género, son que están subordinadas al juego *El Tercer Reich*, vale decir, aquellas giran en torno al proyecto de mejorar las estrategias para revolucionar las formas de jugar. Para ello, el diarista-narrador propone registrar sus avances en aquel soporte textual. Se parte de la base de que el diario de vida es un género que implica la búsqueda de un autoconocimiento y de una verdad, como quedará fundamentado posteriormente con la bibliografía pertinente. Sin embargo, el quiebre de este rasgo es explícito, puesto que, en un primer momento, todas las reflexiones del autor convergen en perfeccionar sus habilidades en el juego, y no en el mundo que lo circunda, y los sujetos que lo componen, los cuales son pensados, desde la mirada del enunciador, como instancias baladíes. En una tercera etapa (capítulo) de la exégesis, se quiere manifestar la idea de que Berger no reflexiona de los sucesos políticos que representa en su juego. El autor del diario representa el bando de los nazis, y no genera ninguna cavilación ligada a los sucesos que vivió su país ni a la ideología que emula. Así, se quiebra y subvierte el rasgo del diario íntimo que consiste en considerar que el diarista conforma una visión-versión de la historia, puesto que no es ajeno a los procesos políticos, como ha sido develado en la tradición del género en Chile. Si bien Udo tiene un conocimiento de los acontecimientos históricos que simula en su juego, no delibera ningún posicionamiento político en torno a éstos. Por ello, su postura es amnésica, posmoderna y está desencantado de los grandes metarrelatos que daban una coherencia social y unían a las personas bajo determinadas formas de entender la sociedad. En el último capítulo, se analizará un punto de inflexión, el cual se manifiesta cuando el autor pierde el entusiasmo por el juego, alejándose de esta actividad y de los otros sujetos avezados a dicha praxis. Quedará sumido en un mundo absurdo e intrascendente, asemejado a los juegos y destinado inexorablemente a la omnipresencia de la muerte, que neutraliza toda gran jugada, dejando todo relegado al olvido perenne. El autor del diario toma conciencia del sin sentido del mundo y del Wargame en el cual es campeón y especialista. Se desplazará por el mundo sin ningún horizonte ni afán, como una partícula de las que se descubrieron en el movimiento browniano. Estos desplazamientos fueron revelados por el escocés Robert Brown en 1827, explicitando que eran el movimiento caótico de partículas ultramicroscópicas en un líquido. Estos movimientos son representados en Berger, pues al final de su diario, tiene movimientos azarosos, carente de todo significado y finalidad. De ahí que termine abruptamente su texto, ya que no hay nada más que relatar. Lo que siguen son errancias sin significación. Por lo tanto, el diario como categoría literaria se subvierte, debido a que se anulan los rasgos que conciernen al intento de desentrañar una verdad, un sentido o autoconocimiento.

1.- EL DIARIO ÍNTIMO COMO GÉNERO LITERARIO

Como se ha señalado, se quiere dar cuenta de cómo se subvierten los elementos fundamentales del diario íntimo en *El Tercer Reich*. Antes de tal propósito, resulta ineludible dispensar una idea acerca de este género en relación al contexto en que emergió. Leonidas Morales indica respecto al asunto que:

«Los orígenes del diario íntimo parecieran estar asociados, en Europa, a determinadas prácticas de vida cotidiana operadas por la Reforma y la Contrarreforma. Se trata de prácticas de racionalidad religiosa, comunes tanto en aquellos centros eclesiásticos reformados más estrictos, como asimismo en los medios de religiosidad católica moderna liderada por los jesuitas, que introducen, dice Max Weber, la costumbre de llevar un libro con la cuenta de los pecados, tentaciones y logros de cada día [...].»²

En sus comienzos, el diario se insertaba dentro del ámbito de lo privado, por lo que este objeto textual no estaba inserto en un proceso público de circulación ni se consideraba objeto literario. Si-

² Morales, Leonidas, *La escritura de al lado. Géneros referenciales*. Chile. Editorial Cuarto Propio. 2001. Pág. 109. Quien cita a Max Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México. Premiá. 1991. Pág. 77.

guiendo los planteamientos de Picard se podría señalar que el:

«[...] proceso por el cual el diario pasó a ser utilizado literariamente tuvo lugar en dos etapas. La primera tuvo lugar cuando, en la primera mitad del siglo XIX, se publicaron diarios de viajeros y de personajes famosos del pasado más reciente —como Byron, Constant, Vigny...—. Cuando, de este modo, el público se hubo acostumbrado a leer diarios, y a leerlos a gusto, tuvo lugar la segunda etapa, que consistió en la aparición de diarios escritos con la intención de que fueran publicados».³

En esta primera etapa, se publica el diario de Byron en 1830, del mismo modo, los editores comenzaron a publicar el diario de Constant y Vigny, sin el consentimiento de éstos, cuando fallecían. Con respecto a la segunda etapa del proceso, cabe señalar que:

«La primera edición *in extenso* de los diarios de Amiel, en 1890, supuso por fin el primer precedente de un diario escrito para ser publicado. A él siguieron muchos, desde André Gide hasta Peter Handke. El paso del *status* privado del diario a su *status* público es un acontecimiento importante, tanto desde el punto de vista de la historia de las formas literarias como del de la ontología de la Literatura. Lo que por definición era a-literatura toma ahora el rasgo y la función de la obra literaria. La escritura en forma de diario, que por su naturaleza misma niega la comunicación intersubjetiva, entra ahora en la comunicación literaria.»⁴

La escritura del diario como género literario se inscribe como discurso subjetivo en el que se tiende a la recopilación de fragmentos para la integración de un Yo ficticio. Con respecto a la diseminación del *status* ficticio en el diario de vida podemos señalar que:

«La primera novela escrita en forma de diario es *Le peintre de Saltzbourg* (1803) de Charles Nodier. Cuando el diario pasa a ser una técnica de la narración ficcional, una de las formas de la novela en primera persona —junto con las memorias y la novela epistolar—, sus propiedades- fragmentariedad, incoherencia, etc. — adquiere un *status* semiótico distinto: se convierten en elementos y medios de expresión en el seno de la estructura de una obra.»⁵

Charles Nodier fue un escritor francés que se sitúa dentro del Romanticismo. Haciendo alusión a dicho movimiento, Leonidas morales indica que:

«[...] el diario íntimo se instala de manera estable entre los géneros de la literatura europea moderna a partir del siglo XVIII, sobre todo con el Romanticismo y su giro hacia la subjetividad. Han sido principalmente literatos y artistas quienes desde entonces lo han cultivado, aportando páginas insustituibles sobre la personalidad, el pensamiento y el proceso de producción de la obra del autor, o sobre particularidades del contexto cultural en que se forma y actúa.»⁶

En el marco de la tradición chilena del «diario íntimo», se puede referir que:

«[...] aparece en las primeras décadas del siglo XX. Quienes comienzan a escribirlo son mujeres: Lily Iñiguez y Teresa Wilms. Ambas mueren jóvenes, y en Europa: una a los 24 años, de tuberculosis, y otra a los 28, suicidada.» (Morales 112)

Los registros del Diario de Iñiguez, escritos en francés, se encuadran dentro del segmento temporal que va desde abril de 1913 hasta el año de su deceso, 1926. En cuanto al sujeto escritural y al contenido de su texto, se puede aseverar que:

«[...] vive en medio en un medio de objetos y gustos refinados. Los viajes y el placer de vivir, muy en estilo de la “Belle époque”, marcan los ritmos cotidianos que la palabra Diario retiene, sólo amenazados por la sombra de la revolución marxista, que la diarista condena desde su refugio burgués y elitista. Su intimidad no conoce las sequedades de la conciencia

³ Picard, Hans. “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. (2006) Recuperado el 15-09-2012 en <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=18429> Pág. 117

⁴ Ibid. Pág. 118

⁵ Picard, Hans. “El diario como género entre lo íntimo y lo público”... Op. Cit. Pág. 119.

⁶ Morales, Leonidas, *La escritura de al lado. Géneros referenciales*... Op. Cit. Pág. 109.

insatisfecha, o los desajustes perturbadores del sentimiento [...].» (Morales 112)

En cuanto a la otra precursora, su producción relativa al género fue publicada en la revista argentina *Nosotros* el día de su suicidio en París en el año 1921. Estas ocho páginas publicadas son suficientes para dar cuenta de:

«[...] una existencia muy distinta a la de Lily Iñiguez. No hay aquí a la vista ningún contexto familiar: ni rutina ni la nitidez de los objetos domésticos para apoyar la mirada. Lo que leemos es un Diario de la soledad, de lenguaje alucinado y emotividad deshidratada.» (Morales 113)

Estas dos mujeres no son consideradas de tanta importancia en cuanto al desarrollo y profundización del género. Este lugar le concierne a Luis Oyarzún, puesto que:

«[...] saca al género del mundo clauso de sus predecesoras (el de un orden doméstico y social cerrado sobre sí mismo, y el de una conciencia fantasmalizada, sin suelo real al que articularse), y lo abre a la profusión de los estímulos de la vida cotidiana contemporánea. Comienza su *Diario* hacia fines de la década del 30. No lo interrumpe sino un día antes de morir en 1972 [...].» (Morales 113)

En el *Diario* de Luis Oyarzún se pueden desglosar los elementos constituyentes que se le atribuyen al género. Éste está constituido por la imbricación de tres elementos: el tiempo, la intimidad y la identidad personal. La concatenación de estos factores permite configurar un tipo de texto centrado en el desvelamiento de un sujeto escritural ficticio, vale decir, y en palabras de Leonidas Morales, en la creación de:

«[...] la crónica de una conciencia “íntima”: interior, emocionada, libre en su movimiento, sometida a sus propios límites. Una conciencia que se interroga en silencio y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre».⁷

Los lineamientos anteriores dan cuenta de los elementos de la construcción de la identidad del sujeto bajo el matiz de la intimidad. Sumado a los aspectos de la construcción de la identidad, se agrega el carácter temporal que supone esta tipología literaria, pues es una escritura dependiente:

«[...] del calendario, de los estímulos de cada día. La misma dependencia trabaja también en contra de su unidad, siendo un género afectado evidentemente por la fragmentariedad. En definitiva: la suya es escritura parasitaria, residual, condenada a la dispersión.»⁸

Esta difuminación del sujeto en el tiempo se intenta detener escribiéndose a sí mismo y re-escribiéndose constantemente. Se escribe el día a día para recordar a sí mismo una identidad, para escapar del silencio, dice Blanchot⁹, y por lo tanto para preservarse. A pesar de la complejidad que entraña el género, es posible reconocer el afán de memoria y conciencia de la situación política como un componente trascendental.

Hernán Valdés, heredero del espíritu referencial de Luis Oyarzún, se abre en el campo de la literatura con su obra *Tejas verdes*. En aquella obra, configurada como diario de vida, se da cuenta de un enunciator que vivenció hechos históricos traumáticos durante el Golpe de Estado. El sujeto protagonista es sometido a todo tipo de vejaciones y torturas, entendidas como prácticas de poder sistémica. De modo que el enununciador es sumergido dentro de procesos de agresión de diversa índole, en los cuales se intenta subordinar su cuerpo y, paralelamente, disciplinar y alienar su conciencia. Bajo este matiz de tortura, se conforma un esquema narrativo que conlleva una crítica a este tipo de mecanismos de alienación y manipulación hegemónicas.

⁷ Morales, Leonidas, *La escritura de al lado. Géneros referenciales...* Op. Cit. Pág. 85.

⁸ Ibid. Pág. 116.

⁹ Blanchot, Maurice: “El diario íntimo y el relato”. *Revista de Occidente* No. 182-183 (3 de septiembre 2012).

2.- EL DIARIO ÍNTIMO: LIBRO DE ESTRATEGIAS DE UN WARGAME O ANULACIÓN DE LA INTIMIDAD.

Resulta fundamental indicar que, en este segundo apartado, sólo se analizará al diarista en relación con los otros personajes, y con la motivación que lo impulsa a una escritura que subvierte los rasgos canónicos del diario de vida como género literario, ya que ésta se focaliza en el análisis de un juego, quedando el mundo social relegado a un segundo plano, o más bien, a una sucesión de hechos cotidianos que carecen de toda importancia y que, en su conjunto, no significan nada. Nos resulta relevante dar cuenta de qué tipo de interacciones sociales despliega en el transcurso de los días, ya que se genera una inflexión en la novela: en una primera etapa, el Udo Berger tiene relaciones sociales gratas y deseadas sólo con su novia Ingeborg, con Frau Else y algunos personajes que guardan relación con los Wargames; en una segunda etapa, el protagonista se aleja de todos los antes aludidos, quedando «solo» en un tablero vacío, sin ningún horizonte de sentido que guíe sus pasos a una nueva jugada. En este apartado sólo se profundizará la primera etapa referida, en la cual se configura un diario de vida despersonalizado, pues sólo funciona como una plataforma que sirve para rastrear y reflexionar acerca de los hallazgos relativos al Wargame, produciéndose una escisión con respecto a la intimidad y al carácter cogitabundo que funcionan como elementos fundamentales en el género que es desencajado.

En *El Tercer Reich* se transgrede un elemento de significativa importancia en la configuración del diario íntimo: el carácter de búsqueda y autoconocimiento que supone la construcción de la identidad en un contexto de intimidad. En una primera instancia, Udo Berger aparenta tener proceso escritural con unos designios acotados:

«Creo que Conrad tiene razón, la práctica cotidiana, obligatoria o casi obligatoria, de consignar en un diario las ideas y acontecimientos de cada día, sirve para que un virtual autodidacta como yo aprenda a reflexionar, ejercite la memoria enfocando las imágenes con cuidado y no al desgaire, y sobre todo cuide algunos aspectos de su sensibilidad que, creyéndose ya hechos del todo, son sólo semillas que pueden o no germinar en un carácter. El propósito, inicial del diario, no obstante, obedece a fines muchos más prácticos: ejercitar mi prosa para que en adelante los giros imperfectos y una sintaxis defectuosa no desborden los hallazgos que puedan ofrecer mis artículos, publicado en un número cada vez mayor de revistas especializadas y que últimamente han sido objeto de variadas críticas [...]» (pp. 19, 20).

Sumado a lo anterior el narrador señala que: «nunca está demás tener un lugar en donde consignar los hechos del día y ordenar las ideas sueltas para futuros trabajos, que es precisamente lo que pienso hacer» (22). Berger se plantea aquellas finalidades en sus vacaciones en España, específicamente, en Costa Brava, cuando se instala en el Hotel del Mar con su novia Ingeborg. Además, el protagonista tiene el propósito férreo de trabajar en el hotel en que se hospeda, solicitando para ello una mesa con ciertas características para poder practicar sus jugadas con el tablero del wargame, y registrar sus logros en su diario íntimo. En un comienzo, los camareros y trabajadores del hotel tienen dificultad para encontrar una mesa de las proporciones impuestas por el veraneante. Su voz narrativa despliega su obsesión por el trabajo que intenta perfeccionar:

«Utilizando el tono más persuasivo expliqué a la señorita Nuria que para mi trabajo, sí, yo en vacaciones trabajaba, era absolutamente imprescindible la mesa, pero no la que ya había, las mesas standard que, suponía, tenían todas las habitaciones del hotel, sino una mesa más alta y sobre todo más larga, si no era mucho pedir.» (23).

Si bien las finalidades planteadas anteriormente obedecen a trazar un horizonte de sentido de autoconocimiento, éste se ve fracturado con los diversos registros acumulados en su soporte textual. Este quiebre se manifiesta bajo dos modalidades: un alejamiento social (perdida voluntaria de contemplar un mundo social banal) y una escritura centrada en la descripción de tácticas de un juego de estrategia. Es evidente que el contacto con el otro es un factor relevante para la construcción de una identidad consistente e introspectiva. Sin embargo, el narrador representa gran parte de las interacciones con los otros como acciones insustanciales, por lo que prefiere estar al borde de lo social, y sólo proyectar sus reflexiones en descubrir la nueva variante del Wargame que indaga para la poste-

rior escritura de un artículo especializado. Por ello, la reflexión inscrita en el diario se genera en torno al juego de estrategia, y no de los acontecimientos que experimenta el narrador en su vida íntima. Berger, asiduamente reflexiona en torno la nueva variante que anhela sistematizar:

«(Aspectos generales del turno de primavera, 1940. Francia mantiene el frente clásico sobre la hilera de hexágonos 24 y una segunda línea de contención en la hilera 23. De los catorce cuerpos de infantería que para entonces deben estar en el teatro europeo, doce de ellos, por lo menos, deben cubrir los hexágonos Q24, P24, O24, N24, M24, L24, Q23, M23.» (96).

La cita anterior da cuenta del ardid que planifica Udo para invadir Francia, considerando su posicionamiento de alemán dentro de la dinámica del juego. Con respecto a lo anteriormente enunciado, cabe señalar que el narrador se configura como un personaje posmoderno. Esto se debe porque su vida no gira en torno al otro, sino a sí mismo. En esta soledad e individualismo, se sustrae de toda conexión significativa con el «otro», es decir, con el mundo social. El personaje de este relato, para decirlo en términos de Lipovetsky¹⁰, deambula en pos de sí mismo como Narciso desorientado. La búsqueda es planteada en términos completamente autorreferenciales. La motivación que lo impulsa, pues, no es un reconocimiento del otro, sino de sí mismo. En este sentido, lo único que da coherencia y proyección de sentido a la existencia de Berger son los descubrimientos de las variantes y jugadas del Wargame. Bajo este contexto, el diarista tiene que desentrañar una nueva variante del juego, puesto que tiene que publicar un ensayo, terminadas sus vacaciones. Al erosionarse el sentimiento de pertenencia social, situación que se prolonga en el futuro, el Yo se desprende de cualquier compromiso externo, desarrollando lo que Jünger llamó «segunda conciencia»¹¹ y se convierte en un Narciso angustiado por la condena a vagar en pos de sí mismo. Enmarcada la idea anterior en la novela, Berger estaría deambulando en las reglas del juego en que es especialista, sin embargo el regocijo que esto generaba al principio del relato es aparente, porque comenzaría a eclosionar en él una sensación de soledad y fracaso, que es aplacado sólo por la compañía de otros especialistas en los wargames:

«De pronto, sin causa aparente, he pensado que estoy solo. Que Conrad y Rex Douglas (a quien únicamente conozco de forma epistolar) son mis amigos. El resto es vacío y oscuridad. Llamadas que nadie contesta. Plantas.» (117).

La cita anterior se presenta como un cimientito importante para aseverar que Berger no quiere desarrollarse en contacto con la otredad, salvo las personas cuyos intereses convergen con los suyos. Cabe recordar que los deseos del narrador tienen una inflexión inesperada, lo que significa que éste pierde lentamente el interés por los juegos a partir de determinado segmento de la novela.

Por otra parte, en el relato existe una cantidad prolífica de pistas que desvelan un rechazo a interactuar con el otro, generándose redes que vinculan este ensimismamiento en diferentes días del diario para proyectar el mundo social como un absurdo. Un caso ejemplar de este individualismo soterrado lo podemos notar cuando Ingeborg, novia del protagonista, conoce a dos alemanes en la discoteca Antiguo Egipto. Ella se los presenta a Udo, reflejando éste una transversal indiferencia que al comienzo no es explícita:

«Karl —aunque prefiere que lo llamen Charly— y Hanna son de Oberhausen; ella trabaja de secretaria en la empresa donde él es mecánico; los dos tienen veinticinco años. Hanna está divorciada. Tiene un niño de tres años y piensa casarse con Charly apenas pueda; todo lo anterior se lo dijo a Ingeborg en los lavados y ésta me lo contó al volver al hotel. A Charly le gusta el fútbol, el deporte en general, y el windsurf: ha traído su tabla de la que dice maravillas, desde Oberhausen; en un aparte, mientras Ingeborg y Hanna estaban en la pista, preguntó cuál era mi deporte favorito. Le dije que me gustaba correr. Correr solo.» (27).

En el último retazo de la cita queda patente que el narrador gusta de actividades autoreferenciales, quedando desconectado con la otredad, puesto que plantea que gusta «correr solo». En otra ocasión la voz narrativa del diarista profundiza en este abismo que existe entre él y los otros cuando cena acompañado de su novia y la pareja de alemanes:

¹⁰ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona. Anagrama. 1996.

¹¹ Jünger, E. *Acerca del nihilismo*. Barcelona. Paidós. 1994.

«Hemos cenado, con Hanna y Charly, en un restaurante chino de la zona de los campings. Cuando Charly comenzaba a emborracharse nos marchamos. En realidad, una tarde irrelevante [...] En cuanto a mí, puedo decir que comí en silencio, con la mente puesta en otro lugar.» (42).

Es evidente que el narrador-protagonista tiene centrada su atención en el proceso de gestación de un ardid revolucionario para el Wargame. Se podría señalar que el rostro de los otros sujetos se desforman o alcanzan a tener una consistencia enclenque, debido a que el mismo enunciador opta por no crear lazos sociales en un mundo que pareciera serle insustancial e indigno de ser pensado.

Por otra parte, Ingeborg, la novia de Udo, se podría considerar como un personaje que juega un rol trivial en el relato, puesto que, a pesar de que en un comienzo el diarista afirma amarla desafortunadamente, posteriormente termina sintiéndose solo o bien acompañado sólo de sus amigos interesados en el juego, los cuales también abandona. De modo que el sujeto que enuncia el diario termina rompiendo con su novia, y se produce un alejamiento cada vez más abismal entre ambos. En lo que concierne al Lobo y el Cordero, podríamos señalar que sólo son unos españoles que se dedican a tener una vida bohemia e insustancial, que Berger deja entrever en diversos fragmentos de su texto privado. En cuanto a Frau Else (esposa del dueño del Hotel del Mar), podríamos suponer que ejerce un atractivo en Udo. Éste siempre intenta encontrar una ocasión para platicar con ella. Alexis Candia (2011) señala que:

«entre Udo y Frau Else se produce un vínculo erótico que, muy en la línea de corrupción del *ilinx*, tiene que ver con el deseo de Borger por vencer la resistencia de la mujer alemana y lograr llevarla a la cama. Frau Else asume el juego que mantiene con Udo: “Lo nuestro es sólo un juego, Udo, y me parece que va siendo la hora de terminarlo. Puede resultar tan obsesivo como el que juegas con el Quemado” (Bolaño, *El Tercer Reich* 220).»¹²

Sin embargo, aquel juego fracasa, Borger retorna a su país y olvida inexorablemente sus encuentros furtivos con Frau Else, así como también desiste de la idea de seguir cortejándola.

Los fragmentos citados anteriormente dan cuenta de que Berger no afianza relaciones profundas con los otros. Las únicas personas que lo ligan al mundo social (hasta cierta parte de la novela) son los expertos en los complejos Wargames. En esta instancia se describirán a estos personajes y se acotará el tipo de vínculo que Berger construye y luego relativiza. Dentro de este grupo tenemos a Conrad, un importante amigo del protagonista que lo introdujo e instruyó (junto con otros conocidos que no son relevantes en el relato y en la vida del protagonista) en este absorbente mundo de los juegos:

«[...] nos ha obsequiado con muchas de las mejores variantes de algunas campañas, amén de infinidad de trabajos analíticos, históricos, metodológicos, e inclusive simples introducciones y reseñas sobre nuevos juegos.» (36).

Además, el autor ha consignado en su diario que Conrad ha sido un aliciente para que se profesionalice:

«[...] ha sido él quien me ha alentado a escribir en publicaciones de mayor tiraje e incluso quien ha insistido y me ha convencido para que se semiprofesionalizara. Los primeros contactos con *Front Line*, *Jeux de Simulation*, *Stockade*, *Casus Belli*, *The General*, etcétera, se los debo a él.» (37).

Otra amistad que suscitó interés fue el Quemado. Este silencioso y misterioso personaje comienza a cobrar relevancia parsimoniosamente. En un comienzo sólo es descrito como un sujeto enigmático, que provoca curiosidad por las contundentes quemaduras que posee parte sustancial de su anatomía, incluyendo su semblante. Éste fue contemplado, en un primer momento, en la playa, lugar en que trabajaba alquilando patines que guardaba juntos entre sí, formando una especie de chabola. Después de una frívola fiesta, Udo se dirige con su novia y sus conocidos (Hanna, Charly, el Lobo y el Cordero) a tomar café a un bar denominado *Rincón de los Andaluces*. En este espacio nauseabundo, el Lobo y el Cordero presentan al Quemado, generándose la primera interacción comunicativa:

¹² Candia, Alexis. *El paraíso infernal en la narrativa de Bolaño*. Chile. Editorial Cuarto Propio. 2011. Pág. 284.

«—Aquí, Ingeborg, Hanna, Charly y Udo, unos amigos alemanes.

—Aquí, nuestro colega el Quemado.

Traduje para Hanna la presentación.» (59)

En días posteriores, Udo comienza gradualmente a interactuar con el Quemado. En una instancia conversan en la playa, desplegándose de a poco un acercamiento y cierta confianza:

«Mi conversación con el Quemado giró al principio sobre temas tales como si alguna vez le habían robado un patín, si el trabajo era duro [...] Las respuestas, bastantes escuetas, fueron las siguientes: dos veces le robaron un patín [...]» (78).

Como se expresa en la cita, se comienza a establecer un acercamiento entre aquellos personajes, y éste comienza a ser significativo para Udo, pues comunica su profesión, indicando que es un escritor especializado en los Wargames, aludiendo a todas las actividades derivadas de dichos tableros con fichas hexagonales (revistas, competencias, los clubes locales, etc.). El Quemado muestra interés en lo expuesto por el diarista, por lo que este último se confiesa a sí mismo haber encontrado un oyente grato: “[...] escogí al interlocutor más singular de cuantos pude hallar” (81). Es patente que aquellos lazos sociales son enclenques en el sentido de lo político. Sólo se generan redes de competencia, en las cuales cada individuo busca la victoria, el placer y la realización por la configuración de estratagemas refinadas.

Recapitulando, Berger es un personaje que escribe un diario de vida que tiene unas finalidades específicas, las cuales consisten en: analizar las eventos que le circundan en su vida cotidiana, mejorar su redacción para la publicación de artículos especializados y reflexionar acerca de la nueva variante para *El Tercer Reich*, puesto que publicará un artículo que revolucionará las maneras de jugar. Antes tales finalidades, el narrador se desliga de la otredad, no tiene una rica vida social, no genera una reflexión suscitada por los acontecimientos sociales en los cuales se ve inmerso. Bajo esta lógica, podríamos señalar que los otros personajes no encuadran en sus proyectos, por lo que quedan excluidos. Sólo establece lazos sociales con personas que tienen el mismo entusiasmo por los Wargames, aunque dicho sentimiento se torna, posteriormente, en algo evanescente. Hasta ciertos días puntuales del diario íntimo, se va desvelando que Berger tiene un afán individualista en la que:

«su pasión enfermiza por los juegos de guerra vemos no sólo la necesidad de poder y control, sino también el afán (que en realidad no es más que un gesto ególatra) de enmendar los errores de la historia [...] De cualquier modo, el *wargame* que lo obsesiona y titula la novela no hay armas atómicas, por lo que el estallido final —en el tablero, así como en esta narrativa— se hace imposible, y frente a ello sólo queda seguir jugando.»¹³

Frente al fragmento anterior, se puede argüir que este anhelo del personaje es completamente hedonista, conformándose un sujeto desvinculado de los procesos históricos y de la realidad social que le rodea en su vida cotidiana. Sin embargo, la pasión por los juegos sucumbe en la vida de Udo. Este aspecto se profundizará en el apartado cuarto. Hasta cierto segmento del diario, la vida íntima de Udo se conforma sólo por el interés por los Wargames y todo lo vinculado a dicha praxis. El centro de su escritura reside en relatar las jugadas y estrategias nuevas del juego. Por lo tanto, se disociaría el rasgo del género íntimo, que consiste en relatar: «[...] una conciencia que se interroga en silencio y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre»¹⁴. Los contornos del creador del diario íntimo forman a un individuo: «Obsesionado sólo por sí mismo, al acecho de su realización personal y de su equilibrio [...]»¹⁵ Los esfuerzos escriturales de Berger sólo convergen en la sistematización de la nueva estrategia, reflejo de un egocentrismo descabellado que lo sitúa al margen de lo social, en una incesante búsqueda de realización y diversión. Esto conlleva a la disociación de los rasgos del diario de vida, porque más que un texto íntimo, se establece un manual de estrategias para *El Tercer Reich*, que funcionaría como aquellas revistas o artículos en las que un especialista sugiere ciertas opciones plausibles para salir victorioso. En cuanto al registro del mundo social, parece ser

¹³ Poblete, Patricia. *Bolaño: otra vuelta de tuerca*. Chile. Editorial Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 2010. Pág. 29.

¹⁴ Morales, Leonidas, *La escritura de al lado. Géneros referenciales...* Op. Cit. Pág. 85.

¹⁵ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío...* Op. Cit. Pág. 57.

un acervo de situaciones de veraneo nimias e insustanciales, donde realmente no acaece nada importante y sólo servirían para engrosar innecesariamente el diario con una escritura parasitaria. Lo único que refleja una progresión temática son los asuntos relacionados con el juego y los jugadores.

3.- LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL DESDE LA PERSPECTIVA HEDONISTA: EL JUEGO Y DESVINCULACIÓN DE LOS DISCURSOS POLÍTICOS

Desde otra perspectiva, podemos señalar que en la novela se configura un personaje que no reflexiona acerca de los procesos históricos de su país, por lo tanto, se pierde el carácter autorreflexivo, escindiéndose el sujeto protagonista de la memoria histórica. Bajo esta óptica, Udo Berger asume, en el contexto del juego, roles en los cuales representa el ejército nazi. Y, por consiguiente, el proceso histórico representado en el tablero sólo es contemplado desde la perspectiva del juego, es decir, desde las estrategias posibles con las fichas hexagonales, sin importar la carga ideológica que subyace en los bandos militares simulados. Un ejemplo concreto de lo anterior, consiste en el mismo hecho de que Berger escribe un artículo para una revista especializada. Y el contenido de su artículo consiste en encontrar una nueva estrategia, es decir, en revolucionar las maneras de jugar, como el mismo protagonista señala al Quemado:

«—¿Cómo va tu juego?

—Perfecto. Viento en popa. Destrozaré todos los esquemas.

—¿Todos los esquemas?

—Sí, todas las viejas maneras de jugar. Con mi sistema el juego deberá replantearse.» (114).

Dentro de esta misma lógica de pérdida del horizonte histórico, el escritor rememora en su diario un importante campeonato de Wargames, en el cual participó y salió victorioso. Uno de los contrincantes era Heimito Gerhardt, un hombre de sesentaicinco años, el más viejo aficionado a estos juegos de tablero en Alemania. El diarista deja entrever la curiosidad que tuvo por este jugador, el cual era muy respetado por su amigo Conrad:

«Un día le pregunté por qué respetaba *tanto* a Heimito. Me respondió que lo consideraba un hombre de hierro. Eso era todo. Hierro oxidado, dijo luego con una sonrisa, pero hierro al fin y al cabo. Pensé que se refería al pasado militar de Heimito y así lo hice saber. No, dijo Conrad, me refiero a su valor para jugar. Los viejos suelen pasar las horas mirando la televisión o paseando con sus mujeres.» (39).

En el contexto de la novela, se vislumbra en los personajes la importancia del juego sobre el pasado histórico (la memoria) y la reflexión en torno a éste. Este carácter amnésico y posmoderno de la novela queda explícito cuando el narrador confiesa lo que sucedió después de haber derrotado a Heimito:

«Después de la partida Heimito invitó a unos cuantos a su casa. Su mujer preparó bocadillos y cervezas y la velada, que se prolongó a altas horas de la noche, fue agradable y llena de pintorescas anécdotas. Heimito había servido en la 352 División de Infantería, 915 Regimiento, 2. Batallón, pero, según afirmó, su general no supo maniobrar tan bien como lo había hecho yo en la fichas que lo representaban en el juego.» (40).

El fragmento citado permite dar cuenta de que ex militar está totalmente desconectado de los sucesos políticos acaecidos en la Segunda Guerra Mundial. Existe una evocación de datos históricos en función del juego y no en función de la relevancia de este proceso histórico en la sociedad. Y, dentro de los parámetros de lo lúdico, tampoco existe nada trascendente después de dicha actividad competitiva, puesto que los personajes terminan comiendo y bebiendo en el contexto de una situación cotidiana donde no hay grandes ganadores y perdedores, ni se deliberan posturas políticas. No existe un diálogo en que se trate seriamente las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en la sociedad, así como tampoco se percibe una conciencia de lo que significa asumir una ideología (simulada en los juegos) que dejó profundas huellas de dolor a muchas generaciones. Heimito, el viejo jugador, participó en el 352 Batallón de Infantería del ejército alemán (Wehrmacht), el cual combatió en el frente de Europa Occidental. Sin lugar a dudas, se puede señalar que su sórdido pasado nazi

no suscita ninguna reflexión de su parte ni de parte de las otras voces narrativas. Por consiguiente, se delinea a un personaje con una estéril visión del fenómeno histórico, ya que sólo evoca a su general y señala que Udo Berger maniobra mejor (dentro de la simulación del juego). Es patente que el matiz de justicia social es totalmente erradicado del discurso de los sujetos implicados, ya que todo gira en torno al juego y el pasado mismo es deshecho a partir desde esta perspectiva. Los personajes le sustraen la seriedad al «asunto histórico», pues éste se configura desde la perspectiva de la entretención y del afán por vencer mediante estrategias cada vez más refinadas. Por lo tanto, se fractura una de las premisas del diario de vida como género literario, puesto que el diarista no se cuestiona los sucesos vivenciados en la realidad social. Leonidas Morales señala con respecto al diario íntimo que la conciencia del diarista no está ajena a las vicisitudes históricas, y se busca una verdad:

«[...] pero no lo hace en el solipsismo de una subjetividad cerrada sobre sí misma, sino en la relación viva, como protagonista o testigo, con la realidad cotidiana y cultural del mundo contemporáneo.»¹⁶

No está la presencia reflexiva sobre hechos históricos importantes, que han calado profundamente en las personas; así, como tampoco se habla de justicia ni de mejorar las condiciones de la justicia en los tiempos venideros. En el contexto de la literatura chilena, Morales hace la siguiente acotación respecto al diario íntimo:

«Interesante sería, en el campo de la hipótesis, estudiar al diario íntimo y la autobiografía como discursos periféricos, de margen, elaborados en un espacio de ruptura y resistencia. Tal vez fuera posible construir así un cuadro donde los géneros de intimidad se ordenarían de acuerdo al modo en que sus discursos responden a las estrategias del poder, plegándolas a ellas o quebrándolas.»¹⁷

La novela testimonial, como discurso de resistencia a ciertas prácticas políticas, surgió en la mitad de la década de los setenta en Chile. Ésta era concebida como documento necesario para dejar constancia de las atrocidades del momento que se vivía, ocupándose para ello el diario de vida como género literario. Esta modalidad discursiva influyó claramente en la literatura de ficción, reflejándose en *Tejas verdes* de Hernán Valdés. Sin embargo, en la novela analizada, se presenta un descompromiso con respecto a las ideologías políticas, además no está centrada en el espacio de Chile, puesto que la novelística de Bolaño tiene un carácter cosmopolita. En lo que concierne a los discursos políticos, la visión de Bolaño estaría trazada desde sus primeros versos y planteamientos teóricos en el *Primer manifiesto infrarrealista*. En el manifiesto se amaga un tema siempre presente la literatura de Bolaño. Este contenido concierne acerca del fracaso de las utopías, como es expresado en la cita siguiente: «soñábamos con la utopía y nos despertamos gritando»¹⁸. En concordancia con lo anterior, tenemos a un sujeto narrador totalmente escindido del metarrelato del héroe de la libertad (utopías sociales), término acuñado por Lyotard¹⁹. Este discurso tiene la función de legitimar el saber político, pero en el contexto de la posmodernidad ha sido profundamente cuestionado. Además, el metarrelato tiene por sujeto a la humanidad como héroe de la libertad, y «no recibe su legitimidad de sí mismo, sino del pueblo»²⁰. Con respecto a esta legitimidad, Lyotard señala en *La condición posmoderna* que:

¹⁶ Morales, Leonidas. *La escritura de al lado. Géneros referenciales...* Op. Cit. Pág. 85.

¹⁷ Morales, Leonidas. *La escritura de al lado. Géneros referenciales...* Op. Cit. Pág. 110. Atendiendo a la cita, sería necesario elaborar otro estudio en que se contraste la literatura chilena de mediados de los setenta y contrastarla con la producción escritural de Bolaño (*El Tercer Reich* y *Detectives salvajes*), para dar cuenta de las posturas con respecto a temas políticos, de poder y la memoria, inscritos en el diario de vida como género literario. Bajo este procedimiento, se podría indicar que Bolaño difiere rotundamente en aspectos estéticos e ideológicos con respecto a los escritores de generaciones anteriores, los cuales están afiliados a ciertos posicionamientos políticos. Este quiebre se manifiesta en el desencaje que hace Bolaño con respecto al género, pues erige una perspectiva no mesiánica y desencantada de los grandes discursos utópicos, los cuales entran en una red de cuestionamiento.

¹⁸ El Manifiesto infrarrealista está disponible [en línea] en www.infrarrealismo.com consultado el 6 de septiembre del 2012.

¹⁹ Lyotard *La condición posmoderna...* Op. Cit.

²⁰ Ibid. Pág. 64.

«el pueblo está en debate consigo mismo acerca de lo que es justo e injusto de la misma manera que la comunidad de ilustrados sobre lo que es verdadero y falso; acumula las leyes civiles como acumula las leyes científicas; perfecciona las reglas de su consenso por disposiciones constitucionales [...]» (60).

Este relato de las libertades da cuenta de que el Estado toma directamente a su cargo la formación del pueblo bajo el nombre de nación y su encadenamiento por la vía del progreso social. Es explícito que el metarelato descrito se presenta con severas fisuras en el narrador, puesto que éste jamás alude al concepto de justicia, y no piensa (en su condición de Alemán) en mejorar la sociedad de la cual forma parte. En este sentido, Berger sólo quiere perfeccionar sus estrategias de jugada, sin nunca aludir críticamente a su rol en representación de los nazis. De modo que, no está preocupado por el «otro», pues éste ya es trivial, sin rostro, como sucede cuando comenta acerca de Hanna, Charly, el Lobo, el Cordero y otras situaciones sociales en las que, efímeramente, se ve inmerso. Está desconectado políticamente de este «otro», y no participa en proyectos sociales, en que intente perfeccionar las condiciones de justicia social.

A raíz de lo anteriormente descrito, es explícito que el «diario de vida» considerado como género literario, ha sido subvertido, puesto que uno de sus rasgos constituyentes se difumina. Esta modalidad textual tiene como atributo un carácter autoreflexivo, mediante el cual es posible tomar un posicionamiento con respecto a las vicisitudes históricas. Sin embargo, en la novela interpretada, se configuran personajes, y una voz narrativa, totalmente imposibilitados de cimentar una postura política. Berger reflejaría el espíritu posmoderno en el que:

«[...] vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras tradiciones y nuestra posteridad: el sentido histórico ha sido olvidado de la misma manera que los valores y las instituciones sociales.»²¹

4.- EL DESENCANTO: HASTÍO POR EL JUEGO Y VACÍO IRREVOCABLE.

Berger experimenta un proceso de degradación inexorable. Abandona el único aliciente que le daba cierta coherencia a su existir errático. En los últimos registros de su diario comienza a borrar su identidad, quedando casi como un fantasma carente de toda voluntad. Con respecto a la desintegración de la identidad del diarista, es pertinente señalar los lineamientos de Flores:

«Esta imprecisión de los personajes que están allí en el texto junto a la visión múltiple de los múltiples personajes lleva a pensar que en el fondo no hay protagonistas y que es una manera de elaborar narrativamente un concepto y tema caro a la postmodernidad: la disolución del sujeto.»²²

Este proceso de descomposición del sujeto escritural se despliega en determinado segmento de la diégesis. Se manifiesta un giro inesperado, puesto que el Quemado se transforma en contrincante de Berger, quien representaría al ejército nazi. Ambos deliberan emprender una partida en el Hotel del Mar. En varias ocasiones el «Quemado» se enfrenta con Udo, en el mismo hotel donde éste es huésped. En un comienzo, se siente confiado de poseer una inminente victoria, sin embargo, el contrincante comienza a perfeccionar sus estrategias, a documentarse acerca de las reglas e, incluso, comienza a ser asesorado por el dueño del Hotel (esposo de Frau Else), lo que provoca un inesperado cambio. El tablero se despliega cada vez en un clima de mayor tensión, puesto que Berger comienza a sentirse apabullado por el dueño del Hotel del Mar, quien declara entrar furtivamente a su habitación para conocer la posición de el Quemado y aconsejarlo. Además, de una inexorable derrota, Berger es amedrentado por las declaraciones del propietario, el cual refiere que el Quemado entenderá la victoria, en un arranque de alienación, como una venganza hacia los nazis, es decir, en un juicio. En el siguiente fragmento de la novela es explícito lo antes señalado, cuando platican Berger y la autoridad del hotel:

²¹ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío...* Op. Cit. Pág. 51.

²² Flores, María. "Notas sobre los detectives salvajes". En Manzoni, Celina, ed. *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*. Buenos Aires Corregidor. 2002. Págs 91-96. Cita en pág. 93.

«—El juego termina con Victoria Decisiva, Victoria Táctica, Victoria Marginal o Empate, no con juicios ni estupideces de ese tipo —Recité

—Ay, amigo, en las pesadillas de ese pobre muchacho el juicio es tal vez el acto más importante del juego, el único por lo que vale la pena pasarse tantas horas jugando. ¡Colgar a los nazis!

Me estiré los dedos de la mano derecha hasta escuchar el sonido de cada uno de los huesos.

—Es un juego de estrategia —susurré—, de alta estrategia, ¿qué clase de locura está usted diciendo?» (325).

Lo que podría considerarse un acontecimiento relevante, es realmente un acontecimiento banal. Berger pierde, y después de aquello no acaece nada. No hay tribunal, justicia y sólo queda el vacío:

«El juego se acaba, las cuadrículas del tablero han sido agotadas, no hay jugadas posibles. Se descuidó Turquía, cae Berlín. Los pliegues se han agotado, asistimos al sacrificio del vencido. Sin embargo, no hay sacrificio, ni venganza nazi, ni justicia. Sólo lluvia, oscuridad y una pequeña luz al interior de la estructura de embarcaciones del Quemado. Udo, lanzado dentro, espera con terror el desenlace de su derrota, un desenlace que nunca llega. El vencedor sólo espera sentado bajo la lluvia que inunda la playa. Todo se termina con un adiós en la lejanía y la entrega del juego en una bolsa a modo de ofrenda para el vencedor.»²³

Después de este encuentro que simulaba un acaecimiento importante, se genera una especie de abismo, en el cual, después de las posibilidades combinatorias que ofrece el tablero no hay nada. Udo Berger, se ha preguntado por el afán que persigue con el juego, y se ha confesado a sí mismo que no existe una finalidad. Terminada la partida, Berger se dirige a Alemania y continua con poco entusiasmo sus actividades relacionadas con los juegos. Este desinterés es descomunal si consideramos el siguiente extracto de su diario: «¡En el Congreso se estaba jugando un Tercer Reich y yo ni siquiera me había acercado a dar una vuelta por el perímetro de los juegos!» (359). Se puede constatar que el diarista ha tomado conciencia del vacío que entraña ese tipo de juegos. Y aquel abismo, luego lo asemeja a la vida misma si consideramos la siguiente declaración que realiza a su amigo Conrad:

«Hoy, después de un largo paseo a pie, le dije a Conrad que bien pensado y en resumidas cuentas todos nosotros éramos como fantasmas que pertenecían a un Estado Mayor fantasma ejercitándose continuamente sobre tableros de Wargames. Las maniobras a escala. ¿Te acuerdas de Von Seeckt? Parecemos sus oficiales, burladores de la legalidad, sombras que juegan con sombras.» (356)

Considerando el siguiente fragmento, podríamos argüir que la vida misma es contemplada como un juego de rol sin ninguna finalidad trascendental. En otras palabras, la vida humana es equiparada a movimientos y estrategias que no generan ningún ganador ni perdedor. Después de la jugada no hay nada, y esto es extrapolable a las acciones humanas, las cuales están destinadas al fracaso. Se deduce, por lo tanto, que el diarista representa la vida como una ficción que tiene los mismos atributos que los juegos. Alexis Candia cita en su obra *El paraíso infernal en la narrativa de Bolaño* (2011) al sociólogo francés Caillois, quien delimita los rasgos constituyentes que conforman lo lúdico en su obra *Teoría del juego* (1958):

- 1- *libre*: a la cual el jugador no podría obligarse sin que el juego pierda en seguida su naturaleza de diversión atractiva y alegre;
- 2- *separada*: circunscrita en límites de espacio y tiempo precisos y fijados de antemano;
- 3- *incierto*: cuyo desarrollo no podría determinarse, ni conocerse previamente el resultado, pues cierta latitud en la necesidad de inventar debe obligatoriamente dejarse a la iniciativa del jugador;
- 4- *improductiva*: que no crea bienes, ni riqueza, ni elemento nuevo de ninguna clase; y salvo desplazamiento de propiedad en el seno de círculo de jugadores, acaba en una si-

²³ Peñaloza, Pablo. Roberto Bolaño *El Tercer Reich Aisthesis* no.50 Santiago dic. 2011. 284-289. Pág. 289

tuación idéntica a la del comienzo de la partida;

- 5- *reglamentada*: sometidas a convenciones que suspendan las leyes ordinarias y que instauran momentáneamente una legislación nueva, que es la única que cuenta;
- 6- *ficticia*: acompañada de una conciencia específica de realidad segunda o de franca irrealidad con respecto a la vida corriente. (21-22) (264).

El aspecto subversivo de la novela radica en que el diarista configura una concepción de la realidad equiparada a los juegos. En este sentido, y considerando el fragmento anteriormente citado, la vida en sí misma es una invención ficticia e irreal. No hay un referente de mundo objetivo. Un atributo de los juegos es su improductividad, el cual, dentro de la lógica de novela, es adjudicado a la vida misma. En este sentido, la existencia no posee ninguna finalidad pragmática (riquezas, bienes) y, las praxis humanas, al igual que las estrategias de un jugador avezado, acaban en una situación idéntica a la del comienzo de la partida (o acción de la vida); es decir, terminan en nada. Esto es explícito cuando el diarista platica con el «Quemado»:

«—La verdad es que no hay nada, Quemado. ¿Tú entiendes compromiso por obligación?

—No, para mí es un pacto.

—Pues, no tenemos ninguna clase de pacto, solo estamos jugando un juego, nada más.» (288).

A partir de la confesión anterior, se puede constatar que el diarista conforma una representación del mundo metafísicamente decadente. La vida, al ser identificada con los juegos de estrategia, pasa a convertirse en un cúmulo de acciones (estrategias) que no tienen ninguna finalidad trascendental ni pragmática. Es sólo un desplazamiento carente de todo sentido, pero que «divierte» o «consuela».

Por otra parte, no hay una separación entre mundo objetivo (conocido) y mundo inventado (ficticio). Eugenio Trias, ya da cuenta de la metafísica kantiana como la «*imposible ciencia límite sobre el límite*»: meditación que puede, en rigor ser llamada *metafísica*.²⁴ De algún modo, el autor, trata de señalar que la episteme moderna de Kant ha intentado delimitar el mundo objetivo-real (lo que puede ser conocido) de lo que no puede ser conocido (ideas problemas). El mismo autor da cuenta de que esta metafísica pretende ver la diferencia entre pensar y conocer, ya que:

«Hay para Kant cosas y objetos que pueden y deben ser pensados, pero no hay modo humano alguno de conocerlos. Sobre estos asuntos puede formarse la razón *ideas* [...] sobre las cuales cabe aventurar preguntas radicales y hipotéticas respuestas [...] Un hiato irremediable separa a dichas *ideas límites acerca del límite* de las realidades ignotas [...].»²⁵

Como constata Trias en la cita, esas ideas-problema son las que producen la diferencia entre lo que puede ser pensado y lo que puede ser objeto de conocimiento científico, y esa diferencia, nos «exige trazar la línea o límite que define el cerco de lo que puede ser conocido y aquel más allá»²⁶ en el que emergen «un surtido de ideas-problemas y de preguntas radicales (respecto al mundo externo, a nosotros mismos, al fundamento último de toda cosa [...])»²⁷. Y dentro de esta misma lógica, podríamos aseverar que Udo Berger genera una dinámica en que el mundo objetivo (lo que es objeto de conocimiento) y las ideas del más allá (lo que no puede ser conocido, los juicios) presentan el mismo nivel de irrealidad y ficción que los juegos, puesto que toda actividad humana y la realidad en su constitución global está cimentada bajo los rasgos de lo lúdico. Lo anterior posibilita que emerja un diarista que no tiene referentes objetivos en el mundo o bien no hace una dicotomía entre mundo real/ ficción (juego). Este sistema binario se ve quebrado, pasando todo a un plano intrascendente y sin referentes. Con respecto a los referentes objetivos, Jean Baudrillard señala en *Cultura y simulacro* (2008) que: «La simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo sin origen ni realidad: lo hiperreal» (9). De esta forma, se configura el mundo sin ningún referente ni verdad, como señala el mismo autor: «En

²⁴ Trias, Eugenio. *Los límites del mundo*. Barcelona. Ariel. 1985. Pág. 64

²⁵ Ibid. Pág. 58

²⁶ Ibid. Pág. 59

²⁷ Ibid. Pág. 59

este espacio cuya curvatura ya no es lo de lo real, ni de la verdad, la era de la simulación se abre, pues con la liquidación de todos los referentes [...]» (11). Bajo el prisma de las ideas anteriormente citadas, se puede establecer que, en la obra indagada, Berger consigue dar cuenta de una configuración de mundo sin referentes, es decir, un mundo cuya arquitectura es la de los juegos (ficción e irrealidad), si consideramos el siguiente extracto: «[...] y en resumidas cuentas todos nosotros éramos como fantasmas que pertenecían a un Estado Mayor fantasma ejercitándose continuamente sobre tableros de Wargames [...]» (356). En consecuencia, para el diarista la vida es un tablero de juegos, un modelo ficticio, sin referentes, origen y realidad. Podría equipararse a una simulación, la cual según Baudrillard: «vuelve a cuestionar la diferencia de lo “verdadero” y de lo “falso”, de lo “real” y de lo “imaginario”»²⁸, y que, además: «[...] parte del principio de equivalencia, de la negación radical del signo como valor, parte del signo como reversión y eliminación de toda referencia».²⁹

En el comienzo de la novela, Berger desvela entusiasmo y regocijo con la posibilidad de ir perfeccionando sus conocimientos y estrategias en lo que concierne al mundo de los juegos de simulación de guerras. Alexis Candia cita a Caillois, el cual refiere en su *Teoría del juego* cuatro categorías de lo lúdico, y una de estas categorías se denomina *agôn*, en la cual:

«[...] lo lúdico aparece como una competición, vale decir, como un combate donde se crea artificialmente la igualdad de oportunidades para que los antagonistas se enfrenten en condiciones ideales [...]» (282) y, además, el ejercicio del *agôn* implica: «[...] una preparación apropiada, esfuerzos asiduos y voluntad de vencer. Implica disciplina y perseverancia [...] El *agôn* se presenta como la forma pura del mérito personal, y sirve para manifestarlo [...]).»³⁰

Bajo los lineamientos de la novela, se puede aseverar que Berger pierde aquel entusiasmo individualista y va tomando conciencia de la futilidad y el vacío que impregna el juego en el cual es campeón. Como refiere Candia:

«[...] Berger enfrenta una doble derrota —tanto con la partida con el “Quemado” como con su relación con Frau Else— que lo sitúa en el sendero tradicional de los personajes bolañinos: el fracaso.»³¹

Este fracaso, no sólo se vislumbra por la conciencia del sin sentido que entraña el juego que practica, pues también se atisba en una desahogada conciencia de la muerte y difuminación que anula los actos humanos protagónicos y trascendentes, por lo que todo deviene en un desecho irrelevante. Esto queda aseverado en una pesadilla, en la cual el narrador juega con el Quemado cerca del mar. El tablero se encontraba en un parapeto y Berger estaba perdiendo irrevocablemente en una noche gélida. El nivel del agua comenzaba a ascender lentamente, situación que angustiaba al narrador:

«El agua era negra y impedía que moviera los brazos y las piernas de tal modo que no podía reorganizar mis fichas en el mapa ni echar a correr detrás del Quemado. El dado, blanco como la luna, estaba con el 1 dado vuelta hacia arriba [...] Pronto el agua arrebató el tablero del parapeto y éste, junto con los force pool y las fichas, comenzó a flotar y a alejarse de mí. ¿Hacia dónde irían? [...] La fichas, más de quinientas, boyarían juntas los primeros minutos, luego inevitablemente se separarían, hasta perderse en el fondo del mar; el mapa y los force pool, más grandes, ofrecerían mayor resistencia e incluso había la posibilidad de que el oleaje los varara en un roquerío donde se pudrirían apaciblemente. Con el agua hasta el cuello pensé que al fin y al cabo sólo se trataba de trozos de cartón.» (297).

El narrador toma conciencia de que aquellas figuras del tablero son sólo cartón que se difumina en el agua, lo que simboliza la muerte y la dispersión. De modo que las acciones humanas están condenadas a la misma lógica de fracaso: a ser sólo acciones de cartón que se deshacen bajo el oleaje irreversible e inexorable de la aniquilación. En la producción escritural bolañesca el océano está aso-

²⁸ Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona. Editorial Kairós. 2008. Pág. 12

²⁹ Ibid. Pág. 17

³⁰ Candia, Alexis. *“El paraíso infernal en la narrativa de Roberto Bolaño...”* Op. Cit. Pág. 282

³¹ Ibid. Pág. 284.

ciado el fin, a la desaparición absoluta. Patricia Poblete relaciona el Apocalipsis bíblico con la representación simbólica del mundo subacuático en *El Tercer Reich*:

«Los textos bíblicos subrayaron la condición abismal del océano, llamándolo “infierno de hielo”, y situaron en él —simbólicamente, por supuesto— el reducto del Leviatán y de la muerte; por eso, entre otras razones, en el nuevo mundo el mar desaparece [...]. En *El Tercer Reich* prima esta visión negativa del mar, que aparece como un monstruo amenazante, “dispuesto a saltar sobre el Paseo Marítimo en cualquier momento” (2010: 244) [...]»³²

Este tipo de configuración del mundo, determinada por la omnipresencia de la muerte, ya está inscrita en el título de la novela póstuma 2666, el cual está tomado de un fragmento en apariencia insignificante de otra novela suya, *Amuleto*, que a su vez es un relato dilatado de un capítulo de *Los detectives salvajes*:

«La (Colonia) Guerrero, a esa hora, se parece sobre todas las cosas a un cementerio, pero no a un cementerio de 1974, ni a un cementerio de 1968, ni a un cementerio de 1975, sino a un cementerio del año 2666, un cementerio olvidado debajo de un párpado muerto o nonato, las acuosidades desapasionadas de un ojo que por querer olvidar algo ha terminado por olvidarlo todo.» (pp.76-77).

Atendiendo a la cita, es posible entender el mundo de Berger como la Colonia Guerrero, vale decir, como una interminable sucesión de tumbas donde no se conservarán los restos pútridos de la historia, ni las grandes partidas realizadas en los Wargames. A partir de la descripción de este mundo como cementerio (a nivel del narrador). Es explícito, a raíz de lo anteriormente descrito, que se presenta un quiebre con la categoría literaria denominada diario de vida. Leonidas Morales señala que el diarista tiene la intención de desentrañar una verdad: «pero no lo hace en el solipsismo de una subjetividad cerrada sobre sí misma [...]». (85). Si nos atenemos al mundo erigido por Berger, nos percatamos que sus registros desvelan a un sujeto escritural que comienza a perder gradualmente el contacto con los otros, hasta llegar a un nivel irremediable, en que se encuentra solo y sin proyecciones sobre un tablero en que ya no tiene sentido seguir jugando. Con el transcurso de los días, registrados e hilvanados cronológicamente, es posible dilucidar en Berger una pérdida casi absoluta en relación al mundo y los otros. Más que un personaje con roles y un discurso consistente de la vida y de las circunstancias que lo envuelven, tenemos a un fracasado que ya no posee un horizonte de sentido que dé coherencia a su actuar. Con respecto a esta clase de personajes, Blas Matamoro constata: «Aún el aspecto exterior del personaje pierde su unidad antropológica y referencial, tornándose animalesco, invisible o mero portador de una inicial a guisa de nombre».³³ Ante la omnipresencia de la muerte no cabe ninguna esperanza, el desenlace es la borradura. Es por esta razón que Udo deja de confeccionar artículos especializados y de jugar partidas, ya que no tiene sentido buscar mejores estrategias y acrecentar sus destrezas. Todo lo que se busca y encuentra en el juego de la vida está condenado a la muerte. Por tanto, «buscar» mejores estrategias no tendría sentido en un mundo contemplado desde aquella perspectiva nihilista y decadente. Al respecto Espinosa señala en su artículo acerca de 2666 que:

«[...] para Bolaño lo indeterminado es la vida y la determinación es la muerte. Todo aquello que se territorializa, que se fija, muere [...] Hallar es igual a muerte. Todo lo que se encuentra, muere o está muerto. Tal como los cadáveres encontrados en Santa Teresa.»³⁴

Por consiguiente, queda anulado el rasgo que se le concede al diario íntimo como la representación de: «Una conciencia que se interroga en silencio y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre» (Morales 85). Estamos ante un diarista que ya no busca nada, pues perdió de forma radical una directriz motivacional que oriente sus pasos, ante un mundo destinado a la desaparición. Frente a este panorama desolador, ya no es importante registrar los acontecimientos cotidianos ni tiene

³² Poblete, Patricia. *Bolaño: otra vuelta de tuerca*. Chile. Editorial Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 2010. Pág. 73.

³³ Matamoro, Blas. “Historia, mito y personaje”. En *Cuadernos Hispanoamericanos* 467. Mayo 1989. Págs.41-86. Cita en pág. 51.

³⁴ Espinosa, Patricia “Secreto y simulacro en 2666 de Roberto Bolaño”. *Revista Estudios Filológicos*. 41 (2006). Págs. 71-79. Cita en pág. 78.

sentido revolucionar las maneras de jugar el wargame *El Tercer Reich*. Además, diario termina abruptamente, sin ningún indicio de que su creador galvanice su antiguo interés por el mundo de los juegos de estrategia.

© Felipe Zúñiga Amaro

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona. Editorial Kairós. 2008.
- Blanchot, Maurice. “El diario íntimo y el relato” en *Revista de Occidente* No. 182-183 (Septiembre 2012).
- Bolaño, Roberto. *Amuleto*. Barcelona. Anagrama. 1999.
- Bolaño, Roberto. *El Tercer Reich*. Barcelona. Anagrama 2010.
- Braithwaite, Andres. *Bolaño por sí mismo. Entrevistas escogidas*. Santiago. Ediciones Universidad Diego Portales. 2011.
- Candía, Alexis. *El paraíso infernal en la narrativa de Bolaño*. Chile. Editorial Cuarto Propio. 2011.
- Espinosa, Patricia. “Secreto y simulacro en 2666 de Roberto Bolaño”. *Revista Estudios Filológicos* 41 (2006): 71-79.
- Jünger, E. *Acerca del nihilismo*. Barcelona. Paidós. 1994.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona. Anagrama. 1996.
- Lyotard, Jean-Francoise. *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid. Cátedra. 1984.
- Manzoni, Celina, ed. *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*. Buenos Aires. Corregidor. 2002.
- Matamoro, Blas. “Historia, mito y personaje”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 467 (1989): 41-86.
- Morales, Leonidas. *La escritura de al lado. Géneros referenciales*. Chile. Editorial Cuarto Propio. 2001.
- Peñaloza, Pablo. Roberto Bolaño *El Tercer Reich* *Aisthesis* no.50 Santiago dic. 2011, 284-289.
- Poblete, Patricia. *Bolaño: otra vuelta de tuerca*. Chile. Editorial Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 2010.
- Picard, Hans. “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. (2006). Recuperado el 15-09-2012 en <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=18429>
- Trias, Eugenio. *Los límites del mundo*. Barcelona. Ariel. 1985.
- El Manifiesto infrarrealista. [en línea]. [consulta: 16 de septiembre 2012]. Disponible en www.infrarrealismo.com

Felipe Zúñiga Amaro. Licenciado en lengua y literatura hispánicas y profesor de castellano (PUCV). email: felipe.zuniga.amaro@hotmail.com

JAMES JOYCE O LAS EPIFANÍAS EN LA COTIDIANEIDAD

por Jonatan Frías

La afectación literaria acecha detrás de cada página o en la esquina de una bofetada. La experiencia vivida como parte de una integración en donde se disuelvan las palabras en imágenes y las imágenes en recuerdo archivado, son parte de una cotidianidad en donde hasta los más profundos abismos te miran y participan de su sino dialogal. La modernidad narrativa del siglo XX trajo consigo una serie de elementos que dotaron a las letras de una potencia estética ancilar. La forma por sobre el fondo. No más la idea moralizante, la moraleja con punto final, la literatura *educadora*, *formadora*. Ahora el lector formaba parte de la narración, nunca más un mero espectador. Se le dotó de una opinión, de una voz. *Rayuela* de Cortázar o *Se una notte d'inverno un viaggiatore* de Calvino, basten como ejemplo. El perfil psicológico de los personajes, heredado de la novelística de Dostoievsky, se potencializa y da como resultado una nueva estructura de personaje, una especie de anti-héroe apático y afásico: un esteta, para decirlo con Kierkegaard.

La misma idea de anti-héroe que podemos rastrear en Nietzsche alcanza sus más altas prefiguraciones descriptivas en figuras como Faulkner, Hemingway, Joyce, Beckett, Ionesco, Camus, entre otros. Persona(jes) dotados de todas las herramientas intelectuales para no desfallecer en su estructura interna y sí, alcanzar nuevas cimas descriptivas dentro del monólogo interno: atrás queda la mera reflexión a lo Shakespeare; ahora hay que llevarla a la acción, a participar de su temporalidad sin esos complejos lamentables y lastimeros a lo Sartre.

En la ficción moderna encontramos delineadas y expuestas esas revelaciones que provocan cambios de visión común, en la literatura tradicional es muy frecuente la utilización del personaje, como ente incomparable al hombre real e imposible de alcanzar por él: modelos de la prosa francesa del XIX, personajes *tipo* que idealizan las virtudes para prefigurar los clichés sobre los que se construyen las leyes moralizantes. En la novela moderna los paradigmas cambian, se refutan los grandes relatos con otros que van a tratar al personaje, como un ser de la realidad en el que cualquiera se puede reflejar sin problema alguno. Con la obra de Joyce, se va a ver concluida hasta la más profunda de las formas la aspiración al reflejo de la supuesta insustancialidad del hombre, la vuelta a los impulsos mediante la lucha freudiana.

La creación de un término que va trascender incluso las trincheras literarias, busca en sus personajes formas de privilegiar acciones momentáneas, viables para todos pero con la individualidad que cada persona posee en su propio mundo. Con una profunda intención poética y mediante mecanismos simbólicos, es posible recuperar por un instante la intensidad de la vida a través de los personajes de Joyce. Sus denominadas *epifanías*, destellos en los que el enigma se abre por un momento y se muestra privado de las luces que engañan y de las sombras que asustan, del bullicio que resuena y de los componentes e impurezas que amargan el gusto, se dispersan las esencias y adormecen el tacto, se muestran los misterios en evidencia vibrante e inmediata a los sentidos.

La oscilación de esa verdad cambiante en cada individuo, se convierte en trascendente para el poeta, la retoma y la forja como un muestra de las conciencias perdidas dentro de un mundo enigmático, que no le bastan los millones de años de su existencia para darse cuenta que la verdad absoluta es inalcanzable y que cada uno contamos con sólo unos momentos de esperanza lúcida que sintetizará lo simbólico de la existencia al final de cada vida. La transcendencia de lo intrascendente resulta una fórmula atinada para la asimilación de lo real, sin dejar de lado lo culminante como tal que no se rebasa en la búsqueda del conocimiento.

«La voz del director que le excitaba desplegando ante él las orgullosas prerrogativas de la Iglesia y el misterio y el poder del oficio sacerdotal, resonaba en vano en su memoria. Su alma no estaba allí

para oírla y recibirla y comprendió en aquel discurso que había escuchado se le había convertido ya en una fábula vana y convencional.» El monólogo anterior se desarrolla en el interior de Stephen Dédalus, personaje central de *El retrato de un artista adolescente*, y muestra como una revelación repentina llega a su vida. Su disciplina religiosa es ferviente a un tiempo, ciertos signos comienzan a tomar forma y descubre la verdad sobre su existencia en ese momento, el anuncio estremece sus sentidos y la ruptura con el pasado es letal. Una verdad se le ha presentado; el llamado es inevitable, no hay marcha atrás. *¡Vivir, errar, caer, triunfar, volver a crear la vida con materia de vida!* que más da, cuando un relámpago le ha permitido dudar.

La duda, una lucha delicada de afrontar que avista el peligro entre lo correcto y lo no, a contra tiempo es necesario decidir, pero cuando se hace, un paso libera al espíritu y le permite aproximarse hacia la luz. Un regalo secreto para el humano que se sumerge en la especulación para salir o hundirse en el abismo.

«Tenía las mejillas encendidas; el cuerpo, como una brasa; le temblaban los miembros. Y avanzó adelante, adelante, adelante, playa afuera, cantándole un canto salvaje al mar, voceando para saludar el advenimiento de la vida, cuyo llamamiento acababa de recibir. La imagen de la muchacha había penetrado en su alma para siempre y ni una palabra había roto el santo silencio de su éxtasis. Los ojos de ella le habían llamado y su alma se había precipitado al llamamiento. *¡Vivir, errar, caer, triunfar, volver a crear la vida con materia de vida!*»

Volver a crear la vida con materia de vida, frase que resume una de las posturas joyceanas. La idea de la renovación a partir de descubrimientos insustanciales en apariencia, un cambio desde la perspectiva simbólica de una diferente forma de apreciación de los hechos, que ni siquiera es necesaria la aparición de alguien más para conferir la nueva mirada. La divinidad desaparece y el hombre se encuentra solo en sus acciones, quizás hasta él mismo las propicia, sólo basta con reconocer lo indifferente dentro de su vida común.

En Stephen Dédalus, la renuncia a lo que siempre creyó fervientemente sería su vida, se presenta de manera inesperada y es él el único en percatarse de los cambios, tras un corto periodo de reconocimiento de algo que le despidе y rompe con una decisión engendrada en otro tiempo, da paso a cierta luminosidad encantada que proporciona un aliento de vida, en un instante que se abre entre vagas sombras incidentales que pronto desaparecerán.

«Un ángel salvaje se le había aparecido, el ángel de la juventud mortal, de la belleza mortal, enviado por el tribunal estricto de la vida para abrirle de par en par, en un instante de éxtasis, las puertas de todos los caminos del error y de la gloria. *¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!*»

El ángel mortal es el que hace acto de presencia, no el divino ni el etéreo, Stephen como anunciador de él mismo y a su vez el responsable de asentar las refutaciones que la vida despliega, el acto de elegir en un mundo real expuesto a la subjetividad sensata e instintiva de cada humano, que acepte o desmienta su realidad incierta por el paso del tiempo en el intento de sujetar las acciones convenientes para cada momento.

Los instantes epifánicos son efímeros, las consecuencias perdurables pero no por siempre, el ritmo del tiempo marca la necesidad de cambios, la urgencia por descubrir nuevas cosas, la secuencia lleva a lo cotidiano y la ruptura es la espera al cambio de la renovada red de sombras que va convirtiendo la vida en penumbra, en aguardo de otra luz capaz de contener el tiempo por instantes. La entrada hacia lo absoluto casi siempre es reconocida por lo abismal, por unos instantes Dédalus sustituye toda una concepción que por momentos aparecieron como lo único absoluto y verdadero de su vida.

«Su alma desfallecía lentamente mientras oía caer la nieve sobre el universo. Caía suavemente, como si se tratara del advenimiento de la hora final, sobre los vivos y los muertos.»

Lo anterior describe el resultado de otro de los personajes de Joyce en el cuento de *Los muertos*. Después de una presencia epifánica, el relato resulta absorbente en la idea trágica, gracias a una

imagen sin sentido para cualquier otro, menos para Gabriel, se suscita este resultado anímico en una persona que minutos antes no tenía ni la menor idea de lo que ese día se convertiría para él.

«Se quedó quieto en la penumbra del vestíbulo y trató de reconocer la canción, mientras observaba a su esposa. Había gracias y misterio en su actitud, como si ella fuera el símbolo de algo. Se preguntó qué símbolo podía representar una mujer parada en las sombras de una escalera, escuchando música distante.»

La imagen de su esposa escuchando música es la partida a todo un razonamiento inesperado y aberrante, que trastorna por completo la visión del personaje para concluir en el desfallecimiento de su alma como al final del cuento se narra, para dar paso a una distinta visión futura de su vida.

Hace mucho que creo en cierta presencia del azar para asumir la vida como una sorpresa que depara cambios inesperados en lo tangible: en la contingencia. La epifanía de Joyce la percibo como una de esas inefabilidades que permiten a la ruptura, una fascinación, inexplicable tal vez, pero de este mundo que nos sujeta a experiencias comunes a los demás, pero que a su vez nos permite disolvernos en la individualidad quimérica de cada uno de nosotros, *en la vida estéta*.

La muerte con todo y su multiplicidad, es un concepto que se revela en la unicidad de cada hombre, que se intransfiere y se comprende con peculiaridad. Para mí, su acercamiento resultó revelador en la idea de lo epifánico, pero para cada quien tiene sus propios resultados ante similares experiencias. Yo nunca podré comprender como una simple conversación —reunión de símbolos— a mi entender intrascendentes, puede alterar la vida de Stephen Dédalus. ¿Cómo comprender la imagen de una mujer parada en un vestíbulo y darle el sentido que para Gabriel estremeció su razón? Las debilidades de cada humano se distinguen y se hacen múltiples, las experiencias ante un mismo fenómeno nunca podrán ser iguales, pero siempre en la intrascendencia habrá quien le descubre la trascendencia. La eventualidad está girando en el mundo mientras que el hombre está en espera de la disolución de su arribo para renovar su existir.

© Jonatan Frías

Jonatan Frías. (1980). Nací en algún lugar de México y he vivido en muchos otros, de ahí que no tenga una sola raíz. Soy un lector tan comprometido como indisciplinado, sin sistema. Escribo por una necesidad irreflexiva, como cualquier otra. La Literatura, la Filosofía y recientemente la Historia conforman un grupo de hábitos igualmente irreflexivos. El rock y el jazz brindan estructura a mi sistema al igual que el café y los cigarros. Esto es lo que hay, sin arrogancias ni pretensiones literarias: sin curriculums panfleteros ni poses de apador. Blog: www.parentesis.blogspot.com

***LAS MIL Y UNA NOCHES*, ESE FANTASMA LITERARIO**

por Jesús Greus

Mencionar *Las mil y una noches* invita a evocar escenarios de la Arabia Feliz, apretados laberintos urbanos de alminares, cúpulas y azoteas, desoladoras arenas de desiertos sin fin y escuálidos palmerales donde abrevan sedientos camellos. Y también, tapices voladores, barbudos magos tocados de turbantes y ataviados de albornoces, genios que emergen de lámparas y odaliscas recluidas en harenes. Un mundo y una estética, en definitiva, árabes. Nadie dudaría en afirmar hoy día, en consecuencia, que se trata de un libro árabe musulmán. Sin embargo, ¿fue árabe el origen de estos cuentos entrelazados, encadenados casi hasta lo infinito? El asunto es complejo. Borges matizó que «en la edificación de *Las mil y una noches* han colaborado los siglos y los reinos». Veamos de qué modo.

La gestación de esta colección de fábulas orientales, conocidas en Occidente bajo el título de *Mil y una noches*, se pierde, nunca mejor dicho, en la noche de los tiempos. A pesar de la complejidad que entraña determinar su génesis, es evidente que estos cuentos descenden, en primer lugar, de una antiquísima **tradición oral**. Siglos antes de ser recopilados por escrito, fueron ya escuchados en las noches orientales. Pero ¿a qué Oriente nos referimos? Ya desde el siglo XVIII, cuando el libro fue descubierto en Europa, y aún más durante el XIX, se esgrimieron y discutieron con pasión muy diversas tesis acerca de los orígenes de esta peculiar colección de cuentos. Empecemos por el principio.

De manera sospechosa, *Las mil y una noches* guarda extraordinarias coincidencias con la gran compilación sánscrita de cuentos llamada Calila y Dimna. La sola diferencia es que sus protagonistas son humanos y genios, en lugar de animales, como en este último libro. No obstante, al igual que Calila y Dimna, su táctica, y también su magia, estriba en un ingenioso encadenamiento de relatos que convierten su trama en un juego de espejos en el que, a menudo, el lector, o quien escucha, se pierden. «Con cuentos que están dentro de cuentos —advirtió Borges— se produce un efecto curioso, casi infinito, con una suerte de vértigo.»

El propio nombre del Rey Schahriar, a quien se relatan los cuentos a lo largo de tres años, y que es descrito como «señor de las islas de Al-Hind», o sea la India, es de por sí un nombre ario. Según Cansinos Asséns, en su *Estudio Literario-Crítico de Las mil y una noches*: «Todo cuanto hay de fabuloso en el libro procede de la India, del fondo fantástico de esas grandes creaciones del Mahabharata y el Ramayana, donde ya se encuentra esa mitología teológica de ángeles, demonios, hadas y genios que en las Noches pululan, así como también esa fauna monstruosa de hombres-peces, hombres-monos, etcétera, que en ellas se describen. El paisaje y la atmósfera de *Las mil y una noches* son hindúes.»

¿POR QUÉ LA NOCHE Y NO EL DÍA?

¿No podía haberse titulado esta colección de cuentos *Los 1001 días*? ¿Acaso no podía haberlos relataado Sherezade al Rey Schahriar, por ejemplo, durante las largas tardes estivales, a resguardo del sofoco, la canícula y el sol implacable de Extremo Oriente? No me resisto a citar aquí la bella descripción que hace Cansinos sobre este particular: «Todo en Oriente reposa adormecido durante el día ardiente y deslumbrante; es por la noche cuando la Naturaleza y los hombres se reaniman y empiezan verdaderamente a vivir. En esas horas dulces y tranquilas, oreadas por las brisas fragantes, es cuando las mujeres dejan el harén y se reúnen en las azoteas de sus casas, para solazarse y gustar sorbetes perfumados y contarse historias, y también los hombres se juntan en atrios, plazas y terra dos, para saborear el placer de la sociabilidad y trenzar diálogos y contarse historias vividas o escuchadas.»

Quien haya viajado por regiones cálidas de la India en sus tórridas madrugadas podrá atestiguar que, hasta en el más mísero villorrio, la gente hace tertulia hasta las tantas, a la luz de lámparas de gas, tendida sobre astrosos jergones. Es, pues, normal que esos cuentos, hace muchos siglos, se relataran

con nocturnidad, cuanto más al amparo de los frondosos, frescos y aromáticos jardines de los maharajás.

Sí existe, a propósito, un libro titulado *Los mil y un días*, también de dudosos orígenes y parodia del que nos ocupa. En él se recogen cuentos persas, indios, turcos y chinos, vertidos a lenguas europeas, en el siglo XVIII, por varios orientistas con intención de repetir el extraordinario éxito de la primera divulgación de las Noches en Europa, debida al francés Galland.

En cuanto a su número, tampoco este detalle es debido al mero azar. ¿Por qué precisamente 1001 y no 950 o 1300? De nuevo según Borges, «el título original enumeraba mil noches. El supersticioso temor de las cifras pares indujo a los compiladores a agregar una y esa una basta para sugerir lo infinito.» No en vano, el número capicúo es símbolo de infinitud. Alude, pues, a una ilimitada concatenación de historias, laberinto sin salida, dédalo sin retorno.

LA TESIS ARIO PERSA

De entre los más eminentes persianistas del siglo XIX, el filólogo francés, especialista en sánscrito y en literatura india, Louis-Mathieu Langlès fue, como no podía ser menos, el principal defensor de la génesis ario persa de las Noches. Según él, los primeros cuentos persas se inspiraron en un original sánscrito. La dificultad para demostrar esta tesis consiste en que dicho original, si es que verdaderamente existió, no ha sido hallado jamás. Langlès invoca, pues, como versión más antigua cierta obra persa, escrita en pahlavi, llamada el *Hasar Afsanah* o *Los mil cuentos*. Su autor es anónimo, y, para complicar más las cosas, tampoco dicha obra ha sido nunca encontrada. La única huella que nos ha llegado de ella, cual frágil trazo escrito sobre arena, es su título y una sucinta alusión que figuran en un libro titulado *Praderas de oro y minas de perlas*, debido a la pluma del polígrafo árabe Abu A1-Hasan Al-Masûdí, que vivió en Basora en el siglo X y viajó por Siria, India, Ceilán, China e Indochina. Ahí puede leerse: «Como el libro titulado *Los mil cuentos*. Es el libro que comúnmente llaman *Las mil noches*, y que contiene la historia del rey, del visir, de la hija del visir y de la nodriza de ésta; los nombres de estas mujeres son Schirzad y Dinarzad.» La coincidencia con los nombres de las protagonistas de las Noches es evidente. Éste es, pues, el principal argumento —la referencia a un libro persa titulado *Los mil cuentos*— esgrimido, a partir de entonces, por todos los defensores de la tesis persa y ario persa.

Pero ahondemos en aquel posible original ario, por desgracia perdido. Hammer Purgstall, orientalista austriaco del XIX afincado en Turquía, menciona a ciertos hombres que él llama *confabulatores nocturni*, o relatores nocturnos. Gente cuyo curioso oficio era ése: el de referir historias y fábulas durante la noche. Y cita, además, un antiguo texto persa según el cual el primer monarca que reunió narradores nocturnos, a fin de distraer su insomnio, fue Alejandro de Macedonia durante su aventurada campaña de la India. Esta información la corrobora un tal **Mohamed Ibn Ishaq, hagiógrafo** al servicio del califa abasí Al Mansur, quien dice que Alejandro se hacía acompañar, en efecto, de un séquito de narradores.

«La India —puntualiza Cansinos—, en que todas las cosas eran ya viejas cuando Alejandro Magno (s. IV a. C.), joven como un dios, irrumpió en ella, seguido de un ejército de guerreros, poetas y filósofos. Mucho antes de Alejandro, los persas, vecinos y consanguíneos de los indios, habían tomado de estos muchas cosas.»

No parece, pues, plausible que Alejandro fuera el primero en hacerse acompañar de cuentistas. Se dice, al contrario, que, ya antes que él, los antiguos maharajás hindúes fueron proclives a dicha costumbre en aquellos extravagantes palacios suyos sobrecargados de celosías de mármol, pinturas murales y densos perfumes emanados por pebeteros. Es más, se supone que, a veces, sus propios ministros hacían de narradores con la solapada intención de sermonear al rey por medio de las fábulas animalescas y, así, influir en su política. Con el tiempo, algunos de aquellos maharajás mandaron poner por escrito sus historias preferidas. Fue así como nacieron en la India aquellos antiquísimos libros llamados el *Panchatantra* y su posterior compendio, el *Hitopadesa* o «Instrucción provechosa». El *Panchatantra*, que significa «Cinco discursos», fue escrito hacia el año 300 d. C., probablemente en la región de Cachemira.

El primero en verter el Panchatantra del sánscrito a otra lengua fue el poeta persa Rudegui, natural de Samarcanda, allá por el siglo VI de nuestra era. Le puso por título *Calila y Dimna*, nombre por el que sería conocido en Occidente. Rudegui era, por cierto, ciego, y gustaba de cantar sus propios poemas acompañándose al laúd. La posterior versión árabe, traducida del persa, se debe a un iraní del siglo VIII llamado Ibn al-Muqaffa. Fue ésta la que se divulgó en Europa y se tradujo en España al castellano por encargo del Rey Alfonso X.

Considerado todo esto, no sería, pues, de extrañar que fuesen también los persas los primeros en recopilar esa otra posible colección de cuentos indios a la que pusieron por título *Hasar Afsanah* o *Los mil cuentos*. Según define con agudeza Cansinos, «los persas son un término medio entre la grandeza desmesurada de la India y la nulidad imaginativa de los semitas».

LA TESIS PERSA

Sin embargo, Francis Burton, el gran orientalista británico, políglota e inveterado viajero, autor de la primera versión inglesa completa de las Noches, fue un ardiente defensor de la tesis exclusivamente persa. Burton supone que la obra árabe que conocemos bajo el título de *Las mil y una noches* es la arabización de un original persiano, ya fuera el *Hasar Afsanah* o cualquier otro libro también perdido. Por cierto que la traducción inglesa de Burton, publicada en 1850 y que ocupa nada menos que 17 tomos, provocó bastante escándalo en la Inglaterra victoriana al no escatimar detalles escabrosos. En el prólogo advierte que su traducción está realizada no forzando la literalidad, sino «escribiendo como hubieran escrito los árabes en inglés». ¡Menuda osadía! Y añade: «Mi obra se proclama una fiel copia del gran libro-saga oriental, preservando intacto no sólo su espíritu, sino la *mécanique*, la forma y la sustancia.»

Según Burton, el texto de las Noches, al ser traducido al árabe, fue inevitablemente islamizado, del mismo modo que el *Calila y Dimna* fue cristianizado en sus versiones europeas. También la colección de cuentos de la roma antigua y pagana llamada *Gesta Romanorum*, compilada hacia el siglo XIII, fue adaptada al estilo cristiano y caballeresco de la Europa medieval. Ésta ejercería después gran influencia sobre autores como Chaucer, Boccaccio o el mismo Shakespeare. Las traducciones, pues, se adaptaron siempre a la cultura local. Nunca mejor dicho: traduttore traditore.

En defensa de su tesis, Burton argumenta que el contenido de las revelaciones hechas por los ángeles a Balukía acerca de los arcanos del Universo forma parte de la cosmogonía persa; que el Jeque del Mar que encuentra Simbad el marino en sus viajes ya figura tal cual en el romance persa de *Kamaraupa*; que la *Historia de Seifu-l-Muluk* —noches 422 a 437— es una copia de cierta novela amorosa persa del siglo noveno; que los diversos cuentos relativos a mujeres bribonas contenidos en las noches 344 a 365 son la transliteración del famoso libro persa titulado *Libro de Sindibad* o *de Sendebâr*, divulgado en español como *Libro de los engaños* y traducido en el siglo XIII por esa iniciativa real conocida como Escuela de Traductores de Toledo.

Todos estos argumentos de Burton en defensa de la génesis exclusivamente persa del libro no son, sin embargo, lo bastante concluyentes como para desestimar de una vez por todas el posible origen indio de, al menos, una parte de él, a más de los posteriores añadidos árabes que hoy forman parte indeleble de la obra.

Cansinos, por su parte, insiste en que debe reconocerse «la parte que el genio ario o ariopersa haya tenido en su elaboración; es indudable que hay en ella un fondo de tradición aria, antiquísima, contemporánea de esas épocas casi prehistóricas en que se formaron las mitologías de todos los pueblos convenientemente llamados indoeuropeos o indogermánicos, grupo en que entran no sólo los indos y los persas, sino también los propios griegos.»

EL ESLABÓN PERDIDO

Jamás existió una Sherezade que contara cuentos a un rey «neurótico», en expresión de Cansinos. Su nombre es, por supuesto, un subterfugio literario destinado a recopilar un montón de fábulas, anécdotas y cuentos orientales muy antiguos. Los nombres de los autores originales de esas historias fantásti-

cas pobladas por magos, genios y príncipes transmutados en monos o en pájaros se han perdido para siempre en el piélagos de los siglos y en el tejemaneje de las traducciones. No los conoceremos jamás. Historias, por otra parte, enriquecidas y retocadas por los propios cuentistas indios y persas a lo largo de remotos siglos.

En cualquier caso, este libro fabuloso y antiguo estaba llamado a un destino universal, y ello sucedió de la mano de los árabes. Allá por el año 651, en plena expansión del islam, el jalifa Omar derrotó al último Rey sasánida, Yazdgard III. La conquista del imperio persa tendría profundas consecuencias, pues los árabes, nos recuerda Cansinos, «recogieron como botín de guerra no sólo un vasto imperio territorial, sino también el rico patrimonio espiritual de la vieja nación irania, y entre esos tesoros figuraría el famoso libro». Se refiere a *Los mil cuentos*. Y así, supuestamente, el libro pasa a manos de traductores que lo vierten a una lengua árabe «florida y elocuente». Los persas, el eslabón perdido en esta historia, fueron, pues, los primeros intermediarios entre Oriente y Occidente, papel que ahora les tocaría representar a los árabes, quienes recogieron multitud de obras y conocimientos de China, India, Persia y Grecia, y los transmitieron en árabe a Al Andalus, ruta por la que pasarían a Europa.

El siguiente eslabón de este enorme trasvase cultural del Este hacia el Oeste fue la llamada Casa de la Sabiduría, *Dar al-Hakim*, fundada en Bagdad en el siglo IX por el califa abasí Al Mamún, hijo del célebre Harún Rachid, rey poeta cantado, precisamente, en diversos cuentos de las Noches. Relata la leyenda que una noche se apareció en sueños Aristóteles al califa Al Mamún y le aconsejó estudiar la filosofía de la antigua Grecia. Y así nació aquella Casa de la Sabiduría en la que el califa reunió a grandes sabios de su tiempo y que fue dotada de una biblioteca y un *scriptorium* donde se vertieron al árabe multitud de obras de ciencia y filosofía a partir de sus originales en pahlavi, sánscrito, siríaco o griego. Los copistas y traductores fueron puestos a las órdenes de los sabios hermanos Banu Musa, o sea, los hijos de Muza. Ésta fue una de las grandes contribuciones del imperio islámico: la transmisión de cultura y conocimientos ajenos. «Los árabes —en opinión de Cansinos— son hombres de gran sensibilidad, pero de poca imaginación.»

Sin embargo, según Von Hammer-Purgstall, la traducción al árabe de las Noches fue anterior: «Todo induce a creer que el original de *Las mil y una noches* fue traducido al árabe siendo jalifa Al-Manzur, es decir, treinta años antes de serlo Harún Rachid, que luego había de desempeñar en esas historias tan preponderante papel.» Esto demuestra, pues, que se añadieron cuentos con posterioridad a la primera traducción árabe. Purgstall realizó, por cierto, su versión alemana, publicada en 1823, a partir de manuscritos árabes hallados en Estambul y en El Cairo. Al año siguiente apareció otra versión alemana, debida a la mano de un cierto doctor Max Habicht, realizada a partir de otro manuscrito tunecino.

Burton, por su parte, calcula la redacción actual del libro en el siglo XIV. Otros autores afirman que la primera compilación árabe se realizó en El Cairo a finales del siglo XV. Es difícil, en fin, precisar estos datos, pues los árabes no aportan fechas concretas. Sólo la mención de ciertos personajes históricos en un cuento determinado, como el califa Harún Rachid o el músico Ibrahim al Mosulí (ambos de finales del s. VIII e inicios del IX), nos permiten situar aquél, con precisión, en un momento histórico. Silvestre De Sacy, de quien a continuación hablaremos en detalle, puntualiza a este respecto: «Los cuentos en los que el Califa Harún, contemporáneo de Carlomagno, juega un papel tan destacado no pueden haber sido añadidos sino dos siglos al menos tras la muerte de este príncipe, puesto que el narrador habla como de una época remota.» Así mismo, De Sacy hace notar que se menciona a cierto sultán egipcio que reinó en la segunda mitad del siglo XIII. Y una última y sagaz observación suya: no hay una sola mención en toda la obra ni al café ni al tabaco. Por todo ello, De Sacy data «la última remodelación o la última edición de la colección» hacia principios del siglo XIV. En lo que respecta al tabaco, debemos puntualizar que no se conoció éste en Europa hasta finales del XV, tras el descubrimiento de América.

Parece, en fin, que el inicio de este proceso de asimilación y redacción árabe de las Noches se inició hacia el siglo VII u VIII y debió de culminar hacia el siglo XVII.

Sea como fuere, el libro, al rescribirse en árabe, pasó a titularse *Alf lila u lila*, Mil noches y una noche, título que sería traducido después en Europa como *Las mil y una noches*. Inevitablemente, su contenido fue a la vez arabizado: los nombres de los personajes, de sus fabulosas ciudades asiáticas, de escenarios y paisajes; y así mismo las costumbres, los platos culinarios, las vestimentas, la arquitec-

tura, la música. Los reyes persas o maharajás hindúes pasan a denominarse califas y sultanes; los sátrapas, visires; los parias, mendigos. Además, se añaden cuentos. Los árabes, así, se convierten también en autores de este «fantasma literario», en definición de Cansinos. Porque, bajo este nuevo disfraz árabe se borran las huellas del pasado, se enturbia todo posible rastro de sus dudosos orígenes.

LA TESIS ÁRABE

Uno de los más grandes orientalistas de principios del siglo XIX, el barón francés Silvestre de Sacy, se erigió en el principal defensor de la tesis que defendía el origen exclusivamente árabe del libro. En 1829, el barón leyó ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París su *Mémoire sur l'origine du Recueil des Contes, intitulé Les Mille et une nuits*, en la que negó rotundamente, con profusión de datos, todo remoto origen persa u oriental. Señala que el libro «nunca ocupó un lugar distinguido en la literatura del Oriente; incluso incapaz, por el estilo en que está escrito, de merecer rango alguno entre los modelos de la elocuencia y el buen gusto». Puso así de relieve el significativo hecho de que los manuscritos árabes en circulación no estaban ya escritos en árabe clásico, sino en dialectal. Ello le indujo a suponer que su redacción fue hecha en tiempos de la decadencia literaria de los árabes: «deleta una redacción moderna cuya patria es Egipto.»

Sería muy extenso enumerar al detalle todas las razones esgrimidas por el barón Silvestre de Sacy en defensa de la incuestionable paternidad árabe de las Noches, relativas a los emplazamientos, casi todos circunscritos a orillas del Éufrates, del Tigris y del Nilo; a los personajes y nombres, los paisajes, las ciencias, la mitología, las religiones mencionadas, la magia... Todo, en definitiva, pertenece al orbe árabe musulmán, judío y cristiano. En cuanto a la espinosa cuestión de la mención hecha por Al-Masûdî, alude: «Cuanto puede sacarse en conclusión del texto de Masûdî es que existió, bajo el título de *Los mil cuentos*, un libro en su origen persa o indio, traducido después al árabe, que no conocemos y del que quizás el autor de *Las mil y una noches* tomara prestados los nombres de sus personajes principales.» Tras su larga y documentada perorata en defensa del origen exclusivamente árabe de la obra, este último argumento no deja de resultar un poco traído por los pelos.

De Sacy resume acerca del primer manuscrito árabe: «Mi opinión es que fue escrito en Siria, en lengua vulgar; que su autor nunca lo culminó, ya porque la muerte se lo impidiera, ya por cualquier otra razón; que los copistas pretendieron completarlo, bien sea insertando cuentos ya conocidos, pero que no pertenecían a esta colección, como *Los viajes de Sindbad el marino* y la *Historia de los siete visires*, o bien componiendo algunas ellos mismos, con mayor o menor talento...» Los cuentos añadidos lo fueron, según él, en épocas diversas y, como ya se ha mencionado, probablemente en Egipto, lo más tarde en el s. XV.

Langlès, reivindicador de la tesis ario persa, no ofreció ninguna réplica a la hipótesis pro árabe del barón De Sacy. ¿Acaso faltó de argumentos? El otro erudito partidario de la tesis oriental, Hammer-Purgstall, sí se pronunció, y hubo de admitir como incontestable la aportación árabe al tan discutido libro.

Para echar leña al fuego de esta interminable polémica, a favor de la tesis de De Sacy se pronunció, en 1899, un médico, viajero y orientalista francés nacido en Siria y de origen caucásico, llamado doctor Mardrus. Como no podía ser menos, también éste cayó en la inevitable tentación de realizar su propia traducción del famoso y controvertido libro, según él «literal e íntegra». Por ello, no sin jactancia, se proclamó como el auténtico descubridor de las Noches. Mardrus apoyó la tesis árabe del barón De Sacy, negando todo préstamo ya fuera indio o persa. Conviene señalar, respecto a su versión de la obra, que Mardrus ya había puesto antes por escrito, a fin de que no se perdieran, cuentos escuchados por él de labios de narradores en zocos de Damasco y de Bagdad, en cafés del Cairo y en aldeas de Yemen. En efecto, aún estaba viva por ese tiempo, en Oriente Medio, la transmisión oral de la literatura popular. De hecho, el orientalista británico Edward W. Lane, otro de tantos que sucumbió al impulso de ofrecer su propia versión de las Noches, menciona a mediados del siglo XIX, en su libro *Manners and Customs of the Modern Egyptians*, que en El Cairo había aún unos cincuenta narradores de cuentos. A propósito, la versión compendiada y expurgada de Lane la define Burton, no sin cinismo, como «libro para mesa de salón».

En cualquier caso, esa tradición oral aún no está del todo extinta. Recordemos que todavía existen hoy, aunque ya en escaso número, narradores de cuentos en Marrakech, quienes incluyen en su repertorio algún que otro relato de las Noches.

Respecto del erotismo evidente en las Noches, Mardrus alega en el prólogo a su traducción que «los pueblos primitivos [...] llaman las cosas por su nombre y no encuentran nunca condenable lo que es natural, ni licenciosa la expresión de lo natural».

Los defensores de la tesis árabe no menospreciaron, entre otros elementos diversos, las referencias al sufismo —especie de misticismo musulmán influido de budismo— a lo largo de la obra. No obstante, si bien esta tesis demuestra considerables aportaciones árabes al texto del que hoy disponemos, no tiene por qué invalidar los orígenes extremo orientales más antiguos de ciertas partes o elementos del libro.

LA TESIS JUDÍA

Ahí no queda la cosa en esta rocambolesca búsqueda de la definitiva paternidad de las Noches. Otro orientalista, en este caso un holandés llamado Gaeje, sostuvo que la progenitura del libro no es india, persa ni árabe, sino judía, nada menos que procedente del Antiguo Testamento. Y señaló en concreto al *Libro de Ester*, donde aparece ya la trama de la obra, aunque resumida, así como los antecesores de los personajes: el Rey persa Asuero, la inefable traición de la hermosísima y ensoberbecida Reina Vasti, y la búsqueda y captura de todas las jóvenes vírgenes del reino a fin de elegir nueva reina. Así, una joven llamada Ester la judía, que no relata cuentos, logra conquistar el corazón del Rey con su belleza como toda arma y hacerle olvidar a su primera esposa, que es repudiada.

El autor del *Libro de Ester* es anónimo, si bien fue legendariamente atribuido al profeta Esdras. Sí se sabe, en todo caso, que fue escrito en tiempo de los macabeos, siglo II a. C. Al igual que había sucedido en la India con el Panchatantra, el *Libro de Ester* hace acopio, en hebreo escrito, de anales y crónicas que venían transmitiéndose de forma oral desde antiguo.

Cansinos, a pesar de admitir, como se ha visto, la indudable ascendencia ario persa de las Noches, afirma: «Confesamos que, de todas las hipótesis, ésta de Gaeje nos parece la más admisible y podría servir de base para atribuirle la paternidad de las Noches a un escritor judío, arabizado, de los muchos que pululaban en esas cortes orientales.» Y añade que Sherezade «está hecha con retazos de Esther y Judith». El relato de Alí Babá se inicia, significativamente, con el tema bíblico de la envidia de un hermano mayor hacia su hermano menor (Caín). Considera Cansinos, por último, que multitud de las «anécdotas edificantes» contenidas en el libro tienen su origen en el Talmud. Dado que el *Libro de Ester* es más antiguo que las versiones árabes, concluye que «hay, pues, sobrados motivos para aceptar la hipótesis del orientalista holandés».

En cualquier caso, no deja de suponer ésta otra enésima aportación al libro mestizo que hoy conocemos.

LAS TESIS MÍSTICAS

Pero ni siquiera esta última tesis judía ha sido la definitiva en este fascinante rompecabezas que supone la indagación de la génesis de las Noches. No podemos dejar de mencionar aquí, por aventuradas que se nos antojen, las interpretaciones esotéricas expuestas por teósofos como Mario Roso de Luna y Madame Blavatsky. Para ambos, el libro tiene un origen ario mucho más antiguo, hace como mínimo 11.000 años, hacia la época final de la perdida Atlántida. Según ellos, y como no podía ser menos, se trata, en efecto, de un libro esotérico. «*Las mil y una noches* —afirma rotundo Roso de Luna— encierran una profunda revelación ocultista que no se debe desdeñar». Y añade que sus historias «son arias o parsis en su origen, habiéndolas envilecido luego los semitas con su sexualismo a través de muchos siglos». Su título, explica el teósofo, «fonéticamente equivale, pues, a Velo de Isis, o sea, a Libro en que ciertas verdades iniciáticas yacen ocultas».

«Concedido —afirma Cansinos— que *Las mil y una noches* tienen mucho de fondo esotérico; pero ese fondo no es exclusivo de los gnósticos hindúes, sino también de los ocultistas hebreos.»

Dejo al lector la elección de adentrarse por semejantes derroteros, sin duda seductores.

Y EL LIBRO LLEGA A EUROPA

Probablemente, ya en la Edad Media llegaron a Europa, de forma oral, fragmentos dispersos de las Noches, al igual que ya habían arribado a nuestras costas otros procedentes de las epopeyas indias. Los especialistas han identificado elementos de las Noches, por ejemplo, en *La fierecilla domada*, de Shakespeare, en *El patrañuelo*, de Juan de Timoneda, y en *La vida es sueño*, de Calderón. Sin embargo, el libro no era aún conocido, pues su primera traducción no llegaría a Europa hasta el siglo XVIII, en tiempos de Luis XIV, de la mano del orientalista y diplomático francés Antoine Galland. Enviado éste por su gobierno a la embajada francesa en Constantinopla en 1670, recorrió Oriente Medio, aprendió el árabe y el turco, y acopió una colección de monedas antiguas, destinada a exhibirse en museos de su país, que causó asombro. En los años siguientes fue comisionado en repetidas ocasiones, tanto por el gobierno como por la Compañía Francesa de las Indias Orientales, al objeto de realizar diversas misiones en Oriente Medio, y terminó por recibir el título de Anticuario Real.

Durante sus viajes, Galland, supuestamente, halló en Siria el manuscrito árabe del que más tarde se serviría para realizar su traducción. Según confesión propia, no adquirió él mismo dicho manuscrito, sino que, de regreso en París, lo encargó a ciertos agentes. Se sospecha que el original árabe utilizado por Galland llegaba tan sólo a 208 noches. El resto lo compuso él a partir de relatos escuchados de labios de narradores, entre otros, un cristiano maronita residente en Turquía. Ello permite dudar de la fidelidad de aquella primera traducción a una lengua europea. Ciertamente es que también la posterior versión de Mardrus recopila, como hemos dicho, cuentos tomados por él de la tradición oral, y no de manuscritos originales.

La primera parte de la traducción de Galland se publicó en Caen el año 1704, bajo el título de *Les mille et une nuits. Contes arabes d'un auteur inconnu*. Una versión adecuada a los gustos de su tiempo, «civilizada», según Cansinos, «pero sin perder del todo su aire exótico». Y en la que, por cierto, suprimió los versos. El resto de la obra apareció paulatinamente, en doce volúmenes, hasta el año 1717. Conviene señalar que la versión de Galland no fue ni mucho menos literal, pues el truja mán consideró aconsejable censurar las escenas eróticas y cruentas. Además, supone sólo una cuarta parte del libro completo. Pronto fue acusado, por ello, de que su libro no coincidía con las versiones árabes que circulaban por Oriente. Es más, había relatos que no figuraban en éstas.

En todo caso, el éxito del libro en aquella Francia barroca, sedienta de extravagancias orientalistas, fue enorme, y la traducción fue pronto traducida a su vez a otras lenguas europeas, cada cual a su estilo y manera. Borges, al juzgar las diversas traducciones, apunta con agudeza: «La de Lañe (Lane) está acompañada por una enciclopedia de las costumbres de los musulmanes. La traducción antropológica y obscena de Burton está redactada en un curioso inglés parcialmente del siglo ca torce, un inglés lleno de arcaísmos y neologismos, un inglés no desposeído de belleza pero que a veces es de difícil lectura. Luego la versión licenciosa, en ambos sentidos de la palabra, del doctor Mardrus, y una versión alemana literal pero sin ningún encanto literario, de Littmann. Ahora, felizmente, tenemos la versión castellana de quien fue mi maestro Rafael Cansinos-Asséns. Es, quizá, la mejor de todas las versiones.»

¿HACIA UN CORPUS DEFINITIVO?

Resulta obvio, pues, que no podemos establecer una versión definitiva de este libro tan manoseado y tan retocado por múltiples y disparejas plumas. A este respecto, Cansinos observa con acierto: «No hay quien se resigne a ser un simple escribidor y no escritor. No hay apenas una historia de *Las mil y una noches* de la que no existan por lo menos dos versiones y a veces más. Hasta el desenlace es a veces diferente.» Así, en efecto, hay actualmente esparcidos por bibliotecas europeas unos doce ma-

nuscritos árabes que no coinciden entre sí. Según Cansinos, nunca se llegará a constituir, pues, un corpus canónico y definitivo.

Por ejemplo, Burton considera apócrifos dos cuentos que con el tiempo se han vuelto de los más célebres del libro, los de Aladino y de Alí Babá. Respecto del cuento de Aladino, se ha llegado a sospechar que su autor fue Galland. Otros arabistas, como Silvestre de Sacy, han dudado de la originalidad, a su vez, de Simbad el marino y de otros relatos diversos. Hay incluso anacrónicas referencias, en algún cuento, a acontecimientos de las Cruzadas, lo cual evidencia añadidos muy posteriores a la primera redacción árabe del libro.

Existe hoy, sin embargo, alguna conformidad entre especialistas al respecto de considerar como auténticos y más antiguos los cuentos comprendidos en las noches 406 a 421. Todos los demás pueden ser puestos en tela de juicio.

En conclusión, la escasez de documentos históricos no permite precisar la primera patria de este «libro de libros» definido con razón por Cansinos como expósito. Colección enriquecida durante siglos a manos de innumerables rapsodas y cuentistas, de copistas y traductores anónimos. Su paternidad, en definitiva, y aunque en su forma actual se trate de un libro árabe, es también indostánica, ario persa, tártara, afgana y, por último, semítica.

En palabras de Cansinos: «Hoy ya nadie pone en duda la calidad rapsódica del libro, que resalta evidente en la heterogeneidad de sus elementos y estilos correspondientes a diversas épocas, y la existencia de esos diversos manuscritos hallados acusa también pluralidad de autores iniciales y de patrias del libro.»

Juan Goytisolo nos recuerda que esta obra «es un canje continuo de lo oral a lo escrito, de lo escrito a lo oral». Y resume: «Ésta es la maravilla de *Las mil y una noches*, que no es como estos relatos que están en el origen de las religiones monoteístas, que son lo que son, como un credo. Éste, no; al revés, permite todo, no puede haber un manuscrito apócrifo porque todo el mundo añade y quita cosas.»

En cierto modo, pues, quizá nos hallemos ante un libro aún inacabado.

© Jesús Greus

Jesús Greus. Nacido en Madrid, es licenciado en lengua inglesa por el *Institute of Linguists de Londres*. Fue colaborador de *ABC*, *El Día del Mundo*, *Diario 16 de Baleares* y, más recientemente, *Libération du Maroc*. Ha trabajado, además, como traductor para diversas editoriales de Madrid. Como conferenciante, ha sido invitado por el Institut du Monde Arabe en París; la Universidad de la Sorbona; la fundación Le Monde autour du Livre, en Burdeos; el Centro de Estudios Luso-Árabes de Silves, Portugal; la Fundación Arte y Cultura de Madrid, etc. Es también músico y ha formado parte de diversas formaciones de fusión e investigación musical, así como de música medieval y renacentista. Ha sido gestor cultural del Instituto Cervantes de Marrakech. Es miembro de fundaciones culturales en dicha ciudad, donde reside, así como de una asociación dedicada a la salvaguardia de un patrimonio y de su arquitectura en el Sáhara. Es, así mismo, autor de los guiones cinematográficos *Snapshots from Marrakech* y *The City of Flowers*, ambas en proceso de preproducción. Como escritor, ha publicado hasta la fecha: *Ziryab*, Editorial Swan 1988. Novela ambientada en Córdoba en el s. IX. Éditions Phébus, Francia 1993. Reeditada en Editorial Entrelibros, 2006; *Junto al mar amargo*, Hakeldama Editor, 1992. Novela; *Así vivían en al-Andalus*, Ediciones Anaya, 198, 8. 13 reimpresiones. Nueva edición revisada bajo el título *Así vivieron en Al-Andalus*, Anaya 2009. *Claro de luna*. Obra poética. *De soledades y desiertos*, Ediciones La Avispa, 2001. Teatro; *Laberinto de aljarafe*. Editorial Sirpus, 2008. Relatos.

K&P'S PRAGUE TATTOO CON DOS FOTOGRAFÍAS PERDIDAS

por Álvaro Martí

Desnuda ante el espejo del baño, sosteniéndose un pecho, con el agua de la ducha salpicando la mampara semitransparente, Elisa recordó el invierno en que viajó a Praga.

Lo primero que pensó, dejando caer las maletas en la cama del albergue para estudiantes, después de un vuelo de más de siete horas con escala en Berlín, fue que determinados lugares en el mundo contagiaban una incómoda sensación de elasticidad. Sensación que nada tenía que ver con la distancia ni con el tiempo, y que se intensificaba especialmente en ciudades muy turísticas, como era el caso. Lo segundo que pensó fue en una anguila hecha de chicle buceando entre peines de coral, troceándose en miles de gusanillos rosas que dibujaban espirales en el agua. Llevaba mucho sin masticar chicle. Nunca encontraba el momento.

No fue consciente, hasta que la vio, de cuándo había dejado de estar *de camino* a Praga para, simplemente, *estar* en Praga. Era esa elasticidad, esa inercia torpona del avión que aún la empujaba, esa indefinición en el paso la que conseguía ponerla nerviosa. Recordó un poema en el que Quevedo hablaba a un peregrino sobre una Roma sin Roma. De pronto, sin aún saber por qué, se sintió adúltera.

Había una frontera que cruzar. Eso era obvio. Un límite a partir del cual establecer una referencia que diese contenido a palabras como *aquí* y *allí*, que permitiera afirmar sin titubeo: *esto es otro sitio*. Lo buscó. Lo esperó más bien, como una epifanía, en el centro del Puente de Carlos, en un mirador de Vyšehrad, frente a la tumba de San Juan Nepomuceno, sentada en la terraza interior de U Fleků, tras cinco jarras, pero la certeza de *no llegar* persistía: las calles la extenuaban como cintas móviles flanqueadas por tiendas de recuerdos falsos. El destino que pretendía resultaba inalcanzable,

no porque lo desconociera o fuera imposible de intuir —aunque le hubiera gustado encontrar en el lugar exacto una señal de meta que lo indicase con luces amarillas—, sino porque, de hecho, lo tenía ubicado a la perfección: *sólo un poco más lejos*. Era como si el sueño acelerado de adolescente enamorado, tras años de deseo corrosivo —tal vez, pensó, había agotado la ciudad de tanto desearla, y lo que quedaba no era más que el holograma *kitsch* de la memoria colectiva, sin dimensiones reales, sin magia—, se ralentizara justo ahora, casi a punto de cumplirse, como los últimos bytes de una película eternizando la descarga en una mala conexión, despertando el miedo de que, al final, la espera no haya merecido la pena. Esa frontera huidiza forzaba una pregunta no menos espeluznante: *¿dónde estaba Praga?* O más inquietante: *¿qué era Praga?*

Por lo que a ella se refería, hasta el momento, la Praga que poco a poco se dejaba habitar no era más que una prolongación de su barrio, de la misma forma que su maleta era una prolongación de su piso. No tenía que esforzarse para reconocer, en cualquier rostro, la sonrisa partida del portero de su bloque, o la nariz esbelta del panadero de la esquina; una heladería frente al reloj astronómico seguía siendo su heladería de siempre, con las mismas mesas, la misma carta y las mismas nubes a la tarde; el chocolate, la cucharilla, le sabían igual. *El espejismo que yo llamo Praga*, pensó Elisa, *desborda la Praga auténtica, la hincha, como si la suela de mis botas provocara en ella una reacción alérgica, una inflamación del paisaje cotidiano, y entre tanta deformidad ya sólo pudiera distinguirse el chubasquero finito de piedra y cristal, ceñido por el Moldava, que esconde un cadáver tan hueco como el esqueleto de un pájaro.*

«Por lo que a ella se refería, hasta el momento, la Praga que poco a poco se dejaba habitar no era más que una prolongación de su barrio, de la misma forma que su maleta era una prolongación de su piso.»

Aun así, le divirtió la manera en que la capital de Bohemia jugaba al pollito inglés, desesperada por llamar la atención, compinchándose con los tranvías y los mendigos, estrellándole risas en la nuca y congelándose en una postal típica cuando ella se daba la vuelta inesperadamente. Lo repitió a menudo durante su primera semana en la ciudad. Una de esas veces, al girarse, se topó con la casita número 22 del Callejón de Oro, en el Castillo, la de fachada cyan, puerta y ventanitas verdes, con los números pintados en gris claro como si fuesen dos zetas traviesas. Franz Kafka había vivido y escrito allí entre 1916 y 1917. Ahora era un diminuto despacho de *souvenirs*, una librería mínima. El recuerdo de aquel zulo arcoíris —no lo decían así los guías, aunque el dato es verídico—, por irónico contraste, le inspiraría años después la segunda de sus tres novelas inacabadas: *Das Schloß*. Elisa la conocía de memoria. Podía recitar párrafos enteros con la facilidad que otros separan las claras de las yemas o desabrochan un sujetador en la oscuridad. A su alemán le faltaba un punto de confianza en la relajación de las erres para sonar como en los viejos cilindros de fonógrafo, que le encantaban, pero oyéndola, pronunciando con la convicción que sin duda el checo no tuvo jamás al escribir, uno podía creer que aquellas palabras eran suyas por legítimo derecho de conquista.

Se acercó al edificio. Pegó la frente y los guantes a la ventanita. Frente a un ejemplar de *Der Golem*, de Meyrink, que se materializaba lentamente a través del cristal empañado, acaso por mediación de la Cábalá, obtuvo su revelación.

[Fotografía nº 1. Encontrada por un barrendero en Praga, República Checa. Tamaño: 8,9 x 12,7. Color, brillo. Descripción: una mujer de veintiséis años, morena, abrazada a un hombre de veintinueve, castaño, bajo una sombrilla de Coca-Cola en la playa de El Ejido, Almería, España. Al fondo, el mar en calma, con algunos barcos cerca del horizonte. Sobre la toalla, unas piedras blancas y redondas, una botella de agua mineral y un estuche de gafas de sol abierto, sin gafas de sol. La mujer sonríe.]

«Fue prodigioso. Estaba allí, ante sus ojos, subrayada con fluorescente: inevitable. En el rizo de humo de un tubo de escape, Praga. En un zigurat improvisado de hojas en el suelo, Praga.»

El plan requeriría de uno o dos días de preparativos como máximo, dependiendo de lo rápido que fuese capaz de leer. Lo dispuso todo en cuestión de minutos, mientras cenaba. Se encerraría en la habitación del albergue y abriría sobre el colchón —esto no era capricho: el colchón era prácticamente la única superficie lisa del cuarto; las paredes estaban cubiertas con un espantoso papel estampado con amapolas, y era necesario que nada la distrajera— el gastado volumen con las obras completas de Kafka, regalo de su abuelo, que se había acordado de echar a

la maleta en el último segundo, antes de cerrarla y salir para el aeropuerto —la maleta era también, pensó, una prolongación de su infancia—, sacaría las gafas de cerca, que casi nunca se ponía, decía que no le quedaban bien, que le molestaban, y diseccionaría a la luz del flexo, página tras página, atenta, el puzzle de la ciudad que, ahora lo sabía, estaba desperdigado entre las obsesiones del autor, oculto bajo el oblicuo telón de las sombras de los ficheros vacíos, cuyas piezas corrían histéricas sobre el papel como insectos blandos de muchas patas. Las iría recopilando, secando y uniendo en un plano con el que saldría luego a la calle, a los colores y a las formas, a buscar Praga en Praga como quien busca el último manantial de la tierra, capítulo primero de *Das Schloß* en mano por horquilla de zahorí. *Si existe, si no es una alucinación, o si es una alucinación duradera, tiene que estar aquí, en él.*

Acabó de cenar y se acostó. La mañana siguiente empezó el libro. Bastaron doce horas y eran las doce. Rellenó el abrigo y se arrojó a sus brazos.

Fue prodigioso. Estaba allí, ante sus ojos, subrayada con fluorescente: inevitable. En el rizo de humo de un tubo de escape, Praga. En un zigurat improvisado de hojas en el suelo, Praga. En el reverso de cada billete de un dólar que una mano restregaba bajo una ventanilla de metacrilato, invariablemente Praga. Funcionó. Con la precisión de un marcapasos y con el mismo propósito. Cada palabra era intercambiable por un latido, y cada latido por una coordenada; cada línea de texto era una referen-

cia concreta, una tienda de marionetas, o un cine, o un bache en la calzada, o un parque con columpios. Todo estaba descrito. Kafka se había arrancado la careta y sonreía. Ya no era literatura. Era, había sido siempre, travestido, la chaira con que afilar el jamonero que despellejaba el alma de la ciudad. Un atlas profundo, subcutáneo, de la Praga que sólo sostenía el peso de las hormigas y los edificios, donde no había banderitas ni silbatos y los extranjeros sólo se admitían tras un riguroso examen. Esa aduana de la realidad apócrifa era la que se dispuso a cruzar, y estaba segura de que no pitaría al pasar por el arco.

No pudo dejar de recordar a Joyce, y sintió con plena consciencia la culpa de la infidelidad. *Si Dublín desapareciese mañana, había dicho, sería posible reconstruirla a partir del Ulises*. La idea de que un libro pudiese resumir, y hasta sustituir una ciudad, desalojándola de sus cimientos para ponerla a salvo en un plano inmarcesible, la hizo estremecer. Ahora tenía la prueba. Si Kafka había sabido pespuntear el perfil de Josefov y Malá Strana en sus manuscritos, ¿cuántos lugares protegería en silencio la biblioteca de su salita, en Madrid? ¿Cuántas montañas y valles, cuántos palacios, cuántas cocinas, grifos, manchas de humedad, parabólicas; cuántos sótanos y catedrales se repetirían secretamente entre las dos tapas de una edición medio tragada por las polillas? ¿Cuántos universos cabrían en la loncha digital de un iPad? Sin embargo a ella sólo le importaba Praga, y Praga estaba segura.

Un ácido cosquilleo la tentó a seguir un regato de luz que desembocaba cerca de la estación de Florenc. Se oyó a lo lejos la coda triste de un cacareo de metal. Daban las cuatro. Toda la calle bostezó con una misma boca. Elisa se detuvo y comprobó por última vez el croquis. No había duda: estaba en el sitio correcto. El núcleo más íntimo de aquella galaxia recóndita se desgranaba ante ella, idéntica a como la había imaginado, con todos sus detalles en orden y su música de bienvenida, sólo que en otra parte. *Llegué*, susurró, y se permitió el lujo de perderse. Entonces lo vio. Llevaba un chaleco hecho a partir de un chaqué de boda con las mangas arrancadas, lo que le daba el aspecto de un novio plantado y florecido ante el altar. Estaba fumando sobre la tapa de una alcantarilla, iluminando una farola que le servía de media hamaca. En las manos sostenía un cuaderno amarillo en el que, de cuando en cuando, tras echar la cabeza hacia atrás y exhalar una impaciente bocanada de fantasmas, tachaba lo que acababa de poner. Elisa no lo espío un momento antes de acercarse ni dedicó un rato a estudiar la fisonomía y las costumbres de aquel habitante del envés de Praga. Por eso no reparó en la cresta que le cruzaba la calva de oreja a oreja, como el penacho de un centurión romano, más roja que una lágrima del demonio, hasta que lo tuvo delante. Por eso sólo se dio cuenta al día siguiente de que llevaba tatuado, en el interior del antebrazo derecho, la fórmula de la curva *cola de golondrina* alrededor de una calavera mellada. Elisa no quiso esperar. Se acercó sin miedo y ambos compartieron la tapa de alcantarilla, como dos náufragos apurando su suerte. *¿Eres escritor?*, preguntó ella. *Sólo cuando escribo*, respondió él.

*«Todo estaba descrito.
Kafka se había arrancado
la careta y sonreía. Ya no
era literatura. Era, había
sido siempre, travestido, la
chaira con que afilar el
jamonero que despellejaba
el alma de la ciudad.»*

Václav había nacido en Ládví nueve meses después de mayo de 1968. Su madre odió toda su vida a Kundera, a Sartre y a Ginsberg, por perezosos, aunque idolatraba a Alberto Korda. *No es la diana, es el gatillo*, decía. Era estudiante de segundo año de conservatorio cuando conoció a su padre, un reportero que coleccionaba lápices mordidos y que caminaba fascinado por el nudo de sus cordones. Excepto en el concurso de su concepción, sus *engendrados*, como empezó y no dejó de referirse a ellos cuando cumplió los quince, no coincidieron nunca en nada. Lo de escribir le venía de aquella época. Lo de los tatuajes y los *piercings* vendría poco más tarde, a rebufo de la *Perestroika*. Durante un tiempo vivió en un bloque abandonado, junto con otros camaradas que se sentían en la obligación de continuar la obra inacabada de la generación que los había precedido. Él hizo su parte: recogió tantos lápices mordidos como pudo, hasta tener el juego completo, y luego se marchó. Desde entonces, salvo por eventuales escapadas al quiosco de Hans, que había estado en el Pointe du Hoc en el 44 y pensaba que los elefantes eran cosa seria, y alguna que otra visita a la ópera —guardaba un traje planchado en el hueco de un callejón, hasta que se dio cuenta de que lo suyo con Tosca no iba

a ningún lado—, permanecía allí, apuntalando la farola, tomando apuntes de todo lo que no pasaba. La silueta de Elisa fue lo último que tachó.

¿Duele?, dijo ella. ¿El qué?, dijo Václav. *Las dilataciones de los lóbulos, ¿te duelen?* Él sonrió, encendiendo otro cigarro. *No, para nada. Los tatuajes son peores. No soporto las agujas.* Ella le dio un sorbo al café de la madrugada. ¿Y por qué los llevas? *Para ensayar*, explicó él. *Se trata de un experimento. Un experimento publicitario.* Václav contó, con algún recelo, creyendo que alguien los escuchaba aunque fuesen los únicos clientes del bar, que muchos años atrás, cuando niño, había realizado un sorprendente descubrimiento mientras ojeaba un recorte de periódico con una fotografía a color de un cuadro de Jackson Pollock. *Ritmo de Otoño: Número 30 (1950).* Lo vio de pronto y fue como un golpe. Aquello no era expresionismo abstracto. No había accidente. Ni siquiera era pintura. En ese lienzo, con pulcritud matemática, estaba impreso el más delicioso tratado de peluquería ideado jamás por la mente del hombre, éxtasis de tijeras y cepillos, con las instrucciones específicas para acometer el peinado perfecto. Václav contó también que le parecía sumamente injusto que un genio como Pollock hubiese pasado a la historia por una habilidad secundaria, mientras su verdadera contribución al mundo del arte pasaba desapercibida. Por esa razón ensayaba, pinchándose tinta cada veinte meses: había resuelto tatuarse el cuadro y su glosa desde la coronilla a la nuca, a la vista de todos, imposible de ignorar. La suya sería una vindicación pública y gloriosa de un talento heroico, de una belleza axiomática e ineludible: ningún ser humano nacía sin pelo. Yo también quise hacerme un tatuaje cuando era niña, dijo Elisa, dando un sorbo al café de la aurora, y

«Elisa voló de vuelta a casa a las nueve de la noche. No abrió la boca. Puso el pie en Barajas, resbaló y se dio de bruces con un Madrid tallado en granito. Siguió sin abrir la boca. ¿Para qué?»

aún lo pienso, no creas, pero si me decidiera alguna vez tengo muy claro lo que me pondría. En mi caso ya no puede ser otra cosa. ¿El qué?, preguntó él. El principio de Das Schloß, de Kafka, hasta el primer punto y aparte. Suspiró. *Tienes que hacerlo, no lo dudes, animó Václav, que no lo había leído, pero no te lo escondas en el tobillo, como si estuvieses huyendo de él, ni tampoco te lo cuelgues del hombro, como si fuese una mosca. Sé valiente: háztelo en la teta, en espiral a partir del pezón, como escribía Apollinaire.* Se le cayó una mirada en el pliegue suave del jersey de Elisa. Ella la recogió y se la devolvió untada con cayena. *Demasiado texto para tan poco papel.*

Caminaron de la mano por un filito de la ciudad y él la acompañó hasta la puerta del albergue. Aplastó lo que quedaba del cigarro y sacó un paquete de chicles de nicotina. Hans se los regalaba cada domingo por la tarde, después de prometerle al Niño Jesús que lo dejaba. A veces, él también lo prometía. ¿Quieres uno?, dijo. *Saben a fresa.* Con los ojos vidriados, ella lo troqueló del resto de Praga. Le cabalgaban por los muslos manadas de centauros radiactivos. *Sí, creo que es un buen momento.*

[Fotografía nº 2. Encontrada por un taxista de la estación de Atocha, Madrid, España. Tamaño: 10,2 x 15,2. Color, brillo. Descripción: un hombre de cuarenta y dos años, sin pelo, tendido en la cama de un hospital en Bratislava, Eslovaquia. Al fondo, a modo de cabecero, un pedazo arrugado de papel estampado con un motivo de amapolas. Sobre la sábana, una gavilla de lápices viejos, un cuaderno amarillo y un libro en alemán. No se ve el título. El hombre sonríe tras la mascarilla de oxígeno.]

Elisa voló de vuelta a casa a las nueve de la noche. No abrió la boca. Puso el pie en Barajas, resbaló y se dio de bruces con un Madrid tallado en granito. Siguió sin abrir la boca. ¿Para qué? Aquella cama, aquel enredo y desenredo, estarían ya consignados para la posteridad en algún rincón de Kafka y Pollock. No hacía falta insistir. Lo demás, confió, estaría en manos de quienes se consagraban a la tarea de registrar la vida en el vano del viento o en porcelanas sintéticas. Ahora era su turno para darles algo con lo que trabajar. Se puso el pijama y durmió. Se enteró de la noticia un año más tarde.

Recordando el invierno en que viajó a Praga, con el agua de la ducha salpicando la mampara semi-transparente, sosteniéndose un pecho, desnuda ante el espejo del baño, Elisa decidió que había llegado el día. Con la vista anclada en la orilla de la areola, leyendo en círculos, calculó, como quien mide para un plato de macarrones, que bastaría con aumentarse dos tallas.

© **Álvaro Martí**

Álvaro Martí Martín (Málaga, 1987). Licenciado en Ciencias de la Comunicación, rama Periodismo, por la Universidad de Málaga. Admirador de la obra de Borges, Cortázar y Samarago, entre otros, es autor de varios relatos cortos y narraciones de índole surrealista. Ha publicado en revistas como *La Bolsa de Pipas*, *Narrativas* y *El Librepensador*. Es responsable del blog ***El panal sin límite***, donde se puede encontrar una muestra de su producción literaria.

UN HOMBRE CON LUCES

por Carlos Montuenga

Misteriosa en pleno día, la Naturaleza no se deja despojar de su velo.

Goethe, *Fausto*

La última vez que vi a mi amigo Luis, noté en seguida que su carácter, de habitual alegre y despreocupado, había sufrido un profundo cambio, cuya causa estaba yo lejos de imaginar. Luis Vidal, ingeniero ya jubilado, trabajó durante veintitantos años en la central nuclear de Trillo —la nuclear, como la llaman por allí— y vivía solo tras enviudar, en una casa de teja oscura rodeada por berzas y frutales, junto al linde de la alameda que se extiende entre el Tajo y la carretera que lleva a Cifuentes. Se puede decir que conocía a Luis desde siempre; ambos crecimos en el barrio madrileño de Argüelles, fuimos al mismo colegio y aprendimos juntos a soportar la sucesión interminable de las horas reclinados sobre los libros, en aquel caserón sombrío que tenían los escolapios cerca de Cuatro Caminos. Por razones que soy incapaz de precisar, siempre vi en Luis a un hermano mayor, alguien a quien podía confiarme sin reservas cuando las cosas pintaban mal y me sentía invadido por el desaliento. No deja de resultar paradójico que en el transcurso de aquel último encuentro entre nosotros, fuera él quien, a su modo, se aferrara a mí como si yo fuera su última esperanza. Desde entonces, me pregunto una y otra vez si pude hacer más por ayudarle y acaso evitar lo que después sucedió.

Recuerdo que era domingo, mediado ya el mes de agosto, y decidí presentarme en Trillo, sin previo aviso, para saber de él. No nos habíamos visto desde hacía algún tiempo y cuando apareció en la entrada de su casa, apenas pude disimular el malestar que sentí al encontrarle tan cambiado. El hombre fibroso, atlético, que yo conocía sólo era ya una sombra de sí mismo. Su rostro mostraba una palidez enfermiza y había adelgazado tanto que la ropa le colgaba por todos lados. Pero lo que me produjo mayor inquietud fue el brillo extraño de su mirada, como si algo que sólo él podía ver reclamara su atención en todo momento. Pese a sus esfuerzos por mantener conmigo una actitud cordial y despreocupada, poniéndome al corriente de los últimos chismes del pueblo y dejando entrever, en algún comentario irónico, aquel sentido del humor que siempre le había caracterizado, caía a veces en el más absoluto mutismo; tal parecía que se ausentara de la realidad para adentrarse en otro mundo.

«Arranqué el coche y salimos del pueblo, dejando a un lado la dehesa donde aún se alzan varios pabellones de piedra que en su día acogieron a enfermos de lepra.»

Después de dar una vuelta por el pueblo, estuvimos comiendo junto a la alameda, en la terraza de un pequeño restaurante asomado al Tajo, y al llegar a los cafés, mientras él parecía absorto contemplando el discurrir sereno de la corriente, me decidí a hacer un comentario sobre la sorpresa que me causaba encontrarle en aquel estado. Mi amigo se quedó unos segundos con la cabeza entre las manos y la vista fija en el suelo; dio luego una palmada en la mesa, como quien adopta una resolución repentina, y me dijo:

—A ti no puedo ocultarte lo que me ocurre. Voy a contártelo todo, aunque te va a parecer una locura. Vámonos de aquí, a algún sitio sin gente, donde podamos hablar con tranquilidad.

Arranqué el coche y salimos del pueblo, dejando a un lado la dehesa donde aún se alzan varios pabellones de piedra que en su día acogieron a enfermos de lepra. Poco antes de llegar a Cifuentes, Luis me indicó una carretera polvorienta que subía serpenteando entre montes cubiertos de tomillo, y por ella nos adentramos, atravesando pinares hasta alcanzar un altozano desde el que se divisa buena parte de la llanura alcarreña, flanqueada hacia Trillo por la nube blanca que corona las dos torres imponentes

de la nuclear. Se oía por doquier el diálogo monótono de los grillos y el monte seesteaba bajo un implacable sol estival.

—Cuesta imaginar que esta planicie estuvo en otros tiempos cubierta por el mar —dijo Luis entornando los ojos, y prosiguió—: Antes solía venir mucho por aquí; ya sabes lo aficionado que he sido siempre a echarme la mochila a la espalda y patear los caminos.

—¿Y has dejado de hacerlo? —respondí.

—Ahora me faltan las fuerzas, para eso... y para casi todo. Como mucho, me doy una vuelta por las afueras del pueblo o voy hasta el parque que hay junto al río para sentarme entre los álamos a leer el periódico, y a veces ni eso... hay días en que no me muevo de casa.

—¿Pero qué te ocurre? ¿Es que estás enfermo?

—¿Enfermo?, según como se quiera entender. A decir verdad, me siento cada vez más aturdido y, lo que es peor, tengo el convencimiento de que nadie puede comprenderme. Sí, no pongas esa cara, he dicho nadie, y dudo de que tú vayas a ser una excepción. Pero no me importa, tal vez al hablar de ello me sienta aliviado.

«Acerqué las manos a los ojos y sólo pude ver un brillo difuso, como si yo mismo me estuviera transformado en luz, en esa luz inexplicable que no sabía si estaba dentro o fuera de mí.»

Hice un gesto de asentimiento y él continuó:

—Unos meses atrás noté molestias en la vista. Se trata de algo que me ha pasado alguna que otra vez desde hace muchos años. Empiezo viendo un destello luminoso; al principio es poco más que un punto y, poco a poco, se va extendiendo por todo el campo visual como una ondulación brillante que cambia de forma, impidiéndome fijar la vista en cosa alguna, hasta que desaparece al cabo de unos minutos. No le dí a la cosa mayor importancia pues, como acabo de decirte, lo había notado otras veces, pero al poco tiempo volvió a

presentarse y me pareció que su intensidad iba en aumento. Entonces empecé a preocuparme. Fui a una clínica en Brihuega y allí, tras varias exploraciones de retina, me dijeron que se trataba de un caso atípico de fotopsia que no requería tratamiento, y se limitaron a recetarme unas vitaminas. Pasó algún tiempo y ya casi me había olvidado del asunto, cuando una tarde estaba sentado en la plaza, bajo el viejo olmo que se alza junto a la iglesia, y me volvió a ocurrir, pero esa vez...

Luis se quedó en silencio con la mirada perdida en la llanura; pude ver cómo le temblaban las manos. Después de hacer un gran esfuerzo, prosiguió:

—Al principio fue igual que siempre, pero en seguida la línea luminosa empezó a ganar brillo hasta convertirse en algo parecido a una fractura incandescente que oscilaba a una velocidad endiablada. Me agarré al banco angustiado; apenas podía distinguir los contornos de lo que había a mi alrededor. Aquellas luces se hicieron más y más intensas hasta convertirse en un resplandor blanco, deslumbrante, en el que todo quedó sumergido. Acerqué las manos a los ojos y sólo pude ver un brillo difuso, como si yo mismo me estuviera transformado en luz, en esa luz inexplicable que no sabía si estaba dentro o fuera de mí. Te juro que nunca había experimentado un terror igual; sentí un aislamiento absoluto, no oía sonido ni murmullo alguno, era como si el mundo se hubiera desvanecido. Llegué a pensar que aquello sólo podía ser la muerte. Pero lo más extraño es que el miedo fue poco a poco dando paso a una sensación de completa laxitud, como si el tiempo se hubiera detenido y ya nada importara. Así estaba cuando, de improviso, el resplandor empezó a perder intensidad y me encontré otra vez sentado en la plaza; tal parecía que no hubiera ocurrido nada de particular, algunas personas deambulaban sin prisa de aquí para allá y dos muchachas pasaron riendo junto al banco que yo ocupaba, sin reparar siquiera en mí. Después de aquello estuve un tiempo angustiado, dándole vueltas al asunto, sin encontrar una explicación ni saber qué hacer, hasta que por fin tomé la decisión de ir a Madrid para hacerme un reconocimiento a fondo. Desde luego, me limité a decir que había sufrido una especie de ceguera momentánea, omitiendo todo lo demás; como puedes comprender, no estaba dispuesto a que me miraran como a un bicho raro. Pasé cerca de dos semanas con exámenes del nervio óptico, resonancias, tomografías de cráneo, eco-dopplers y qué sé yo cuantas historias más. Te parecerá raro, pero creo que si hubieran encontrado algo que explicara esas malditas luces me habría sentido aliviado. El caso es que las pruebas no revelaron anomalía alguna; el especialista descartó de momento cualquier

problema orgánico y me recomendó volver al cabo de unos meses para revisión; luego, insistió mucho en que procurara hacer una vida normal y no preocuparme. ¡No preocuparme! ¿Te das cuenta? ¿Pero cómo leches no me voy a preocupar, si no consigo encontrar una explicación a lo que vi?

—Tal vez fuera una alucinación —murmuré.

—Sí, claro, una alucinación, ¡asunto zanjado! Vamos, tú me conoces de toda la vida, ¿crees que me estoy volviendo loco?

—Cálmate, por favor, yo no he dicho eso.

—No, pero lo piensas y tal vez no te falte razón. Si te soy sincero, yo mismo empiezo a dudar de mi cordura. Sin embargo, estoy seguro de que no fue una alucinación. Como te dije antes, ya he visto otras veces puntos luminosos. Si intento hacer memoria, creo que la primera vez me ocurrió de chico, cuando aún estábamos dando clase en los escolapios, pero claro nunca hasta ahora se había transformado en eso... es como si algo llevara muchos años al acecho, esperando la ocasión propicia para hacerse presente con toda su fuerza. Te aseguro que no encuentro un momento de calma; me aterra pensar que puede volver a aparecer en cualquier momento, sé que la próxima vez no podré resistirme.

—¿Resistirte dices?

—Veo que no terminas de entenderlo; te lo diré más claro: eso, sea lo que sea, me arrastrará consigo y ya no habrá regreso posible...

—Vamos, hombre, no puedo creer que hables así. Me sorprendes; tú eres un científico, un hombre con luces.

—Sí, tienes toda la razón, ¡un hombre con luces!... pero te aseguro que la luz también puede sumirnos a veces en la oscuridad más negra. Ese resplandor en el que me sentí envuelto desafía cualquier explicación lógica; a menos, claro, que fuera una alucinación, tal como tú piensas... pero ¡no, no!, yo lo vi, como estoy viendo ahora el destello del sol que enciende aquellos cerros en la lejanía, ¡te digo que lo que vi, es real, aunque su realidad me sea totalmente ajena!

«Si intento hacer memoria, creo que la primera vez me ocurrió de chico, cuando aún estábamos dando clase en los escolapios, pero claro nunca hasta ahora se había transformado en eso...»

—Bueno, bueno, está bien, pero todo fenómeno obedece a alguna causa, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Ya, y ahora me vas a recordar otra vez que soy un científico. Estás convencido de que la ciencia tiene explicación para todo, ¿no es así? Pues aunque te sorprenda, yo siempre lo he puesto en duda, y ahora más que nunca; a mis sesenta y siete años ya sólo estoy convencido de una cosa: la realidad es mucho más extraña de lo que somos capaces de imaginar.

—Sin embargo, los físicos dicen...

—¡Otra!, ¿y qué más da lo que digan? Los físicos sólo saben de física, entiéndelo bien, aunque algunos ingenuos aseguren que están a un paso de desvelar la razón última del universo... la famosa teoría del todo; supongo que habrás oído hablar de ella.

—Confieso que no.

—Dicho en pocas palabras: esos genios ilustres llevan muchos años persiguiendo un principio, tal vez un sistema matemático o quizá una única ecuación, que permita comprender por qué el universo —*el todo*— es tal como lo observamos y no de otro modo cualquiera. Pero ese todo del que hablan con tanta complacencia, ¿es un todo con mayúsculas?, ¿todo lo que existe en el cielo y la tierra? ¡Pues claro!, ¡no iban ellos a conformarse con menos! Los muy majaderos están convencidos de que el día menos pensado encontrarán ese dichoso principio que, según creen, nos abrirá al fin las puertas de la sabiduría infinita ¡Pobres locos!, no son capaces de entender que vivimos rodeados de realidades ocultas, de hechos inexplicables que superan nuestra capacidad de comprensión.

—Pero Luis, eso que dices daría la razón a quienes creen en la magia, nos haría retroceder a épocas oscuras dominadas por la superstición...

—¿Superstición? ¿Y no te lo parece esa creencia ridícula de que todo, absolutamente todo, el universo entero, está hecho a medida de nuestra lógica?

Cuando la tarde comenzaba a declinar, regresamos al pueblo y dejé a Luis en su casa, no sin antes asegurarle que volvería a la menor oportunidad. Debo reconocer que en aquel momento deseaba con toda mi alma alejarme de allí cuanto antes; supongo que él se dio cuenta y, al despedirnos, me apretó la mano con fuerza como si fuera consciente de que ya no habría otra ocasión para volver a vernos. Dos semanas después, supe que había muerto de un infarto.

Recuerdo que después de dejar atrás Trillo aquella tarde, mientras atravesaba encinares y aldeas silenciosas en dirección a Madrid, me asaltó una fantasía extraña. Imaginé que aquellas colinas rojizas volvían a quedar sepultadas por las aguas; un mar oscuro, indómito, se extendía hasta donde la vista era capaz de abarcar. Todo era desolación; ninguna voz humana, ningún signo de vida, sólo el bramido de los vientos que precede a la tempestad. Y allá en la lejanía, envueltas en columnas de espuma, las torres humeantes de *la nuclear* se iban hundiendo, poco a poco, hasta desaparecer bajo las olas.

© Carlos Montuenga

Carlos Montuenga. Nací en Madrid en 1947. Estoy doctorado en Ciencias por la Universidad Complutense y aunque mi actividad profesional se desarrolla en el área científica, siento un particular interés por la difusión de la cultura, así como por la comunicación de un modo personal de entender la realidad. Hace unos años empecé a colaborar en revistas electrónicas, tales como ETC Magazine (Buenos Aires) Margen Cero, Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España) Revista Voces, Letralia (Venezuela) y, posteriormente, en Adamar y en Revista Narrativas. También he publicado algunos artículos y relatos en portales de la red dedicados a la difusión del humanismo y la filosofía, como La Caverna de Platón. Soy miembro integrante del Taller Literario de "El Comercial".

FIEBRE DE SALSA EN ESTOCOLMO

por Víctor Montoya

Sábado. Nueve de la noche. Juan puso en el estéreo el disco compacto de boleros que compró la semana pasada. Y, mientras la música ganaba los espacios de su apartamento de soltero, se desvistió y entró en la ducha. Los boleros lo seducían y le despertaban la memoria sentimental, como si los vocalistas cantaran con precisión sus amores y desamores, y recuperaran en un solo instante toda su vida. *Dicen que la distancia es el olvido...*, acompañó con voz quebrada y silbosa desde la ducha, consciente de que esa canción siempre le tocó las puertas del corazón y en ocasiones hasta le arrancó lágrimas de nostalgia. *Somos un sueño imposible que busca la noche...*, musitó, convencido de que el bolero era la canción más carnal y espiritual que existía, y que los cantantes de esa música ponían su voz al servicio del amor, incluso renunciando al suyo para ir diciendo esas mentiras piadosas o esas palabras que las parejas no llegaban a decirse por pudor mientras bailaban y se arrimaban. *Bésame, bésame mucho...*

Juan ya se había duchado y afeitado, mirándose la cicatriz que le partía el pómulos. Se echó loción y desodorante, se puso una camisa estampada de medio cuello y unos pantalones que hacían juego con sus mocasines de cuero revuelto. Se cepilló los dientes y se peinó con gomina. Apagó el estéreo, se ajustó la malla del reloj y metió la billetera en el bolsillo del pantalón. Se colocó las gafas oscuras y se puso el sombrero de ala ancha, que compró más para parecerse a Pedro Navaja que a los gángsters de Al Capone.

Diez de la noche. Durante la semana había trabajado más de ocho horas diarias, y ahora quería *marcha*, unas copas, un vacilón y una chica rubia para pasarlo bomba como todos los sábados por la noche. Se miró por última vez en el espejo del zaguán y ganó la calle rumbo a la salsoteca *La Isla*, donde lo conocían como a uno de los mejores bailarines en Estocolmo, pero también como a uno de los latinoamericanos más temidos por sus antecedentes criminales, generalmente por drogas, peleas, atracos a mano armada e intentos de violaciones.

Juan tomó el metro en la estación de Fittja. Se sentó en uno de los últimos asientos del primer vagón, disparado de graffitis de colores expresivos, y pensó que *La Isla* no era un antro de perdición, sino una de las salsotecas más cotizadas de la ciudad y uno de los centros más efectivos de integración cultural, sobre todo cuando se iba solo, pues eso de llevar a mujer conocida, era como llevar leña al monte. En *La Isla* se iba a sentir la brisa del Caribe, romper el estrés, bailar hasta la madrugada, divertirse y, si lo permitía la noche, cargarse a la primera mujer dispuesta a acabar la fiesta en la cama de un *latinamerican lover*.

Cuando llegó a la estación de Slussen, cambió de metro en dirección a Hässelby. Se paró cerca de la puerta de acceso al vagón, frente a una mujer gorda que lo miró con desprecio y a una muchacha hermosa que le regaló una sonrisa tímida. Él se arregló las gafas y el sombrero, carraspeó con disimulo y siguió pensando en que las suecas que invadían *La Isla* eran cosmopolitas por excelencia y sabían bailar contoneándose como fieras. No hacía falta saber el idioma sueco para comunicarse con ellas, pues casi todas habían estado alguna vez en España y hablaban el castellano como práctica.

Se apeó en la estación de Fridhemsplan, un barrio céntrico muy diferente al suyo y que durante los fines de semana tenía la magia de trocarse en uno de los refugios de la vida loca en Estocolmo. Subió la grada mecánica y se enfrentó a un hombre de rostro tétrico, quien vomitaba y orinaba cerca de la caseta de control y las puertas que daban a la calle.

«En media hora de espera, Juan avanzó hasta el dintel de la puerta, donde advirtió a una mulata despampanante y envuelta en un halo de grandeza, como si en sus enormes nalgas cargara el emblema del triunfo, la belleza y la riqueza.»

En la entrada de la salsoteca había una cola obligatoria. Juan ocupó su puesto entre unas rubias platinas, muy escotadas, y unos tipos de rostros duros como el granito, que estaban allí sólo para mirar a las muchachas que exhibían mínimas tangas y espléndidas anatomías.

En media hora de espera, Juan avanzó hasta el dintel de la puerta, donde advirtió a una mulata despampanante y envuelta en un halo de grandeza, como si en sus enormes nalgas cargara el emblema del triunfo, la belleza y la riqueza. Delante de ella estaba el portero, un joven que tenía los brazos de marinero y la cara de matón. Juan pagó la entrada y franqueó la puerta, mirando con desprecio a quienes no tenían más que cien coronas en la billetera; cincuenta para la entrada y cincuenta para una cerveza o dos *Coca-Cola*.

Ya en el vestíbulo, entre la guardarropa y el baño higiénico, lo golpeó el vaho cálido de la pista de baile, donde la música, retumbando entre luces fosforescentes, parecía descolgarse del techo. Avanzó hacia el bar entre cuerpos que se movían al compás de los últimos *hits* de Ricky Martin. Se apoyó en el mostrador, al lado de dos hombres acodados en la barra del bar, y pidió un *Cuba Libre*. Sorbió un trago, se secó los labios con el dorso de la mano, en tanto sus ojos, impávidos como carbones, miraban en una dirección y en otra. Repasó las mesas una por una y rastreó la pista de baile. Todas las mujeres eran iguales, excepto una que tuvo el privilegio de acelerarle el corazón. La vio al fondo de la barra, sentada sobre un taburete, sola, como esperando a alguien que no llegaba. Parecía un ángel suspendido en el aire; tenía pelo de valquiria y lucía un bronceado de lámpara, sus ojos eran verdes y brillantes como la esmeralda y el color de sus labios era similar al de sus uñas laqueadas de rojo carmín; vestía una blusa que dejaba adivinar las formas perfectas de su busto, un pantalón ajustado a las piernas y zapatos con hebillas y plataforma. De rato en rato, mientras la miraba por detrás de sus gafas oscuras, abriendo bien los ojos, como deseándola, ella sorbía la cerveza y miraba su reloj, miraba su reloj y sorbía la cerveza, hasta que levantó la mirada y se encontró con la cara de Juan, quien se quitó las gafas a modo de comunicación. Ella, cuya elegancia y belleza imponían el juego de la eterna seducción, se hizo la desentendida y empezó a moverse al ritmo de la música, mientras su mirada revoloteaba por doquier y sus pechos se agitaban bajo la finísima blusa de seda. Juan, al verla moverse a media luz, como una hermosa gata de ojos enigmáticos, quedó atrapado por su figura de contornos armoniosos, a tal extremo que cuando ella cruzaba las piernas, a él se le cruzaban los ojos.

«Ya en el vestíbulo, entre la guardarropa y el baño higiénico, lo golpeó el vaho cálido de la pista de baile, donde la música, retumbando entre luces fosforescentes, parecía descolgarse del techo.»

Juan, consciente de que tenía mucho desparpajo con las mujeres, se le acercó con la copa en la mano y una sonrisa de conquistador. Ella no resistió a la tentación de esos ojos negros, penetrantes y atractivos, que durante largo tiempo la estuvieron observando a media luz.

—¿Esperas a alguien? —preguntó con voz pausada y colocándose otra vez las gafas.

—Sí... —contestó ella. Hizo un silencio, dudó un instante y prosiguió—: No, no espero a nadie...

—¿Entonces puedo hacerte compañía?

Ella calló, aunque aceptó con la mirada.

—¿Cómo te llamas?

—Annika —dijo—. ¿Y tú?

—Juan, Juan Moncada —contestó él, terminando de confirmar la teoría de que la mayoría de las suecas que estaban en la salsoteca hablaban o entendían español.

Ambos se retiraron de la barra, acompañados por la voz sonora de Juan Guerra, quien cantaba desde los altoparlantes: *Quiero ser un pez/ para tocar mi nariz en tu pecera/ y hacer burbujas de amor por dondequiera...* Se instalaron en una mesa vacía, donde apenas alcanzaban las luces fosforescentes, y donde él solía dar besos a tornillo a las muchachas más guapas de la salsoteca.

—Es la primera vez que te veo aquí —dijo Juan, intentando elevar la voz para sobreponerse a la música estridente.

Annika pidió otro vaso de cerveza al camarero, encendió un cigarrillo y contó que había estado de vacaciones en Cuba, que admiraba la retórica de Fidel y la gesta heroica del Che.

Juan, que siempre tuvo más interés por las mujeres que por la política, la escuchó atento, en silencio, hasta que la música: *Me enamoré de ti*, de Oscar D'León, lo devolvió a su realidad y lo invitó a demostrar sus habilidades en la pista, donde campeaban los *latin lovers*, las *beautiful señoritas* y la salsa, ese ritmo que sonaba a cuerpos morenos, a ron y caña de azúcar.

—¿Bailamos? —preguntó Juan, arrastrando la silla para ponerse de pie.

Annika asintió con la cabeza, apagó la hebra del cigarrillo y caminó con donaire delante de Juan, quien, como todo macho experto en el arte de cortejar a una hembra, la siguió por detrás, muy de cerca, protegiéndola de los codazos y las pisadas.

En la pista había un remolino de gente moviéndose más al compás de los flecos de luz que de la música. Estaba claro, no todos tenían la facilidad de aclimatarse a los huracanes de la música caribeña, como esas parejas que daban sus primeros pasos de salsa, observando cómo lo hacía el vecino e improvisando ondulaciones corporales y cefálicas de rock en un baile que exigía mucha flexibilidad corporal. En cambio Juan y Annika, como si tuviesen la música metida en las venas, se deslizaban sobre el piso con una total libertad de expresión y de movimientos, llamando la atención hasta de los más diestros bailarines de *La Isla*. No cabía duda, en la pista inundada de luces multicolores, Juan se convertía en el rey del mambo, cha-cha-cha, cumbia, rumba, salsa, merengue, guaguancó y reagon. Y, por si fuera poco, estaba siempre radiante y feliz, como si la noche hubiera sido la mejor de su vida. Brillaba la chispa de oro en su dentadura blanca y su corazón revoloteaba como un pajarillo asustado. Annika no se quedaba atrás, era capaz de embelesar a cualquiera que la viera bailar como aspa en medio de las luces fosforescentes, luciendo una sonrisa amplia y los atributos de su belleza nórdica.

«Annika pidió otro vaso de cerveza al camarero, encendió un cigarrillo y contó que había estado de vacaciones en Cuba, que admiraba la retórica de Fidel y la gesta heroica del Che.»

Cuando el DJ puso la salsa erótica de Eddie Santiago: *Quiero amarte en la yerba*, Juan le puso una mano en la cintura y la otra en la espalda. En tanto Annika, aceptando que la salsa era un baile sensual en el cual el hombre dominaba a su pareja con las manos y los pasos, asumió una actitud de total entrega.

En la pista, donde todos se entregaban a la música con pasión infinita, la salsa erótica hizo subir la temperatura de los cuerpos al ritmo de: *¡Ay, José. Así no por favor/ ¡Ay, José!, hazlo otra vez./ No te pongas tan blandito,/ ponte un poco más durito...* Juan aprovechó el texto de la canción para arremetarse contra los pechos de Annika, quien se dejó llevar por la cadencia del hombre que empezó a rozarle las nalgas con los dedos. No se miraron ni se hablaron, hasta que sus labios se fundieron en un beso. Cambió la música y ellos dejaron de bailar. Juan levantó el ala del sombrero y se secó el sudor de la frente. La saliva le pasaba densa por la garganta y sus palabras se disolvían en una respiración agitada.

—Descansemos un rato —propuso ella, mientras la voz melosa de Lalo Rodríguez pedía desde los altoparlantes: *Devórame otra vez, devórame otra vez...*

Cansados y sedientos, vaciaron sus copas de golpe. Se agarraron de las manos y se miraron a los ojos, atrapados en el torbellino de un amor apasionado y en medio de una voz que soplaba en sus oídos: *...Hasta en sueños he creído devorándome/ y he mojado mis sábanas blancas recordándote./ En mi cama nadie es como tú...*

Juan pidió dos vasos de cerveza a su cuenta, sin dejar de escuchar impresionado los comentarios de Annika, cuya elocuencia le permitía incluso intelectualizar la historia de la salsa, salpicando sus comentarios con citas arrancadas de algunas obras literarias, como *Los reyes del mambo tocan can-*

ciones de amor, *La guaracha del Macho Camacho* y *La importancia de llamarse Daniel Santos*. Era la primera vez que Juan estaba frente a una mujer que era algo más que sexo y belleza, por eso cuando ella le contó de su vida y de su trabajo como enfermera, él prefirió callar y no decir nada, por el temor a revelar que detrás de esa pinta loca se escondía un inmigrante de baja formación cultural, un elemento con antecedentes penales y un empleado ilegal que se ganaba el pan *trabajando a la negra* en una empresa de limpieza.

—Así que tú, a diferencia de otros latinos, hablas poco, ¿verdad? —inquirió Annika.

Juan, dispuesto a disimular su ignorancia como otras veces, dejó brillar la chispa de oro de su dentadura blanca y contestó con los mismos dichos de siempre:

—*Hablar es plata y callar es oro. Además, perro que ladra, no muerde.*

—¡Ah, sí! —dijo Annika, con cierto asombro—. No conocía esos refranes, salvo ese que dice: *En boca cerrada no entran moscas.*

La fiesta llegó a su fin. La música dejó de zumbear en los altoparlantes y la salsoteca se fue vaciando como un teatro al cabo de la función.

Annika, consciente de que Juan estaba en sus manos, lo bañó con la mirada y lo invitó a tomar la última copa en su apartamento, ubicado a dos cuadras de *La Isla*. Él aceptó la propuesta y se aprestó a salir con ella. En ese trance, un tremendo ruido de voces y botellas estalló a sus espaldas. Juan volvió la cabeza con vértigo y vio a dos hombres de camisas remangadas hasta el codo y melenas alborotadas, enfrentándose como gallos de pelea en medio de un ruedo de rostros espantados y ojos expectantes. Uno de ellos, nariz aguileña y pómulos prominentes, estaba apoyado de espalda contra la pared y desprendía una mirada amenazante; en tanto el otro, que llevaba una cinta amarrada en la frente y un chaleco de alpaca, agitaba los brazos gritando a viva voz: *¡Acércate, cabrón! ¡Te voy a romper la cara!...*

«Por un instante cundió el pánico y la confusión. Los adversarios se lanzaron al ataque y se trenzaron en un remolino de puñetes y patadas, como si la furia les hubiese reventado en las manos y los pies.»

Por un instante cundió el pánico y la confusión. Los adversarios se lanzaron al ataque y se trenzaron en un remolino de puñetes y patadas, como si la furia les hubiese reventado en las manos y los pies.

Juan, que estaba muy metido en lo suyo, ni siquiera se dio cuenta de la bronca que se armó a sus espaldas. *Una fiesta sin peleas, no es fiesta*, se dijo. Pero cambió de opinión cuando vio que uno de los hombres, la cara pálida como la luna y los ojos retintos como la noche, se plantó delante de su adversario, las piernas abiertas y el puñal en la mano.

¡Concha su madre! A estos indios les volvió a salir la pluma, dijo una voz masculina, arrastrándose desde la barra del bar.

Cuando llegó el portero, abriéndose paso entre los curiosos, era ya demasiado tarde, pues el hombre que estaba armado acabó de asestar cuatro puñaladas en el pecho de su rival. La víctima, sangrando por la nariz y los labios, avanzó unos pasos entre espasmos y retorcimientos, antes de desplomarse cerca de las patas de una mesa, donde puso los ojos en blanco y exhaló el último suspiro.

¡Basta ya, huevón!, gritó el portero, abalanzándose sobre el autor del crimen, quien, puñal en mano, repetía obstinadamente: *¡Ahora puedes quedarte con esa puta, carajo!...*

Cuando Juan escuchó la palabra *puta*, en medio de un alboroto aterrador, comprendió que los dos hombres, heridos en sus sentimientos, emprendieron a puñetazos y puntapiés por el amor de una mujer. Los celos terminaron en golpes y los golpes en un crimen.

Annika, en honor a su ética profesional, se acercó de inmediato hacía el hombre que yacía en el suelo, teñido por la sangre que manaba a borbotones por los cuatro agujeros de su pecho. Se arrodia-

lló y le aplicó masajes de primeros auxilios, pero sin volverlo a la vida por mucho que lo intentó con el método *boca a boca*.

Allí permanecieron taciturnos y sin hablar. Llegaron los policías y la ambulancia. Los enfermeros se llevaron el cadáver en una camilla, mientras los policías, tras detener al asesino, lo esposaron llevándose a empujones.

En el ámbito del local, que durante la noche fue escenario del baile y la alegría, quedó un manto de tragedia y en el piso quedaron silueteados con tiza los contornos del cuerpo de ese hombre que, tras haber conocido la gloria caliente de la salsa, se alejó de este mundo con el rostro congelado por el frío de la muerte.

—Es el primer crimen que se comete en esta salsoteca —dijo Juan, intentando apaciguar los nervios exaltados de Annika y recordando instintivamente las riñas en las que él estuvo implicado en el pasado.

—Lo extraño es que todo pasó muy rápido —dijo Annika—, como en la canción de Rubén Blades, quien cuenta en pocos minutos, y con el respaldo sonoro de las congas, la crónica negra de Pedro Navaja en un suburbio hispano de Nueva York.

Juan, al escuchar esa referencia musical, creyó reconocer en el texto de esa canción su propia historia.

—¡Vámonos! —acotó Annika, encaminándose en dirección a la puerta.

Tres de la madrugada. La noche había sido vencida por el día y el sol estallaba en las ventanas de los edificios. Subieron por las gradas mecánicas hacia St. Eriksgatan, por donde transitaban en dirección al Este, abrazados y en silencio. Annika tenía un leve temblequeo en las piernas de tanto haber bailado y Juan sentía un mal sabor en la boca, como cuando comía *kebab* en la caseta del turco Mohamed.

Cruzaron por el puente, los brazos enlazados en la cintura y las miradas tendidas en las aguas serenas del lago, donde el sol reverberaba con toda su intensidad y los yates se mecían anclados a lo largo de los muelles y cantiles. Al final del puente, en el primer edificio del lado derecho, sobre una tienda de ropas y un salón de peluquería, estaba el apartamento de Annika.

*«Cruzaron por el puente,
los brazos enlazados en
la cintura y las miradas
tendidas en las aguas
serenas del lago, donde
el sol reverberaba con
toda su intensidad y los
yates se mecían
anclados a lo largo de los
muelles y cantiles.»*

—Vives en un lugar céntrico y cerca de *La Isla* —comentó Juan, las manos en la cintura y los ojos puestos en la nada.

Annika hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta con el hombro. Avanzaron por un pasillo adoquinado y se metieron en el mismo ascensor donde ella, en cierta ocasión, apenas entrada la noche, se encontró con una navaja en el cuello y un hombre que decía: *La vida o la cartera*. Pero Annika, dispuesta a batirse con quien se le pusiera enfrente, lanzó tal alarido que ella misma se quedó asustada al escucharse. Sin embargo, su grito bastó para que el asaltante saliera disparado rumbo a la calle.

En el tercer piso del edificio, salieron del ascensor y se acercaron a una puerta en cuyo buzón se leía: Annika Svensson.

—Aquí vivo...

Juan se quitó las gafas, los zapatos y el sombrero en el zaguán. Pasó al living, seguido por los pasos de Annika, quien, acercándose al pequeño bar del armario de IKEA y esbozando el preludio de una sonrisa, ofreció con voz suave:

—¿Vino, cerveza o whisky?

—Whisky —contestó él, hundiéndose en el sillón de cuero negro y sin dejar de observar las paredes forradas con estantes repletos de libros, discos, casetes, cuadros, fotografías y estatuillas de madera y pedernal.

Annika sirvió dos copas. Una se la pasó a Juan y la otra la dejó sobre la mesa de mármol.

—Vuelvo enseguida —se excusó.

Primero entró en el baño, dejó correr el agua del inodoro y se lavó su pilosa entrepierna en el bidé. Luego entró en el dormitorio y, al poco rato, volvió con el rostro cubierto de alegría y envuelta en un kimono que se le precipitaba por las vertiginosas curvas de su cuerpo.

—Eres tan bella que todo tu cuerpo es luminoso como una lámpara encendida —piropeó Juan, reacomodándose en el sillón y sorbiendo un trago de whisky.

Annika puso en el estéreo la salsa consciente de Rubén Blades. Se sentó al lado de Juan, cruzó las piernas, levantó la copa y escuchó a medias la historia de Pedro Navaja, mientras recordaba el suceso que le tocó vivir en *La Isla*. Juan le iba a decir algo, pero ella se levantó de golpe y cambió la salsa por la música de Silvio Rodríguez.

—Es mi trovador favorito —dijo, volviéndose a sentar—, porque hace la revolución cantando canciones de amor...

Cuando Juan escuchó *América, te hablo de Ernesto*, pensó que Annika, si no era militante de izquierdas, al menos era una mujer consciente, con el corazón puesto al lado de los desheredados y los pensamientos puestos al servicio de las corrientes libertarias.

*«Juan se volvió hacia ella,
la atrapó con las manos y
la besó con una pasión
devoradora, desatando los
deseos retenidos en las
concavidades de ese
cuerpo que se agitaba bajo
el roce de las caricias.»*

Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan / para que no las puedas convertir en cristal... Annika, seducida por la voz de su trovador favorito, afianzó la cabeza contra el hombro de Juan y enseñó el naciente de sus senos por entre la abertura del kimono, cuya transparencia dejaba vislumbrar el color de sus prendas interiores y el fulgor de su belleza.

Juan se volvió hacia ella, la atrapó con las manos y la besó con una pasión devoradora, desatando los deseos retenidos en las concavidades de ese cuerpo que se agitaba bajo el roce de las

caricias. Así permanecieron por algún tiempo, mirándose a los ojos y buscándose con los labios. La música desfalleció en el estéreo y las llamas de la excitación se encendieron a flor de piel. Juan recorrió la mesa con el pie y se levantó del sillón. Alzó a Annika en los brazos y la llevó hasta el dormitorio, por cuya ventana, de persianas suspendidas y cortinas descorridas, penetraba la luz del sol, haciendo carambola en los objetos más cercanos. La tendió sobre la cama y, a poco de desatarle el ancho cinturón del kimono, le quitó la tanga a besos, mientras él se desabotonaba la camisa y se desabrochaba el pantalón.

Los cuerpos, desnudos y sedientos de amor, sucumbieron a las caricias de las manos y los labios, hasta que Annika, la cabellera esponjosa, la voz suave, la figura esbelta, la piel satinada y los senos hechos de miel y de nácar, separó los muslos y entregó su vellocino de oro al argonauta que la conquistó con la mirada oscura y la lanza ardiente como el fuego. Al final, ambos aflojaron la tensión de sus músculos en un orgasmo profundo y prolongado, y lanzaron gemidos redondos en la claridad del dormitorio, donde Juan, por primera vez, descubrió que la lucidez sexual de una mujer era capaz de torcer el curso de las ideas tradicionales de un macho.

Algo después, quedaron dormidos.

Al despertar al mediodía, con una resaca estallándole en la cabeza, Juan advirtió que Annika no estaba ya en la cama ni en el apartamento. Se vistió desganado y entró en la cocina, en cuya mesa encontró una nota que decía: *Cuando te vayas, no olvides asegurar la puerta. Annika.*

Juan ocupó el baño y se lavó la cara, mirándose en el espejo la cicatriz que le partía el pómulo. En el zaguán, donde quedó impregnado el perfume de Annika, se calzó los mocasines de cuero revuelto, se colocó las gafas oscuras y se puso el sombrero alón de medio lado. Aseguró la puerta a sus espaldas, tomó el ascensor hasta la planta baja, ganó la calle inundada de sol y se alejó por la acera tarareando el estribillo de Pedro Navaja: *La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ¡Ay, Dios!...*

© Víctor Montoya

Víctor Montoya. Nació en La Paz, Bolivia, en 1958. Escritor, periodista cultural y pedagogo. Vivió desde su infancia en la población minera de Llallagua, al norte de Potosí. Durante la dictadura militar, acusado de organizar actividades subversivas, fue perseguido, torturado y encarcelado. Estando en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Viacha-Chonchocoro, escribió su libro de testimonio *Huelga y represión*. Llegó exiliado a Suecia en 1977, tras haber sido liberado por una campaña de Amnistía Internacional. Es autor de más de una decena de libros entre novelas, cuentos, ensayos y crónicas. Dirigió las revistas literarias "PuertAbierta" y "Contraluz". Su obra está traducida a varios idiomas y tiene cuentos en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos. Es redactor responsable de la antología digital de los Narradores Latinoamericanos en Suecia: www.narradores.se. Actualmente radica en El Alto de La Paz.

VIGILAR LA CASA

por Lucía Lorenzo

Las puertas ventanas abiertas, delgadas y reflejando la luz y el calor contra el interior de los cuartos, dejando entrar cada tanto una ráfaga más fresca, que ingresa, recorre y se va, hace el camino circular de la casa entera. Irá a sentir eso. Sentirá eso así, como si alucinara la posibilidad de un sentido, mientras vigila la casa, mientras cree vigilarla. A las cinco de la tarde, volverán. Miró los ventanales cerrados, el aire veraniego afuera moviéndose sin insistencia, dejando a las cosas hacer, y volvió a imaginarlo dentro de la casa, paseándose fresco, recorriendo un presunto trayecto circular, silente y vigilante. Tendría ideas de verano, entonces. Serían así sus ideas. Pero la casa había quedado celosamente cerrada. Él la cerró y lo verificó. ¿Cómo era su apellido? Le había dejado a mano un teléfono celular con dos números grabados en la memoria, alcanzaría con apretar alguno y siempre escucharía una voz familiar. Él le explicó todo eso y ella lo escuchó. Era lúcida, estaba lúcida todavía, se decía, rondaba aquello dentro de sí. Él insistió en ensayar el procedimiento, ella asintió y esperó a que la prueba terminara. Ninguno, nadie estaba interesado.

Cuando la dejaban así, en posición de vigilancia, una absurda vigilancia si era cierta su edad, durante varias horas, a veces más de las prometidas, todos los signos vitales viraban a cada momento, múltiples veces a lo largo del día. Pero esa posición, ¿era de vigilancia? No estaba segura. La casa no podía quedar sola, había escuchado decir, y ella lo comprendía, hasta cierto punto. Su hermana, el hombre que vivía con ella, sus hijos, todos tenían cosas que cuidar. Cosas actuales que cuidar.

Los había visto aprontarse para irse, toda esa larga hora previa, yendo y viniendo, perdiendo cada tanto el tiempo, sólo unos minutos frente a cualquier cosa banal, mientras recorrían mentalmente los últimos detalles para el paseo o el cumpleaños, o lo que fuese que les esperara. Cuando finalmente subieron al auto, ella reprimió un suspiro. Todavía, un buen rato después, podía escuchar la voz de él, de uno de ellos, asegurando que no serían necesarios dos autos.

*«¿Qué necesita?, le
gritó ella después.
El hombre señaló el
interior de la casa.
¿La casa? ¿Entera?»*

Después fue el sonido lejano, breve y rítmico, contra los vidrios. En seguida, el mismo sonido repitiéndose, duro y cercano. ¿Qué era? Un pájaro, pensó. Y ahí apareció la cara primero y el cuerpo después. Un hombre de unos cuarenta años, sonriéndole del otro lado de los ventanales. ¿Quién era? Buscó un nombre que coincidiera con aquella cara pero no encontró ninguno, buscó un signo que delatara un oficio y tampoco encontró ninguno. ¿Le habían dejado dicho algo sobre eso? ¿Un dato que ella pasó por alto, el nombre de un primo, un primo segundo, el mejor amigo de alguien? Otra vez los tres golpes. Ella cabeceó para hacerle saber que ya lo había visto. El hombre se señaló a sí mismo, señaló en un gesto rápido todo su cuerpo, como si el hecho de existir fuese para él mismo un asunto recién descubierto. Ella volvió a cabecear y pensó en el Uno, o en el Dos. Se quedaron mirando unos segundos, ella negando y él sonriendo.

¿Qué necesita?, le gritó ella después. El hombre señaló el interior de la casa. ¿La casa? ¿Entera? Ella levantó un poco los hombros, en un gesto de incompreensión o impotencia. El hombre se puso repentinamente serio y miró alrededor. Se quedó así, de espaldas, mirando aquello, todo a quel verano depositado, y el viento lento, merodeando la casa. Ella lo vio sacarse la camisa de adentro del pantalón y meterse después las manos en los bolsillos. Lo vio sentarse en el escalón bajo, al lado del ventanal, de perfil a ella, y sacar y prender un cigarrillo. Se quedó viendo eso, mientras sabía o intuía que el hombre estaba vigilándola. Alcanzaría con mover un poco la mano para llegar al teléfono. Todas esas voces del otro lado. Y ella explicando, intentando explicar que había un hombre afuera, fumando y esperando algo. Le pedirían una descripción. ¿Es alto, cómo es? Y ella apenas pudiendo decir cómo estaba vestido. Demorarían en decidir el grado de la amenaza. Se pasarían el teléfono entre ellos y ella ya no sabría con quién estaba hablando.

En cambio, el hombre allí.

Ya casi terminaba su cigarrillo. Ambos sabían que habría una escena más. De pronto, se sintió extraviada. La imagen invertida le mostraba al hombre dentro de la casa y a ella afuera, vagando sin rumbo ni orientación por un sitio desconocido. Entonces pensó en llamar. Juró que llamaría. Cuando otra vez sintió el sonido. Y nuevamente vio a un pájaro antes de verlo a él. Y en seguida, él. Golpeando una vez más el vidrio de los ventanales. Calmo, otra vez sonriente y sin insistencia. Ella intentó entender del todo la situación y, en un último intento por controlar su cerebro, alcanzó a ver la amenaza real detrás de aquella sonrisa fija, impersonal. Comprendió aquello en el mismo instante en que el hombre le gritó algo que ella no entendió inmediatamente.

Vieja, le gritó.

Abrí, vieja.

© **Lucía Lorenzo**

Lucía Lorenzo. (Montevideo, Uruguay, 1973). Cuentos suyos han sido incluidos en la antología *El descontento y la promesa* (2008) y en la publicación colectiva de los Premios Paco Espínola (2007).

MI MEMORIA HISTÓRICA

por José López Rueda

José M^a Gutiérrez de la Torre me ha invitado a escribir unas palabras sobre la memoria histórica para su Boletín. Los dos tenemos bastante en común en cuanto a nuestros orígenes sociales. Los dos comimos en auxilio social durante los años críticos de nuestra historia contemporánea. Yo tres años durante la guerra civil y él un período más o menos largo de la posguerra. En una conversación telefónica reciente, estuvimos de acuerdo en que había que hablar de la memoria histórica tratando de armonizar y de unir a nuestro pueblo evitando remover las viejas heridas. Tanto él como yo somos hijos de republicanos y un poco en broma llegamos a la conclusión de que los franquistas habían hecho algunas cosas buenas, como, por ejemplo dar de comer a hijos de socialistas que, por cierto, siguen pensando lo mismo pero sin excesivo apasionamiento. En este breve texto, yo no voy a hablar de la memoria histórica sino de mi memoria histórica.

Si bien es verdad que soy socialdemócrata por convencimiento ideológico, también lo es que en buena parte lo soy por mi herencia genética. Mi abuelo paterno se afilió al partido en la época de Pablo Iglesias y mi padre también lo hizo siendo muy joven. En los últimos años de la República, mis padres, recién casados, me llevaban a ver funciones teatrales en la Casa del Pueblo y muchos años después, llegué a la conclusión de que una de aquellas obras debió de ser *Nuestra Natacha* de Alejandro Casona. El 3 de mayo de 1936, un luminoso domingo de primavera, me vistieron de pionero y me pusieron al cuello un pañuelo rojo para ir a la inauguración¹ del monumento a Pablo Iglesias en el Parque del Oeste. Nunca en mi vida he visto un grupo de personas tan rebosantes de una tan solidaria alegría. También es verdad que una joven miliciana vestida con mono, pedía una contribución repitiendo: «Compañeros, para una ametralladora».

Poco después estalló la guerra civil y me pasó lo que cuento en mi novela *Aldea 1936*. Mi madre, mis hermanos y yo estuvimos en Arcos de Jalón, en la llamada Zona Nacional, tres años sin ver a mi padre que se había quedado en Madrid combatiendo por la República.

Al terminar la guerra, mi padre estuvo preso nueve meses en un campo de concentración situado en la Desembocadura del Miño. Cuando regresó a Madrid, se normalizó la vida de la familia y yo, a pesar de las dificultades económicas, conseguí estudiar el Bachillerato trabajando en el Banco de Londres y América del Sur. Cuando lo terminé, solicité una beca Alejandro Salazar que daba el Frente de Juventudes. Me la concedieron, pero con la condición de que me hiciera de Falange. Otra vez por decisión de otros, como en el caso de los pioneros, me pusieron un uniforme y pasé muchas horas ensayando para desfilar por la Castellana en el llamado Desfile de la Victoria. Renuncié al banco y con el tiempo, conseguí ganar algún dinero dando clases. Dejé de ir a las reuniones de Falange y, naturalmente, perdí la beca. Un buen día se presentó en mi casa un muchacho enviado por mi centuria y pidió a mi madre que le entregara mi uniforme. Ella lo hizo con mucho miedo y el muchacho se despidió diciéndole: «Este uniforme irá ahora a las manos de un buen español». A los pocos días me enteré de que se lo habían dado a un joven que vivía con su familia en una chabola situada en un solar de la calle de Gaztambide. Un año después, unos jóvenes atracaron a un taxista en las afueras de Madrid y lo asesinaron. Uno de los ladrones era el buen español y llevaba puesto mi uniforme.

© José López Rueda

José López Rueda (Madrid, 1928). Dr. en Filosofía y Letras, Sección de Filología Clásica (UCM). Catedrático Emérito de la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Ha publicado varias novelas, entre las cuales se distingue *Aldea 1936*, sobre la Guerra Civil española, y 10 poemarios, entre los cuales destacaremos *Cantos equinocciales* (1977), el más clásico, y *Fervor Secreto* (2002), el más experimentalista.

¹ Intervinieron en la inauguración Indalecio Prieto, Marcelino Domingo y Pedro Rico, Alcalde de Madrid.

UN TRISTE PERSONAJE NOVELESCO

por Roberto Gutiérrez Alcalá

El último semestre de la carrera estaba llegando a su fin. Por eso la mayoría de mis compañeros ya organizaba la fiesta de graduación y la compra del abominable anillo conmemorativo que deberán lucir con orgullo durante el resto de sus vidas. Diariamente convocaban a «junta general», pomposo nombre que dieron a las reuniones en las que, entre otras sutilezas, discutían si se tomaría brandy Presidente o Bacardí.

Por mi parte, hacía tiempo que todo el estoicismo necesario para soportar clases de filología, lingüística y demás yerbas había desaparecido de mi alma, de modo que me dedicaba a hacer lo que me dictaba mi recio temperamento.

Así, los martes y los miércoles, a las doce en punto, entraba en el salón donde Elizondo discurriría, con fino ingenio y lucidez, sobre el Payo López Velarde, o sobre Poe y Pound. Los jueves, de doce a dos de la tarde, oía cuasi hipnotizado los cuasi interminables monólogos de Arreola. Y, por último, los viernes, a partir de las once y media, me soplaba la desmadrosa clase de Batís, en la que éste podía hablar de la revista *Renacimiento*, fundada por el indio Altamirano, o sobre la casquivanía incorregible de don Julio Torri, por mencionar sólo dos temas de su amplísimo repertorio artístico-literario.

«Cualquier conversación que tuviera que ver con la carrera me daba náuseas. Siempre esquivaba a mis padres, o a quien fuera, cuando me preguntaban cómo iba, qué promedio llevaba.»

Los lunes leía en la biblioteca o, bien, iba al «aeropuerto» y, sentado en una de sus bancas, me ponía a observar a los raros especímenes que ininterrumpidamente aterrizan en él. Poco antes de las cuatro salía a comer algo —una torta de jamón sin mayonesa, unas papas fritas, un jugo de naranja—, y si en el «Che Guevara» proyectaban una buena película —o no tanto—, pues me la aventaba con todo el dolor de mi corazón...

Un martes me encontré a Julia en las escaleras que llevan a la biblioteca. Era una linda muchachita de ojos adormecidos y tez blanquísima, con pecas, que también estudiaba «hispanicas», pero en otro grupo.

—Hace mucho que no te veía —me dijo con su lánguida voz aflautada— ¿Ya no vienes a clases?

—A las obligatorias, no.

—¿Por?

—Me derrotaron.

—¿Cómo?

—Sí, son demasiado densas para mi inteligencia más bien chata y elemental.

—¡Aaah! Y qué, ¿vas a presentar extraordinarios?

Cualquier conversación que tuviera que ver con la carrera me daba náuseas. Siempre esquivaba a mis padres, o a quien fuera, cuando me preguntaban cómo iba, qué promedio llevaba. Por eso no había razón para no cancelar o, en todo caso, para no desviar a otro tema aquella plática informal con Julia.

—Todavía no sé —contesté con sequedad, y después me salí olímpicamente por la tangente—: Oye, ¿sigues haciendo yoga?

De seguro, Julia se dio cuenta de que yo no deseaba seguir hablando de materias y estudio. Sin embargo, no me dijo nada. Sólo se concretó a responderme que «sí, todos los viernes de siete a nueve de

la noche», y que me la recomendaba porque, «creeme, es otra onda». Así dijo. Después me invitó a acompañarla a sacar unas copias. Ignoro por qué acepté. Cuando pasábamos frente a la Dirección, inesperadamente me preguntó si ya había leído *Niebla*, de Unamuno.

—Sí, hace un año. Por órdenes del *Coyote 13*.

—¿El *Coyote 13*?

—Sí.

—¿Quién es?

—Souto.

—¡Aaah!

Luego me pidió que se la contara «a grandes rasgos», pues al día siguiente iba a tener examen y, por supuesto, ya no había tiempo para leerla.

«Hacía siglos (tres meses o más) que no escribía una sola cuartilla. Pero eso sí, me la pasaba urdiendo en la mente complicadas tramas novelescas que según yo, me mantenían “en activo”.»

—El que nada sabe, nada teme —recité.

—Ándale, no seas payaso, dime de qué trata. Tengo que acomodar las copias y pasar en limpio unos apuntes. Si no, sí la empezaba.

—Pero...

—Ándale, por favorcito...

Sus ruegos me conmovieron.

—Bueno... *Niebla* es la historia de Augusto Pérez, un joven que, después de sufrir tremenda decepción amorosa, piensa en suici-

darse. Pero su creador, es decir, Miguel de Unamuno, se le anticipa en la jugada y decide matarlo.

—¿Quéee? —rebuznó Julia—. Explícame lo último que dijiste.

—Qué te explico si todo está muy claro —le dije viéndola a los ojos y experimentando un rotundo sentimiento de superioridad—. Unamuno se mete en la novela, mejor dicho, en la *nivola* —acoté sin que ella entendiera nada— y le comunica a Augusto que él, Augusto, no puede actuar por voluntad propia y que mejor lo va a despachar al otro mundo.

Aquí hice una pausa dramática.

Al cabo de uno o dos segundos, Julia preguntó realmente interesada:

—¿Y luego?

—Augusto, que ya no desea morir —continué—, grita y patalea, pero de todas maneras no logra que «don Miguel», como lo llama, reconsidere su decisión. Al final, obviamente, Augusto muere y todos felices. En realidad, la anécdota es lo de menos. Lo importante radica...

—¡Oye —me interrumpió Julia—, qué padre novelita! Creo que con lo que me contaste podré pasar el examen per-fec-ta-men-te.

Lo único que pensé en ese momento fue en despedirme de Julia, desearle suerte, mucha suerte en su examen, y correr a donde Elizondo de seguro ya estaría comentando el «Sueño de los guantes negros» o «El cuervo» o «El canto de la usura». Y lo hice.

Hacía *siglos* (tres meses o más) que no escribía una sola cuartilla. Pero eso sí, me la pasaba urdiendo en la mente complicadas tramas novelescas que según yo, me mantenían «en activo». Como en aquel relato de Paty Highsmith, era un escritor que escribía libros enteros en su imaginación, o casi. Sin embargo, el encuentro con Julia *me abrió el apetito*, como se dice, por lo que aquella misma tarde empecé a escribir, es decir, sobre papel, el cuento que se me había ocurrido un año antes, al terminar de leer *Niebla*, de Unamuno.

Le puse por título «Niebla II o el regreso de Augusto Pérez» y narraría, con un estilo llano y directo, las aventuras de un Augusto resucitado por obra y gracia de un escritor mexicano, o sea, de un servidor.

En la primera parte, el hombre «despertaba» en un miserable y apestoso cuartucho, en una de cuyas paredes agrietadas y descoloridas se podía ver, mal colgada, una reproducción infame de «La maja desnuda», presidiendo un calendario del año 1986...

Augusto se sentía débil y pesado, y, para colmo, no sabía dónde diablos se hallaba. Así pues, decidía averiguarlo...

Se incorporaba con dificultad, se arreglaba el pelo, se daba unas palmaditas en el rostro para desapejarse y abría la puerta...

Ya en la calle se enteraba, por boca de unos transeúntes que lo veían con desagrado y repugnancia, de que aquello era la ciudad de México... Augusto Pérez no comprendía... Sin embargo, conforme pasaba el tiempo empezaba a recordar: Madrid, Eugenia, don Miguel...

Entonces se encabronaba porque se le hacía evidente que otro escritor lo había resucitado, sí, pero, como siempre sucedía con «esos prepotentes de mierda», sólo para jugar y divertirse con él, como si fuera un vil títere...

Sumamente irritado y abrumado por la perspectiva de tener que sobrevivir en una época incomprensible y en una ciudad desconocida para él, Augusto se echaba a andar sin rumbo por una avenida atestada de coches, autobuses, contaminación y gente...

Abandoné el lápiz y releí lo que había garabateado. «No está mal», pensé. A continuación lo guardé, bajo llave, en un cajón de mi escritorio y, para estar a tono con el momento y las circunstancias del cuentito, me puse a ver en la video «La rosa púrpura de El Cairo».

En los días siguientes me sobraron pretextos para no añadirle ni una palabra al manuscrito inconcluso de «Niebla II o el regreso de Augusto Pérez»: que no me llega la inspiración, que es imposible trabajar con tanto ruido, que el calor, que el frío, que al ratito... (¡Exacto, señoras y señores: el horror a la página en blanco, disfrazado de una hueva grande, grande como un elefante, hizo presa de mí otra vez! ¡Qué caray!)

En cambio, no dejé de asistir a la facultad. Es cierto que ya no presentaba el movimiento ni la algarabía que la distinguen de las restantes. La muy cercana finalización de cursos había alejado de ella tanto a maestros como a alumnos. Era lógico: si ya merito iba a terminar el semestre, no había razón para no terminarlo ya.

De todas maneras, no se puede afirmar que la H. Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM hubiera entrado en hibernación otra vez. Aún no. La biblioteca seguía en servicio, algunos maestros obstinados continuaban dictando cátedra a las paredes de los salones y uno que otro grupo de estudiantes quisquillosos (por no decir mamones) soñaba con recibir una clase extra. En fin...

En esas circunstancias se apareció Augusto. Fue un lunes. Yo acababa de salir de la biblioteca. De inmediato lo reconocí (¿cómo no lo iba a reconocer?). Entró por la puerta principal de la facultad con paso lento, cansado. Su rostro demacrado y sucio lucía una incipiente barba en la que destellaban, de tanto en tanto, varias canas azulosas. Sin sorpresa comprobé que vestía el mismo pantalón gris y el mismo saco luido que no hacía mucho yo le había visto llevar en mi imaginación. Salí a su encuentro.

—¡Augusto!, ¿qué haces aquí?

Él me vio sesgadamente, tratando de ubicar mi fisonomía y mi voz. Cuando su cerebro le avisó que no poseía ninguna información de quién era el sujeto que le dirigía la palabra, dijo, empujándome con violencia:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

«En esas circunstancias se apareció Augusto. Fue un lunes. Yo acababa de salir de la biblioteca. De inmediato lo reconocí (¿cómo no lo iba a reconocer?).»

Comprendí entonces que debía identificarme.

—Soy el escritor que te revivió.

Augusto Pérez me clavó su mirada de lobo hambriento y herido; luego se encaminó a la banca más cercana, se sentó y estiró las piernas. Su aspecto era lamentable.

—¿El escritor que me revivió? —preguntó con irónica incredulidad.

—Sí, el mismo.

—¿Por qué habría de creerlo? —volvió a preguntar, esta vez con aspereza.

—Te llamé por tu nombre, ¿no es verdad? Nadie más sabe quién eres, sólo yo —expliqué con una lógica diáfana e irrefutable.

Augusto se levantó, sacudió las solapas de su ridículo saco negro, se plantó frente a mí y dijo con un tono de voz triunfal:

«Augusto Pérez me clavó su mirada de lobo hambriento y herido; luego se encaminó a la banca más cercana, se sentó y estiró las piernas. Su aspecto era lamentable.»

—Vaya, vaya, vaya, quién lo iba a decir... ¡Al fin doy contigo!

Sus palabras me intrigan.

—Ah, ¿de modo que me estabas buscando?

—Sí —respondió, brusco y tajante, y después agregó con sarcástica camaradería—: Desde hace dos semanas tú eres el único objetivo de mi existencia.

—¿Y para qué soy bueno? —pregunté con sincera curiosidad.

—¿No lo adivinas?

—Augusto, no soy adivino, soy escritor, recuérdalo —dije, disfrutando plenamente aquella situación tan singular e imprevista.

—Sí, lo sé. Conozco muy bien a los de tu calaña...

—¡Qué agresivo, mi querido Augusto!

—No me digas «querido».

—Está bien, está bien, discúlpame... Pero dime ya para qué me estabas buscando desde hace dos semanas.

Augusto jaló aire como para apagar ochenta velitas de cumpleaños y sopló:

—¡Para matarte!

—¿Quéee? —rebuzné yo.

—Como lo oyes: para matarte —repitió Augusto con meridiana nitidez.

No pude ni quise contenerme y estallé en una sonora carcajada que el eco se encargó de multiplicar.

—Augusto, Augusto Pérez —dije luego—, ¿no te das cuenta de que sólo eres un personaje, un triste personaje novelesco que depende absolutamente de su autor? Unamuno te mató un día. Yo te resucité, así que harás lo que yo quiera, y lo que ahora quiero es que te largues de inmediato y me dejes en santa paz.

Su actitud desafiante me había sacado de mis casillas. ¡Nada más eso me faltaba: que un ser como Augusto Pérez me estuviera buscando para vengarse de lo que hace años le hizo otro escritor! ¡Desagradecido!

La siniestra frialdad de un cuchillo relumbró de súbito en su mano derecha. Augusto y yo nos miramos durante un instante que no me pareció eterno ni mucho menos, pero sí lo suficientemente largo para percatarme de que sus ojos se había transformado en dos fósforos encendidos por el resentimiento y la cólera. A continuación se abalanzó sobre mí con ímpetu diabólico. Apenas tuve tiempo para evadir la embestida y huir...

Tres días después, no sin temor —lo admito— regresé a la facultad. Debía devolver un libro en la biblioteca. Cruzaba el «aeropuerto» cuando sentí que alguien me clavaba la mirada en la espalda. Inquieto y agitado, volteé. Era Julia. Mientras me acercaba a ella, no pude dejar de preguntarle:

—¿Cómo te fue en tu examen?

—Ni me lo menciones... Un fracaso total. Me preguntaron *cosas* rarísimas, por ejemplo, qué es una *nivola*. Ni idea. Lo ¿sabes tú?

—He oído hablar del término... —dije distraídamente, y añadí—: No te preocupes. Si lo ignoras, no te pierdes de nada importante. Te lo garantizo. ¿Sabes qué?, tengo muchísima prisa. Luego nos vemos. ¡Ciao!

—¡Ciao!

El tiempo pasó.

Según me enteré por boca de varios compañeros, lo más rescatable de la fiesta de graduación fue el hecho de que uno de los profesores de nuestra carrera, un individuo tímido y delicado hasta el hartazgo —y cuyo nombre, por supuesto, no mencionaré—, agarró una borrachera de los mil demonios (incluso, me dijeron, intentó desnudarse en la pista de baile).

Yo, por mi lado, *seguí mi camino*, como se dice.

Todo eso sucedió hace muchos años. Por lo que se refiere a Augusto Pérez, desde esa primera vez que lo vi, no he vuelto a toparme con él.

¿Mató a otro escritor y así sació su terrible sed de venganza? ¿Se decidirá algún día a buscarme nuevamente? ¿Dónde vive? ¿Qué hace para subsistir en un mundo que le resulta ancho y ajeno? ¿Acaso murió? ¿Lo mataron? Éstas son algunas de las preguntas que a diario me formulo con un espíritu estrictamente científico.

© Roberto Gutiérrez Alcalá

Roberto Gutiérrez Alcalá (31 de octubre de 1961, ciudad de México). Tiene un libro publicado: *La vida y sus razones* (Editorial Aldus, 1994), y otras dos obras aún inéditas: *El corrector de estilo* y *otros cuentos*, e *Inventiones a dos manos*. En la actualidad trabaja en otro volumen de cuentos.

LA MUDANZA DE ELIZA DOOLITTLE

por Luis Miguel Rubio Domingo

La imposibilidad de hacer frente a las facturas de la universidad me obligó a aceptar el puesto de ayudante del profesor Manés. No podía costearme la residencia de estudiantes, los libros de consulta, las facturas telefónicas y los caprichos de mi novio. Abandoné el laboratorio del profesor Fart, mi anterior mentor, por estar en desacuerdo con sus anticuados métodos y por considerar sus experimentos absolutamente inútiles. Tanto Fart como Manés exigían a sus ayudantes mucha discreción y yo en eso era una discípula muy fiable.

Manés estaba interesado en la conducta animal. Necesitaba continuamente de nuevos sujetos experimentales para poner en relación ciertas variables conductuales con la eliminación quirúrgica de algunas partes del cerebro.

Mi misión era la de capturar gatos vivos. Lo hacía durante la noche, ayudada por un método infalible.

En primer lugar, había que cuidar el vestuario. Soy una estudiante joven. No es propio de mi edad ni de mi género deambular por la ciudad provista de bolsas de comida para gatos. Para evitar sospechas, vejaciones, violaciones o, simplemente, porque lo encontraba divertido, me disfrazaba de vagabunda inspirándome en el personaje de Eliza Doolittle.

Conseguir que mis ojeras tuvieran bolsas y dibujar un rostro arrugado me llevaba más de una hora cada día, pero el resultado era tan verosímil que ni siquiera los amigos de la universidad eran capaces de reconocermelo bajo aquella máscara de cosméticos.

Cazar gatos no difiere mucho de engatusar a un ser humano. Hay que ganarse su confianza a base de ofrecer, de dar generosamente, con el objeto de crear un vínculo estable. Una vez creado, respetaremos los hábitos, acudiremos puntualmente a las citas que la costumbre haya prescrito y haremos de la repetición, de la secuencia conductual previsible, nuestra mejor arma.

«Cazar gatos no difiere mucho de engatusar a un ser humano. Hay que ganarse su confianza a base de ofrecer, de dar generosamente, con el objeto de crear un vínculo estable.»

Tras este periodo de aprendizaje, preparaba una caja-trampa, ponía comida en su interior y esperaba a que el confiado animal entrara en ella. Al acceder a la comida se accionaba un pequeño resorte y la puerta de la caja se cerraba dejando al gato atrapado en el interior. Después lo cargaba en el carro del supermercado que había tomado prestado de una comunidad de vecinos y continuaba con mi plan.

Solía volver al gabinete del doctor Manés a descargar a los nuevos sujetos experimentales, pero aprovechaba el camino de vuelta para ir conociendo a gatos nuevos en algún jardín público, a la puerta de una parroquia o delante de algún edificio antiguo.

Algunos gatos, a tenor de la confianza que demostraban hacia el ser humano, podían haber tenido dueño. Eran mis preferidos. Muchas veces no había que acudir al truco de la caja para que me acompañaran a casa. Me ganaba su amistad y tras unas carantoñas era fácil meterlos en un saco de estameña y llevarlos al laboratorio del doctor. Cuando terminaba mi jornada, me quitaba el maquillaje en la pequeña pieza que el doctor me tenía asignada como parte de mi salario. No era muy espaciosa, pero allí tenía mis libros, mi ordenador, una flamante conexión a Internet, varias impresoras a mi disposición y un montón de aparatos que medían una gran variedad de respuestas conductuales: laberintos, cajas-problema, cestas, cintas, ruedas... También había en la casa un par de mininos que se dedicaban exclusivamente a tareas reproductoras. Los gatitos terminaban formando parte de los interesantes experimentos del doctor. Yo era, pues, una cómplice complaciente, si se me permite la expresión, y no encontraba nada erróneo en contribuir con mis habilidades de cazadora al avance de la ciencia.

Una noche, tras ponerme el disfraz de Eliza Doolittle me noté un poco diferente. Experimentaba una cierta comodidad, una seguridad en mí misma jamás sospechada. Llevando, a paso lento, el carro de la compra por las aceras de la ciudad me sentía como en casa. Sentía un enorme placer al ir arrastrando los pies con mis roídas pantuflas a cuadros. Al ir a ponerme una flor en la peluca percibí esa placentera transmisión de las caricias sobre el pelo propio. Visité los jardines, las parroquias y las viejas plazas repartiendo comida para gatos. Ellos sabían que me estaba acercando y me salían al paso. Tenía comida de dos tipos. Comida seca, en forma de galletas y otra más succulenta, húmeda, en forma de pasta y que yo misma preparaba a base de casquería. Quise probarla por ver si estaba en su punto exacto de cocción. Unté un dedo y lo chupé. Estaba deliciosa. Ayudándome de una cuchara iba esparciendo la pasta de hígado por la acera. Los gatos la hacían desaparecer en cuestión de segundos.

Hice un recorrido más amplio y cuando me encontré cansada busqué cobijo en el cajero de un banco. Sirviéndome de los sacos de estameña que cargaba en el carro de la compra me acomodé en el suelo y me dispuse a dormir lo que quedaba de noche.

Desperté con el tráfago de los empleados del banco. Recogí mis sacos y mis cajas, cargué el carro con mis enseres y volví a la calle. Aunque todavía conservaba bastante alimento para los gatos, era hora de pensar en mis propias necesidades. Pedí dinero a una chica que pasaba. Lo pedí en nombre de los animales. La joven se detuvo y me dio un billete que me gasté inmediatamente desayunando en un bar. Luego le pregunté al mozo que me había atendido si podía darme algo para mis gatitos. Me dio una lata de atún. Pasé el día recorriendo las calles con mi carro, con la sensación de que todas esas viejas paredes eran nuevas para mí. No tenía a nadie con quien hablar, pero descubrí el placer de ir diciendo en voz alta los pensamientos. A veces, los transeúntes me respondían. Otras, se entablaba una verdadera conversación. La tarde transcurrió plácidamente y en cuanto hubo anochecido me dispuse a atender a mis pobres animalitos sin techo. Tan pronto como inicié la ronda habitual, un coche patrulla de la policía se detuvo. Bajaron dos jóvenes y apuestos policías y me pidieron la documentación. Les conté que desde que guardaba memoria de mis actos, lo cual era casi una eternidad, no había tenido nunca documentación y que ni siquiera me acordaba de mi nombre. No pareció importarles mucho. Me interrogaron acerca de una joven estudiante de psicología desaparecida. Me la describieron. Me enseñaron una fotografía. No pude darles razón, aunque me quedé pensativa. Más tarde se acercó a mí un joven muy compungido y me enseñó unas octavillas con la imagen de la muchacha desaparecida, algunos detalles físicos y el teléfono al que había que llamar en caso de tener algún indicio o noticia de su persona. Me conmovió tanto que me ofrecí a repartirlos antes de irme a dormir a mi cajero. Quedamos en vernos a la noche siguiente en el mismo lugar por si había que comunicarnos alguna novedad.

Al día siguiente se presentó con un señor que dijo ser el profesor Fart. Su cara reflejaba mucha preocupación. Como le vi pinta de ser muy rico le pedí dinero para mis gatos. Me dijo que me daría toda la comida que precisase a cambio de capturar algunos ejemplares cada noche con el fin de seguir con sus experimentos. No encontré nada que objetar, pues las calles están llenas de felinos maltratados que serían más felices sirviendo en el altar de la ciencia. Fart me propuso vivir en su laboratorio, pero le respondí que ya había encontrado el confortable cajero de un banco y con unos empleados muy simpáticos.

Insistió de un modo tan persuasivo que no pude rechazar su oferta. Desde entonces, me dedico a capturar algunos animales, aunque nunca me olvido de alimentar a ningún gato de la ciudad.

Por humanidad, aprovecho para seguir repartiendo octavillas de la joven desaparecida. Sus allegados, por lo visto, no han perdido la esperanza de recuperarla sana y salva.

© Luis Miguel Rubio Domingo

Luis Miguel Rubio Domingo (Valencia 1961). Es profesor del taller de Métrica impartido por el Liceo Poético de Benidorm. Es autor de un voluminoso sestinario que aparecerá próximamente en la colección 'Voces en Azul' de la editorial Germania.

EL NIÑO DE LA FOTOGRAFÍA

por Jimena Tierra

Cuando Moncho le dijo que los Reyes Magos eran los padres se negó a creerle. ¿Dónde escondían los regalos? ¿Cuándo los ponían bajo el árbol? ¿Por qué iban a querer comerse los polvorones que dejaban colocados sobre la chimenea la noche antes? Aquella tarde, Tito salió del colegio como un vendaval. Whisky se acercó a recibirle meneando el rabo, pero éste pasó por delante haciéndole caso omiso. Recuperando el aliento tiró la mochila junto al paragüero, se fue quitando la bufanda, el gorro y los guantes a medida que avanzaba por el pasillo y lanzó el abrigo sobre uno de los brazos del sofá. Del bolsillo de sus pantalones sacó una lista arrugada que había escrito en clase de religión. La leyó un par de veces y se puso a buscar en los armarios de la cocina, bajo las mesas, en las gavetas del salón, por el baño... no tardó en recordar que tenía prohibida la entrada al dormitorio de sus padres. Miró el reloj, aún contaba con diez minutos. Entró en la habitación. Rebuscó entre los cajones, pero sólo había ropa. Alzó el canapé y metió las manos entre las sábanas, toallas y mantas que lo llenaban. No encontró nada. Se acarició la pelusilla del bigote. Moncho era un bocazas, siempre le había tenido envidia porque su madre estaba muerta. «Pero llevaba razón cuando aseguró que si le daba una aspirina a su canario se volvería loco y no haría otra cosa que estamparse contra la jaula hasta estirar la pata», murmuró. No soportaba que sus padres le trataran como a un crío. Corrió al salón en busca de una silla y la trasladó con dificultad al dormitorio para alcanzar la parte superior del armario. Si Moncho no se equivocaba, tendrían muchas explicaciones que darle. Pero si le estaba engañando...

Asió el tirador con decisión y encontró una caja de cartón que llevaba una etiqueta «personal» en letras rojas. Estaba cogiéndola cuando escuchó el sonido de la puerta de entrada y se sobresaltó.

—Cariño, ¿ya estás en casa?

—¡Sí, mami! —aguzó la voz mientras bajaba sigilosamente de la silla con la caja entre las manos. Le ponía enfermo tener que aparentar ser simpático.

—¡Si viene papá dile voy a recoger su uniforme de gala a la tintorería!

Tito se secó el sudor de la frente, esperó a que la puerta se cerrase y corrió a la terraza de la cocina sujetando la caja. Levantó la tapa y abrió los ojos de par en par al encontrar unas esposas, un pasamontañas y un látigo. Buceó entre vídeos en los que aparecían carátulas de mujeres disfrazadas, un montón de objetos que no sabía para qué servían y encontró la foto de un niño desnudo al que no había visto jamás. Tuvo una sensación extraña. Serían de la misma edad, sólo que aquél tenía una mirada asustadiza y era pálido como la cera.

Estaba Tito haciendo un gurreño la lencería cuando un paquete brillante junto a la lavadora llamó su atención. Se acercó guardando mecánicamente la fotografía en el bolsillo trasero, retiró unos trapos viejos que lo cubrían y se llevó la mano a la boca con aire desangelado: ¡Moncho estaba en lo cierto! Al oír el picaporte salió disparado hacia el dormitorio de matrimonio, guardó la caja y dejó la silla en su posición inicial.

—Cariño, estás sudando. ¿Te encuentras mal? ¿Es que tienes fiebre?

Tito se acercó a su madre tratando de controlar la respiración y ésta le puso los labios en la frente.

—No parece que tengas. ¿Estás bien?

—¡Que sí, pesada! —su madre frunció el ceño.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no utilices ese tono conmigo? Si sigues así se lo diré a los Reyes Magos.

*«Tito se secó el
sudor de la frente,
esperó a que la
puerta se cerrase y
corrió a la terraza
de la cocina
sujetando la caja.»*

—¿Los Reyes Magos? —Tito se enervó y señaló el paquete envuelto—. Moncho me ha dicho que no existen, ¡estoy harto de que me mintáis!

—De verdad, ¿a estas alturas te planteas esas cosas? ¿Por qué piensas eso? —Tito se secó los mocos con la manga y señaló el paquete.

—Pero hijo, ¿es que no ves que es el regalo del cumpleaños de tu abuela? ¿No te acuerdas de lo que fuimos a comprar el lunes?

—¿La... televisión?

Tito notó cómo le ardían los carrillos cuando su madre asintió. Odiaba a Moncho, no podía pensar en otra cosa. ¡Le odiaba con todas sus fuerzas! ¡Le odiaba tanto que desearía que se muriese, como su asquerosa madre!

Como casi todas las noches, no logró conciliar el sueño. Solían oírse gritos y golpes que no sabía de dónde provenían y tenía que esconderse bajo las mantas para protegerse. Le ayudaba repetir una y otra vez la imagen de Moncho pidiendo perdón, humillándose, dándole la razón. Le pegaría una buena paliza a ese envidioso de mierda, ¡aunque fuera un repetidor mucho más grande que él!

A la mañana siguiente Moncho parecía de buen humor, lo que enfadó aún más a Tito.

—Te han engañado otra vez —Moncho dio una calada soltando el humo en su cara—. Los Reyes Magos no existen, igual que tampoco existió el niño Jesús. ¿Es que crees en *La Masa*? A lo mejor es que este año tus padres no te han comprado regalos, o puede que los compren la misma noche. O, simplemente, que los esconden en otro lugar. Piensa, joder, que ya no eres un crío...

«En la noche señalada la madre de Tito tenía un ojo morado, pero lo maquilló muy bien para que no se notase en las fotos. Siempre había sido muy patosa, últimamente más de la cuenta.»

Aquella misma tarde, Tito organizó una visita sorpresa a casa de su abuela. Aprovechando que preparaba la merienda investigó todo lo que pudo, pero tampoco encontró nada. Ni siquiera en el maletero del coche cuando se ofreció a ayudar a su padre a sacar las bolsas del supermercado.

—Moncho, te daré una última oportunidad —susurró al teléfono mientras controlaba que su madre seguía en la cocina—. Si no me demuestras lo que estás diciendo te voy a...

—¡Corta el rollo, lo demostraré! Déjame pensar... ¡ya está!

Cubre de matarratas los polvorones.

Al otro lado del auricular se hizo el silencio.

—No lo entiendo... ¿por qué iba yo a hacer eso? Además, matarratas. ¿De dónde saco yo matarratas, Moncho?

—Joder, ¡todo hay que explicártelo! Si esos amiguitos tuyos tienen poderes para repartir todos los regalos del mundo en una noche, ¿cómo no van a tenerlos para saber que los polvorones están envenenados? Este fin de semana voy al pueblo con mi viejo, hay matarratas en la despensa —Moncho esbozó una media sonrisa—. Del resto te encargas tú.

Tito se tiró de las cejas, meditabundo. ¿Podrían echarle del colegio por eso? Bueno, su padre ya le ayudaría a salir del apuro, como hizo la vez que le quitó la toga a una monja para curiosear lo que llevaba debajo.

La espera hasta el cinco de enero fue insoportable. Tito contaba cada minuto impaciente, planeando su fechoría, salivando con el placer que le provocaba imaginar la situación. Nunca más volverían a tratarle como un crío pero, ¿y si Moncho estaba en lo cierto y sus padres se comían los polvorones?

—Jura que existen, mamá, ¡júralo por Dios! —le rogó al día siguiente en la cocina con ojos de cordero degollado.

—Claro que sí, cariño. ¿Cómo si no iba a tener el niño Jesús regalos aquella noche? Está escrito, sólo tienes que leer la Biblia: oro, incienso y mirra. Sólo a los que se portan mal no les traen nada, pregúntaselo a tu padre.

En la noche señalada la madre de Tito tenía un ojo morado, pero lo maquilló muy bien para que no se notase en las fotos. Siempre había sido muy patosa, últimamente más de la cuenta. Hicieron lo que todos los años: tomaron roscón con nata y chocolate caliente, cantaron canciones mientras la abuela aporreaba la pandereta y Whisky se comía las migajas, y vieron los programas de la televisión hasta que dieron las doce.

—Es hora de acostarse. Ya sabes que si los Reyes Magos ven la luz encendida no vendrán a casa.

Mientras sus padres recogían la cena, Tito aprovechó para rociar los polvorones. Cubierto bajo las sábanas, miraba el reloj fosforescente con ansiedad. No escuchó movimiento de puertas y ventanas, aunque sí aquellos desagradables golpes que nunca sabía de dónde provenían y a los que ya se estaba acostumbrando. Le vino a la cabeza el niño desnudo de la fotografía, tan pálido y asustadizo. ¿Le traerían regalos a él también?

A primera hora, sin siquiera pasar antes por el baño, Tito corrió hacia el salón echando el bofe. Bajo el árbol de Navidad había un montón de paquetes apilados. Whisky estaba sobre ellos, muerto.

© Jimena Tierra

Jimena Tierra. Madrid (España). Licenciada en Derecho Fiscal por la UAM y cursando Grado en Lengua y Literatura Españolas en la UNED. Publicó el relato "New York, New York" en la revista *Entérate Moral* (2010). Ha tenido ocupaciones muy diversas, pero lleva escribiendo desde que tiene uso de razón. Lectora voraz y soñadora irrefrenable, comenzó a arreglar el mundo con una *olivetti* armada de dos cintas plasmando lo humano y lo divino desde una perspectiva pueril. A medida que avanzaron los años y, ante la imposibilidad de reparar una realidad que se antoja hostil, optó por describir su crudeza.

INDICIOS PÁNICOS

por Jonathan Alexander España Eraso

Un hombre camina, desnudo, bajo la lluvia. Tiene las manos metidas en el bolsillo del impermeable que ha olvidado en su casa y en una de las manos, la izquierda, empuña una pistola con dos balas en el cargador. Una es para su amante y la otra todavía no tiene destino, aunque secretamente sospecha que es para él.

Quiere llegar cuanto antes, cumplir con su cometido y volver a su casa. La lluvia le molesta y tiene frío. Piensa que hubiera sido mejor no haber tomado tanto vodka y sí haberse puesto una camiseta de frisa, como le aconsejó el hombrecito rojizo que estaba al lado de la mesita de luz, charlando con el par de medias sucias que dejó tiradas la semana pasada.

Ha recorrido casi todo su camino cuando el policía lo detiene en mitad de la calle y le pide los documentos. El hombre recuerda haberlos puesto en el bolsillo trasero izquierdo del pantalón que llevó hace unos días a la lavandería. Se los entrega y agarra más fuerte la pistola con la otra mano, por si las dudas.

—¿A dónde va? —pregunta el policía.

—Acá nomás, a tres cuadras, a la casa de mi amante.

—Lo voy a tener que detener —dice el policía.

—¿Por qué?

—No tiene luz de giro... Ah, y por los cordones de sus zapatos...

—¿Qué tienen?

—Están desatados y eso puede causar un accidente en la vía pública...

—¡Pero estoy descalzo, no lo ve!

—Por eso mismo le digo —afirma el policía y amaga a sacar las esposas pertinentes al caso, y que habitualmente se usan en situaciones como ésta.

El hombre extrae a su vez la pistola del bolsillo y le dispara los ocho tiros que no había cargado, que impactan a escasos centímetros.

—¿Qué hace? —grita el policía.

—Me defiendo...

—Bueno, vaya, y si necesita ayuda me avisa, pero ¡mucho cuidado con mirar de reojo!

El hombre apura el paso, llega hasta la puerta de la casa de su amante, golpea insistentemente y lo atiende el esposo.

—¿Qué haces acá? —pregunta el esposo.

—Venía a matar a mi amante, pero no sabía que estabas vos...

—¿Quién es tu amante?

—Tu mujer.

«El hombre recuerda haberlos puesto en el bolsillo trasero izquierdo del pantalón que llevó hace unos días a la lavandería. Se los entrega y agarra más fuerte la pistola con la otra mano, por si las dudas.»

—¡Mi mujer sos vos, idiota!... ¿No entiendes, o no leíste cuidadosamente más arriba: «golpea insistentemente y lo atiende el esposo»?... Escrito así, es como si yo fuera tu esposo. Y si yo soy tu esposo, y tu amante es mi mujer, entonces vos sos tu amante... ¿No te das cuenta de lo que estás por hacer, además de destruir nuestro hogar?

El hombre titubea, saca la pistola, y se pega un tiro en el corazón porque ese era su cometido. Deja la otra bala sin utilizar, ya que secretamente comprende que es inútil matarse dos veces. Se despide del esposo balbuceando una disculpa y se va a su casa. Llega, apoya la pistola sobre la mesa de luz y se sirve un trago de la botella de la que había estado bebiendo.

Afuera, la lluvia es una lluvia mansa, tenue, suave; una lluvia de esas que apenas molesta.

«Una lluvia de mierda», piensa el hombre, y apura el trago de vodka antes de que el hombrecito rojizo le haga preguntas indiscretas sobre esas lágrimas de impotencia que corren por su cara y que, indefectiblemente, caerán sobre el impermeable que cuelga, seco y tibio, en el perchero del rincón más apartado.

© Jonathan Alexander España Eraso

Jonathan Alexander España Eraso (Pasto, 1984). Egresado de Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño. Finalista del Certamen Internacional de Cuento de la REVISTA SESAM "Jorge Luis Borges. 2007"; primer finalista en el 5o y 7o Certamen Internacional de Relato breve "La lectora impaciente" (ediciones 2008 y 2010). Finalista del I Certamen de Relato Corto Antón Chejov, organizado por el diario online El Librepensador y la revista Letras (Fuengirola, ISSN: 1989-4198). Finalista en el Concurso Nacional de Minicuento 200 Años, 200 Palabras (2010), organizado por RELATA y el Área Cultural del Banco de la República de Cúcuta. Mención de honor en el Concurso Nacional de Cuento (2010), organizado por la Cámara de Comercio de Montería y el grupo de arte y literatura El Túnel. Cofundador y coeditor de la Revista Cultural Avatares, editada en Pasto, Nariño. Dirige el suplemento cultural "La Conjura de los Necios".

CUATROCIENTAS

por Rolando Revagliatti

Ocurrirá hoy. Ojalá resulte memorable. Digna esta Mariela para ser «la cuatrocientas». Tal vez se lo diga. Tal vez no pueda contenerme, y ya que se fue estableciendo circulación confesiva... Sí, si funciona como espero, después de serlo, sabrá que ha sido «mi cuatrocientas». Bonita cifra para un gentilhomme anónimo que todavía tiene su arrastre manteniéndose en forma, sin fumar ni comer ni beber en exceso, haciendo gimnasia, en fin, cuidando, sin matarme, la salud y el aspecto. Tengo a quien salir: mi padre: ducho, un estilista. «El traje de confección de la monogamia», sentenciaba mi madrastra, «nunca le sentó». A ella tampoco: «*mi número uno*». Yo estaba abombado, sin ganas de levantarme para ir al colegio. Me reanimó con su terapéutica, envalentonándose, mi emprendedora y experta madrecita, docente, brisa despejadora, contando yo doce años, cincuenta y seis meses antes de que mi viejo la rajara. Después desfilaron hasta concreciones copulativas las siguientes trescientas noventa y ocho. En realidad, descartando a las que no me concedieron chance reivindicatoria tras haberme sobrevenido I. D. O. P. (indeseabilísimas dificultades operativas persistentes), en primeras encamadas. Ésas (minas jodidas) se me quedaron (no podría ser de otro modo) atravesadas. Fueron siete. No figuran en mi lista. Lista que fui conformando desde pichón, con seriedad: nombres, apellido, seudónimo, edad o edad aproximada, lugar de nacimiento, estado civil, señas particulares, actividad laboral y/o estudiantil, cantidad de hijos y otros datos familiares interesantes, instancias de la erótica, observaciones. No sumo tampoco a las veintitrés yirantas. Sólo a las que lo hicieron conmigo por amor o antojo. Con añosas fue siempre mi debilidad, mi propensión, lo más excitante. Con la única que logré eyacular siete veces en un mismo viaje carnal había una distancia de cuatro décadas. Yo andaba en mi apogeo gonadal. Fue cuando decidí no entrar a la universidad por más que me tiraba arquitectura. Algunas obtendrían resonancia pública: Julia Zabriurdián Nilse como ensayista, periodista y empresaria; la traté cuando ella concluía el colegio secundario; Ivonne Iris Barnichitsi como especialista en esterilidad; Zoé como modelo y actriz. A otras las conocí ya notorias. «La cien» no fue comunicada de su ubicación en mi lista, pero a «la doscientas» se lo dije, la platinada señora de Szterenbirgt. La divirtió el honor. Me regaló un reloj carísimo y me rogó que la retribuyera con un recuerdo. Le obsequié un corpiño rosa, bordado, muy fino, que habían dejado debajo de mi almohada. Le quedó perfecto, no tuvo escrúpulos, y le produjo un recóndito regocijo: así es de fascinante el alma femenina. En cambio, «la trescientas» lo tomó pésimo, y además, no me creyó. La pobre chica carecía de humor. Acaso no valga la pena correr ese albur con ésta de hoy. A ésta de hoy me agradecería volver a verla, así, cada tanto, añadirla a quienes en la actualidad ya tengo en danza, llamarla para cuando me deprimó, para cuando se me arma un bache, para cuando agonizo en la estacada. Si sigo dándome máquina, soné. Mejor voy vistiéndome y rumbeo para la casa de Mariela, que a las nueve se largan los papis a Chubut y queda como única ama de la vivienda y de mi palpar, esa cosita que estoy más impaciente que la puta que me parió, como si me estuviera por estrenar; como si no hubiera llegado a fifar con cinco pares de hermanas; como si nunca hubiese concertado citas (o arrebatado números telefónicos) con diez u once mujeres un sábado desde el crepúsculo hasta las dos de la mañana, siendo yo un pintón y rápido veinteañero; como si nunca me hubiese acostado por primera vez hasta con cuatro en una misma semana; como si jamás lo hubiera hecho, como por turnos, con tres en un lapso de veinticuatro horas; como si me fuera a casar con Mariela o con cualquier otra; como si estuvieran por donarme la Cordillera de los Andes en reconocimiento a mi vigencia en el arte amatorio; como si hoy me certificaran, y con la

«No sumo tampoco a las veintitrés yirantas. Sólo a las que lo hicieron conmigo por amor o antojo. Con añosas fue siempre mi debilidad, mi propensión, lo más excitante. Con la única que logré eyacular siete veces en un mismo viaje carnal había una distancia de cuatro décadas.»

firma de Dios autenticada por peritos calígrafos, que no volveré a sufrir, ni a sobresaltarme, ni a padecer ataques de desasosiego o asma; como si, precisa e ineludiblemente hoy, después de las nueve de esta mañana de invierno y en domingo lluvioso, fueran a ungirme con algún otro sentido para mi vida de soltero alienado.

© **Rolando Revagliatti**

Rolando Revagliatti. Nació en 1945 en la ciudad de Buenos Aires, la Argentina. Publicó en soporte papel un volumen que reúne su dramaturgia, dos con cuentos y relatos y quince poemarios, además de "Revagliatti – Antología Poética", con selección y prólogo de Eduardo Dalter. Sus libros cuentan con ediciones electrónicas disponibles en <http://www.revagliatti.net>. Sus 185 producciones en video se hallan en <http://www.youtube.com/rolandorevagliatti>

ANICETO MENDOZA

por Cristina Davó Rubí

Cuando Aniceto Mendoza nació el 7 de febrero de 1955 superaba todos los parámetros de los neonatos. Los médicos ya les habían avisado de que el feto era grande, pero sus padres no se imaginaban cuánto hasta que lo vieron. A pesar de los continuos controles durante el embarazo y de la inmensa barriga que se le había formado a Marcia, no se esperaban tal cosa. Aniceto pesó 10,2 kilos y midió más de sesenta centímetros al nacer. Por supuesto, a la madre tuvieron que practicarle una cesárea y, aunque verlo tan hermoso y gordote daba gloria, se notaba que era algo que contravenía a la naturaleza. Les informaron de que su bebé era macrosómico, que afortunadamente había nacido en buenas condiciones, aunque debía de estar en observación unos días, porque podían surgir complicaciones frecuentes en este tipo de casos.

Sin embargo, contra todo pronóstico, Aniceto creció sin problemas. Pues para él no suponía dificultad alguna ser enorme, obeso y no muy agraciado de cara, tener diabetes y un coeficiente intelectual por encima de la media. Aniceto era feliz. De hecho estaba tan contento consigo mismo que la gente no podía soportar su engreimiento. De niño, en el colegio, era el típico sabelotodo que incluso cuestionaba a los profesores. No tenía amigos porque a él sólo le interesaban la comida, los libros y su gato Salvo. No quiso estudiar, a pesar de su capacidad, y sus padres no pudieron obligarlo. Marcia lo miraba preocupada, a veces creía haber parido a un monstruo y luego se sentía culpable por esos pensamientos. Elías zanjó la discusión poniendo a su hijo a trabajar con él en la ferretería. A Aniceto le pareció bien, porque se aburría en el instituto pero sabía que algo tenía que hacer en la vida. Heredar el negocio familiar se le antojaba una buena idea. Y así, a los dieciocho años, Aniceto Mendoza comenzó su vida laboral, tras una adolescencia accidentada, solitaria, con marcas de acné.

«Sin embargo, contra todo pronóstico, Aniceto creció sin problemas. Pues para él no suponía dificultad alguna ser enorme, obeso y no muy agraciado de cara, tener diabetes y un coeficiente intelectual por encima de la media.»

Elías y Marcia no habían tenido más hijos. Los médicos les habían asegurado que no tenía por qué repetirse la situación, pero de todas formas a raíz del parto Marcia desarrolló problemas cardíacos y su salud se había vuelto delicada. Además, los dos eran ya mayores cuando tuvieron al niño y no quisieron correr más riesgos. Mientras Aniceto era un bebé habían sido felices, pero apenas echó a andar y empezó a hablar —ambas cosas prematuramente— todo había cambiado y la casa se impregnó de una opresiva sensación de anormalidad que iba creciendo al mismo ritmo que el chico.

Los días transcurrían rutinariamente en la ferretería. Aniceto se escabullía del trabajo y era frecuente encontrarlo detrás de una estantería leyendo. Salvo siempre estaba con su amo, iba a donde él iba, se recostaba a su lado si estaba sentado y se enroscaba entre sus piernas cuando atendía a alguien de pie tras el mostrador. Curiosamente, el gato se había ido asimilando a Aniceto, convirtiéndose en un animal desproporcionado y con cierta mirada de superioridad. A Elías le inquietaba esa constante presencia felina y eso que fue él quien se lo regaló a Aniceto por su quince cumpleaños. A veces no sabía si le tenía más miedo al gato o a su hijo. Qué cosas más absurdas tienes —pensaba mientras reponía material en los estantes— el chico nunca ha hecho nada malo, discutir se discute en todas las casas, y más a estas edades. Bastante tiene él con su aspecto, el pobre, y ni siquiera se queja. Y es que, en realidad, no había motivos para temer a Aniceto. Nunca se había mostrado violento. Simplemente era como si lo envolviera un aura oscura y pegajosa que te repelía, igual que una mosca huye de la trampa viscosa.

Pasaron los años sin grandes sucesos. Días de trabajo, días de hospital con la debilitada Marcia, días de picnic en que parecían una familia feliz, días de tormentosas discusiones, días de una vida como otra cualquiera. Hasta que un infarto puso fin a los días de la madre de Aniceto. Él fue quien la encontró en la cama cuando entró a la habitación extrañado de que no se hubiera levantado aún. El

padre había salido a comprar el periódico y a dar un paseo. Era domingo. El último de una aparente vida normal. Aniceto se derrumbó, literalmente. Toda su fachada de hormigón se vino abajo, llorando como un niño a sus treinta años, pataleando en el suelo como un energúmeno sin control. Eso hasta que llegó Elías, pues nada más verlo entrar, Aniceto agarró a su madre con fuerza y se negó violentamente a que el hombre se acercara, preso ahora de una furia irracional. Elías ya era mayor, un anciano delgado y débil. Conmocionado por la muerte de su esposa, no sabía cómo reaccionar ante el coloso que tenía delante. Dos horas estuvo llorando, suplicándole a su hijo que entrara en razón, que había que llamar a la ambulancia, que su madre no querría eso, a mí también me duele que se haya ido, Aniceto, por favor, ayúdame. Pero Aniceto se había petrificado, agarrado con fuerza al cuerpo de su madre, yacía en la cama en un estado catatónico y gruñía como un perro guardián cuando el padre se acercaba. Exhausto ya, deshecho, Elías salió del dormitorio y fue hacia el cuarto de baño. En el pasillo, se encontró con la fría mirada del gato, como si lo despreciara por su flojedad. Entró, se miró en el espejo, no vio más que la sombra de lo que había sido, demacrado y pálido, cadavérico. Abrió el armario, cogió un bote de somníferos y se tragó todos los que había con un gran vaso de agua. Lo mejor era reunirse con Marcia, ya no podía controlar la situación, ya no... Se fue dejando caer para morir en el suelo de barato linóleo gris.

«Toda su fachada de hormigón se vino abajo, llorando como un niño a sus treinta años, pataleando en el suelo como un energúmeno sin control.»

El sol de la mañana entró por la ventana y despertó a Aniceto. Estaba rígido y le dolía todo el cuerpo. Miró a su alrededor, reconoció las paredes de su habitación, sus pósters, y recordó todo, el cadáver de su madre, la pérdida, su padre tirado en el baño, el odio, Salvo acariciándolo con su peluda cola, y la gran idea. Fue a la cocina, desayunó como siempre, abrió todos los conductos del gas, cogió su bolsa, metió al gato en su caja, cerró la puerta de la casa y se dirigió a abrir la ferretería como una jornada más. A

medio día, la policía le avisó de que había ocurrido un fatal accidente, un descuido, sí, explosión, incendio, los dos han muerto, lo siento. Esa tarde no se abrió el negocio, ni los días siguientes, pues se celebró el funeral y se entendía que Aniceto estaría muy afectado. ¿Y dónde vas a vivir ahora, Aniceto? —le preguntó amablemente una amiga de su madre que había acudido al entierro. Y a usted qué le importa —fue la respuesta.

Aniceto tenía un escondite secreto en el almacén de la ferretería, en la pared detrás de un viejo expositor abandonado, allí iba escondiendo dinero para escapar al control de su padre, porque aunque le había explicado que no era retrasado y podía ocuparse de sus finanzas, Elías opinaba que hasta que no se fuera a vivir por cuenta propia, él gestionaría la economía de la casa. La juventud malgastaba mucho y él, con esa manía de comprarse libros, para qué contar. Sus libros, todos sacrificados en el incendio excepto los que guardaba debajo del mostrador. Algún precio había que pagar por la libertad. Sacó también de su escondrijo los planos que había dibujado para reformar la ferretería y el almacén como vivienda. En poco tiempo ese sería su hogar, contrataría a alguien para llevar la dependencia de la tienda y él se ocuparía del negocio. Lo primero, encargaría un nuevo cartel en el que pusiera: Aniceto Mendoza. Su ferretería. O algo así. Y, sentado en el suelo del almacén, escribía el posible lema y esbozaba un logotipo en el que distinguiría de alguna manera un gato, acariciaba a Salvo con la otra mano, mientras el minino lo miraba con profunda satisfacción.

© Cristina Davó Rubí

Cristina Davó Rubí. Nació en Villena, un pueblo de Alicante, el 27 de mayo de 1978. Es licenciada en Filología Hispánica y en la actualidad ejerce de profesora de Lengua y Literatura en Almería. Su pasión son las letras. Leer le fascina, pero también escribir. Colabora habitualmente en el suplemento cultural *Cuadernos del Sur* de "Diario Córdoba", así como en latormentaenunvaso.blogspot.com, en literaturas.com y en la revista *Cultura de Veracruz*, en México. En abril inició un blog personal en el que aparecen sus reflexiones, relatos y escritos varios. Un trozo de su mundo a disposición de todos en: geminisatipica.blogspot.com.

INGENUA TENTATIVA DE FUGA

por Chema Torrent Santamaría

*a los pies de niño que sostienen reinos
de príncipes(y)caballeros*

I

Es como en cualquier película donde la caga el bueno, salvo por un detalle: en cuanto T. cae no hay sentimiento de culpa, ni una mueca, ni un ademán de auxilio, ni un momento de lucidez para mensurar mi situación. Nada, sólo una mirada fugaz casi científica sobre la boca entreabierta y el rebufo acelerado del estómago, que aún se oye varios minutos y se mezcla con un olor agrio a meado que crece conforme disminuye su ritmo respiratorio. Por el ventanal se cuelan conversaciones sesgadas de la calle o del patio interior, todo a medias como el eco de un pozo, una algarabía ininteligible y lejana. Un cuerpo puede pasar de cien a cero tan rápido que ni lo veas; del odio visceral a casi una súplica patética, a un puto rebuzno, en una millonésima de segundo, que es justo lo que tardas tú en armar el brazo y partirle el cráneo aunque horas después te parezca un acto suspendido en el tiempo, y luego nada, una tregua con los gritos, un montón de mierda plumiza y espachurrada, la muerte, un concepto vacío sobre la alfombra de Ikea que estorba y empacha la realidad que lo sobrevive, un cadáver que se pudre oliendo a sangre y orina en el comedor de su piso sin visitas inesperadas ni invitados de rigor. Y sí, por un momento pienso en asumir la culpa y el papel de malvado de nuestra película, pero entiendo que el bueno, si es que lo es, ya no existe.

Sólo cuando salgo a la calle recupero la noción del tiempo. Quería llegar el primero a la cena y ya ha oscurecido, y eso me sobresalta más que la invariabilidad de la muerte de T. Había resuelto matarle durante una noche interminable de insomnio que amenazaba con acabar conmigo, y me lo cargué a media tarde, frente al dietario de platos sucios y agua pestilente y turbia del fregadero, los restos de salsa de tomate, arroz y queso gorgonzola, los huesos de pollo, las fotos y postales, viejos poemas con chinchetas como fetiches, recortes de artículos, todo cosas banales, requerimientos de Hacienda con mi nombre sobre la mesa, los arañazos en las paredes, el

*«Le echo una ojeada al reloj
para saber más o menos
cuánto tiempo he estado
allí dentro y en su lugar
sólo hay un rasguño que
me rodea la muñeca y llega
hasta la palma de la mano,
como una permuta o un
regalo hecho con prisas.»*

parpadeo heterocromático y trepidante del módem, jerséis ajados sobre el colchón, calzoncillos, los bultos deformes en la oscuridad del pasillo y las toallas viejas mojadas en el suelo del baño, con determinación pero sin sangre fría (si cabe este término en la palabra asesinato, diría que la palabra para juzgar mi acto es dilección). Le echo una ojeada al reloj para saber más o menos cuánto tiempo he estado allí dentro y en su lugar sólo hay un rasguño que me rodea la muñeca y llega hasta la palma de la mano, como una permuta o un regalo hecho con prisas. Qué hijo de puta. Por suerte he guardado la llave del piso para deshacerme de ella y puedo volver a entrar sin tener que forzar la puerta.

Desde el recibidor me da la bienvenida al salón la media sonrisa del logo de las suelas de sus zapatillas Nike —que también le sobrevivió—, y un desorden tan habitual que ni siquiera parece la escena de un crimen. T. yace despojado de todo, parece un cadáver desubicado, una muerte sin contexto. Suena el teléfono: el contestador automático salta justo cuando me estoy agachando para arrebatarme lo que es mío y la voz de T. retumba en el habitáculo con una simpatía forzada, ahora tétrica, pero lejos del recurrente (y más que justificado) escalofrío por la espalda me parece una situación risible, cómica hasta cierto punto, y no sé a santo de qué me imagino una función de ventrílocuo: el fiambre de T. escenificando la gravedad mecánica del contestador.

El muy cabrón tiene el reloj en la mano del brazo derecho, bajo la espalda, tan bien escondido que parece querer jugar contra mí una última vez, querer la última palabra aun con el rigor mortis a la vuelta de la esquina, tanto que al fin cuento hasta tres y me decido a mirarle los ojos para certificar la muerte, una muerte sin ningún vestigio de triunfo.

Nada, cuencas huecas y errantes como satélites. Además, el reloj está parado o roto.

II

Echo a andar hacia aquella especie de librería-biblioteca-restaurant donde debo encontrarme para cenar con los demás, y las calles no me parecen calles o como mínimo no parecen calles transitables, si fueran personas diría que no son sinceras, y mido cada paso, cada metro, deduciendo los peligros, desconfiando del silencio, del vacío, un camino a nada, de los bultos que entran y salen de los zaguanes, de las luces parpadeantes de las bicis y las bombillas rojas de los porteros automáticos, de mi ausencia en la mirada de aquellos con quienes me cruzo cada muchos metros. Sólo me tranquiliza el verde de los semáforos, como un gesto de magnanimidad: pasa, escapa, cruza y lárgate cagando leches, aquí no hay nada que hacer; una especie de extrarradio moscovita pero hogareño, como la sensación que tendría al encontrarme el cuerpo golpeado y muerto de T. en la alfombra de mi casa si no lo hubiera matado yo. Las calles adoquinadas son un instrumento de terror, y esta en particular ha filtrado sangre entre el cemento desmigajado de sus adoquines, yo lo he visto y me jugaría el tipo a que aun ahora hay restos, casi le mataron aquella noche, patadas en la espalda y escupitajos de odio en la cara, rodando de una acera a la otra, es un recuerdo, vale, pero basta, me doy cuenta enseguida, ahora no importa, pero el caso es que el asfalto está deshumanizado y es inofensivo, que también un camino de tierra me hubiera dado grima, también el viento y el frío, nadie se acojona en una ciudad una tarde de agosto, aunque podría ser peor, podría llover o haber neblina, un suburbio londinense del siglo XIX, quién sabe, y entonces sí que me acojonaría de verdad, una mierda como un pepino en el ojete de culo, un asesino fuera del gremio del mal sorteando al trote vivo hombres sin rostro con guantes de piel y gabardinas negras, mujeres viejas con cartílagos y músculos gelatinosos, destripadores agazapados, risas y gritos en los portales o las alcantarillas, frutas y pastelitos a salvo tras todas las persianas metálicas que quepa imaginar, no como una huelga sino como una catástrofe, la serenidad se huele y aquí todo está hecho aprisa, esquinas que refugian tras de sí a la mismísima muerte, y miro atrás y por fin estallo y corro, corro intentando pisar sólo los adoquines buenos, los que no deberían hundirse, aunque quizás se hundan de todos modos y vuelvan los gritos y el miedo a la muerte del que no hablé nunca con T., y creía que no pero aún puedo correr más y el resoplo y los nervios me empañan las gafas y ahora sí hay niebla por todos lados y por momentos están a punto de caérseme las putas gafas y siento miedo de verdad. Todo bajo la negritud de un cielo que tapa naranjas y verdes casi fluorescentes. Girona es una tragedia nuclear.

III

Ya había escuchado alguna anécdota sobre él que juzgué desmesurada, e incluso decían que andaba incluido en una antología de jóvenes y no tan jóvenes escritores latinoamericanos de una editorial bonaerense que había quebrado y cuyos libros ya sólo circulaban por saldos de librerías o sencillamente habían desaparecido; a Michimalongo, que es como le llaman por ahí, me lo presentan como un escritor folclórico chileno y vagabundo llamado J.D, que supongo debe ser su nombre. Tenía que cruzar Girona corriendo y llego casi al galope, con las gafas llenas de vaho y un rostro espectral, como un enfermo flaco y sudado, pero todo el mundo anda por el fondo de la librería porque alguien canta y la música me salva del ridículo. Sólo se interesa por mi cara L., que también acaba de llegar y no tarda en reconocermme y me recibe con una copa de vino, y además enseguida entiende que rehúyo sus preguntas con respuestas esforzadas pero absurdas y me propone presentarme al vagabundo chileno. Corroboro que con L. te puedes sentir a gusto incluso después de abandonar un cadáver en descomposición sobre el suelo de tu piso, lee las situaciones y juega con las casualidades, su mayor virtud es el dominio de los silencios, incluso en los mails deja notarlo (que es de la única forma que habíamos hablado hasta ahora), supongo que no ha sido siempre así, virtud que, por otra

parte, aplicada al campo de la novela puede aspirar como mucho a un proyecto de abstinencia. Como L. sólo me conoce por mi seudónimo, trato de liberarme de la sensación incómoda de una presentación tan postiza inventándome el nombre, por fin te conozco, J.D., es casi una casualidad que nos veamos, yo soy R., no sé si te acordarás de mí, pues claro que me acuerdo, nos presentaron en otra presentación hará unos cuatro años, ¿verdad? También está su mujer, cuyo nombre no llego a saber, supongo que porque es la mujer de J.D. y sólo nos mira y sonríe en silencio a ambos, a mí con suspicacia y a J.D. con benevolencia, como si supiera todo de uno y fuera capaz de intuirlo todo del otro, es decir, como si nos tuviera agarrados por las pelotas a ambos, y no me atrevo a preguntarle el nombre pero sí oigo que pronto tendrán una hija con J.D., y cuentan algo de un despacho con vistas al campo a pocos kilómetros de aquí y ambos se refieren a ella con un nombre bonito y tierno, y L. refiere un libro y todos nos reímos.

A J.D. le bastan dos copas de vino para hacer saltar Europa por los aires, Europa en su conjunto, no había intuido ese espíritu genocida hasta ahora y eso me intranquiliza pero a la vez me estimula, aunque el punto de sarcasmo que le pone a todo —hasta a las presentaciones— me hace dudar de hasta qué punto lo dice en serio, yo ya voy por la tercera copa, no sé quién ha contagiado a quién, él en su condición de vagabundo europeo y yo en la mía de asesino reincidente, haciendo la guerra a pecho descubierto como mapuches y derruyendo ciudades de norte a sur, también Girona, ni una lágrima, un baile desenfrenado de monumentos y edificios al pozo madre de todas las algarabías europeas, cuerpos policiales garantizando la impunidad, ni un gesto de condescendencia, ni un símbolo del antiguo continente, un desarraigo de cuajo, una matriz incapaz de resistir nuestros embates, a lo que contribuye L. trayendo más vino, y no sólo eso, también sumándose a nuestra conspiración,

«Como L. sólo me conoce por mi seudónimo, trato de liberarme de la sensación incómoda de una presentación tan postiza inventándome el nombre.»

quemando librerías y museos y editoriales y universidades por todo el continente como una purga o una catarsis (porque L., pudiendo ser tan despiadado o más que nosotros, lo hace todo con un irrenunciable aire de pena o nostalgia) desde Lisboa hasta San Petersburgo, recorriendo Barcelona, París, Hamburgo, Dublín, Budapest y Praga, ni una ciudad intocable, ni un frente irreductible, un ejercicio de supervivencia, un continente carroñero tragado por una patria antropófaga que compartimos.

Hablamos de que todo salvo las presentaciones es ya irreconocible, que las presentaciones son el punto de partida de toda posibilidad

de conocimiento y que todo lo demás ya lo ha devorado el cáncer del tiempo en ese lapso que ha habido entre presentación y presentación, tres o cuatro años, según J.D., y que a partir de ahí cada uno se ocupa de sí mismo como bien puede y combate la soledad —que puede no venir nunca si eres afortunado o no despegarse de ti en la vida—, y J.D. desliza finalmente que el objetivo último a fin de cuentas es controlar las presentaciones, o como mínimo respetarlas lo suficiente para comprenderlas, y creo que yo asiento con severidad para envalentonarlo a seguir hablando y enseguida se olvida del genocidio europeo y se larga a hablar de Latinoamérica, y fijo la vista en L., que se mantiene impertérrito como cuando escucha con esa nostalgia tan insondable o juega con los silencios, y la mujer de J.D. tiene en los labios un amago de sonrisa extranjera, una condescendencia casi imperceptible que nos estremece a todos.

Y en ese momento, cuando estoy a punto de preguntarle a la mujer de J.D. qué coño significa esa sonrisa, porque los tres lo estamos pensando y queremos saberlo a toda costa pero a la vez tenemos un secreto inconfesable y Michimalongo la conoce lo suficiente como para callarse y L. ya he dicho que domina el arte del silencio, cuando estoy a punto de jugarle las pelotas —que no han dejado de estar al arbitrio de una de sus manos en toda la noche (porque en la otra tiene las del padre de su hijita)—, cuando estoy dispuesto a que demuestre que lo sabe todo, el por qué he llegado tarde y qué es esa marca de muerte que rodea mi muñeca bajo el jersey, cuando voy a tentarla sí o sí porque el crimen es un hecho y de Europa no queda nada, entonces aparece C. y dice algo de la cena y L. se desternilla de risa y le dice casi a grito pelado levantando la copa de vino que hemos entregado la inmortal Girona a las llamas, y C. le contesta que las cenizas no prenden y le guiña un ojo.

IV

¿Y quién es C.? Estoy convencido que otro asesino como yo, me atrevería a decir que como nosotros, lo sé por la manera en que ha contestado a L., como si de un informe forense se tratara, con una rigurosidad de autómatas. Es un tipo de estatura mediana, más bien flacucho, con gafas, viste informal, pullover con camisa celeste y pantalón tejano, ligeramente calvo pero con una voz sugestiva que denota una timidez que adquiere personalidad por momentos: un tipo peligroso. El caso es que ha llegado tarde a la debacle del viejo continente y tenemos que presentarnos a la par que sirve vino en mi copa y la suya, una botella para compartir, y enseguida que se larga a hablar y elucubra sobre la resurrección y el devenir del hombre confirmo que ese tío es un asesino tan despiadado como yo, no me cabe duda, que debe haber cadáveres con su sello pudriéndose bajo los adoquines de las calles que he cruzado corriendo; sólo alguien que ha rebasado la frontera del bien y del mal puede tener un optimismo tan irreductible, una euforia tan incontinente, a la manera de Nerón o Calígula, no me deja hablar, ya todo pasó R., todo lo malo pasó, o aún no pasó del todo pero está a punto de pasar, tanta oscuridad advierte el claro, y lo mejor, el resurgir, está por llegar y ya anda cerca, pocos años, créeme, aunque seguirá habiendo gritos y muertes, no soy un idealista, no te atrevas a tomarme por un idealista —ahora me señala con la copa en la comisura de los labios, sólo me agarro a la consciencia histórica, me dice—, pero la esencia tendrá algo de lindo y tierno, bueno en definitiva, de eso no hay duda: la consolidación de una hiperrealidad que confundirá los círculos. Mientras me lo cuenta tengo la sensación de que no intenta convencerme de nada, no quiere polemizar, sólo soy quien tiene enfrente y me lo cuenta como se lo contará a quien enganche meando a su lado cuando terminemos la segunda botella de vino, porque ya hemos vaciado la primera y casi no hemos probado los nachos con guacamole ni el humus ni el pan con tomate y los embutidos, y le digo joder C. estoy muerto de hambre y él me mira con un amago de camaradería y se lleva un trozo de butifarra negra a la boca.

Y en estas que llega Z., el librero y anfitrión de la cena, y ocupa la última silla que quedaba libre y ya somos ocho cenando, y C. retoma el discurso de optimista flacucho y loco y me pone a Z. como ejemplo remarcando su edad y su joven proyecto, su ímpetu, algo de un sueño, y yo le pregunto a Z. qué sueño es ese y me dice la clandestinidad de la librería Zekian de París, una librería que conozcan pocos, incluso ninguno, y que aspire solamente a estar, y entonces pienso que Z. está en buen camino porque yo nunca me había dado cuenta de que ese local era una librería, y además una librería de cojones, y uno de los músicos se pone a cantar una canción de

Violeta Parra —seguro que por sugerencia de J.D.— con un chupito de tequila en la mano, y yo pienso habiendo tequila qué coño hacemos emborrachándonos con vino. Z. se acerca a mi oído y me dice que, en realidad, la clandestinidad es una fachada, que a lo que aspira es a poner toda la carne en el asador, a ser un elemento parisino, sí, pero no la librería Zekian sino la Place Saint-Sulpice, y me pregunta si le estoy entendiendo y le digo que sí y no a la vez, y él sí me entiende y me sonríe con generosidad. No le doy tiempo a terminar la canción de Violeta Parra: el énfasis que Z. ha puesto en su confidencia me envalentona y le exijo que homenajee a Chavela Vargas, que escoja ella, que se trunque la voz, y a estas alturas mis deseos son órdenes y me lanza la misma mirada de comprensión y tristeza que suele tener L., como si la hubiera estado entrenando durante toda la cena, y se arranca un «...y vámonos donde nadie nos juzgue ni nadie nos diga que hacemos mal!» de las entrañas y aguanta tanto la última sílaba que casi se ahoga y tiene que tomarse otro chupito de tequila, y miro a L. y veo que tiene los ojos vidriosos, como si por un momento se olvidara de la nostalgia que le gobierna y todo en él fuera felicidad, una felicidad eufórica y sin reservas como las de los reencuentros, y pienso que si he entendido bien lo que me decía C., Chavelita también confundió los círculos después de quemar las naves en alguna batalla aparentemente absurda pero fiera.

Mientras, a la cantante le ha gustado la idea del homenaje al México de las apuestas a vida o muerte y engarza canciones y chupitos uno tras otro y en ningún momento se le pasta la voz ni olvida un

«¿Y quién es C.? Estoy convencido que otro asesino como yo, me atrevería a decir que como nosotros, lo sé por la manera en que ha contestado a L., como si de un informe forense se tratara, con una rigurosidad de autómatas.»

verso; yo miro a la mujer de J.D., miro su vientre hinchado y me imagino cómo debe ser lo que hay dentro, divagaciones de borracho, y repito el nombre de la niña con la mirada un poco perdida pero fija en el vientre, V., primero bajo, para mis adentros, me moriré de risa si alguien me sorprende en esta tesitura, efectivamente un nombre bonito y tierno, y pienso que Michimalongo ha engendrado su particular proyecto de hiperrealidad, que éste lo superará nada más culminarse, que se le desbordará por dentro y lo reconciliará con algo, porque hay algo que liquidó o que dejó atrás, de eso no hay duda, quizás no descomponiéndose como he hecho yo, pero algo al fin y al cabo, y dejará de ser un vagabundo, ya veremos si también dejará de ser un escritor, incluso quizás deje de ser un folclórico chileno y cambie la patria de las banderas por la de los nombres y los despachos con vistas al campo, y me levanto, agarro la botella de tequila de la mesa y espero que se haga el silencio y todos me miren para brindar por V. y por los pies de los niños que edulcoran los eriales por yermos que estén y redimen de los gritos, del miedo y de la muerte.

© Chema Torrent Santamaría

Chema Torrent Santamaría. Gironí nacido en abril de 1990. Estudiante de derecho y filosofía. Lector, descreído generacional y especialista en huidas, por este orden.

ANTES DE SALIR DE LA SESIÓN

por Ramón Araiza Quiroz

La señora Vicky, de 90 años de edad y canas evidentes, un día plagado de nubes alborotadas y de calles con polvo, decidió no quedarse atrás en cuestión de tecnología y resuelta abrió su cuenta de correo electrónico. Evitó asesorarse en un sitio público en el que algún chamaco morbosamente la atendería y comentaría a todos sus compañeros de escuela lo insólito: ¡una anciana abrió su cuenta de e-mail! Como si este suceso fuera a cambiar la rotación de la tierra. Ese no era el estilo de hacer las cosas de la señora Vicky. Era una mujer independiente. Abrió entonces su ordenador portátil, pinchó el botón de encendido y empezó a investigar la manera de darse de alta. Sus ojos brillaban; tendría una dirección en la que el mundo podría contactarla. Quería que todos supieran que existía. Deseaba enviarle un correo a su nieto —que se encontraba en tierras lejanas— para darle la noticia de su incorporación al ciberespacio. Una vez hecho esto, su plan iría más allá: haría amistades por todo el orbe. ¿Y cómo planeaba realizar su sueño? Bueno, pues, simplemente pondría un anuncio en todos los sitios en donde, de forma gratuita, se lo permitieran, ofrecería su amistad y daría a conocer su dirección electrónica. Por supuesto tenía contemplado subir su fotografía. Después de unas horas de mover aquí y allá el cursor, teclear datos, generar su contraseña y hacer lo que millones hacen, la señora Vicky con orgullo se dio cuenta que no había sido necesaria la intervención de un imaginario muchachillo morbosamente que rondaba su mente. Evitó toda la andanza y ahora ya con la cuenta abierta se dio a la tarea de buscar sitios donde le permitieran publicar su intención de hacer amistades. Encontró una página donde podía escribir un mensaje y subir su fotografía. Vicky redactó el siguiente título:

Dama de 90 años busca amistades de cualquier parte del mundo.

En el cuerpo del mensaje escribió:

Me encantaría hacer amistad con alguien que hable italiano o ruso. Mi madre era rusa y mi padre italiano, por lo tanto hablo los dos idiomas. También me agradaría conocer gente que hable el castellano. Soy una anciana que abrió el día de hoy por primera vez una cuenta de correo electrónico. Estoy feliz de haberlo hecho yo sola. Aquí está mi fotografía para que me conozcan. Espero poder recibir muchos mensajes de diversos países. Con cariño, su amiga Vicky.

«La anciana se dio a la tarea de buscar una fotografía entre los archivos de la computadora. Encontrar el archivo que contenía la imagen no fue difícil; alguna vez vio de reojo cómo le hacían sus nietos para realizar esta faena.»

La anciana se dio a la tarea de buscar una fotografía entre los archivos de la computadora. Encontrar el archivo que contenía la imagen no fue difícil; alguna vez vio de reojo cómo le hacían sus nietos para realizar esta faena. Quizá por esa razón también le fue sencillo abrir su cuenta: veía con el rabillo del ojo todo lo que movían en internet y simplemente recordó los pasos a dar.

Muy pronto recibió mensajes. Se ilusionó y ansiosa abrió el primero:

Ey doña ya ta grande komo pa andar aki, no?. mejor aga ya su testamentito.

Otro correo decía:

Y ke x konoserla me presenta a sus nietas?

Había muchos cometarios ofensivos en los títulos de los correos. Sólo leyó estos dos. Salió de su sesión y con tristeza apagó el ordenador. Se retiró a su habitación, vio la fotografía de su difunto esposo y le dio un beso. Le dijo que lo extrañaba y que los tiempos ya no eran los mismos. «Extraño tus cartas», le dijo en voz alta. Tomó el pequeño marco que daba alojamiento al retrato, lo puso en su pecho y más tarde se quedó dormida.

Al día siguiente no tenía mucho entusiasmo por abrir su correo, pero la tentación le ganó. Tristemente había una cantidad considerable de mensajes llenos de burlas: hacia su edad, su apariencia física y más. Una vez más decidió salir de la sesión. Pero antes de pinchar el botón de salida de la sesión vio un mensaje con un título diferente: *Estoy interesada en su amistad*. Lo abrió sin quitar de su mente la posibilidad de otra mala pasada. Tal vez el título solamente sería un gancho agradable con un contenido plagado de insoportables comentarios. Su sorpresa fue mayúscula al ver que efectivamente la persona que le había escrito estaba realmente interesada en su amistad.

El mensaje decía:

Considero que debe de ser una persona culta y deseo aprender muchas cosas de usted. Yo soy una joven estudiante universitaria. Tener una amiga de su edad sería para mí un privilegio. Estoy segura de que su experiencia será de gran utilidad para mis estudios. Desafortunadamente he leído algunos comentarios (que son públicos) escritos por varias personas y la verdad me apena mucho lo que han dicho. No haga caso. La gente fastidia también a los jóvenes. Me llamo Vera, mi padre es de Rusia. Hablo el ruso y el castellano perfectamente bien. Le ofrezco mi amistad señora Vicky. No todos somos como los que han escrito cosas tan insensibles. Espero su mensaje.

Atentamente, Vera.

La sonrisa de la anciana borró los malos ratos que los demás comentarios le habían hecho pasar. Por fin había encontrado a una amiga. Iniciaron el intercambio de mensajes y su amistad duró por mucho tiempo.

© Ramón Araiza Quiroz

Ramón Araiza Quiroz. Escritor mexicano. Autor de varios relatos publicados en la revista Narrativas. Autor de novela, cuento y poesía. Su blog es www.ramonaraiza.com También ha publicado comentarios y opiniones en las revistas Newsweek y Time de los Estados Unidos.

BILLETE

por Luis Topogenario

A los extraños les es difícil comprender el universo mental de los adeptos.

Arthur Koestler

Decoración de cubículo. Respiraciones. Luz devuelta. Está naciendo siempre, esa sombra con cuerpo y cabellos teñidos, hombre, para ser exactos, despejándose toda duda, vidrio empañado del mentir, con que le he ocultado, y favorecido, a pesar de él mismo. Marioneta inmundada, decorémosla. Apareció bien sentado, si sentarse era eso. Cubículo, alfombrado, silla giratoria, retratara lapislázu, paneles, biblioratos, ordenador, pantallas varias, videos, está naciendo siempre, nace como nace un impulso de tos, una vida molesta, movimientos reforzados sin conducta, refleja, sin mayor animación que la del organismo servil. Luego mostraré lo que importa. Ahora ocupémonos de él. Aguanta en una oficina, cuerpo globuloso, a qué nace, a qué regresa, todas las mañanas a las ochocientas horas, luego de combatir afuera, toda la noche, casa, bar, cancha, puente, con pretiles bajos, sobre el río de cemento, donde descansar de sus escaramuzas con la puta, creo que fuma solo, y saborear, sin sobresaltos, la vegetación, horizonte recortado, mosaico de paisajes. Todo junto, esto es él, por partes, jornadas juntadas a como sea. Esto es por él. No se muere de hambre, billetes, tiene otras hambres, que sólo lo arañan sin morderlo. Emociones crónicas, cómo lo hemos venido ocultando, afeitando el monstruo, para que no crezca, para que no se percate, de golpe, de su tamaño, afeitado, cómo. Tiene deseos que no le inquietan, no se molesta, un sólo músculo genital. Sale de su edificio, dos mil, dos mil horas devenga, en los callejones se estremecen los vagabundos, ases nocturnos, de la ciudad, congregados alrededor de un barril con fuego, voces alteradas, mitad hombres, mitad cuervos, mitad bolsas plásticas, mitad frituras, pasa, pasan, se pierden, por el borde de las ventanillas, sombras cónicas, regándose en la noche, embelleciendo los ríos. A qué regresa, cancha, bar, y casa, arribando a su portón, puerta, arrojando sus palabras, a su sala, tratando cada palabra como una posible arma, una nueva vidita lastimada, un probable escondite. En su casa había acumulado libros, estampillas usadas, y discos, más algunos hijos, casi bastardos, casi legítimos, refugiados de otro tiempo, damnificados de cualquier parte, y por cualquier cosa. Había planificado familiarmente, constaba en algunos folletos, convertidos en momias de papel mate dentro de un álbum. Seguía una liga deportiva, local, con copa, Liga Deportiva Cranshaw, y competencias de carreras de cortadoras de césped. Además guardaba una caldera con loza, y una tabla de planchar, con mujer incluida, para eventos familiares, o casos sociales de emergencia. Conocía las piernas de su mujer como conocía las maderas de su casa, o las emergencias sociales. Paredes, retrateras con caras, embanderadas de expresiones casi cariñosas. Televisión, telesclavo, juegos de naipes con crucigramas, monopolios, drogas duras, narcoesclavo, conocimiento porno, enciclopedia del porno, de dos mil horas más allá nadie recuerda haberlo visto. De madrugada, recorre su cuerpo con jabón como recorre galerías de objetos mutilados, pasados a museos, no, está la espuma del jabón, fresco estímulo, vivo, químico. Se afeitó, se pulió, se engordó, se antiojó con su yogurt, se empastilló, se descargó. Se observó en el agua del inodoro, mientras veía flotar, ondulado, lo que parecía un hijo, un reflejo, embellecido por las ondas del agua, imagen, símil, palabra señorial, hasta bajar la palanca, y despedirse, hasta siempre. Química. Hasta siempre, comandantes, lámparas de argón, testigo.

Estaba naciendo, a cada hora, siempre nace, siempre ofrece, sus sensaciones, a quien invierta tiempo en consumirlo, en extraerlo de su estuche, un impulso, convertido en pausa, silenciosa, habitaciones,

«Conocía las piernas de su mujer como conocía las maderas de su casa, o las emergencias sociales. Paredes, retrateras con caras, embanderadas de expresiones casi cariñosas.»

casa, uniformes, cuellos encorbatados, nucas rígidas y corva, a lo sumo. Bonita corva. Le emplean. Para mantenerlo a flote le acercan incentivos, estímulos, y algunas cortinas de humo, para que no se desanime, o se deshaga, como pudín. La cancha de su deporte es cuadrada, ocho por ocho, dos bandos, lo usual, un jefe por bando, carteles, matemáticas, píxeles. Le asignaron un automóvil. Le aumentaron varios centavos de porcentaje en su planilla de sueldos. El hombre bidimensional orina oro, de pie, sobre su reflejo. Cuando se sienta, sobre el reflejo de su reflejo, bota sus pepitas. Su felicidad, tamaño inodoro. Pero no todo son piñatas aquí. También le subieron sus impuestos. Le inflaron el arroz con cáscara, las bebidas gaseosas y las prostitutas. Cortinas de humo. Se aseguró, bajo condiciones extremas, ochocientas horas nuevas. Se le otorgó un cargo de confianza, aguantar. La vida está serena. Después de esto, la vida está serena. Algunas magulla duras al hombre, cancha, bar, y casa, se propulsa, creo que se inyecta solo, hasta alcanzar cada cima, las dos mil horas, desde estos sitios, decorativos. ¿Qué piensa cuando se le acerca la hora? ¿Qué remotamente desea al momento de salir? ¿Aguanta? ¿Se sumerge? ¿Se ahoga? ¿Lo insuflan con aire artificial? ¿Qué agujero tiene su huevo conectado, a su respiradero? ¿Orina oro, bota pepitas, también, cuando duerme? Y cuando duerme, ¿a la vez produce? ¿Llora por los rincones, este hombre ovívoro, embistiendo sombras bestiales, y batiéndose contra las dos mil horas siguientes, devengadas? ¿O baja sus nucas, rígidas, una por día, siente, en las apófisis espinales, el movimiento remoto curvo de un dueño suyo? ¿Aguantó? ¿Lleva una capa, camuflada, oculta un hiperpoder, tiene más armas, que un solo voto, no se autodestruye, después del primer segundo, emitido? Se arrincona, en secreto, contra una pared de su casa, luz crepuscular, donde no lo alcanzan los ojos de ninguno de sus muebles, se arrodilla, tenso, lucero enfermo, bajo sombras bestiales, contractura todo el rostro, acerca las cejas a la punta de su nariz, muestra los dientes, murmura, solloza, muerde el aire, murmura, Esto no puede ser, esto no puede ser. Yo soy la vida. Esto no puede ser.

*«Entró en su bar,
escortado de su sed.
Se sentó en su
mesa, del lado del
hambre. Se sentía
seguro, estaba
seguro, su día lo
perfeccionaba el
bullicio de su bar.»*

Está naciendo, siempre, se finge nuevo, nace como nace, pero no aguanta, no continúa, desde marx, hasta las recientes semifinales del Torneo, como si nada, hilo de oro ininterrumpido, coremos. He puyado, y ha brotado, y ha aliviado, a pesar de él mismo, y ha vuelto a sentarse, menos molesto, que hasta hace unos años. Está bien, sus holocaustos ya no asustan. Sus promesas de resurgir de sus cenizas, monstruo de ocho por ocho, moviéndose, contra dos jefes, píxeles, ya no intimidan, aunque igual le pagan, le pago, por amedrentar. En su cubículo, dos por dos por dos, abundan sus soliloquios, sus videos de seguridad, millones, monólogos del mismo ojo mecánico. Su enciclopedia del porno, con sus vergas enderezadas, con píxeles, cejas tensas,

pulpa, por varillas de botox, lo asiste, muy de cuando en cuando. A veces tengo miedo de que yo sea, en secreto, su pornografía. Nace para nacer, movimiento inercial uterino, a la derecha del trono, espía a su izquierda, el momento en que le llegue la heredad. ¿Pero qué heredará? ¿Un libro, una iglesia, una copa, un naípe, sombras, luceros, enfermos, nada, escenas grotescas, ciencia, cero, uno? Está siendo siempre, una masa de logros desordenados, conectados entre sí por glándulas, un plan glandular, dos tercios de agua, y prolongados por cables de agua nerviosa. No aguanta. No. Como si nada. No resiste, se resquebraja, se aparta y se reserva para ser inoculado. Hace gárgaras con un líquido que aspira a desinfectarlo. Le inflaron las prostitutas, las pagó, las abarató clandestinamente. Le subieron el arroz con cáscara y las bebidas gaseosas, se las pasaron de contrabando, en sus canastas básicas, desde la frontera. La vida controla sus planillas, no soportó, No puede ser, no soporta, Si yo soy la vida. Se atoró de dudas cuando amenazaron con despedirlo, no lo despedirían, salía más caro despedirlo y encontrar un nuevo peón, para entrenarlo desde cero, creo que se ensarta solo, sale más barato amenazarlo que mover otras piezas. Habría treceenas de miles dispuestos a arrojarle por su cargo carnicero. Imagina lo que es desemplearse a los cincuenta y dos años. Te sobrevolará el abandono, y su ave carroñera, rapiñando cada centígramo de sosiego, de tregua. No es necesario imaginar. Hace gárgaras, se desinfecta, conoce.

Entró en su bar, escoltado de su sed. Se sentó en su mesa, del lado del hambre. Se sentía seguro, estaba seguro, su día lo perfeccionaba el bullicio de su bar. En la noche, frente a la calle, acera, callejón, lo perseguirá el murmullo de las bestias, ases nocturnos, congregados alrededor de un barril de fuego. Preparó su cara para pensar, relajó su vientre globuloso, estiró sus botas bajo su mesa,

sobre la que ya ardía, impaciente, su botella de guaro. Creo que tomó solo. Lo amparaban su cargo de confianza, agente de redes, millones de videos de seguridad, sus más recientes nombramientos, para no despedirlo, le ascendieron, le recetaron un metro cuadrado, más, de oficina, compraría más folletos, y preñaría por más hijos, movería a su mujer de su tabla de planchar, salía más barato a menazarla que despedirla, y la pasaría a un dormitorio, alfombrado, aspiradora en mano. Después, si algo resultaba mal, todo tiene un límite, o si no lograba que se preñase, la extirparía, este apéndice, previas medidas, de seguridad, y así, decoración, y así, hasta hallar a la verdadera progenitora. Luego consultaría su consciencia. Hasta dar con el naípe correcto. Si es que su consciencia no estaba ocupada, con otras consultas. Bar, bullicio, crecer como crecen, la invisibilidad de las cadenas, tomando desde la última semifinal del Torneo, para atrás. Cuántos jugadores. Cuántos metros surcados. Cuántas lesiones. Cuánto ranking. Cuántos enroques. Resaltó el bullicio, casi alegre, en las mesas, constelado de palabras sueltas de sentido, sonrisas poco nutridas. Ojos negros, rostros ocres, bocas desbordadas, bostezadas, expresiones errátiles agrupadas en caretas rígidas como pedernales. En algunos rostros la alegría parecía una armadura. En otros, un cilicio, estrenándose. Escuchó un discurso, breve, un pantallazo nada más, que parecía desinfectado. Hizo gárgaras, con este discurso, medida de toda bestia, este hombre libre, que nos hemos encontrado, o tropezado, y que, visto a otra hora, es idéntico a un hombre dormido. Pidió un apartado, reservó una prostituta, recién comprada, casi ganga, con capacidad para varios coitos. Nace, como parte de un mismo plan glandular, para nacer. Dos tercios de billetes, y el resto es agua, nerviosa. Está siendo siempre, hasta pruebas de lo contrario. Piezas móviles defectuosas, como brazos y piernas, no lo desalientan para pensarse parte de un todo, un grupo de muchos todos, donde maniobran, gobiernan, controlan, otras piezas móviles defectuosas. Él, un usuario dentro de un usuario, dentro de un usuario... Se carga, palpita, mordidas al aire, chupa, todos los volcanes, se descarga. Todo sobre ruedas. Hasta la vida coopera. Marioneta inmunda, armadura desobediente. Se abre, se abulta, se reserva para no molestar. Se abandona, allí, en ese apartado, se vence, solo, ya, sobre una cama, con capacidad para varios abandonados. Le gustaría asomarse a un balcón, plantas superiores, edificio de bar, y contemplar, ya disfrutado, el panorama de su ciudad, ser adepto a la vegetación, horizonte recortado, mosaico de paisajes, cuadrangulares. Pero no es adepto, a gustarse, a moverse bajo su capa. ¿Aguanta? ¿Reverdece? ¿Se pregunta No puede ser? ¿Yo soy la vida? ¿Yo soy la presea de la vida? Movimiento remoto curvo, te sobrevolarán, sin saber qué hacer, sombras recortadas, nucas, rigideces, bestiales. Creo que se acaba solo. Dentro de un barril, con ases, el mismo fuego, que, visto a otra hora, es idéntico a una vida dormida, a un odio. Poderosas drogas, combatidas, como poderosas iglesias. Nada. Sólo quedaron algunas canciones, escasas. Nada. Pensamientos dietéticos, avances culturales, movimiento light, antioxidación. Púrpuras calcomanías. Toda calcomanía debe ser púrpura. Nada. Luego mostraré lo que importa. Ahora, ocupémonos.

© Luis Topogenario

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com

LA CASA HEISENBERG

por Álvaro Valderas

Si sabemos dónde, ignoramos cuándo estará, y nos quedamos en su calle esperando con infinita paciencia hasta que aparezca, o bien, si sabemos cuándo, desconocemos dónde, y por eso hemos de recorrer el mundo para buscarla, subirnos a trenes, preguntar a la gente —en nuestro mal acento extranjero— si la han visto, mientras le mostramos su fotografía y señalamos el vacío para que entiendan que nuestro dedo está perdido, como el aire en la rosa de los vientos. Hay casas tan extrañas.

Sus habitantes, sin embargo, permanecen ajenos a sus vaivenes, ligados a ellas (a ella, en realidad, de otras no sé nada) de manera orgánica, parte necesaria del microcosmos con forma de edificio gastado y tropical, de madera, con tres pisos y aspecto de viejo, pobre y vivo, adornado con banderas coloristas en sus tendederos, repleto de chiquillos sin camisa que corren delante de sus madres peligrosamente cerca de la barandilla por la que nunca, si no es día de desgracia, llegan a caerse.

Como si fuera un país, tiene su historia, densa y claroscuro, que se cuenta por los pasillos y baja por las escaleras y se recuerda en sollozos y se olvida y se vuelve a revivir una y tantas veces en las conversaciones, los corazones y los cuadernos del viejo Omar, que con una pluma desgastada transcribe los hechos más notables a su papel amarillo, que luego almacena en una pila de su apartamento minúsculo para que sirvan de memoria colectiva. Entran mujeres, de cuando en cuando, y los hojean, y muchas —como no saben leer— se inventan o recuerdan o solo sienten, y de allí extraen rostros perdidos y nombres dulces que ya no pueden pronunciar.

Los inquilinos, indiferentes a los cambios de coordenadas por los que atraviesa su vivienda, no extrañan la seguridad de la certidumbre, no les gusta sentirse anclados —me dicen—, amanecer cada mañana en el mismo lugar y tan solo un día después, con la pesada carga de la monotonía.

—Tú eres esclavo de la sucesión, del tiempo y de la muerte como final absoluto. Yo no, ninguno de nosotros, capaces de retroceder o de avanzar en edad hasta el final de los días y volver a ser un niño, enfrentarse al presente siempre sin referencia, nada de lo que aprendemos puede sedimentar en experiencia porque la situación ha de cambiar no sabes hacia dónde. De cuando en cuando, bajamos a la habitación de Omar a leerle los cuadernos, que están muy descolocados, también, donde él recoge recuerdos y profecías, hechos de los que no guardamos memoria y, sin embargo, la tinta asegura que nos ocurrieron, quién sabe cuándo, dónde, o si éramos en verdad nosotros mismos. A las chicas les gusta releerlos en esas épocas en que enferman de romanticismo y luna, y a mí también, en esas noches en que soy demasiado joven y el peso del futuro se me viene encima. Novedad pura, aquí vivir no cansa.

«Entran mujeres, de cuando en cuando, y los hojean, y muchas —como no saben leer— se inventan o recuerdan o solo sienten, y de allí extraen rostros perdidos y nombres dulces que ya no pueden pronunciar.»

—No hay compromisos —me dijo otro—, no puede haberlos. Pero creemos que sí y más de una vez se nos inflama el corazón y nos estallan en los labios las grandes palabras, se desbordan y amamos infinitamente hasta que cambia el escenario y nos pesan las piernas, que apenas pueden ya subir otro peldaño, seguimos amando infinitamente pero ya no está el amante, lo vamos echando de menos hasta que se asientan las cenizas sobre las brasas y apenas servimos sino para dar consejos y perder la mirada en la lejanía.

—¿Ustedes son inmortales? —Quise saber una tarde, mientras esperaba a Miriam, que pronto llegaría de hacer las compras. Él se quedó pensando durante un momento.

—Supongo que sí, pero no se lo puedo asegurar. Eso no tiene mucho sentido para nosotros.

El árbol de la entrada solo daba ardillas e iguanas, nadie le había visto otro fruto. Me acogí a su

sombra y la casa se desvaneció, como solía, según Miriam puso su pie en el patio. Ni siquiera me dio oportunidad de saludarla, despedirme, quizá abrazarme a ella para acompañarla o retenerla, seguir a su lado. Escaparon en su burbuja aséptica, dentro de la que se come y se ríe, se juega, se ma-
druga para ir a conseguir un trabajo o un marido que no han de durar, como fue Jonás, como fui yo, tan prescindibles, pero ninguno de los dos nos resignamos. Él salió a buscarla, a la casa, en el cuándo, y viajó por media Europa y por América; yo me interesé en el dónde, e indagué por las calles en que calculaba que llegaría a estar. Así, ambos, Jonás y yo, pudimos encontrarla varias veces, convivir con una Miriam a la que por temporadas hubimos de cuidar, tan chiquita, o que aún no nos había conocido y debimos enamorar de nuevo, o que ya nos había olvidado, y pasábamos aquellas horas de invierno arropándola, para luego perderla varias veces.

Supe de su existencia porque acabamos coincidiendo, no podía ser menos. Jonás tendría treinta años más que yo y se sentía en el declive; el día que nos reunimos los tres, Miriam estaría por los veintidós, color de miel y amplia sonrisa, era luz en lo alto de la escalera y andar felino hipnotizante. Supe que él estaba loco por ella igual que él lo supo de mí al primer instante, pero no pudimos sacar celos y batirnos porque aquello era demasiado extraño, y porque ella nos pidió que subiéramos, nos ofreció una chicha de limón con raspadura y mucho hielo, qué calor, dijimos, sentados a su lado. Quizá nos reconoció, quizá no, estaba en esa edad en que las chicas se hacen las misteriosas como si lo supieran todo. Creímos lo que deseábamos creer. Y ambos la amamos, con esa angustia de saberla compartida. Hubo un acuerdo tácito de horarios que procurábamos incumplir, y en ocasiones la tomábamos cada uno de una mano y pretendíamos que estaba bien. Yo veía a Jonás tan viejo que me daba pena, ya no podría reencontrarla mucho más, y quizá yo sí, revisando los cuadernos de Omar, entendiendo entre líneas los mensajes de aquellos habitantes de una balsa cósmica: hasta entonces me había servido.

Cuando se tocó el vientre y me dijo «es tuyo» no sé si hablaba con Jonás (que aún no había llegado) o conmigo, y qué más daba si, total, se iría tan pronto. Quizá me había equivocado con alguien del pasado, pero me dio un vuelco el corazón al escucharla. Le miré a los labios, y después al pecho. Ella se dio la vuelta y se asomó a la ventana. Por el camino venía Jonás, y ella lo saludó con la mano. Por un instante, con la revelación a cuestas, sentí que yo empezaba a pertenecer a aquella casa, que mis pies se fundían con la madera del suelo y que quizá esta vez me llevara con ella cuando emprendiera el vuelo.

© Álvaro Valderas

Álvaro Valderas (La Bañeza –España–, 1965). Filólogo, profesor de universidad y creativo publicitario en Panamá. Ha colaborado en más de treinta revistas, así como en periódicos, radios y televisiones. Ha publicado dos libros de relatos (*Libro de cruentos* y *Bloody Mary*) y una novela (*El oro de Noriega*), y tiene colaboraciones literarias en varias antologías y recopilaciones. Pertenece al consejo de Editorial Fuga, de Panamá.

LA MAGIA DE LAS FLORES

por Paloma Hidalgo

Me senté en el suelo en un rincón entre las estanterías de la primera planta, creo que esperando que Rosa, Margarita o como se llamara esta vez, llegara. Y eso que el día había comenzado bien, incluso había vendido un libro, cosa que para un recién llegado como yo no estaba nada mal. Mi jefe, el señor Horacio, me había contratado hacía poco más de una semana, mi primer cliente compró un ejemplar de *Firmin*, el libro de Sam Savage para regalárselo a su nieto adolescente. Hacia medio día entró en la librería una chica extraña, su pelo morado, la gabardina verde oliva con que se cubría y sobre todo sus ojos, me intrigan. Mientras colocaba algunos libros en los anaqueles justo al lado de la caja, no pude evitar mirarla de reojo. Aquellos ojos, profundos y oscuros, como una noche sin luna, me asietaron. Cazador cazado, se me cayó un ejemplar al suelo. Ella esbozó una sonrisa complacida por mi turbación que me puso aún más nervioso. Se acercó hasta mí y con una voz dulce y templada me saludó.

—Hola. Y dibujó una franca sonrisa en sus labios perfectamente pintados de rosa.

—¿Qué tal? Respondí yo aún azorado. Si quieres algo, sólo tienes que decírmelo, añadí.

—Por el momento sólo miro, pero gracias. Se alejó del mostrador hacia los estantes con libros de cocina. Sorpresa, yo pensé que a alguien como ella sólo le interesarían fenómenos paranormales, brujerías y cosas afines.

Entraron más clientes y me olvidé de su presencia. Fue entonces cuando sucedió algo extraño. Ante mis pies, en el suelo, había una palabra caída. Ponía Luz, al agacharme a recogerla me di cuenta de que había otra justo al pie de la mesa: Paraguas. Las levanté del suelo e intrigado miré hacia los mostradores centrales intentando encontrar su origen.

Llovían palabras, dentro de la librería llovían palabras. Me froté los ojos; no podía ser, seguro que me equivocaba. Pero qué más quisiera yo, era un diluvio de vocablos lo que amenazaba con inundar la tienda. Mientras intentaba encontrar alguna explicación lógica, sin ningún éxito, por supuesto, tuve un presentimiento. Cogí el primer libro que tenía al lado y al hojearlo pude comprobar que le faltaban ya bastantes palabras, había renglones enteros donde sólo había una escrita. Era una catástrofe. Por el aire revoloteaban como ligeros colibríes, para después caer dulcemente como palomitas de maíz.

*«Llovían palabras,
dentro de la librería
llovían palabras. Me
froté los ojos; no
podía ser, seguro
que me equivocaba.»*

Me fui directo al teléfono, quería llamar a Horacio pero al descolgar una voz extraña que hablaba en árabe me decía algo incomprensible. ¿Qué estaba pasando? Miré por la ventana, aparentemente el resto del barrio no se había visto afectado, el kiosco de la acera de enfrente continuaba con su venta sabatina como siempre, ningún papel revoloteaba como lo hacían aquí dentro. En medio del torbe llino de escritos volví a reparar en su presencia, ella me estaba hablando.

—No te preocupes, no es culpa tuya, me dijo. Claro que no, eso ya lo sabía yo. Me armé de valor y le pregunté si acaso era ella la causante. Movié la cabeza para negarlo, y de nuevo aquella mirada suya se apoderó de la mía. —No, yo tampoco tengo que ver con esto, pero estoy encantada. Es magnífico el espectáculo que estamos presenciando, disfrútalo y deja de preocuparte, hombre. Y levantó sus brazos como lo haría bajo una lluvia de verano dando vueltas entre todas aquellas inanimadas mariposas.

Me quedé embelesado mirándola, las palabras flotaban a su alrededor como pompas de jabón sus pendientes en el aire, parecía enormemente feliz entre ellas. No sé cuánto tiempo pasé absorto en su contemplación, me contagiaba su paz. Volví hacia el teléfono pisando el manto que artículos, adjetivos, verbos y sustantivos habían formado ante mis ojos. Nada, imposible hablar con mi jefe.

Intenté salir a la calle no sin antes sopesar mi acción, pero cuando intenté empujar la barra metálica, ésta no se movió ni un milímetro. Estaba prisionero en aquella borrasca semántica y si todo seguía

igual, en las próximas horas más me valía encontrar un lugar en alto si no quería perecer anegado entre sinónimos y locuciones. Yo mismo me daba cuenta de lo absurdo de mi situación y la impotencia con la que me enfrentaba a la solución del problema, me estaba volviendo loco. Mientras, ella parecía encantada; cogía libro tras libro y sacudía sus páginas vistiéndolo de otoño sus hojas, lanzando sus palabras al aire, siguiendo esa misma cadenciosa danza que las acompaña hasta el suelo. Escondí mi cabeza entre las manos y cerré los ojos como cuando era pequeño y pensaba que si yo no les veía a ellos, ellos no podrían verme a mí. Así me volvía invisible a los ojos del mundo cuando había hecho algo que a priori yo debería haber llevado a cabo, y así me sentía seguro. Cuando volví a abrirlos, ella estaba sentada junto a mí. Me dijo su nombre, Iris, y preguntó por el mío.

—Soy Yago, o al menos lo seré hasta que descubran todo esto. Dije intentando ser gracioso. Mientras lo decía me di cuenta de que estaba escampando, que ya casi no había palabras en el aire, yacían amontonadas a nuestro alrededor. Aún ahora me cuesta definir los sentimientos que en aquel momento me embargaron, una mezcla de tristeza por la desaparición de tantas obras con las que hubiera podido tener momentos únicos, y perplejidad ante la magnitud del cataclismo. Salí de mi parálisis con el ruido de la puerta cerrándose tras la gabardina de Iris. Se había ido, corrí hacia la puerta intentando emularla, pero mi destino era diferente al suyo, yo no pude franquearla. Con las manos pegadas al

*«La gran ceremonia
seguía su curso, y ante
mí desfilaban palabras
nunca vistas ni oídas
juntas entre otras
perfectamente
familiares.»*

cristal la vi alejarse entre la multitud, aquel beso lanzado al aire por su boca de frambuesa impactó directamente en mi ánimo, hundiéndolo más si eso era posible. Al levantar de nuevo la vista percibí que el baile se reanudaba.

Movidas por una intangible brisa se alzaban de nuevo ante mí, y llenaban de nuevo el espacio aéreo en el que sin la ayuda de ningún controlador, se desplazaban impelidas por ese hálito con aroma a tinta y buscaban acomodo entre las páginas que les dieron cobijo ya una vez. La gran ceremonia seguía su curso, y ante mí desfilaban

palabras nunca vistas ni oídas juntas entre otras perfectamente familiares. Me sentí como un niño ante una cabalgata de reyes, ilusionado ante los regalos que la noche me iba a traer, por fin la pesadilla terminaba. Cogí un libro al azar, su título *Álgebra lineal*, y lo abrí. Ya había de nuevo palabras, todavía pocas, pero respiré tranquilo, volví a dejarlo en su sitio y avancé por el pasillo entre el revoloteo incesante de ideas que pasaban junto a mí rozando mi piel.

De nuevo todo volvía a la calma. Miré el reloj, era ya tarde, hora de cerrar. Quizás todo lo vivido sólo había sido producto de mi imaginación, intentaba convencerme de que no hubo ninguna Iris, de que nada diferente a cualquier día había sucedido, y aún un tanto inseguro, volví a coger otro volumen, sólo por ratificar que todo retornaba a la normalidad. *Platero y yo* siempre fue uno de mis favoritos, así que para reconciliarme con el mundo corrí a buscarle. Me senté en uno de los escabeles que permitían coger los libros colocados más arriba. Respiré y... En lugar de «Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos» aparecía ante mí «Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto». Mis pasos me llevaron hasta Kafka, al abrir *La Metamorfosis* mis manos temblaban, y con razón. Tras la portada empecé a leer: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo». *Cien años de soledad* eran lo que me esperaba a mí.

El azar, siempre tan caprichoso, se había dedicado a intercambiar obras y autores. Quizá esta vez apareciera una Violeta, o una Azucena para ayudarme a devolverle a cada uno lo suyo. Porque Iris, sin duda, tenía la clave. Me dirigí a la puerta a esperarla, estaba seguro que aparecería en cualquier momento, y yo la esperaría sentado en el rincón de las estanterías de la primera planta.

© Paloma Hidalgo

Paloma Hidalgo Díez (Alcalá de Henares, Madrid). Dicen de los piscis que somos imaginativos y sensibles e intuitivos y que siempre preocupados por los demás. A mí, además, me encanta soñar despierta. Optimista. Nado a contracorriente y cuando me buscas me encuentras. Creo que hay que dar para recibir, y creo que la vida hay que bebérsela a sorbitos muy pequeños, para saborearla en toda su inmensidad. Blog: <http://unlibroesunjardnde bolsillo.blogspot.com>.

CUANDO LAS CREMAS NO SIRVEN PARA NADA

por Diego Álamo Felices

I

Hace tiempo que milito en el bando de los descreídos. Pero si tuviese que postrarme ante alguna deidad, sería ante la diosa Fortuna. Me produce un efecto emético toda la pseudo-literatura que vende al lector la idea de que la buena suerte la crea uno mismo, de que el hombre puede fabricar las circunstancias que le posibilitan el poder comprarse un Ferrari y de que si no realizas tu sueño y el infortunio te engulle, es por tu propia culpa. Esos libros que desdeñan el azar son ideológicos. Están pensados para los ejecutivos que visten de Emidio Tucci y para los cachorros de la Banca, que se creen que entregando horas y vida a ese monstruo sin corazón que se llama empresa van a verse en la misma posición que sus jefes. Quizá la crisis, con la puñalada que ha asestado en la zona ventral, haya hecho recapacitar a los lectores de esos panfletos, al verse el laparocele.

Los acontecimientos importantes de la vida (por lo menos los que al cuerpo atañen) escapan de nuestro control, aunque también hay quien se prepara su propia mortaja. Los mecanismos moleculares en los que se basa una buena salud, las razones por las que unas personas se desgastan de una manera distinta a otras, carecen aún de respuestas convincentes. Da risa escuchar a quienes sin pudor sostienen que el hombre con su voluntad es el arquitecto de su propio destino.

II

Aquella tarde de otoño, el viento de Poniente corría por el litoral almeriense con la fuerza de un loco que no se deja atrapar. Llegué con dificultad a la Clínica Mediterráneo. La ventolera casi me descabalgaba de mi montura metálica. La visera del casco se volvía opaca porque el aire que procedía de la playa llevaba en suspensión copos de espuma de las olas.

El Dr. M. me recibió con el apretón de manos de los viejos tratos. Me dijo: Tienes hipertensión. Es congénita. Nada que no esperase. Mi padre se ha cobrado dos infartos por cardiopatía hipertensiva. Me recetó un comprimido de esos cuya compra hace ricas a las compañías farmacéuticas y me recordó el resto del Protocolo: Que si dieta baja en sal, que si ejercicio físico. La cuestión no me preocupó. La hipertensión es sólo un problema de fontanería. La sangre circula a más presión de la debida por el entramado de tuberías que constituyen las arterias. Las enfermedades son especialmente desgraciadas cuando afectan al centro de mando del cuerpo: el cerebro.

«Mi madre, cuando nació, en ese gran libro de instrucciones que se llama genoma, llevaba escrito que sufriría el flagelo neurodegenerativo.»

Mi madre compraba a diario lo mejorcito de la huerta en el Mercado Central. Comía mucho más pescado que carne y no sabía lo que era un vicio. Ahora el Alzheimer la devora. Esa demencia ya aniquiló a su hermana y empieza a ensañarse con sus dos hermanos.

El Alzheimer es una enfermedad traicionera y cruel. Vive guarnecida dentro de la cápsula craneana y se empieza a notar sin urgencias. Se come progresivamente la masa cerebral. Se pierde la memoria, las aptitudes intelectuales, la capacidad de razonar. Se desintegra el lenguaje, la orientación, la capacidad de identificar las emociones. Como la enfermedad no daña a otros órganos, mantiene vivo al afectado años, mortificándolo hasta degradarlo al estado vegetativo.

Mi madre, cuando nació, en ese gran libro de instrucciones que se llama genoma, llevaba escrito que sufriría el flagelo neurodegenerativo. ¿Ha podido ella tener las riendas de su propio destino y culminar una vida plena y satisfactoria? Maldigo a todos los que venden en cualquier formato las recetas de la felicidad.

Durante un tiempo, fui cliente de spas, balneoterapias, tratamientos cosméticos; incluso pasé por un ajuste quirúrgico para corregir defectos del chasis corporal. Ahora convencido de que las cremas en muchas ocasiones no sirven para nada, espero que las secuencias de letras encadenadas del texto de ADN me revelen qué suerte tengo asignada. Mientras tanto, noto en la garganta el sabor a madera ahumada de un whisky.

© **Diego Álamo Felices**

Diego Álamo Felices. Nacido en Almería en 1962. Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada y Abogado en ejercicio. He publicado distintos ensayos relativos a cuestiones legales y también han sido objeto de publicación, Ponencias que he presentado en Congresos de Derecho. Actualmente colaboro en un blog literario escribiendo relatos cortos y microrrelatos.

SOSPECHA

por Alfonso María Dapena Cores

Teníamos que dejar de vernos, mi marido comenzaba a sospechar. Pero él no estaba dispuesto a poner fin a la relación. Yo era el mejor polvo que había tenido en toda su vida y no iba a dejarme escapar. Lucharía por conservarme. Con uñas y dientes. Haría todo lo que fuera necesario. Incluso llegó a mencionar el empleo de la violencia física.

Ante esta última amenaza no supe qué responder. Me quedé en blanco.

—¿Qué, no vas a decir nada? ¿Vas a quedarte callada como una gilipollas?

Le dije que lo sentía mucho, pero que creía que era lo mejor para los dos, y di por finalizada la llamada.

Pero apenas hube colgado el teléfono, me entró una especie de remordimiento y lo volví a llamar.

—¿Por qué cojones me cortas cuando te estoy hablando?

Tragué saliva y, aunque sabía que más tarde me arrepentiría del error que estaba a punto de cometer, le dije que si quería podíamos vernos por última vez.

Se produjo un tenso silencio. El tiempo pareció detenerse. Y por fin aceptó mi proposición.

—Pero no pienses que vas a librarte tan fácilmente de mí —me advirtió.

Y antes de que pudiera darle las gracias, me colgó.

El semáforo se pone en verde y el conductor del coche que me sigue hace sonar el claxon una, dos, hasta tres veces, devolviéndome de nuevo a la realidad. Saca la cabeza por la ventanilla y grita:

—¡Muévete, joder! ¡No tengo todo el día!

Yo, sin embargo, no tengo ninguna prisa. Espero a que el semáforo se ponga en ámbar para pisar el acelerador a fondo.

El rugido del motor acalla los insultos que me dedica.

Yo, a veces, soy así.

«Tragué saliva y, aunque sabía que más tarde me arrepentiría del error que estaba a punto de cometer, le dije que si quería podíamos vernos por última vez.»

Después de dejar el coche en el garaje del hotel, tomo el ascensor y subo al primer piso, donde se halla la recepción. El tipo de detrás del mostrador, al que no conozco de nada, me sonríe al entregarme la llave de la habitación doscientos cinco. Siempre lo hacemos en la doscientos cinco. Tiene una enorme cama de matrimonio y eso nos viene muy bien. Nos movemos mucho cuando nos ponemos a ello. Una vez incluso llegamos a acabar rodando por el suelo.

—Que tenga usted un buen día —se despide de mí después de entregarme la llave.

¿Que tenga usted un buen día...? ¿Lo dice en serio...?

Las puertas del ascensor se abren.

Entro. Pulso el botón del quinto piso.

Las puertas del ascensor se cierran.

En la habitación hace calor, demasiado para mi gusto, así que cojo el mando a distancia del aire acondicionado y lo subo al máximo. Mientras compruebo la solidez del colchón, echo un vistazo a la estancia. Hoy las cortinas son azules, el edredón que cubre la cama, blanco. Si fuese mi habita-

ción, la elección de colores sería distinta. Pondría las cortinas en beige. Me gusta que entre claridad. Y para el edredón escogería un color fuerte. Un rojo, por ejemplo. O un berenjena. Pero la decoración es lo de menos. Este es un sitio de paso. Aquí se alquilan las habitaciones incluso por horas. La gente viene, paga religiosamente su habitación, hacen sus cosas, y después se van cada uno por su lado.

Como nosotros.

A él lo conocí en el trabajo. Lo contrataron para sustituir a una compañera que cogió la baja por maternidad y que, finalmente, nunca llegó a reincorporarse a su puesto. Trabaja en otra planta, en el departamento de ventas. Una persona amable, sin un ápice de maldad en el rostro, y con la que apenas intercambié un par de frases de cortesía en los ascensores hasta la última cena de navidad. Entonces todos habíamos bebido demasiado y, aprovechando un momento en que los dos nos quedamos a solas, me dijo al oído:

—Estás muy buena. Quiero follarte.

Después me rodeó con sus fuertes brazos y me metió la lengua en la boca.

Me lo quité de encima como pude y me marché sin despedirme de nadie, sin mirar atrás siquiera. Aunque yo sabía que no había hecho nada malo, que mi manera de actuar durante toda la fiesta había sido la correcta y que no le había dado pie para comportarse tan groseramente conmigo, no podía evitar sentirme avergonzada.

«No sé, hacía mucho tiempo que nadie me decía al oído que estaba muy buena y que quería follarme. Había olvidado lo que es sentirse deseada por otra persona.»

Pero todo fue llegar a casa y descubrir a mi marido dormido, frente al televisor encendido, y cambiar de opinión.

No sé, hacía mucho tiempo que nadie me decía al oído que estaba muy buena y que quería follarme. Había olvidado lo que es sentirse deseada por otra persona. Con mi marido las cosas son distintas. El nunca me dice nada. Con él el sexo es tan... ¿Cómo explicarlo? ¿Mecánico...? Sí, algo así. Una vez al mes, los sábados preferentemente, nos tumbamos en la cama y lo hacemos. Un acto carente de toda naturalidad, de toda espontaneidad. Y sin embargo disfruto

mucho con él en la cama. Es muy bueno, sabe dónde tocarme para hacer que me retuerza de placer. Pero en el fondo sabía que había algo más. Tenía que haberlo. Así que unos meses después, en otra cena que la empresa organizó con motivo de su veinticinco aniversario o algo parecido, fui yo quien le dijo al oído:

—¿Sigues queriendo follarme?

Llaman a la puerta. Miro el reloj. Son las seis y cuarto. Debe de ser él. Siempre es muy puntual.

Me sitúo frente al espejo, me retoco el pelo, y camino despacio hacia la puerta.

Aguanto la respiración y decido no abrirle todavía. Quiero que sufra un poco.

Vuelve a llamar. Oigo su voz, que dice:

—Soy yo. Abre de una puta vez.

Cuento hasta diez. Abro la puerta.

Me echa un rápido vistazo de arriba abajo, relamiéndose los labios. Hoy llevo ese vestido rojo que tanto le gusta. Botas negras, además, tal como él me pidió. Y medias de rejilla, por supuesto.

Se abalanza hacia mí y, sin darme tiempo a decirle «Hola, ¿qué tal estás?», me mete la lengua en la boca y nos besamos furiosamente. Luego se aparta y me dice:

—Desnúdate.

No tiene que decirlo dos veces.

Obedezco.

Después de hacer el amor, nos separamos, exhaustos. Él dice «Joder, qué bueno». Yo no digo nada. Busco el paquete de cigarrillos y el mechero en el bolso. Enciendo uno, doy una calada, y se lo pongo en los labios, luego me levanto y me dirijo al lavabo.

—¿Adónde vas?

—Al lavabo.

—¿Al lavabo? ¿A qué?

—Estoy sudando. Tengo que ducharme para quitarme este olor del cuerpo.

—¿No vamos a hacerlo otra vez?

—Se me ha hecho tarde. Tengo que irme.

Entro en el lavabo y cierro la puerta tras de mí.

Lo oigo maldecir.

Abro el grifo del agua caliente y dejo de oírle.

Cuando salgo de la ducha, veo que aún sigue en la cama, acariciándose su cuerpo desnudo, incitándome.

No voy a caer en la trampa. Hago como que no lo veo y comienzo a vestirme.

—¿Por qué no vienes aquí y me haces una mamada?

Sabe que me pone a cien que me diga guarradas. Pero me repito a mí misma que no voy a volver a caer en la trampa y sigo vistiéndome.

—Vamos —dice—, sé que lo estás deseando.

—¿No vas a vestirme? —le pregunto.

Sonríe. Tiene unos dientes blanquísimos, y unos labios gruesos, carnosos, de esos que apetecen morder a todas horas.

—La tengo a punto de caramelo.

Cuando quiere puede ser realmente repulsivo. Pero no puedo evitar sentirme atraída por él. Es algo superior a mis fuerzas. Y lo peor es que lo sabe.

Me siento en la cama. Noto cómo un escalofrío le recorre todo el cuerpo cuando se la toco. Comienzo a mover la mano de arriba abajo, deslizándola lentamente, con timidez, sobre el húmedo miembro, mirándole fijamente a los ojos, sin ver nada digno, nada destacable en ellos.

—Oh, sí, nena —dice él, y al cabo me coge del pelo y me acerca la cara a tan solo un palmo de la suya—. Y ahora, chúpala —me ordena.

Cierro los ojos. Me la meto en la boca.

Unos minutos después, se corre dentro y yo lo escupo todo en las sábanas.

—Tenías que habértelo tragado.

Hago como que no he oído lo que acabo de oír y me pongo en pie.

Termino de vestirme. Cojo el bolso. Digo que me voy.

*«Comienzo a mover la mano
de arriba abajo,
deslizándola lentamente,
con timidez, sobre el
húmedo miembro,
mirándole fijamente a los
ojos, sin ver nada digno,
nada destacable en ellos.»*

—¿Te vas? ¿Adónde? Todavía es pronto.

Me encojo de hombros.

—¿Eso qué es, un sí o un no?

—Es un no —digo—. Ya te lo dije esta mañana. Es la última vez que nos vemos.

Se echa a reír.

—No diga pijadas —dice, y baja la vista y añade—: ¿Cómo vas a poder vivir sin *esto*?

Cierro los ojos, niego con la cabeza.

—Me voy —digo—. No quiero volver a verte nunca más.

—Tú no te mueves de aquí —ordena, pero lo dice sin ningún tipo de convencimiento. Tal vez si se levantara de la cama y me cruzase la cara de una bofetada... Si me cogiese luego por el pelo y me obligase a arrodillarme y a pedirle disculpas... En ese caso, tal vez...

—Me voy —le repito, y me encamino a la puerta.

El se ríe. Amenaza con colgar las fotos en la red.

Me vuelvo.

—¿Qué fotos?

de un modo enigmático y dice:

—Esas fotos...

—No serás capaz.

—¿Que no? Todo el mundo en la oficina se enterará de lo guarra que eres.

«Aparco el coche en el
garaje de casa y me
quedo unos minutos
dentro, respirando
hondo, con los ojos
fuertemente cerrados
en la oscuridad,
tratando de calmarme.»

—Mira, me da igual. Ya estoy más que harta de esta situación. Haz lo que te de la gana con las malditas fotos, pero no vamos a volver a vernos. Nunca más.

Abro la puerta. Echo una última mirada atrás.

—Me voy —digo.

—¡Pues lárgate de una vez, puta de mierda!

Cierro la puerta y me dirijo al ascensor.

Aparco el coche en el garaje de casa y me quedo unos minutos dentro, respirando hondo, con los ojos fuertemente cerrados en la oscuridad, tratando de calmarme. ¿En serio me ha llamado puta de mierda? Cuando consigo serenarme, me echo un vistazo en el espejo retrovisor, compruebo que todo está en su sitio, cojo la bolsa de la compra del asiento de atrás, y bajo del coche.

Mi marido me recibe con un «Hola, llegas tarde» cuando entro en casa.

—He ido de compras —digo.

—¿Y qué has comprado?

Agito la bolsa en el aire.

—Nada. La compra. Unas tonterías para la casa.

—Son muy bonitas —afirma, sin que yo haya abierto la bolsa para que él pueda echarles un vistazo.

—No las has visto.

Se encoge de hombros.

—Me fío de tu gusto —dice y, tras una pausa, añade—: Te he llamado al móvil. Varias veces. Lo tenías apagado.

—Me lo dejé en el coche cuando fui a hacer la compra. En los aparcamientos subterráneos nunca hay cobertura —le aclaro.

—Ya.

Asiento con la cabeza. ¿Qué más quiere que le diga? ¿Que lo apagué para no interrumpir lo que tenía entre manos en aquel momento? ¿Que no podía hablar porque tenía la boca llena?

Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero de la entrada.

—Tienes la cena en el microondas —dice, y se va al salón.

—Vale —le contesto.

Pero él no me oye.

Ceno casi sin apetito y dejo el plato por la mitad. Lo que en realidad necesito ahora es un cigarrillo. Así que enciendo uno. A él le molesta que fume en casa, pero me da igual. Que me lo impida. Retengo una bocanada de humo en los pulmones y la expulso muy lentamente. Al principio no nos iba tan mal. Parecíamos una pareja normal. Acabábamos de firmar la hipoteca del piso, compartíamos el descapotable, teníamos un perro. Los sábados hacíamos la compra juntos, y por la noche salíamos a cenar con los amigos. Cuando llegábamos a casa, nos metíamos mano en el ascensor y terminábamos haciéndolo en el descansillo de las escaleras, aguantando las risas y los gemidos para no despertar a los vecinos. Teníamos ilusiones, planes, un futuro. ¿Y qué queda de todo aquello ahora? Nada. ¿Cuánto tiempo puede haber pasado? ¿Cuatro...? ¿Cinco años...? ¿Por qué todo se termina tan pronto? Reprimo las ganas de echarme a llorar, apago el cigarrillo, y me voy a la habitación.

«Él comienza a desnudarse. Aunque sabe que me ofende profundamente, deja la ropa encima de la silla del escritorio, enrollada de cualquier manera.»

Ya estoy acostada cuando él entra en la habitación.

—Has tardado —digo.

—Estaba viendo la tele.

—¿Qué daban?

—Nada.

Asiento con la cabeza.

Él comienza a desnudarse. Aunque sabe que me ofende profundamente, deja la ropa encima de la silla del escritorio, enrollada de cualquier manera. Pero no voy a decirle nada. Por mí como si la tira al suelo. Como si la quema.

—Te ha llamado tu hermana —dice, mientras busca el pijama en la cómoda.

—¿Cuándo?

—Antes.

—¿Antes...? ¿Y por qué no me has avisado?

—Pensé que estabas dormida.

—¿Y qué quería?

—Hablar contigo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estabas dormida.

—¿Y qué te dijo ella?

—Que ya llamaría.

—¿Nada más?

—Nada más.

Termina de ponerse el pijama y se mete en la cama.

Le sonrío.

—¿Y por qué sonríes ahora? —me pregunta.

Es una buena pregunta. No tengo ni idea de por qué sonrío. No soy feliz. No hay nada bueno en mi vida. Esta tarde me he despedido de mi amante y no vamos a volver a vernos. Nunca más. Así que, ¿por qué sonrío?

Me quito las bragas y me abro de piernas.

Desliza la parte de abajo del pijama hacia los tobillos, se quita los calzoncillos, y se me echa encima. Pero esta noche no sé qué es lo que nos pasa. Ninguno de los dos es capaz de coger el ritmo. Hay más sufrimiento que placer en el acto. Y a los pocos minutos a él se le empieza a aflojar y nos separamos.

«Desliza la parte de abajo del pijama hacia los tobillos, se quita los calzoncillos, y se me echa encima. Pero esta noche no sé qué es lo que nos pasa. Ninguno de los dos es capaz de coger el ritmo.»

Le acaricio la cara.

—No te preocupes, no pasa nada.

—No estoy preocupado —dice.

—No es culpa tuya.

—¿He dicho yo que lo fuera?

—Si quieres te lo hago con la boca.

Dice que no con un ademán. Pero yo no le hago caso y me pongo a ello. Unos minutos después, sin embargo, la cosa sigue sin funcionar y él me aparta la cabeza.

—Déjalo. Estoy cansado. Tengo sueño.

Me levanto de la cama, recojo las bragas del suelo y me voy al baño a lavarme la cara y los dientes.

Cuando regreso a la habitación, él ya tiene la luz apagada.

—¿Estás dormido? —le pregunto.

—No, todavía no.

Dejo las zapatillas al pie de la cama y me meto dentro.

Nos damos un beso de buenas noches y nos volvemos hacia nuestros respectivos lados de la cama. Pero pasa el tiempo y a él no lo oigo respirar por la boca y atragantarse con la saliva, como suele hacer cuando cae en un sueño profundo. Yo, por mi parte, soy incapaz de cerrar los ojos.

Le doy un codazo.

—¿Sigues despierto? —le pregunto.

—Sí —me contesta—. ¿Qué quieres?

Enciendo la luz de la mesita de noche. Me incorporo.

—Tengo que contarte una cosa —le digo—. Pero no sé por dónde empezar.

Se vuelve hacia mí y me mira fijamente a los ojos. Serio. Muy serio. Tanto que me da miedo.

—Desde el principio —dice, alargando el final de la frase hasta el infinito—. Puedes empezar desde el principio.

Me paso la mano por el pelo, cierro los ojos, trago saliva.

—Vamos. ¿A qué esperas? Empieza. Soy todo oídos.

© **Alfonso María Dapena Cores**

Alfonso María Dapena Cores. Diplomado en relaciones laborales y en la actualidad trabaja como consultor, actividad que compagina con la escritura de relatos cortos.

LA NIEBLA ROJA

por Ramón Zarragoitia

Cierro los ojos. Distingo una franja de luz al fondo de un estrecho pasillo. Se dibuja contra las paredes de color añil y el suelo de moqueta. Siento el estómago vacío. Silencio. De pronto se abre una puerta en el extremo contrario del corredor. Aparezco a través del quicio de mi dormitorio. Soy apenas un muchacho. Poco más que un niño rondando la pubertad. Pregunto en voz alta por mi madre. Dirijo mis palabras hacia el potente haz de luz que indica el final de nuestro caserón. No obtengo respuesta. Vuelvo a preguntar. Esta vez alzo el tono. Sé que no estoy solo en el viejo pazo. Doy por supuesto que es mi madre quien me acompaña en aquella otra habitación iluminada.

De nuevo el silencio. Dudo. A lo mejor se ha marchado dejando prendida la luz. ¿Un despiste? Trato de remediarlo. Recorro el pasaje angosto y alargado. Diáfano distribuidor que une nuestra cocina y las diversas estancias del vetusto caserío de piedra a cuatro aguas. Al llegar a la pieza baño me detengo. Un breve suspiro. La pesada hoja de madera lacada comienza a alejarse lentamente. Entorno los párpados. Cuando soy capaz de acostumbrarme a tanta luz, veo un suelo de mármol ajedrezado y la inmensa base de una bañera de época que apoya sobre aquél sus cuatro pies en forma de garra. No logro distinguir el borde. Una cortina traslúcida lo oculta. No obstante, me permite intuirlo.

Pasan algunos segundos. Por fin mis ojos son capaces de tolerar tanta claridad. Compruebo entonces que un cuerpo ocupa el sanitario de color nieve. Me fijo bien. El contorno familiar del rostro, la largura del pelo lacio, me convencen de que se trata de mi madre. En contra de tanta suposición, se demuestra que no había abandonado la casa. Tampoco me ha oído llamarla. Me convierto en estatua. Deseo contemplar la silueta materna sin que nadie me interrumpa ni me dirija sus reproches. Solos. Madre e hijo. Hijo y madre. En el viejo inmueble vacío.

El cuerpo de Mamá ocupa en largura todo el frente de la bañera. No se mueve. No lo ha hecho desde que abrí la puerta para acceder al aseo. Ni escapa de ella sonido alguno. La postura que mantiene es un tanto extraña. Su espalda está recostada sobre el lateral derecho. Un brazo (el único que trasluce al velo de cortina) descansa en el fondo, sobre sus piernas. Comienzo a sospechar que se haya quedado dormida. «¿Y si ahora resbala? ¿Y si se golpea bruscamente contra el reborde de loza?», pienso.

«Pasan algunos segundos. Por fin mis ojos son capaces de tolerar tanta claridad. Compruebo entonces que un cuerpo ocupa el sanitario de color nieve.»

Me acerco para interesarme por ella. La falta de ropa no es motivo de vergüenza entre nosotros. Muchas veces nos vimos antes desnudos. Aparto lentamente la cortina. Al mismo tiempo, con dulzura, evitando por encima de todo asustarla, me identifico. Pero mamá no puede ya responderme. Los brazos inertes descansan sobre sus largas piernas, sumergidos en el agua espesa y roja por completo, de la que aún emanan hilillos de vapor. Los ojos de mi madre están cerrados. Yo sé que son azules. Igual que los míos. Lo que desconozco es que esconden la mirada final ante la Muerte.

Entonces ocurre. Detecto el olor metálico y dulzón del ambiente. El inconfundible sabor a hierro amargo de la hemorragia. En ese preciso instante, de nuevo, me asalta la niebla roja por los costados de la mirada. Y reparo por vez primera en mis manos. También rojas por completo. Pegajosas. Ambas tiemblan. La izquierda todavía sujeta un inmenso cuchillo de cocina que está a punto de caer al suelo.

Abro los ojos. Es de día. Escucho el sonido de los pájaros que habitan el inmenso jardín del sanatorio. Sobre la almohada una fotografía. Sonríe. Aquel niño en blanco y negro era yo. Me abrazan mis padres. Luis y Estefanía. Mamá. Sigo soñando con ella. La recuerdo con detalle: sus palabras, su mirada tierna, sus caricias. Tras la niebla roja nos separaron. También recuerdo a un señor de negro

brillante. Un juez. Estaba por encima de mí. Con un simple mazazo decidió mi futuro. Conozco el amor. También el odio. Jueces, abogados, médicos, enfermeras. A todos los odio.

Oigo pasos. Alguien recorre el largo corredor. También odio el sanatorio. He crecido en él. Llevo vivido más tiempo aquí que en mi propia casa. Jamás volví a ver a mi padre. Escondo la foto bajo mis revistas. No la buscarán al fondo del segundo cajón de la mesilla.

Casi siempre estoy solo. Apenas se me acercan. Dicen que puedo llegar a ser muy peligroso. Dicen. Se lo oí decir a una enfermera vieja y gorda mientras plegaba sábanas en el cuartillo que hay junto a las cocinas. Es mentira. No me gusta la violencia. Sería incapaz de matar una mosca. Aun así, el mismo sueño horrible y angustioso me visita cada noche. El médico calvo de gafas lo llama *Trastorno esquizoide*. Me lo dice a la cara cuando hay gente. No sé lo que significa. Yo lo llamo castigo. «¿Por qué?», me pregunto. «¿Por qué a mí? ¿Por qué no logro librarme de ello?». Quizás porque no se trata de un sueño. ¿A lo mejor es un recuerdo? Un recuerdo. No sé si me gusta mi vida. Me considero una buena persona. Sólo odio cuando me enfado. Entonces deseo que vuelva la niebla roja.

—Entonces...

—¿Entonces? Vamos, don Carlos, usted mejor que nadie sabe que en Psiquiatría jamás dos y dos fueron cuatro. ¿Y si certifico que sus facultades mentales han vuelto a la normalidad y un día, por cualquier circunstancia, por una maldita casualidad, incluso porque el muchacho olvida tomar la medicación?...

—¿Cree usted que podría suceder? Al fin y al cabo, han transcurrido casi quince años desde aquello y la actitud del joven parece la de una persona cuerda.

—Qué importa el tiempo. Joder, Señoría, hablamos de una patología mental; ni siquiera sabemos si crónica o transitoria. Lo que trasciende en la mente del enfermo es un misterio. Efectuamos un seguimiento de su conducta, detectamos sus progresos hacia la normalidad, valoramos todos los pros y los contras, ¿y?... nada impide que recaiga.

—Como en cualquier otro caso...

—No, Señoría, disculpe que le contradiga, pero este paciente es muy especial: asesinó a su madre siendo apenas un niño y durante todo el proceso judicial, usted debería recordarlo mejor que yo, se comportó como un verdadero psicópata, frío, impasible y calculador; escudándose a cada paso en lo que él denominaba *La niebla roja*. Le confesaré algo: cada vez que me reunía con él, a pesar de la distancia física y las medidas de seguridad, sentía pánico. Había algo en los ojos de aquel niño...

—¿Había?... ¿Quiere decir que ya no lo hay?, ¿denota eso un síntoma de recuperación?

—No lo sé, don Carlos. No lo sé; se lo juro. Hay ocasiones en las que aún detecto algo en su mirada: un brillo extraño, malicioso. Un fulgor que me desconcierta... y me aterra.

© Ramón Zarragoitia

Ramón Zarragoitia (Bilbao, 1970). Fue abogado. A día de hoy, mientras última la publicación de su próximo libro de la mano de la editorial *Groenlandia*, colabora con diversas revistas literarias como: La bolsa de pipas (Sloper); Entropía; Agitadoras.com; Acantilados de papel o Narrativas, entre otras. Su proyecto literario puede consultarse en el Blog *SCRIPTUM, Despacho de letras*, incluyendo un currículum actualizado en la pestaña "Deméritos".

LO QUE SÉ DE VÍCTOR LINCE (por la agente Carla Ruiz)

por Manuel del Pino

Si me preguntas quién es Víctor Lince, te diré que ante todo es un aventurero, casi un vagabundo, amante sin embargo de la buena vida y los grandes placeres.

Espero que mi jefe el inspector Jorge Leiva no lea esto, porque siempre quiso atrapar a ese vividor ladrón para encarcelarlo, pero mis sentimientos hacia Lince son más complicados, con una mezcla agri dulce difícil de explicar en una mujer.

Cuando conocí a Lince siempre iba acompañado por su perrillo Chispa, el único ser de quien se fiaba en este mundo y posiblemente el único a quien quería de verdad, pues Chispa le fue fiel de un modo incondicional hasta la muerte, lo que llegó a producirme terribles celos.

Chispa era un perrillo blanco, moteado de negro su perfecto hocico rastreador; más veloz y más vivo que el hambre, no había botín que se le escapara. Parecía un perro vulgar, pero no lo era, sino el más fino ratero que vieran mis ojos, envidia de la policía, que nunca tuvimos perro tan hábil ni tan lo-grero.

Esa mañana del 20 de mayo hacía una primavera espectacular, radiante y fresquita por unos días, más bella aún que el otoño. Sin embargo, la crisis económica seguía haciendo estragos, había huelga convocada en todo el sector y las instalaciones de la capital como del país funcionaban sólo con los servicios mínimos. Un día ideal para cometer un gran robo.

Lince se había permitido el lujo de amenazar en público, nada menos que en un anuncio de periódico, a la joyería Tirado, que no era una joyería como las demás. Se encontraba en una calle recoleta junto a la Plaza Mayor, y sabíamos que trabajaban con joyas robadas. Por increíble que parezca, el clan Tirado se dedicaba al robo de joyas, para luego revenderlas en su local. La gente las compraba porque eran más baratas, y así los Tirado hacían un negocio redondo, se estaban forrando en plena crisis.

«Lince se había permitido el lujo de amenazar en público, nada menos que en un anuncio de periódico, a la joyería Tirado, que no era una joyería como las demás.»

Nadie se atrevía a denunciarles, porque tanto el padre como los hijos ya habían dado sobradas muestras de una violencia brutal. Cualquiera que los delatara sabía que se exponía junto a su familia a una venganza tan cruel como impune. Ni la policía del distrito Centro podíamos actuar contra ellos. Se rumoreaba que tenían amenazadas a las hijas del comisario Rivas, el cual no se caracterizaba por su valentía heroica, y que aquello le había sumido en una depresión de la que no se recuperaba desde había más de un año, que a punto estuvo de llevarle asqueado a la prejubilación.

Si el comisario ordenaba la detención de los Tirado y el cierre de su local, podía estar seguro de que días después, semanas después o meses después, una de sus hijas o ambas aparecerían muertas de un modo accidental pero misterioso: un repentino atropello, una intoxicación alimenticia, un fallo en su automóvil...

En medio de aquel tumulto de rumores, Víctor Lince osó publicar el siguiente anuncio en un periódico de tirada nacional:

«Estimado señor Tirado e hijos:

Me siento muy afortunado de haber tenido noticia de su excelente colección de joyas. Me in-

teresa en particular la estrella de su joyería, el collar de esmeraldas que fue traído de Suráfrica en 1992, envidia de toda Europa y del mundo civilizado. Tengo entendido que dicho estuche fue sustraído al marqués de Brandueso, poco después de que cerrara su fábrica en el barrio de Aluche, declarándose en suspensión de pagos y dejando a todos sus trabajadores e inversores sin un céntimo. Sea como fuere, ahora tengo la intención de robar a su vez el collar de esmeraldas de su caja fuerte, ya sabe, la que tienen detrás del falso Miró y cuya combinación de cinco dígitos termina en 7. No se molesten en cambiar la combinación otra vez: resulta complicado y no merecería la pena. Tampoco les aconsejo que intenten trasladar las esmeraldas, y menos que acudan a probar más aún la paciencia de la policía. Ruego que dejen las esmeraldas donde están, para que yo pueda recogerlas antes de la medianoche de hoy. Les agradezco de antemano su atención y su cortesía.»

Firmado: L

En Madrid y en España entera ya sabían todos lo que significaba «Firmado: L»: una advertencia rubricada de Víctor Lince.

Cuando Jacobo Tirado, el padre del clan, leyó el anuncio de periódico, sufrió un ataque de ira que descargó insultando y golpeando a sus hijos. Era un hombrecillo mediano, moreno y con bigote, atento y simpático en sociedad, pero cuya crueldad podía llegar hasta extremos terribles, como sabían bien sus propios hijos. Tenía pequeños ojos de lobo, que siempre miraban fijo, y aunque sonreía con frecuencia, nunca se le iba esa expresión de depredador a punto de saltar sobre su presa.

«Cuando Jacobo Tirado, el padre del clan, leyó el anuncio de periódico, sufrió un ataque de ira que descargó insultando y golpeando a sus hijos.»

Sus dos hijos veinteañeros eran agresivos perros de presa a las órdenes del padre, dañinos por necios obedientes al mal que siempre habían conocido. El mayor, Nicolás Tirado, era moreno como el padre, con pelo rizado y largo; de complexión también fina, reía con frecuencia, pero eso no le privaba de cometer todas las bajezas que se le ponían por delante, siempre que quedaran impunes para su malvada cobardía.

El menor, David Tirado, no le iba a la zaga a su familia en el arte de salear a los demás, como rata que muerde y huye. Había heredado el cuerpo de su madre, rubicundo y grueso. Por eso parecía más calmado, pero en realidad siempre estaba dispuesto a apuñalar a cualquiera que le diese la espalda.

Ahora preso de un ataque de ira, Jacobo Tirado azotaba a sus hijos con la fusta que guardaba bajo el mostrador, tachándoles de inútiles e indignos de su sangre. ¿Cómo era posible que Víctor Lince, por mucho que ya estuviera considerado el mejor ladrón justiciero del país, conociera un collar de esmeraldas que nunca habían mostrado en público, e incluso la combinación de la caja fuerte? Era evidente que habían sufrido en su tienda fallos de control y de seguridad.

¿Cómo se atrevía Víctor Lince a amenazarle con robar su gran collar de esmeraldas, y nada menos que en un periódico nacional, a la vista de todos, lo que ya constituía una humillación pública para sus intereses como clan y los de su negocio?

Debían prepararse con uñas y dientes para que todo aquello quedara en una fanfarronada, un estruendoso fracaso de Lince y un nuevo éxito de la familia Tirado. Las esmeraldas tenían que seguir en su poder después de la medianoche, y Víctor Lince, si osaba cruzarse de verdad en su camino, debía morir o mejor arrepentirse para siempre de haber nacido con semejante arrogancia.

* * *

Aquella noche se armó un buen jaleo junto a la Plaza Mayor de Madrid. Los curiosos rodeaban la joyería Tirado, atraídos por la noticia. A la policía del Distrito Centro también se nos ordenó acudir, con la misión —chúpate esa— de proteger el local de los Tirado y detener a Víctor Lince en cuanto

se presentara. Allí estaba yo con los agentes Prieto y Castilla, a las órdenes del inspector Leiva, que tenía especial interés en meter a Lince entre rejas por mucho tiempo.

Reconozco que yo sentía expectación por ver aparecer a Víctor Lince, debido al aura de fama que le rodeaba y a todas las fantásticas historias que corrían sobre él. No es que me gustara ni nada de eso, por muy guapo que fuera el tío, pues sabía que era un bandido con las mujeres, y no consiento que me manejen, soy yo la que tengo los tíos a patadas y los desprecio como quiero. Esos canallas que te roban el corazón y luego se largan no me interesan.

El problema sería reconocer a Víctor Lince, todo un maestro del disfraz. Sabíamos que aparecería —siempre cumple sus osadas amenazas—, pero no de qué forma. Podía presentarse como un viejo, o un mendigo, un artista estafalario, incluso como un policía o hasta una mujer. Nunca se sabía cómo ni quién daría el golpe, pero teníamos la importante información de la hora, el lugar y el objetivo. Era la ventaja que nos daba ese arrogante de Lince, que haría después todo lo posible por burlar a los Tirado y hasta a nosotros la policía.

Yo me recreaba imaginando que me cabría el honor de descubrirle y detenerle. Le llevaría esposado a la comisaría, junto a mí, en el furgón policial. En las dependencias policiales le sometería a un minucioso interrogatorio, para conocerlo todo sobre él. Si hiciera falta le presionaría para que hablase, acercándome a su oído, tocándole sus manos esposadas y acariciándole el cabello rubio, muy cerca de esa carita de niño bueno que tanto atrae a otras.

Eran las doce menos cuarto y Lince aún no había dado señales de vida. Recibimos la orden desde la comisaría de desalojar la calle, ya que entre la bulla era el mejor modo que Lince tenía de camuflarse con impunidad. Los Tirado seguían atrincherados en su local, con las puertas cerradas, custodiando su caja fuerte.

Estábamos desalojando con dificultad a toda la gente, cuando un turista rubio salió de entre la multitud y comenzó a trepar por la ventana hasta el balcón de los Tirado. Tenía pinta de guiri, con pantalón corto, camiseta floreada y zapatillas.

—¡Mirad, es Lince! —empezó a gritar la gente.

Y se armó un tumulto imposible de controlar.

—¡Lince está trepando al balcón! —decían.

Tuvimos que arreglárnoslas para contener a la gente y a la vez cazar al intruso. El inspector Leiva nos dio órdenes tajantes de que mantuviéramos alejado al gentío, y fue él quien se encargó de trepar tras el ladrón.

Sólo pudo atraparle ya en el balcón, porque estaba cerrado y Lince no pudo abrirlo a tiempo para entrar en la casa. Allí mantuvieron un brutal forcejeo.

Los demás lo seguíamos desde abajo con impaciencia, tanto los curiosos como nosotros los agentes de la policía.

En el estrecho balcón, el inspector y Lince llegaron a las manos, en una lucha encarnizada por ganar. Lince quería huir para dar su golpe a toda costa, y Leiva estaba dispuesto a lo que fuese para reducirlo.

Finalmente el inspector sacó su pistola y le golpeó con ella en la cabeza, hasta que logró ponerle de rodillas y colocarle las esposas.

Abajo la gente estaba un poco decepcionada, y la verdad yo también. El espectáculo se había terminado. Ayudamos al inspector a descolgar a Lince por el balcón, que estaba ya casi inconsciente. Era posible que tuviéramos que llamar a una ambulancia. El inspector Leiva había ganado y Lince había perdido. La gente curiosa nos rodeaba. Yo me acerqué para escrutar el rostro de Lince.

Entonces se abrió el balcón de los Tirado, apareció de repente el padre, Jacobo Tirado, y nos gritó

*«Sólo pudo atraparle
ya en el balcón,
porque estaba cerrado
y Lince no pudo
abrirlo a tiempo para
entrar en la casa. Allí
mantuvieron un brutal
forcejeo.»*

desde arriba fuera de sí:

—¡Las esmeraldas! ¡Nos han robado las esmeraldas!

* * *

Los Tirado me producían un asco que no me preocupaba de disimular. El padre y los hijos tenían algo repulsivo, un aire de desfachatez insoportable, así que anoté su declaración de mala gana y con cara de pocos amigos.

Me lo había encargado el inspector Leiva, que mientras tanto custodiaba junto a su fiel Prieto a ese pieza de Víctor Lince. Más atrás, el silencioso agente Castilla nos protegía, dispuesto a sacar su arma a la mínima sospecha.

Estábamos en el despacho de los Tirado, en la primera planta de su vivienda, junto a la caja fuerte. En la calle quedaban algunos curiosos nocturnos, pero la mayoría ya se habían ido a sus casas.

Yo estaba sentada frente a Jacobo Tirado en su mesa de despacho, tan funcional como fea. Tras el padre, como dos cínicos perros guardianes, sus hijos me miraban burlones, a lo que yo les respondía con gestos de desdén.

Junto a mí, Víctor Lince impasible estaba custodiado por mis compañeros. Aun disfrazado de guiri tenía la belleza apolínea de un joven dios griego. Él creería que no me había dado cuenta, pues no lo había mirado ni mostré ningún aprecio hacia él, pero yo sabía perfectamente dónde y cómo se encontraba.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Jacobo Tirado con mi voz más chillona e impertinente adrede.

Mis compañeros policías aguardaban expectantes la declaración. Jacobo Tirado señaló al falso Miró que colgaba a sus espaldas y dijo:

«Junto a mí, Víctor Lince impasible estaba custodiado por mis compañeros. Aun disfrazado de guiri tenía la belleza apolínea de un joven dios griego.»

—Unos minutos antes de las doce no pude soportarlo más y saqué el collar de esmeraldas de la caja fuerte, para asegurarme de tenerlo entre mis manos. No quería que ese ladino de Lince nos engañara y se llevara el contenido de la caja sin que nos diéramos cuenta desde la habitación de atrás.

—¿Entonces cómo ocurrió? —dije.

—¿Ve esa ventanita de refrigeración? —dijo señalando al rincón—. Es tan pequeña que no cabe ni mi brazo. Cuando teníamos el collar sobre la mesa, entró por el ventanuco un maldito perro ratero, con

dos brincos cogió el collar en la boca ante nuestras narices y salió por la ventanita en un santiamén. Antes de que pudiéramos reaccionar y levantarnos ya había desaparecido con el collar.

Reprimí una risotada ante sus narices. Mi jefe y mis compañeros estaban estupefactos, y Lince seguía sin inmutarse.

El inspector Leiva decidió que no había testigos ni pruebas —al margen de los Tirado— de que aquello hubiera ocurrido. El collar de perlas no tenía certificado de propiedad, ni estaba asegurado, sino que flotaba como es lógico en un limbo alega. Nadie había visto al perrillo con el collar ni sabía dónde estaban ahora. Y en cualquier caso, aunque el inspector no lo dijo, quien roba a un ladrón tendría cien años de perdón.

Así que mi jefe ordenó dejar libre a Víctor Lince, pues no teníamos prueba alguna contra él. Le dejamos marchar y nos fuimos también de la casa de los Tirado hacia la comisaría, yo desde luego sin despedirme ni mirar atrás.

Como siempre, Víctor Lince había sido muy hábil. Al trepar por la ventana en la calle llena de curiosos y de policía, desvió la atención hacia él. Mientras tanto, su avisado perrillo Chispa aprovechó el menor resquicio y descuido de los Tirado para correr con el collar de esmeraldas.

Ahora no había ninguna acusación formal posible contra Lince, y los Tirado se quedaron con un palmo de narices. Pero Jacobo tirado tenía un maligno as guardado en su mugrienta manga de triunfante estafador.

Ordenó a sus hijos que siguieran a Lince y estuvieran al acecho. Lince fue al tugurio donde paraba en esa ocasión en Madrid, una pensión en la calle Hortaleza, pues aun con un collar de esmeraldas recién en su poder, no tenía ni un céntimo.

Chispa había entrado también en la pensión por la ventana que daba al patio, de modo que los dueños de la pensión no lo sabían. Pero los hermanos Tirado sí. Desde la ventana vieron cómo Lince le daba de comer a su perrito Chispa, con todo el cariño de un buen amo que le premiaba además por la hazaña del collar. Luego Lince se vistió de mendigo, cogió el collar de esmeraldas y volvió a salir.

Las instrucciones de Jacobo Tirado eran recuperar el collar a toda costa, así que sus hijos, en lugar de perseguir al veloz Lince y atacarle de frente, entraron por la ventana en cuanto se fue al cuarto donde estaba el perrito Chispa.

Gracias a esa cobardía cruel, después no supieron adónde había ido Lince con el collar. Creyeron que quería venderlo con prisas, así que recorrieron todas las casas de empeño de oro y joyas más conocidas de la ciudad, como las de la calle Montera, pero en ninguna supieron decirles nada del collar, a pesar de sus amenazas.

No es vanidad, pero yo era la única que sabía adónde había ido Lince con el collar. Se presentó en la comisaría y preguntó por mí. Yo estaba descansando en la sala de juntas de la peripecia anterior. Cuando me avisaron, bajé a la calle y me encontré a un mendigo harapiento que decía tener cierta información valiosa sobre el collar, pero que sólo a mí podía contarla. Era un mendigo joven, rubio y muy guapo.

Me hizo señas para que le siguiera en silencio. Lo hice como sonámbula, calle Leganitos abajo, hasta una esquina solitaria poco antes de llegar a la Plaza de España.

Lince me cogió las manos, me crucificó contra la pared y me dijo muy cerca:

—Tengo algo para ti.

—No lo quiero —le volví la cara con desprecio.

—Te gustará, ya verás.

Se acercó aún más, casi rozando su rostro con el mío. Me solté con rabia y le di una torta, pero no muy fuerte.

—Esto es acoso a una agente de la autoridad —le dije.

—No —repuso—, agresión de una agente de la autoridad.

Sacó el collar de esmeraldas y me lo mostró. Incluso de noche brillaba, con finos destellos verdes que me deslumbraron. Y valía una fortuna.

—Te lo regalo —me dijo.

—Es un objeto robado.

—Sí, a los Tirado, que a su vez se lo robaron a ese estafador de Brandueso.

—Los perjudicados fueron sus trabajadores, que se quedaron en la calle.

—Y tú ahora podrías beneficiarte.

—Lo siento, pero tengo mis principios.

Lince me miró a los ojos y dijo:

«No es vanidad, pero yo era la única que sabía adónde había ido Lince con el collar. Se presentó en la comisaría y preguntó por mí. Yo estaba descansando en la sala de juntas de la peripecia anterior.»

—Esta joya brilla menos que tú, pero en tu cuello aprendería belleza.

No sabía qué hacer, si detenerle o besarle. Opté por hacerle otro gesto de desprecio para dañar su soberbia.

—Tienes que entregarlo —dije—, o te arrestaré.

—No podrías hacerlo tú sola.

—Sabes que sí. Tienes un punto flaco: ¡te gusto!

—¡Ja! Soy yo quien te gusta a ti.

Éramos a cual más orgulloso, pero yo como mujer jamás daría mi brazo a torcer. Al final le convencí. Sólo puso la condición de recoger su escaso equipaje y a su perrillo Chispa de la pensión. Le acompañé muy de cerca, por su hacía alguna maniobra rara y tenía que sujetarle por sus fornidos brazos o por la cintura.

Paraba en una pensión más cutre aún de lo que yo creía. Recorrimos un pasillo oscuro, bajo y estrecho. Abrió la vieja puerta de su cuarto, que emitió un quejido largo como un mal augurio.

En el interior, en medio del suelo, yacía muerto Chispa. Lo habían degollado. Su sangre oscura llenaba todo alrededor, incluso la nota de amenaza que habían dejado los agresores, sobre lo que le pasaría a Lince si no entregaba el collar. Al fondo, la ventana por donde habían entrado y huido seguía abierta.

Lince se arrodilló junto al perrillo muerto. Fue la única vez que le vi llorar, con la desamparada sinceridad de un niño. «¡Nunca te olvidaré, Chispa!», gemía desconsolado una y otra vez. Sentí unas inmensas ganas de abrazarle y consolarle, pero guardé firme la compostura, como agente de la policía.

«En el interior, en medio del suelo, yacía muerto Chispa. Lo habían degollado. Su sangre oscura llenaba todo alrededor, incluso la nota de amenaza que habían dejado los agresores, sobre lo que le pasaría a Lince si no entregaba el collar.»

En un patético silencio, cogió con mucho cuidado el cadáver de Chispa y lo envolvió en una mantita para llevárselo a enterrarlo. Con Chispa envuelto en sus brazos y lágrimas aún en los ojos me dijo:

—¡Fuera de aquí! —su mirada y su tono tenían tal fiereza que obedecí y me largué, segura de que si no la habría emprendido de inmediato conmigo. No quería ser la primera que se le enfrentara en esos terribles momentos, pues era evidente que su gran pena por Chispa estaba dando paso a una despiadada sed de venganza.

Horas después todos nos enteramos de lo que había ocurrido esa misma madrugada. Tras enterrar a su perrillo en las afueras, Lince fue al barrio de Aluche, se informó de dónde vivía el re-

presentante de la plataforma de trabajadores que el Marqués de Brandueso había dejado en la miseria y le dio el collar de esmeraldas, para que los trabajadores pudieran subsistir un buen tiempo con sus familias.

Luego fue a buscar a los Tirado en su local, fingiéndose asustado por la muerte de su perro y por la nota de amenaza, con la intención simulada de devolverles el collar que en realidad ya no estaba en su poder. Los hermanos Tirado se burlaron de él en sus morros, creyendo que le habían minado la moral.

Entonces Lince actuó. La pelea fue con navajas. Una reyerta a navajazos es lo más terrible que hay, peor que un tiroteo. Lince sacó su navaja de monte y los hermanos Tirado las suyas, con las que habían matado poco antes a Chispa.

El primero en caer fue Nicolás Tirado. Lince le apuñaló en los riñones, para que tuviera una muerte lenta y dolorosa pero segura.

Entonces David Tirado le suplicó, llorando por su juventud y su futuro, pero cuando Lince estuvo a punto de indultarle, David Tirado trató de apuñalarle por la espalda. Lince se revolvió y le endiñó

tres cuchilladas en la barriga. Y para que no quedara duda, le marcó la cara en forma de «L». Después limpió despacio su navaja, la cerró con parsimonia y se fue de allí.

Sólo el padre, Jacobo Tirado, consiguió huir. Era el más astuto, el cerebro de toda la operación, y en cuanto oyó el jaleo corrió por la puerta falsa.

Murió un mes después, en un extraño accidente de tráfico.

© Manuel del Pino

Manuel del Pino es licenciado en Filosofía y Letras (Univ. de Granada, 1994). Ha publicado diversos artículos y varios ensayos. XIV Premio de Ensayo Becerro de Bengoa con *La sonrisa de la esfinge* (Dip. de Álava, 2002). "Operación Obulco" en *Ipolka. Relatos Íberos* y "El toro ibero" en *Ipolka. Relatos íberos 2* (Ed. El Olivo de papel, Jaén, 2011 y 2012). *Olivas negras*, novela policíaca, Ed. Cuadernos del Laberinto, Madrid, 2012. "Víctor Lince, trilerero del mal" en Revista Gibralfaro, abril-junio 2012. "Lince: Yo maté a Marilyn" en Revista Ariadna, septiembre 2012. Colaborador con la sección "Aventuras de Lince" en la revista Arena y Cal, desde septiembre 2012. También ha publicado en las revistas digitales "Narrativas" y "Palabras diversas".

CLARITA, QUERIDA MÍA

por Salvador Alario Bataller

Lo mío con Clarita fue un flechazo, apenas la vi supe que iba a ser el amor de mi vida. Algo vibró entre nosotros que nos unió con la pasión de los enamorados. Era bonita, estilizada, el pelo lacio y rubio, los seños pequeños —como a mí me gustan— y el trasero chico, muy redondo, como una manzana. Parecía una reina élfica, el tipo de mujer que había deseado desde que se me movieron las hormonas, y que, hablando con honestidad, nunca creí llegar a enamorar. Me amó, de eso estoy seguro, con su especial forma de amor, con todo su encanto y dulzura. Esas cualidades fueron precisamente las que me unieron a ella de una manera sólida, llegando a creer que había encontrado el tópico del amor verdadero. Yo no era un tipo común, siempre fui cordial, simpático y buen conversador, además de sentimental y ardiente, todo lo que una mujer podía desear. Conmigo tuvo, además de atracción, seguridad, estabilidad, una promesa de futuro y evidentemente eso hizo que el sentimiento creciera. Por lo demás, en el plano físico, éste que habla es del montón, aunque siempre fui consciente de que mí casi un metro noventa atraía poderosamente a bastantes mujeres, algo así como la fijación por las rubias, que algunos varones encuentran fuertemente atrayente. Total que nos conocimos, nos amamos y finalmente decidimos vivir juntos.

Al principio, ella subvenía a todas mis necesidades, me prodigaba mil ternuras y cuidados, me hacía pues feliz, en el mismo grado que yo creía corresponderle. Aquel primer año en un piso modesto —un tercero sin escalera de sesenta metros cuadrados en una zona humilde— lo recuerdo como el mejor tiempo que pasé al lado de una mujer. Yo estudiaba oposiciones para profesor titular de la universidad y aportaba a la economía familiar el sueldo de un profesor no numerario. No estaba mal, pero el catedrático tenía las esperanzas puestas en mí y, ya que nunca he sido humilde, sé que era brillante, buen profesor y sobre todo muy estudioso. Me llevaba en general bien con la gente, el mundo me parecía aceptable, y solo me apenaba la muerte de mis padres acaecida en fechas recientes. Fui hijo de progenitores mayores —mi madre tenía cuarenta y dos cuando me tuvo— y, por eso, siempre anticipé con angustia una despedida prematura. El desenlace fatal le ocurrió a ella con un accidente vascular cerebral y, mal destino, mi padre murió dos años después con un accidente de tráfico. Así que a los veinticinco me vi solo, en una ciudad extraña —en la que no obstante había hecho la carrera, desapegándome cada vez más del pueblo natal. Acabé vendiendo la casa y un pedazo de tierra que me correspondía exclusivamente por ser hijo único y con ese dinero y una dosis elevada de tristeza, encaré con desaliento la vida que tenía por delante. Poco después conocí a Clara, Clarita, y fue un regalo del cielo; era, como se dice, amiga, amante y compañera en el trabajo de los días. Sus padres, aunque económicamente bien situados y de talante bastante conservador, le permitieron independizarse a los dieciocho años, realizando una serie diversa de trabajos, desde gogó a cajera de supermercado, y se lamentaba siempre de su pereza innata en los estudios, la cual le impidió poder acceder a un trabajo mejor. Mantenía buenas relaciones con sus padres, con quienes íbamos a comer todos los domingos, personas afectuosas y honradas, que además le dispensaban un substancioso cheque cada mes. Al igual que yo era unigénita.

«De vez en cuando intentaba obtener un empleo, pero el mercado laboral estaba muy cerrado, de manera que, al no ser estrictamente necesario, le aconsejé que estuviese.»

Le gustaba la literatura y el arte —yo había estudiado germánicas, concretamente inglés— y se implicaba con entusiasmo en cualquier actividad cultural que yo le sugiriese, el cine, el teatro, la música. De vez en cuando intentaba obtener un empleo, pero el mercado laboral estaba muy cerrado, de manera que, al no ser estrictamente necesario, le aconsejé que estuviese en casa cuanto quisiese, sin agobiarse, que con lo que teníamos nos sobraba y que el futuro dijera. En todo caso, debía hacer lo que decidiese y ella utilizó casi todo el tiempo disponible estudiando cursillos, de mecanografía, de

puericultura, de diseño, hasta de astrología, pensando que, tal vez, algo de ello le serviría en un futuro y si no se daba el caso, nada importaba, porque nos teníamos el uno al otro.

Lo único que lamentaba alguna vez radicaba en que fuera tan absorbente, porque quería que siempre estuviese pendiente de ella, que le demostrase amor a todas horas, que formásemos una piña y, paralelamente, llevaba mal los momentos de enclaustramiento que día a día, a causa de mis estudios, me veía en la obligación de llevar a cabo. Sin embargo, sopesando los pros y los contras, la nuestra era una relación envidiable y los pocos amigos comunes —que en realidad eran los suyos— nos tenían como un modelo de afecto y armonía; en suma, como decía Clarita, formábamos una pareja ideal.

Conseguí la titularidad al año siguiente, y en dos más ya era agregado. La cátedra, mediante el tiempo y el trabajo de rigor, resultaba muy probable que la obtuviese. Aparte de los momentos en que se encerraba dentro de sí y tenía que sacarle con cuchara las nimiedades por las cuales se preocupaba, nuestra tónica de felicidad y relajo se mantuvo estable, hasta que me vi obligado a viajar por el país para impartir algunas conferencias y en ocasión de formar parte de tribunales de oposiciones. La veía más tensa, más distante, inexplicablemente irritable, hasta que un día estalló y me dijo que se sentía desgraciada porque no la quería. A esta bronca siguieron algunas más, y yo, necio o poco hábil, evitaba el la confrontación replegándome a sus deseos primero, pero huyendo de la casa y recurriendo a la compañía de amigos para intentar paliar y sobrellevar mejor una situación que se estaba volviendo insoportable. No tardó en acusarme de que la había engañado, estafado, y por aquellos días, fue cuando me acusó de serle infiel. A partir de esa discusión, en el hogar antiguamente apasionado y tranquilo, se desencadenó el infierno. Sobrevino lo peor, el descontrol total, cuando comenzó a montarse películas e intentar controlar hasta el aire que respiraba.

«Permanente angustiada hacia caso omiso a mis consejos, nunca tenía atenciones suficientes con las que tranquilizarla. Tuvo un intento de suicidio, motivado no por la desesperanza fundamental del depresivo sino, tal como confesó, para llamar mi atención.»

Permanente angustiada hacia caso omiso a mis consejos, nunca tenía atenciones suficientes con las que tranquilizarla. Tuvo un intento de suicidio, motivado no por la desesperanza fundamental del depresivo sino, tal como confesó, para llamar mi atención. Eso implicaba también retenerme bajo sus faldas y exigirme cualquier despropósito. En escasos momentos de tranquilidad llegaba a reconocer que sus celos eran excesivos, que la desbordaban, que la mantenían insomne noche tras noche y sumida en un estado constante de nerviosismo. En el paroxismo, llegaba a autoagredirse, tirándose del cabello o golpeándose la cabeza contra la pared, arañándose y escapándose con el coche a todo gas sin dirección definida, saltándose los semáforos. La salvó probablemente el que siempre lo hacía

de noche, y la fortuna, que parecía no abandonarla en esos momentos de crisis, la libró de un accidente fatal. Incluso tuvo un intento de defenestración, que logré evitar. La agresividad también la proyectaba hacia mí, primero verbal, pero después llegué a parecer un Cristo, yendo a la facultad con las mangas bajadas, incluso en verano, para ocultar los arañazos, mordiscos y moratones.

Después comenzó a automedicarse, atiborrándose de tranquilizantes y antidepresivos, que una amiga que llevaba veinte años en tratamiento psiquiátrico, le dispensaba sin moderación. Eso la aplacó un tanto, pero la causa fundamental de sus arrebatos estribaba en la gran inseguridad, debilidad y dependencia que, como rasgo de personalidad, subyacía a sus celos patológicos y se expresaban en la agresividad, el control hacia mí y el pavor a ser abandonada o traicionada característicos de estas personas que, en cualquier caso de celotipia, como en su caso, no tenían ningún motivo para sospechar de la pareja.

Sospechando constantemente infidelidad de mi parte, ejercía insistentemente comportamientos excesivos para encadenarme a sus miedos, como inspeccionarme las llamadas perdidas, el *mesenger*, la agenda u olerme la chaqueta por si expelía el perfume de otra hembra. A ello debía añadirse los constantes interrogatorios, cuyas respuestas mismas nunca satisfacían porque incrementaban la inseguridad de base de manera inevitable. A cualquier chica que mirase, aunque fuera más fea que Pifio, atribuía un romance seguro conmigo y después se producía un tiempo horroroso de depresio-

nes, discusiones, y violencia. Incluso un día la descubrí siguiéndome en taxi cuando yo conducía en dirección a la facultad. Había tocado fondo, ya no podía más. Era su vida o la mía.

Así que huí, después de pedir a escondidas el traspaso a otra universidad, cuidándome muy mucho de que ella no supiese mi paradero. Aparentemente fuera de peligro, a doscientos kilómetros de mi antigua ciudad, me extrañó sobremanera no tener llamadas telefónicas, ni que me dejase de acosar de aquella forma abrupta —a primera vista no había forma de hacerlo, pero los celosos patológicos suelen desarrollar estrategias mil para localizar y hostigar a la pareja—, pero resultó, como me dijo un amigo veinte días después de mi huida, que Clarita estaba viviendo en nuestro piso con un tipo que era todo lo opuesto a mí, un energúmeno zafio, hediondo, gordo y borrachín, que no daba un palo al agua, que vampirizaba el cheque de sus padres, que la tenía dominada —con lo cual Clarita parecía encantada— y que, además, para más INRI, de vez en cuando, se le iba la mano.

© Salvador Alario Bataller

Salvador Alario Bataller. El autor, de los diez finalistas del Premio Planeta de Novela de 1997 con *La conciencia de la bestia*, ha publicado más de una veintena de obras (novelas y cuentos) en Promolibro, Grafein Ediciones, Ediciones Lord Byron y lulu.com. Doctor en psicología por la Universidad de Valencia (España), de dedica a la clínica privada y, de vez en cuando, más por entretenimiento que por otra cosa, escribe. Este relato pretenecce al libro *La Eva imposible* (Lulu.com, 2012). Blog: <http://salvadoralariobataller.blogspot.com>.

EL PROCESO DE REINSECCIÓN

por Amparo Pérez Arróspide

Nunca me hubiera imaginado que un día iba a encontrarme, en Yorkshire, con un ex compañero de estudios de San Juan. Había ido de compras al centro de la ciudad donde pasaba una temporada. Me bajé del tranvía en Castle Square y al esperar que se pusiera en verde la luz del semáforo reconocí el rostro moreno, casi cetrino y la figura desgarbada de Félix Laborda.

Es esa una región de tiempo imprevisible, por lo que no me sorprendió que Félix, como yo, llevase un paraguas cerrado en la mano. Tampoco yo debo de haber cambiado físicamente mucho, porque Félix respondió a mi saludo y pronto estábamos sentados en un pub, con dos pintas de cerveza negra ante nosotros. Me preguntó qué hacía por allá. Yo recordé que lo habían expulsado del instituto de San Juan y que mi primera novia, Luci Santolaya, me había dejado por él.

—Emigré hace cinco años, me vine a vivir con una hermana y terminé abriendo un estudio con tres terapeutas más. ¿Y a ti qué te pasó? Dijeron que te hiciste nómada también.

Félix bebió otro sorbo, dejó la jarra sobre la mesa y me miró.

—Es una historia larga...

—Mejor —y aprovechamos para pedir otras dos guinness. Era un sitio tranquilo, sin televisión ni máquinas tragaperras,

—Si tienes curiosidad por saber por qué me expulsaron del instituto, te lo contaré. ¿Te acuerdas de Lucy? ¿Lucy Santolaya?

—Claro, claro que me acuerdo.

—Ya nos habíamos separado cuando ocurrió, pero yo la quería. Siempre la quise. No sé si te acordarás, porque yo no estaba en la misma clase que tú, pero en esos meses yo fui retrayéndome más y más, me daban ataques de introspección, y todo por la sombra, la sombra que tenía entonces. Que muchos sabían, porque ya me encargaba yo de contarle, que era un vampiro, como el Drácula. Un tipo muy alto, con manos huesudas de uñas larguísimas y enormes colmillos, que para colmo en cualquier momento se echaba a volar...

*«¿No te pasa a que a veces recuerdas lo que preferirías olvidar?
¿Verdad que hay recuerdos que entran sin llamar a la puerta?
¿Sin ni siquiera decir:
“esta sombra es mía”? »*

»¿No te pasa a que a veces recuerdas lo que preferirías olvidar? ¿Verdad que hay recuerdos que entran sin llamar a la puerta? ¿Sin ni siquiera decir: “esta sombra es mía”? Así me pasa con aquellos años. Otras veces me río yo solo porque sé que estoy a salvo de tanta angustia. Me recuerdo delante del espejo, a punto de untarme la cara con crema antiacné. ¿No te has quedado nunca contemplando tus granos con rabia y desesperación? Pues de pronto mi dedo se detenía antes de rozarme, y veía la luz del crepúsculo en los ventanales de algún castillo, mientras unos lobos aullaban... Cuando volvía en mí, con la punta del dedo todavía untada de crema, todo era irreal: ese tipo delgadito, mirándose los granos, era y no era yo... Una sensación de lo más rara. Y todo era producto de mi sombra, claro. Quiero decir, la que tenía antes. Y la verdad es que si hubiera sido sólo por mí, no habría hecho nada. Aunque cada vez me costase más volver a la realidad, era un desánimo enorme, una abulia por tener que ser yo y a las diez en casa Félix / has hecho los deberes / sí papá / ni una gota de alcohol / no mamá / hasta que me salvaban la noche del sábado y Luci. Luci fue mi primera amante, o mejor nuestra primera amante... Luci me amaba con mi sombra, me amaba entero y de una sola pieza, por así decirlo. Con ella nunca me atormenté separando qué pensamientos eran míos (de Félix) y cuáles de la sombra. Y a veces el vampiro que llevaba auestas era, como se esperaba de él, sanguinario.

—Debí sospecharlo... —lo alenté.

—Yo era tan inmaduro que al principio hasta estaba orgulloso (nadie en el instituto podía vanagloriarse de tener la sombra de un vampiro), pero luego me desesperé. O mejor dicho, me desesperaron. El problema siempre son los demás. Que si exhibicionismo, que si desorden público, que si acoso sexual a cierta profesora... Al final terminé convencido de que el único remedio era cortar por lo sano. Para contártelo en pocas palabras: tuvieron que operarme. Todo lo que te dijera ahora sería pura anécdota: las trece horas de quirófano hasta extirparme la sombra, la lenta recuperación, mi ruptura con Luci. Pero ¿sabes que ella fue la primera en llamarme a la clínica?

—No sabía que habías llegado al extremo de operarte. Siempre creímos que la profesora tenía problemas mentales, no tú.

—¡Y no los tenía entonces! Pero todo empezó a ir de mal en peor. Salí de la clínica, me recuperé en brazos de Luci, más solícita que nunca. Estudiaba conmigo, para que no perdiera los exámenes, en mi buhardilla. Cuando me fortalecí, volvimos a rodar entrelazados entre aquellas paredes. Pero en pleno abrazo la sentía bostezar. Ella, siempre tan intensa, ¡bostezando al hacer el amor! Imagínate, me sentí fatal.

Intenté vislumbrar la sombra de Félix, a contraluz, pero no pude.

—Fíjate, estoy libre ahora de esa sensación de ser un peligro para la sociedad, pero al mismo tiempo me pongo a pensar cómo habría sido mi vida si aquello no hubiera pasado, y es como un remordimiento...

*«Me curé de mi
melancolía
emborrachándome de
buenos propósitos y
de sensatez.
Exámenes, estudios,
proyectos de futuro...
Poco a poco comprobé
la triste verdad.»*

»Algo absurdo, porque realmente se hizo lo que debía hacerse, no había otra solución y estoy seguro de que todos actuaron con buena voluntad. Aunque en otro mundo tal vez hubiéramos sido felices, pero no aquí, donde cada cuerpo sólo puede tener la sombra que le corresponde: invariable, obligada a copiarnos, a seguir nuestros mínimos movimientos y repliegues sin ninguna autonomía. Claro que, si pudiésemos tener la sombra que nos diera la gana, entonces a lo mejor muchas otras cosas cambiarían, y hay a quien le dan mucho miedo los cambios...

—¡Ya lo creo!

—En la buhardilla, rodábamos abrazados sobre la sombra, nos besábamos ocultos bajo su capa negra. Para qué contarte... éste es uno de los recuerdos invasores, y estoy solo ahora, no tengo con quién compartirlos porque ni Luci ni mi sombra existen ya, han salido de mi vida dejándome como me ves...

En ese momento volví a mirarle atentamente, de la cabeza a los pies, pero no hallé nada anormal en su aspecto.

Contaba Félix:

—Me curé de mi melancolía emborrachándome de buenos propósitos y de sensatez. Exámenes, estudios, proyectos de futuro... Poco a poco comprobé la triste verdad. Porque me ponía delante del espejo y volvía a caer en unas ensoñaciones que se parecían a las de antes por lo intensas, pero en nada más. En vez de castillos veía campos verdes y yerba por todos partes... Claro, eso no sería nada malo...

—No, reconocí.

—Es que lo peor es esto... ¿No lo oyes?

Presté atención al sonido de fondo. Solo conversaciones en tonos bajos, como la nuestra. Por la ventana entreabierta, señales de cláxones, móviles y arrullos de palomas. Lo miré con extrañeza y advertí su expresión de patetismo.

—¿Qué hay que oír, Félix?

—Eso es lo peor. Ni tú ni nadie más pareceis oírla, pero yo sí. A todas horas, día y noche.

Agucé mis sentidos.

—¿Quieres decir...?

—¡Todo este tiempo que llevamos hablando, amigo, no ha dejado de balar!

Escuché nuevamente, procurando captar un lejano «bée, bée». Todo inútil.

—Sí, es horrible. Me juré que no volvería a operarme la sombra, ¡pero es que estoy desesperado!

—Con razón te dejó Lucy —respondí, inmisericorde—. Yo también la quería.

Y lo dejé para que pagara él solo la cuenta.

Su caso me había recordado al del protagonista de *La Naranja Mecánica* —un sádico al que se amansa para reintegrarlo en la sociedad. Con Félix se daba un problema de rechazo de su personalidad dócil, simbolizada por la oveja. Soy un reputado terapeuta y podría haberlo ayudado, pero, francamente, me ganó el rencor y preferí no hacerlo.

© Amparo Pérez Arróspide

Amparo Pérez Arróspide, quien también firma Amparo Pérez Gutiérrez, es hispanoargentina, traductora y filóloga. Fue presentada en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles por Carlos Murciano. Ha publicado cuatro poemarios, relatos y artículos de crítica literaria y cine en antologías y en revistas nacionales y extranjeras. Ha recibido premios como el Café Libertad de Madrid –relato; Pascsa- Juegos Florales, Santa Coloma de Gramenet –poesía; Rimbaud y León Felipe, Fundación de Poetas de Buenos Aires. Ha traducido a decenas de autores al inglés y al castellano. Miembro de la Asociación Colegial de Escritores.

MICRORRELATOS

por **María Morgade**

PERDIDA EN EL LABERINTO

Las conversaciones de ascensor la ponían nerviosa, y el mundo le resultaba extraño la mayor parte del tiempo. La otra parte, simplemente, no era consciente de estar en él.

Estaba cansada de explicar lo que ella misma no entendía, de justificarse. Nada parecía tener sentido, sobre todo aquello que todos daban por sentado que lo tenía. Los encuentros con el espejo solían resultar desconcertantes, por lo que acordaron evitarse mutuamente. No sabía caminar si no era tropezándose con las piedras, y cuando pisaba un charco a veces sentía que se ahogaba. A diario trataba de hacer las paces con lo conocido, pero lo desconocido siempre terminaba por ganar la partida. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de encontrar el hilo para salir del laberinto. Cuando se tumbaba en la cama y cerraba los ojos, dejando a su mente deambular libremente, se sentía infinita. Y aunque la noche parecía la excusa perfecta para huir de la realidad, el sueño siempre acababa traicionándola.

Dudaba de sí misma más que de nada, y no había pensamiento que no pusiera en cuarentena. Lo que más miedo le daba no era el no entender, sino el pensar que comprendía algo cuando no era así. El levantar la voz por las razones de otros. El traicionarse sin saberlo. Pero, a pesar de todo, estaba dispuesta a seguir caminando. Y eso debía contar para algo.

SIN TREGUA

Las lágrimas recorrían sus mejillas sin darle el menor respiro. No había consuelo ni esperanza. Trataba de olvidar sin éxito, siempre ahogándose en los recuerdos, imaginando vidas no vividas por culpa de decisiones equivocadas. Se repetía mentiras nada más despertarse, por mucho que sabía que ya no era capaz de creerse ninguna. Ya no había motivos, ni respuestas para las infinitas preguntas. En aquellos escasos momentos en que no sentía la soledad como un castigo era, a veces, capaz de ver un poco de luz a través de las cortinas. Incluso de sentir el sol en la cara y el viento en el pelo. Pero entonces despertaba, cubierta de sudor, sin más opción que la de volver a mirar de frente a la realidad, hasta que una de las dos ganara la partida. Aunque quizás ya estaba ganada.

RECORDARLA

Recordaba el desastre de su pelo al levantarse y la forma en que echaba la mantequilla en las tostadas. Recordaba aquella risa descontrolada, que en cualquier otra persona le hubiera resultado molesta. Recordaba los enfados que tenía consigo misma, y las lágrimas que con el tiempo había aprendido a compartir con él. Recordaba las mañanas de domingo, las confesiones de madrugada, y la ropa sucia en el suelo de la habitación.

Y la recordaba a ella. Recordaba su pelo, sus ojos, y su sonrisa. Pero sobre todo recordaba una nota de despedida en la que no había escrito un adiós, y lo mucho que dolía el recordarla.

© **María Morgade**

María Morgade estudia Derecho y dedica su tiempo libre (y no tan libre) a escribir. Colabora con las webs Achtung, Crazy minds, y Proyecto Kahlo, y sus relatos han aparecido publicados en la revista Ohio, Amateurs Hotel, el periódico La Voz de Galicia, y en las antologías *100 Mini relatos de amor y un deseo satisfecho*, *Bocados sabrosos II*, y *Epidermis*.

Arnoldo Rosas

Porlamar (Venezuela), 1960

<https://twitter.com/arnoldorosas>

* * *

Perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Tiene la Diplomatura en Literatura Creativa del programa UNIMET-ICREA (2010). Sus trabajos han merecido los siguientes reconocimientos: Premio de Narrativa "Régulo Guerra Salcedo" 1987. Premio de Narrativa "Rosaura Rosa Acosta" 1988. Mención especial concurso literario "Andrés Silva" 1991. Primer finalista Bienal Literaria Nueva Esparta "Chevige Guayke" 1991. Mención de Honor Bienal Latinoamericana de Literatura "José Rafael Pocaterra" 2000. Mención de Honor del Jurado VII Concurso Nacional de Cuentos Sacven 2009. Ha publicado los libros de relatos *Para Enterrar al Puerto* (1985 y 2012), *Igual* (1990), *Olvidate del Tango* (1992 y 1999), *La Muerte No Mata a Nadie* (2003) y las novelas *Nombre de Mujer* (2005 y 2012), *Uno se Acostumbra* (2011) y *Massaua* (2012). Textos suyos están presentes en las siguientes antologías: *Antología de Narradores Neoespartanos* (1993). *Antología de Narratistas Orientales* (1994). *Recuento, Antología del Cuento Breve Venezolano* (1994). *Quince que Cuentan* (2008). *Cuentos Sacven 2009* (2010).

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

ARNOLDO ROSAS: Creo que como la mayoría de los narradores que tenemos que llevar en paralelo la actividad literaria con una otra un poco más prosaica —pero que nos mantiene vivos—, mi recorrido ha sido lento, muy lento, y la difusión de mi obra tan escasa que es casi clandestina.

Sin embargo no me quejo, dentro de las limitaciones del caso, mis trabajos han tenido algún reconocimiento de la crítica y he ido ganando lectores dentro y fuera de Venezuela. Tanto que ya tengo dos novelas publicadas en España y algunos de mis libros también se consiguen en el mercado internacional en las librerías virtuales en la red.

Ahora estoy en una etapa en la cual lo único quiero es contar una historia bien contada, aspirando conseguir más lectores, más con quien compartir, pero, ofreciéndoles un texto pulido al extremo, exponiendo la mejor capacidad para decir. Algo que a la larga sé que no es más que una quimera. Así que me obligo a buscar el balance. Por aquello de que lo mejor es enemigo de lo bueno y que sólo Alá es perfecto.

N.: *Has publicado tanto novelas como libros de relatos. ¿Qué diferencias destacarías entre la narración breve y la novela tradicional, más extensa?*

AR.: No tengo una respuesta a esa pregunta. De hecho, ninguna de las aproximaciones al tema que he leído, propuestas de grandes escritores y críticos, me satisface. En todas hay excepciones notables.

Lo que sí creo con convicción de fanático es que cada historia tiene su propia dimensión, una que la hace eficiente, que le permite llegar con la contundencia necesaria al lector. A veces esa dimensión es de una línea, otras es de un párrafo, muchas veces de algunas pocas páginas y en muchas otras de un montón de páginas. Si a una de esas narraciones las llamamos cuento, micro-ficción, *nouvelle*, novela ya es un problema de consenso, de clasificación, casi que de taxidermistas.

N.: *En tu novela Nombre de mujer, recientemente reeditada en formato digital, se cuentan en clave de evocación las andaduras de varios jóvenes en la convulsa Latinoamérica de finales del*

siglo pasado. ¿Qué papel dirías que juegan la memoria y el recuerdo en el conjunto de la narrativa de Arnoldo Rosas?

AR.: A la memoria, al recuerdo, recurro con frecuencia para construir las realidades de mi ficción, pretendiendo quizá entender el pasado, una vivencia propia o generacional; para darle credibilidad a una situación en el relato o, incluso, para intentar olvidar, exorcizar, desprenderme de algún evento que me persigue.

N.: *En esa misma novela elaboras un entramado narrativo complejo, con varias voces alternas, para que en última instancia sea el lector, hilvanando cada una de esas voces, quien dé forma y sentido al discurso. ¿En qué medida es importante para ti que el lector abandone una actitud meramente pasiva y participe, reelaborándola incluso, en la propuesta del autor?*

AR.: La participación del lector en la construcción del relato, esa reelaboración que mencionas, es muy importante para mí. Procuro escribir lo que me gustaría encontrar como lector y me gustan las lecturas que me reten, que me mantengan atento, alerta e, incluso, que me permitan recrear la anécdota e ir más allá de lo que me plantean. Tanto en cuentos como novelas —en *Nombre de mujer*, que ya mencionas, y en *Uno se acostumbra*, publicada en el 2011, por ejemplo— intento darle elementos al lector —en los que incluyo falsas pistas y muchas trampas— para que él mismo se fabrique su historia. Si logro mi propósito, esa historia que se reconstruye será en definitiva única, muy propia, y sorprendentemente distinta a la que encuentre otro lector en el mismo texto.

N.: *Y ahondando en la pregunta anterior: ¿qué importancia le das a la forma, al estilo en suma, a la hora de construir el texto narrativo?*

AR.: Tal como te mencionaba hace unos instantes, yo creo firmemente que cada historia, cada texto tiene su propia dimensión —tanto en estilo, en estructura y en longitud— para ser eficiente, para lograr ese impacto especial en el lector. El punto está en encontrar esa dimensión: la combinación correcta en cada caso.

El perfilar esa estructura que se amolde a lo que quisiera lograr me demora mucho tiempo en el proceso de construcción de un texto, obligándome en muchas ocasiones a re-empezar y re-empezar y re-empezar. Allí está mi diversión al escribir.

N.: *En tu última novela, la excelente Massaua, hablas de un hecho verídico: el abandono en las lejanas tierras de Eritrea de un grupo de venezolanos en los años 30 del siglo pasado. Pero más allá de la reconstrucción histórica, la novela está construida al modo de las viejas novelas épicas, casi como una revisitación del mito de Ulises y su imposibilidad de volver a casa. ¿Qué te llevó a escribir una novela tan intensa y tan exigente como esta?*

AR.: La esencia de *Massaua*, el cuento de un grupo de buzos de la isla de Margarita que quedaron abandonados en el mar Rojo en el preámbulo de la II Guerra Ítalo-Abisinia, la oí por primera vez en Porlamar, mi pueblo, siendo muy niño. Me causaba una ilusión tremenda. Lector de Salgari, de Verne, de Stevenson, de Dumas, presentía allí un viaje lleno de aventuras que quería conocer. Sin embargo, nadie supo darme los detalles de la misma. A quienes acudía me respondían someramente y casi que escurriendo el tema.

Hace unos pocos años volví a toparme con esta historia en una revisión que estaba haciendo sobre Margarita. Quise investigar más y, a medida que avanzaba en el tema, lo que surgían eran nuevas interrogantes, hasta que concluí que o me contaba yo mismo esa historia o nunca sabría nada al respecto. Y eso hice. Fue un proyecto de largo aliento pero del que estoy muy satisfecho. Creo que los lectores la disfrutaron tanto como yo disfruté escribiéndola. O eso espero.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Arnoldo Rosas antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

AR.: Las historias van y vienen. A veces es una imagen que se me graba o una frase que me resuena y permanece retumbándose mientras el subconsciente o preconsciente hacen su trabajo; otras veces la historia está muy nítida y el trabajo consiste en plantearla, en armarla, en darle el tono y el andamiaje en el cual debe estar sustentada. Entonces, muchas veces el trabajo consiste en abocetar, tirar pinceladas, frases, hasta que voy encontrando el camino.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus*

autores favoritos?

AR.: La narrativa hispanoamericana es una pasión que visito y revistió con frecuencia; allí confluyen mis raíces, mis intereses, mi estética: Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes, Quiroga, Juan Ramón Ribeyro, Juan Marsé, Isaac Rosas, y un largo etcétera, donde incluyo a todos los narradores venezolanos del siglo XX y lo que va del XXI. Sin embargo, ahora estoy revisitando a los Clásicos —Cervantes y Quevedo— y me estoy dando un paseo lento y sostenido por los autores actuales de otras lenguas y culturas: Murakami, MacCarthy, Ondaantje. Un poco de todo.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Arnoldo Rosas?*

AR.: Soy medio —o bastante— desordenado, y así como leo muchos libros a la vez, también voy trabajando en varios textos a la vez. En estos días ando dándole una última revisión a una novela y construyendo dos colecciones de cuentos, con un montón de apuntes para una novela que recién se asoma por allí.

* * *

Relato

DE REOJO

por Arnoldo Rosas

Hoy no es un buen día para dejar de fumar; se dice a la entrada del café, al quitarse los lentes oscuros, mirando hacia las mesas. Busca un sitio discreto, desde donde ver a los que llegan sin llamar la atención. Preferible, uno próximo al gran ventanal para, mientras espera, entretenerse con el paisaje de montaña y la vista de ciudad que le ha dado renombre a este negocio.

Dieciséis horas sin tocar un cigarrillo. Las ganas, lejos de desaparecer, se incrementan, y en el cuerpo hay sensaciones desagradables. Siente la garganta áspera, los ojos resecos, la boca pastosa, flema en las vías respiratorias.

Camina hacia el balcón, con la cabeza baja, como aprendiéndose los dibujos del piso de cerámica, pero observando cada detalle que lo circunda. Selecciona la esquina más distante. Desde allí puede precisar los movimientos de los empleados y de los clientes, o si alguien cruza la puerta.

Debió escoger otro día.

Un período calmo.

Unas vacaciones.

No uno como hoy.

Sólo otra de las cuatro mesas del balcón está ocupada. Dos amigas de mediana edad, en alegre plática, compartiendo una torta de fresas con crema chantillí.

Pone los lentes oscuros sobre el mantel de tela cruda, al lado del servilletero de gres, frente al jarrón con flores lavanda.

Se sienta sin hacer ruidos con la silla.

El sujeto llamó al celular. Pautaron el encuentro. Verificó referencias, que ninguna precaución excede.

Lo peor son las manos. Ese hormigueo. La inutilidad para ocupar el tiempo vacío. Sobran.

Juega con los lentes de sol: No es lo mismo.

De reajo, la ventana: Te miro desde afuera, Ciudad.

El mesonero se acerca a ver si quiere pedir algo. Lo de costumbre, un café, incrementaría las ganas por un cigarrillo. Se pondría nervioso, inquieto, llamativo. Lo mejor es un jugo. Cítrico. Naranja o limón. O agua. O ambos.

El mesonero se aleja con la comanda y la resignación del que sabe que nunca ganará la lotería: Limonada frappé, agua sin gas.

Pero las manos...

Un cigarrillo para mantenerlas ocupadas. Mientras el mesonero va y viene. Mientras llega el sujeto.

Un taxi. Traje príncipe de Gales. Corbata azul oscuro.

Demasiadas señas.

Procura relajarse. Respira hondo. Contiene el aire en los pulmones por largo rato. Tal como aconsejan.

Lo expulsa despacito. Por la boca.

En el ventanal: Cae la montaña. Hacia el valle. Hacia...

Las manos. Este hormigueo.

Del interior de la chaqueta: un pequeño bloc, y el bolígrafo.

Te miro desde afuera, Ciudad; en los colores de la luz que cambia con el día y con los días, en el juego que hace en las hojas de los árboles y arbustos, matizando verdes a niveles innombrables.

No levanta los ojos hacia la puerta, pero la controla. Nadie más ha llegado. Aún no es tiempo para que las parejas o los grupos arriben para disfrutar del ocaso y tomarse la sugerida taza de chocolate caliente. Sólo han salido una señora mayor y alguien que puede ser su hija o su nuer. Antes de irse, compraron frascos de mermeladas y dos porciones de torta, para llevar.

En la formas de las nubes que recorren tu cielo, llueva o no, todo el año. En esta montaña que te cuida y te apretuja y te adorna y te acorralla, Ciudad. Esta montaña que se incendia en cada sequía, y florece cada invierno exacerbando alergias, enrojeciendo los ojos.

*«Te miro desde afuera,
Ciudad; en los colores de
la luz que cambia con el
día y con los días, en el
juego que hace en las
hojas de los árboles y
arbustos, matizando
verdes a niveles
innombrables.»*

El mesonero regresa displicente con la limonada y el agua. Las ubica sobre sendas servilletas desechables. No hace comentarios.

Así debe ser. Que no recuerde ni su voz.

—Pongo las manos en el fuego por él; le afirmaron.

Nunca el mismo local. Ni la misma área. Ni la misma hora. Siempre lugares concurridos. Pocas palabras. Lo justo para los acuerdos.

Agita la limonada y la absorbe con cautela: le teme a esa sensación de frío extremo que a veces se sube hasta el tope del cráneo y es dolorosa y desesperante.

Las dos mujeres están chismorreando: ríen bajito y miran que no las vean. Toman vino blanco. La torta está avanzada. De sus esposos hablarán.

Desde anoche, y el deseo no mengua. Ni con el jugo, ni con el agua, ni con la respiración, ni con nada. Va y vuelve. Cada vez más demandante. En el carro tiene una cajetilla sin abrir, por si el cuerpo vence a la voluntad.

Cerca y ausente.

El bolígrafo sí le ocupa las manos, lo distrae mientras las frases fluyan y no tenga que pensar.

Te miro en tus mujeres bellas, siempre bellas a pesar de todo. En la rumba de los viernes y sábados. En la música múltiple, ubicua, pertinente y pertinaz. En los abrazos por el *home run*, por la carrera ganadora, por el *hit* de último minuto, por el cumpleaños feliz, por la graduación del hijo, por el matrimonio del ahijado, por el bautismo del sobrino, por la primera comunión de la prima. En la solidaridad del velorio y la tragedia. En tus cosas dignas y alegres.

No levanta la vista ni pierde detalle. Cuatro jóvenes, dos hombres y dos muchachas, con mullidas chaquetas de cuero, bluyines desteñidos y botas tachonadas, han entrado sosteniendo los cascos por las correas. Llevan guantes. Decide que sus motos son Harley Davidson o BMW plateadas con alforjas negras. Que se sentarán en la esquina opuesta del salón. Pedirán vino tinto chileno.

—Fuman —se dice en un susurro sin dejar de escribir, como hablándole al bloc—. Alguna marca americana... Los cuatro.

Le gustaría levantarse. Ir hasta ellos. Pedirles un cigarrillo...

¡Una estupidez!: llamar la atención.

Toma agua, directo de la botella plástica. Espera que el frescor del líquido suavice la garganta y diluya los fluidos y mucosidades que tiene, o siente que tiene, y le espante estos deseos que lo amenazan con claudicar y perder todo el esfuerzo de horas victoriosas.

En los niños que madrugan para ir a una escuela tan lejana, tan lejana, de la casa, Ciudad. En los empleados que transitan veinte horas entre el trabajo y el transporte, siempre colapsado.

*«Le gusta dejarlos
un rato allí. En la
entrada. Viendo
hacia todas partes
sin saber qué hacer.
Con la duda de si
ya está acá, o si no
ha llegado, o si no
vendrá.»*

No mira el reloj. El gesto podría denotar impaciencia, que alguien no ha cumplido, que lo dejaron plantado. Aun así, puede ver que faltan treinta y cinco minutos para la hora convenida.

Sí. Es un mal día para dejar de fumar. Con el cigarrillo logra disminuir la tensión que lo ataca cuando se ponen necios o nerviosos y comienzan a tartamudear y provoca mandarlos para la mierda. Sabe que nunca debe alterarse, ni levantar la voz, ni hacer ningún movimiento que haga voltear a la gente por más necios o nerviosos que se pongan. Entonces toma el cigarrillo y lo golpea suave sobre la mesa para compactar el tabaco y con lentitud se lo lleva a la boca y lo enciende apenas con el

calor de la proximidad de la llama. Aspira fuerte, y cierra los ojos, y expira el humo: una larga línea etérea que se expande hacia el cielo raso. Coloca el cigarrillo ordenadamente en el cenicero, haciendo equilibrio en el borde. Ya calmo, les dice con voz neutra:

—Esas son las condiciones.

Hoy no tiene ese recurso.

Los lentes, quizá, pero no es lo mismo.

La limonada, prácticamente se ha deshecho, apenas queda algo de un líquido verde pálido en el fondo, y no quiere pedir otra.

La botella plástica de agua, no. Invita a apretarla. Un acto demasiado violento para su estilo.

Llevarse el bolígrafo a la boca, y morderlo, y jugar con él allí, sería aberrante, un desvarío. Un acto que aleja la confianza necesaria para el acuerdo.

En tus motorizados indomables, Ciudad, que bullen en zigzag por entre las rendijas que dejan los automóviles en las vías, ante tus semáforos descontrolados o inservibles.

Tiene la certeza de que el sujeto llegará quince minutos antes de lo pautado. Nervioso. La falta de costumbre. Exponerse a lo desconocido. La voz de la conciencia. El temor a las implicaciones. Al arrepentimiento.

Le gusta dejarlos un rato allí. En la entrada. Viendo hacia todas partes sin saber qué hacer. Con la duda de si ya está acá, o si no ha llegado, o si no vendrá.

Se toma ese tiempo para encender un nuevo cigarrillo, concluir el café, observar si hay movimientos, miradas, señas sospechosas en el ambiente: algún cómplice imprevisto, camuflándose entre los parroquianos o el personal.

Aprovecha para decidir si continúa. Si no hay riesgos extras. Si es confiable el sujeto. Hasta para evaluarlo financieramente y fijar la tarifa.

Sólo entonces, le hace un gesto indicando que está allí. Que es él. Que puede acercarse.

Si algo no cuadra, o no le gusta, enciende otro cigarrillo. Llama al mesonero. Ordena un nuevo café. Pide la cuenta.

En los barrotes de tus casas y apartamentos que van aprisionando a tus habitantes, Ciudad, en su búsqueda vana por sentirse seguros.

Las dos mujeres conversan cada vez más próximas. Alguna historia picante que debe ser compartida en voz muy baja para darle más sabor, para disfrutarla con malicia.

Ya tendría, por lo menos, tres cafés y ocho cigarrillos. Una pequeña sensación de triunfo. De tener el control. Le gusta ese sentimiento. Sin embargo...

Si te caes, te levantas.

Una y otra vez.

Te contemplo, Ciudad, en tus manifestaciones inútiles por una vivienda, por un empleo, por la vida, por la luz, por el pan, por poder hablar, por poder gritar, por poder cantar; siempre aderezadas con bombas lacrimógenas y balas no tan de salva según los resultados forenses.

El anochecer está próximo.

Más y más gente va llegando.

Parejas. Grupos. Familias.

Ha cambiado el turno del servicio. Ahora son tres los mesoneros que atienden el salón.

Podría pedirles un café y una cajetilla, antes de que llegue.

Desde afuera, Ciudad. En el tránsito incólume de tus autos estáticos y conductores aburridos. En tus huecos en el asfalto, tus alcantarillas destrozadas, tus grafitis ingeniosos. En la multitud de vallas que invitan a una vida plácida no sé dónde, pero no aquí.

No mira el reloj.

No levanta los ojos hacia la puerta.

Un taxi se ha detenido en la entrada.

Definitivamente es un pésimo día para dejar de fumar. Llegó. Nervioso, como era de esperarse. Diecisiete horas y media. Traje príncipe de Gales. Con lentes de sol. Las ganas, lejos de desaparecer, se profundizan. Corbata azul oscuro. Con un maletín. Un poco de agua. De ese resto de limonada diluida, insípida. En tus basuras amontonadas o dispersas en las calles, en los terrenos baldíos, en las aceras. Viendo hacia todas partes. Buscando. La cajetilla está en el automóvil y no va a comprar una nueva. Jugar con los lentes no es lo mismo. En la agresión cotidiana de los buhoneros y sus productos inverosímiles y sus discos y películas que le sonríen pícaros al eslogan «Dile No a la Piratería». Una sin abrir. Nuevecita. Por si acaso. En tus niños pordioseros, malabaristas de la calle, traficantes de mercaderías prohibidas, siempre prohibidas. Buscando. Con la duda de si ya está acá o si no ha llegado o si no vendrá. En los enfermos de sida, de diabetes, de cáncer, de... que no consiguen trabajo y exponen su miseria con carteles suplicantes de una limosna para cubrir un multimillonario tratamiento, imposible de cubrir con la mano extendida. Si te caes, te levantas. Una y otra vez. Llegó, y no se quita los lentes de sol ni ahora que la luz mengua dentro del local. Una pitadita dulce, profunda, que le calme y le devuelva el control. En los titulares de los periódicos de cada lunes, tus

«Las dos mujeres conversan cada vez más próximas. Alguna historia picante que debe ser compartida en voz muy baja para darle más sabor, para disfrutarla con malicia.»

cientos de asesinatos del fin de semana. Tus violaciones. Tus secuestros exprés. Los cigarrillos tan lejos y tan cerca. Con su traje príncipe de Gales y la corbata azul oscuro. En los sobresaltos de los vecinos por algún robo, algún atraco. Siempre alguien herido o muerto, y la tragedia de una nueva familia a quien le cambió la vida en un segundo. Siempre la vida cambia en un segundo. Allí, de pie, en la entrada. Con su portafolio. Sus lentes de sol. Mirando. En tu burocracia, Ciudad. En la permisología incumplible. En las regulaciones de constante muda. En la podredumbre de tus funcionarios. En tus políticos descompuestos. En el abuso de tus policías. Hablarán del encargo. De los detalles. Del precio. De los lapsos. Las ganas por un cigarrillo arreciarán mientras divaga y tartamudea. Siempre divagan y tartamudean. Y, a lo mejor, no podrá controlarse. En los sicarios. En las venganzas. En los chanchullos. En las deudas pendientes. Sin esa pitada profunda, quizá se descomponga, y es hasta posible que levante la voz y lo mande para la mierda. No es muy elegante levantar la voz, mandarlo para la mierda. Llama la atención: las dos mujeres, el mesonero, los que sirven en la barra, las dos parejas de motorizados, todos los que han llegado después. En tus traficantes de drogas. En tus cambistas ilegales. En tus artífices de favores y especialistas del cabildeo. Se voltearían. Los verían. No se debe llamar la atención. Ni hacerse notorio. Ni que lo recuerden. Se niega a encender un cigarrillo más. No va a perder el esfuerzo, el sacrificio de estas horas. Traje príncipe de Gales. Corbata azul oscuro. Uno. Uno solito. Los motorizados tienen, podría pedirles; o buscar la cajetilla; o comprar una. Desde afuera, Ciudad, en tus... Lo dejará por un rato así, en la puerta, nervioso, angustiado, mirando para todas partes, aferrado al maletín; mientras respira hondo y se calma; antes de hacerle una seña y llamarlo. Siempre, siempre hay y habrá oportunidades, Ciudad. Su sabor dulce. Caerse y levantarse. O...

Al salir, siente el frío de la noche. La neblina, dueña del paisaje.

Tanteando, avanza hacia el automóvil. Desactiva la alarma. Dos fogonazos de luz lo guían.

Al abrir la portezuela, sonrío satisfecho, Ciudad.

© Arnoldo Rosas

TIEMPO DE SILENCIO, CINCUENTA AÑOS

por Pedro M. Domene

Luis Martín Santos (1924-1964) consiguió una de las experiencias más renovadoras, sorprendentes y ambiciosas de la novela española de los 60, sobre todo porque su primera obra, *Tiempo de silencio* (1962), supuso una nueva revisión de esa técnica realista objetiva que describía el comportamiento externo humano para ofrecer, sin embargo, un relato introspectivo, de abundante monólogo interior. En opinión de Juan Luis Suárez Granda¹, «*Tiempo de silencio* continúa siendo una novela muy señera dentro de la narrativa española del siglo XX y puede incluirse desahogadamente entre la decena de títulos básicos de nuestra narrativa contemporánea (...). La originalidad de *Tiempo de silencio* se cifra en su densidad narrativa e ideológica, en la inusual conjunción de un tema no original y un estilo original, en la virulencia de las caricaturas y deformaciones, y en la potencia verbal de ese gran prosista que fue Martín-Santos.»

El lamentable accidente que acabó con la carrera literaria de Luis Martín Santos y la abundante bibliografía que durante estos casi cincuenta años se ha publicado en torno a *Tiempo de silencio* (1962)², ha oscurecido de alguna manera la vida y la personalidad del escritor-psiquiatra que ya entonces gozaba de una insólita reputación como médico, militante antifranquista e intelectual comprometido³.

TIEMPO DE SILENCIO

La novela *Tiempo de silencio* despertó, desde el primer momento, un interés universal y una profunda admiración. Por entonces, otro subversivo escritor Juan Benet promovía una obra de significación relativa por contraste a los movimientos anteriores de la literatura y el compromiso social: sin rehusar enfrentamiento con el presente histórico, ni rechazar problemáticas sociales que muestran esa sociedad arcaica, aristocrática o la ascensión de la burguesía y los enfrentamientos de esta con las clases obreras. En su primera novela, Martín Santos subvierte los elementos narrativos utilizados en la época por la «novela social» para que el lector experimente una visión mucho más espectral y desolada de los criterios realistas ensayados hasta el momento, soslayando esa visión de un espejo plano como el que se quería mostrar y, sobre todo, ajustar los parámetros de una realidad subconsciente que no modificaran el diagnóstico de una sociedad contemporánea vinculada a un socialismo de época. Es evidente, esa reacción contra la novela realista, hecho que motiva el planteamiento del relato desde una óptica muy especial, un breve segmento biográfico poco imaginativo y con abundantes ribetes de melodramatismo. Lo importante de *Tiempo de silencio* es el riesgo que supone la intervención directa del narrador en la obra con lo que este hecho representa: el papel de ese narrador encargado de contar una historia con la misión añadida de explicar y comentar lo que narra, un procedimiento que, sin duda, procede de la novela clásica de Cervantes, Sterne, Fielding o

¹ Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio*; José Luis Suárez Granda; Madrid, Alhambra, 1986; Guías de Lectura, 1; págs., 4-5.

² El 20 de enero regresaba en automóvil de Madrid a San Sebastián, acompañado de su padre y un amigo, Francisco Ciriquián, sufrió un accidente cerca de Vitoria, y aunque su estado en las primeras horas no era preocupante después se agravaría por hemorragias internas y moriría al día siguiente el 21. Fue enterrado en San Sebastián y entre el 6 y 7 de febrero se celebran actos públicos de homenaje al malogrado escritor. La primera edición de Seix-Barral consta de 222 páginas, la más breve, por imposición de la censura que omitió cuatro capítulos. La segunda se publicó en 1965, y consta de 240 págs., la siguientes diez reimpresiones (1966 a 1970) reproducen esta segunda; la edición definitiva (14ª impresión) con 295 págs., data de 1980 y las 35 ediciones posteriores, hasta la 49ª, data de 2003.

³ José Lázaro, *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*; XXI Premio Comillas; Barcelona, Tusquets, 2009; una excelente biografía y un mejor panorama sobre la muerte, el hombre o el escritor.

Stendahl que como se sabe requiere no solo unas excepcionales dotes de buen narrador sino una perfecta adecuación entre la descripción, los personajes, los hechos, las situaciones y las representaciones novelescas. La novela, según se ha puesto de manifiesto, fue concluida en 1960 y enviada al premio Pío Baroja, que había sido convocado en San Sebastián, en noviembre de ese mismo año, aunque figuraba con el título de *Tiempo frustrado*, y firmada con seudónimo, Luis Sepúlveda, que Martín-Santos utilizaba en sus actos de clandestinidad. El premio fue declarado desierto en abril de 1961, sin duda por presiones gubernativas de la época. Poco después, concretamente, de nuevo en el mes de noviembre de este último año, Carlos Barral visitaría San Sebastián invitado por la Asociación Artística de Guipúzcoa y, a comienzos de 1962, José Luis Munoa Roiz⁴, presidente de dicha Asociación, llevaría el manuscrito a Barcelona, que se publicaría ese mismo año junto a *Dos días de septiembre*, de José Manuel Caballero Bonald, *Fin de fiesta*, de Juan Goytisolo, y *Tormenta de verano*, de Juan García Hortelano, títulos muy representativos de la técnica objetivista.

El argumento es un leve pretexto, cuenta la historia de un joven médico dedicado a la investigación del cáncer y que, de alguna manera, aparece como responsable de la muerte de una joven a la que no ha podido salvar, víctima de un aborto pero del que no es responsable en medida alguna. El autor muestra con este y otros hechos, un retablo de la vida de Madrid de aquellos días, concretamente los que pasaría el propio autor, entre 1946 y 1949, la pensión de la calle Barquillo 22, esquina con Prim, el Instituto de Experimentación Biológica de la Facultad de Medicina, incluso algunos de los cafés donde el joven participaría en las tertulias literarias de la época; por supuesto, están incluidos los estratos de una sociedad superpuesta en el vasto escenario de una gran ciudad con una galería de personajes magistralmente descritos, además de la trágica historia del fracaso de una vocación malograda. Lo curioso es que, en torno a la figura del protagonista, el autor traza un panorama completo de la circunstancia social en la que se produce o ambienta la obra. Además, con un rigor que excluye cualquier concesión, porque su lectura, incluso hoy, produce esa visión desengañada y amarga donde impera además la vileza y la corrupción de la que no escapa como víctima su desdichado protagonista. Un subproletariado delincuente, hacinado en chabolas y que presenta una vida casi animal que se mueve entre la picaresca y la barbarie, pasando por la clase media pequeño burguesa, los personajes de la pensión, una sociedad que parece destinada a malograr sus sueños de dedicar su vida por entero a la investigación y a la ciencia. En realidad, el autor presta poca atención a sus criaturas, ofrece unos pocos rasgos de cada uno de ellos, tan solo Pedro el protagonista acapara su atención, y pese a estar individualizados los vemos funcionar no como ideas o tipos, sino cumpliendo el papel asignado con toda su profundidad. La tragedia humana del héroe campea por todo el relato, en una concepción determinista que muestra a su personaje como víctima de un accidente estúpido y de una gratuita fatalidad (comparable a su propia vida dos años después de ver publicada su obra), consecuencias de esa amarga realidad descrita contra la que ni siquiera él desde el punto de vista literario puede luchar. Santos Sanz Villanueva ha señalado que «los planteamientos de Martín Santos nunca son simplistas (tras el novelista se esconde un inquieto intelectual) y a ese comportamiento indolente y pasivo del protagonista parece que el escritor contrapone (o, al menos, no descarta su posibilidad) la esperanza de una praxis que proceda de la reflexión y de la adquisición de unos medios adecuados para la lucha contra una tradición y una forma de vida anquilosadas».

TÉCNICA Y ESTILO

El estilo de Martín Santos, pese a tratarse de una primera obra, es barroco, repleto de una terminología científica de época, de abundantes cultismos y ecos de literatura clásica. Quizá debamos volver la vista a un clara «influencia de Baroja, cuya posible huella en la novela social fue de otro signo. Se podría decir que *Tiempo de silencio* es una novela neobarrojana, porque sintetiza y replantea ambientes y preocupaciones de Baroja, condensados en apretada síntesis (...)» —señala Alfonso Rey⁵. La frase es, en ocasiones, interminable, con subordinaciones e incisos que provoca una sensación de

⁴ San Sebastián, 1926, oftalmólogo, científico y dinamizador cultural. Dirigió la Asociación Artística de Guipúzcoa durante los años, 1959 a 1961, y con quien colaboraría activamente en la vida política y cultural, Luis Martín-Santos, amigo de empresas relacionadas con la literatura, el cine, o el euskera.

⁵ Luis Martín-Santos, *Tiempo de silencio*; ed., de Alfonso Rey; Barcelona, Crítica, 2008; pág., 21.

relato exigente, culto, al margen de las fuentes y alusiones literarias empleadas como la parodia trágica griega, los clásicos españoles, entre ellos, por supuesto Cervantes como puede verse en los seis pensamientos que esgrime el protagonista Pedro y su devoción por la obra cervantina, incluso un inequívoco Vélez de Guevara aparecerá en estas páginas, y en igual proporción se pueden apreciar ecos de Sartre, el influjo y el psicoanálisis de Freud, la huella de Joyce, sin olvidar ciertos tonos que evocan al maestro Kafka o para terminar, la maliciosa alusión a Ortega y Gasset cuando habla de la «conferencia del Maestro» a la que acude, según el autor, un público decadente y burgués.

La novela se plantea con una estructura de técnica tradicional, aunque rescata ciertos procedimientos expresivos que originan un nuevo aprovechamiento en esa «presentación, nudo y desenlace» porque, en definitiva, se trata de una historia lineal, sin comienzo, sin retrospecciones ni anticipos y con algunas acciones secundarias que convergen en la principal, con matices temporales y causales en sus episodios y con un amplio desarrollo psicológico vinculado siempre a los sucesos.

PERSONAJES

La tesis que esgrime la novela lleva a su protagonista, Pedro, a una verificación sistemática de esa teoría que afirma que un hombre jamás puede librarse de la dinámica del grupo social en que ha vivido y, tal vez, por esto aparece como esa persona lúcida pero pusilánime e incapaz de rebelarse ante un proceso amoroso con Dorita y acepta el veredicto de su Director de Investigación cuando lo desprovee de la beca que disfruta y abandona todo porque su conducta se traduce en una sucesión de claudicaciones; lo que el protagonista acaba haciendo no es su voluntad, sino la de quienes lo rodean: las mujeres de la pensión, «el Muecas» que lo envuelve con el aborto de su hija, las complicaciones posteriores con la Justicia o el Director, como apuntábamos. Fracasarán en lo profesional y en lo personal. Sin embargo, otros personajes, Amador, Cartucho, o el «Muecas» prefigurados como marginales gozan de un perfil más autónomo. Cuando se termina de leer la novela, uno acierta a pensar la falta de comprensión del autor hacia sus personajes, cualquiera sea su índole, y así puede verse la frialdad con que son caracterizados e incluso se muestra cruel en sus sarcasmos. Incluso, algunos críticos han advertido la ausencia de personajes que pertenezcan a la clase obrera, como señala Gonzalo Sobejano⁶, y aún añade el matiz satírico que emparentaría al autor, no con la tradición cervantina sino con el mismísimo Quevedo y habla de los aspectos temáticos, técnicos, del tiempo y los recursos cinematográficos de la novela, aunque en realidad Martín-Santos plantea más que un conflicto de intereses antagónicos entre sus personajes, el socio-existencial entre un individuo y la sociedad y, quizá haya que centrar la atención en Pedro (como individuo) y Madrid, y el resto de la España de aquellos años) como esa sociedad. En realidad, más que de clases sociales habría que hablar de «grupos sociales», en esa consideración de forma de vida, hábitat o nivel de ingresos económicos, porque en esta novela quedan establecidos cuatro grupos: el lumpenproletariado, el pueblo llano, la pequeña burguesía y la alta burguesía, además representados magistralmente por «el Muecas», Amador, la patrona de la pensión y Matías, respectivamente, así como el lugar o hábitat donde desarrollan estos personajes sus actividades, las chabolas, Tetuán, barrio popular madrileño, la pensión, en una bocacalle de Progreso y una gran mansión descrita, pero sin ubicación precisa.; aunque otros autores hayan incluido, empleados y obreros como otra clase social diferente.

El escaso eco tras su publicación en 1962, pero con algunas significativas reseñas críticas provocó, sin embargo, que en 1965 apareciera una segunda edición con un notable éxito, y lo mismo ocurría a lo largo de la década siguiente puesto que en 1979 ya había aparecido la 14ª edición, y casi cincuenta años más tarde, en 2009, se esté distribuyendo la 54ª impresión de una novela que no hecho más que crecer en lectores con el paso del tiempo, su influencia ha sido significativa en aquellos autores que habían publicado antes y después su obra, casos de García Hortelano, Caballero Bonald, Antonio Ferres, los hermanos Goytisolo, Juan y Luis, Marsé, Concha Alós, Grosso y López Pacheco, es decir, el acierto de la digresión, el contenido intelectual, numerosas citas literarias, la metaliteratura y un lenguaje artificioso que propagarían Juan Goytisolo, la extrema subordinación de

⁶ *Novela española de nuestro tiempo*; Madrid, Prensa Española, 1975; págs. 546.

Alfonso Grosso y numerosos pasajes de Vázquez Azpiri, hasta tal punto que la novela experimental crecería a lo largo de la década siguiente y daría su fruto en abundantes novelas de una profunda densidad intelectual o innovación formal.

© **Pedro M. Domene**

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil Los Pedroches, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic*.

SIR WALTER SCOTT Y EL NACIONALISMO ESCOCÉS

por Enrique García Díaz

Ahora que en estos días vuelve a resurgir el sentimiento nacionalista en Escocia, y sus deseos regirse por su propio parlamento, no estaría de más que echáramos un vistazo al pasado. A ese sentimiento que se respiraba entonces de la mano del que es sin duda el mayor representante cultural de Escocia en el mundo: Sir Walter Scott.

Somos bastantes los estudiosos, lectores y seguidores del genial escritor que, hemos dedicado tiempo a ahondar en la vida del genial escritor. También coincidimos en señalar que Walter Scott nunca tuvo en mente resucitar el glorioso pasado de su nación, porque en realidad deseaba fervientemente dejarlo atrás para cambiar el presente. Scott hizo hincapié en que el pasado de la sociedad patriarcal y arcaica de los clanes había desaparecido, y que en parte era mejor dejarlo atrás. Lo que él pretendía con sus novelas era rememorar ese pasado, pero desde un punto de vista literario como así dejó testimonio en sus obras de tema escocés (*Waverley*, *Rob Roy*, *Old Mortality* o *The Heart of Mid-Lothian* entre otras). Por un lado deseaba apoyar la causa de los Estuardo, quienes reclamaron el trono de Inglaterra y Escocia en el siglo XVIII; pero al mismo tiempo, Scott era plenamente consciente de los beneficios de la unión de ambas coronas y parlamentos firmada en 1707. Era un ferviente defensor de esta unión, un Tory, un realista que se sentía orgulloso de ver a Escocia consolidada como un miembro más del Reino Unido. La identidad nacional escocesa estaba basada en la cultura de las Tierras Altas (Highlands), y en su reconocimiento Scott escribió en 1814 su novela más representativa de la cultura escocesa, *Waverley, or 'Tis Sixty Years Since*.

Su importancia como creador del aparente nacionalismo escocés es innegable. Aunque es difícil de creer que un solo hombre pudiera tener tanta influencia en la gente como lo tuvo Scott. Inventó lo que podríamos llamar como «la cultura del tartán» (*tartanry*), es decir vestir los colores de los clanes escoceses, que hoy en día se sigue haciendo. Pero ya entonces era considerada como una idea romántica procedente de las Tierras Altas de Escocia, y que la convierte en única en Europa. Como ejemplo de esto que señalo, basta con echar un vistazo a la influencia que su novela *Quentin Duward* tuvo en Francia, donde las mujeres comenzaron a vestir las faldas escocesas en honor Scott.

Este supuesto nacionalismo de Walter Scott era únicamente cultural, y no político. El pueblo escocés estaba contento con la situación por la que atravesaba Escocia después de dos cruentas guerras (Rebeliones jacobitas en 1715 y 1745 respectivamente), y cuyas consecuencias habían sido nefastas para Escocia. La unión de 1707 produjo amplios beneficios económicos a ambos países. Y aunque uno pueda pensar al leer sus novelas, que hay elementos que constatan sus ideales independentistas, debemos aclarar que éstos solo fueron a nivel cultural, sin crear un mal ambiente. Al mismo tiempo satisfacían la identidad nacional. Por eso es por lo que Escocia nunca desarrolló un nacionalismo real, auténtico. Un claro ejemplo de ello, puede observarse en su obra *Rob Roy* donde Scott utiliza a sus personajes para expresar los diferentes puntos de vista en torno a la identidad nacionalista de Escocia. Scott emplea a Andrew Fairservice para criticar abiertamente la actual situación que atravesaba la nación a comienzos del siglo XVIII, y califica a la unión de los dos países como «desgraciada» o «lamentable». El personaje de Fairservice representa a aquellos que se mostraron contrarios a la unión con Inglaterra. Aquellos que renegaban de la misma tras haberla logrado en 1314. Una anécdota de la época nos habla de los comentarios que se dijeron entonces: «Si William Wallace y Robert Bruce deberían estar removiéndose en sus tumbas al ver esto». La independencia tan anhelada y combatida hasta lograrla en Bannockburn en 1314, había quedado en nada. Este era en sentimiento nacionalista. Pero Scott se apresura a mostrar el otro lado de la unión con Inglaterra, para ello empleará a Francis Osbaldistone, el principal personaje de la novela quien asegura que la unión ha conseguido abrir el comercio entre las colonias británicas y Escocia. Como se han mejo-

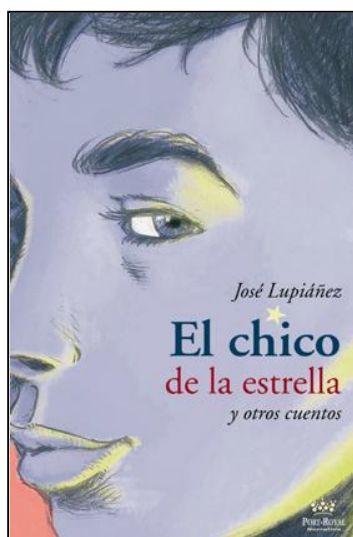
rado los caminos, que antes era intransitables. Este es el punto de vista del propio Scott acerca de los beneficios de la unión.

Pero estos dos ejemplos de las diferentes mentalidades del pueblo escocés, son tan solo desde un punto de vista cultural. Son los personajes los que expresan sus opiniones. Lo que si está claro es que Walter Scott sentía nostalgia por el pasado de su nación, y así quedó demostrado en sus obras. No hemos hecho mención al uso del gálico en algunas de ellas, para diferenciar a los personajes escoceses. Sin duda alguna la obra más destacada en este aspecto es *The Heart of Mid-Lothian* (*El corazón de Mid-Lothian*) donde la protagonista, Jeannie Deans, acude a pedir el perdón para su hermana a la reina Ana, y no vacila en emplear su propia lengua para hacerlo. Ese pasaje es sin duda el más significativo, y el que más relevancia ha tenido en las obras de Scott. Representa el sentimiento nacionalista a través del personaje de Jeannie, y de una lengua que hoy en día aún sigue vigente en muchas partes de Escocia.

Scott sentía lástima y añoranza por el pasado de su país e hizo todo lo que pudo por revitalizarlo. Pero al mismo tiempo era consciente de que la unión con Inglaterra representaba un futuro mejor para Escocia.

© Enrique García Díaz

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa. (Tesis: Ficción e Historia en la obra de Sir Walter Scott. Las "Scottish Novels", o novelas de temas escocés). Miembro de The Edinburgh Sir Walter Scott Club).



EL CHICO DE LA ESTRELLA, de José Lupiáñez

Port Royal Ediciones
Colección: Narrativa
Fecha de publicación: 2012
240 páginas
ISBN 978-84-96914-16-2

* * *

AMOR Y MUERTE EN LA NARRATIVA DE JOSÉ LUPIÁÑEZ

Es frecuente que los narradores se inicien como poetas y al poco tiempo se pasen al cuento y la novela. En el caso de Lupiáñez, este fenómeno ha sido muy tardío. Fiel a la musa lírica durante su ya larga y brillante trayectoria literaria, ha publicado su primer relato —*El milagro de los peces*— en un libro colectivo de *Cuentos para Granada* (Madrid 2011) y su primer libro de narraciones —*El chico de la estrella*— en agosto de este mismo año. De las seis historias que contiene el libro, cuatro están escritas en primera persona y dos son obra de un narrador omnisciente. Este hecho implica que el libro tiene mucho que ver con la vida de su autor y que una buena parte de lo narrado se basa en recuerdos personales de su infancia y adolescencia. Llama la atención que la prosa de Lupiáñez tiene un ritmo de armoniosa sencillez y que su estilo rehuye efectos de lenguaje más o menos barrocos. La poesía está en el fondo.

El tema de la muerte aparece varias veces en la obra. *Regina y el vértigo de la eternidad* es un cuento consagrado a este asunto. La protagonista es una mujer que ha perdido a su marido y a su hijo en un accidente de automóvil. A partir de ese horrible e inesperado suceso, la viuda se pasa la vida ordenando los objetos y fotos que pertenecieron a sus queridos difuntos. Cuando los tiene ordenados, los vuelve a ordenar con otro criterio en un proceso que le recuerda al narrador la tela de Penélope. Obsesionada por su propia muerte, decide adquirir un ataúd para cuando ésta se produzca. Con ese propósito, visita la Funeraria el Tránsito, lo que permite a Lupiáñez mostrarnos diferentes tipos de féretros de atractivos nombres como el Victoria, el Triunfo, el Aurora y el Excelsior Plus. Este último, «en cedro de primera categoría, con forro acolchado de seda natural y cojín especial de pluma de oca para reposar la cabeza» es el que elige Regina (creo que nosotros hubiéramos hecho lo mismo).

En el último relato se nos presenta otra muerte, pero esta vez se trata del jefe de una pandilla de adolescentes, que había sido destronado por el protagonista de la historia, es decir, el llamado Chico de la Estrella, que olvidando rivalidades, es el único de la banda que se atreve a dar el pésame a la familia y a ver al muerto en su ataúd. Es impactante la escena en que los amigos, impresionados por la primera muerte de uno de ellos, preguntan al Chico si ha visto al difunto.

En *Don Siro* la muerte muestra a los niños su cara más espantosa: El suicidio. Un día, el niño narrador se asoma a su ventana y se pega un susto al ver la cara de su maestro en la de enfrente. Don Siro era un preceptor severísimo que imponía castigos muy crueles y, claro, el niño siente que tenerlo de vecino puede implicar tenerlo encima incluso fuera de clase. Pero en la vida de don Siro, como en la de otros personajes del libro, hay un secreto que sus alumnos acaban por descubrir. Don Siro tiene una novia mulata que trabaja en la Base norteamericana. La relación no marcha bien y una noche un ruido tremendo despierta al niño. El maestro se ha pegado un tiro.

El tema del amor y sus efectos aparece en varios cuentos, pero sobre todo en *Don Siro*, según hemos visto, en *El secreto* y en *El Chico de la estrella*. En los tres casos se trata de pasiones devastadoras, sobre todo en el caso de Don Siro quien, víctima de un amor desgraciado, cambia su conducta severísima por una actitud permisiva y de abandono que sorprende a sus discípulos.

En *El secreto* el narrador describe con muy acertados matices los síntomas de un amor adolescente que surge a primera vista. En la conciencia del amante, la amada, Rocío, es un ser angélico, pero, a la vez, un hermoso cuerpo femenino de trece años que despierta su sensualidad. Poco a poco los escauceos amorosos se van haciendo más intensos y acaban «en un beso impulsivo y fantástico». Pero la muchacha tiene un secreto problema físico que el enamorado contribuye a curar. Lo más

importante del cuento es que Rocío no perdona a su enamorado que haya descubierto su secreto y en lugar de sentirse agradecida, termina la relación.

El Chico de la estrella debe su título a una característica fisonómica del protagonista, «un muchacho ...de tez morena, con el pelo negro y abundante, y unos ojos muy sabios: verdes, malignos, luminosos. En su mejilla izquierda luce un pequeño lunar con forma de estrella a la altura del pómulo». El Chico es otro caso de primer amor adolescente que no pasa de un apasionado platonismo. Nuri, la amadísima, nunca se entera de la pasión que ha inspirado en el Chico. Se casa con un apuesto gringo de la Base y cuando regresa de la luna de miel enseña su niño recién nacido a sus amigos del barrio, entre los cuales se encuentra el Chico. Este se queda atónito cuando ve que el niño tiene sus mismos ojos y el mismo lunar con forma de estrella en la mejilla izquierda. Y por si fuera poco, Nuri y su joven esposo se van a vivir a Texas, el estado de la bandera con la estrella solitaria.

Todo esto y mucho más puede el amor en la realidad y en los cuentos de Lupiáñez, donde una muchacha sonámbula es devuelta a su casa varias noches por alguien que la ama en secreto sin que ella se despierte. O bien una gitana vieja da a un muchacho enamorado una receta naturista que cura unas verrugas a su amada, lo que no habían conseguido los médicos. Hay en la obra personajes que tienen sueños premonitorios que se cumplen y sucesos reales que parecen mágicos. El mejor ejemplo de esto último es el primer relato en que unos niños pescan peces de colores y los venden vivos a los vecinos. Al poco tiempo, las acequias y lagunas del pueblo se llenan de peces de colores, lo que parece un milagro pero no lo es.

Excepto *Regina y el vértigo de la eternidad* todos los cuentos reflejan la infancia y adolescencia del narrador que nos cuenta sus historias con amorosa nostalgia de poeta. El mundo de los juegos infantiles y las ilusiones de los jóvenes conmueven al lector. Es un mundo pequeño en el resuenan los sucesos del entorno histórico: El relato del abuelo que cuenta al nieto su experiencia de preso en la cárcel de los sublevados durante la guerra civil; el asesinato de Kennedy, del que se entera el niño comiendo pilongas; la llegada de la televisión. Es la vida con sus tristezas y sus alegrías que el niño vive con pasión y el narrador adulto recuerda con mucho amor. Pero a esa infancia casi siempre hermosa o por lo menos apasionante, Lupiáñez le inserta un contrapunto de horror para que su libro se parezca más a la realidad que vivimos. El relato se llama sarcásticamente *El imperio de César* que es el nombre del protagonista, un pobre niño anormal a quien su padre mantiene encadenado en el suelo de su habitación para que no cometa atrocidades. Es el cuento más impactante de la colección y tiene tal potencia expresionista que yo puedo visualizarlo mientras escribo estas líneas.

En fin, como los otros comentaristas del libro, los ilustres escritores Antonio Enrique y Francisco Gil Cravioto, felicitamos a Lupiáñez por esta su admirable primera salida al campo del relato, pero, aconsejándole, a la vez, aunque no creo que haga falta, que no deje olvidada la lira en el ángulo oscuro de un rincón.

© José López Rueda



LA BALA QUE CAYÓ DEL CIELO, de Rosa Burgos

Ediciones El Garaje Negro
Colección: Biblioteca negra
Fecha de publicación: 2012
336 páginas
ISBN 978-84-938214-7-0

* * *

Para quien no lo sepa, quizá los que nacieron con la democracia ya establecida, la modélica transición española no lo fue tanto y estuvo jalonada de muertos aunque no se reeditara el enfrentamiento civil que muchos se temían a la muerte del dictador. Por una parte ETA y GRAPO tensaban la cuerda con una cascada de atentados sangüinarios para provocar una involución (la absurda teoría de mientras más mal, mejor); por la otra, las fuerzas de seguridad (policía y guardia civil), disparaban al aire y mataban a manifestantes sin responder de esas muertes.

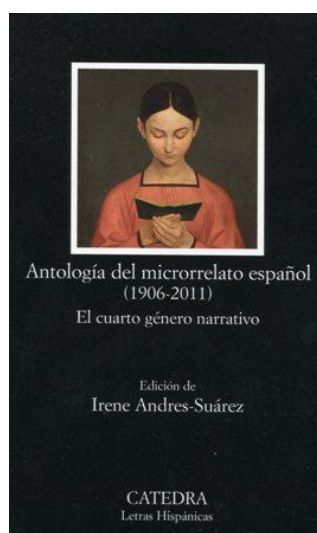
De eso va este libro de la jurista Rosa Burgos, de manifestantes que volaban. Se centra la escritora granadina en un caso muy concreto y poco conocido, el del joven estudiante canario Javier Fernández Quesada, muerto de un balazo en la universidad de La Laguna durante la huelga general del 12 de diciembre de 1977 decretada en Tenerife, y realiza una exhaustiva investigación para denunciar un crimen de estado que, como muchos en aquella época, quedó impune. Aporta Rosa Burgos en este libro, escrito con rigor encomiable y que le ha llevado un largo proceso de escritura, testimonios de los hechos, fotografías de los escenarios, atestados policiales, recortes de prensa, documentos forenses y trámites judiciales, y pone todos esos materiales en negro sobre blanco para que el lector saque sus propias conclusiones sobre lo que sucedió.

La bala que cayó del cielo no sólo es una denuncia de la impunidad y falta de responsabilidad absoluta con que actuaban las fuerzas de seguridad del Estado (en este caso la Guardia Civil) sino también de las complicidades judiciales que tuvo el caso (al pasar de la jurisdicción ordinaria a la castrense el caso se estancó) y el comportamiento de una clase política amedrentada que se inhibió al no exigir una investigación y depuración de responsabilidades.

Una forma de hacer justicia poética, ya que de la otra fue imposible y el caso fue sobreesido un año después de que la bala que cayó del cielo matara a Fernández Quesada, con la que Rosa Burgos hace una interesante aportación a la literatura de investigación y recuerda un pasado cercano que tendemos a tildar de modélico cuando no lo fue en absoluto.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



ANTOLOGÍA DEL MICRORRELATO ESPAÑOL (1906-2011). EL CUARTO GÉNERO NARRATIVO, ed. de Irene Andrés-Suárez

Editorial Cátedra
Colección: Letras Hispánicas
Fecha de publicación: 2012
528 páginas
ISBN 978-84-376-3014-4

* * *

El concepto de microrrelato, según Irene Andrés-Suárez, es una forma discursiva nueva que se sitúa en el límite de la expresión narrativa y corresponde al eslabón más breve en la cadena de la narratividad, aunque, es verdad que su existencia puede ser constatada durante buena parte de toda la historia de la humanidad. Andrés-Suárez habla del concepto de narrativa en el sentido de *novela*, *novela corta*, *cuento* y *microrrelato*, como una forma más de esa cadena de narratividad, y define, por consiguiente, su nuevo concepto como «un texto literario en prosa, articulado entorno a dos principios básicos: hiperbrevedad y narratividad, factor que permite distinguirlo de otras modalidades prosísticas desprovistas de la sustancia narrativa». Tanto Lauro Zavala como Irene-Andrés hablan de una extensión no mayor a una página impresa cuando se trata de auténticos microrrelatos, para que pueda ser leído de un solo vistazo, mientras que para Lagmanovich y Epple, oscilaría entre unas pocas líneas y tres páginas.

La hiperbrevedad, sin duda, condiciona la trama, y los rasgos formales, la temática, la economía narrativa, la elisión y la concisión, resumen las características esenciales de este tipo de textos. Irene-Andrés señala que, como Juan Pedro Aparicio, el microrrelato está gobernado por otras leyes distintas a las que gobiernan a la literatura y se distingue por la concisión y la naturaleza elíptica, que Raúl Brasca define como «portentoso poder de sugerencia de lo no dicho cuando lo dicho ha sido sabiamente calculado»; y con respecto a esa segunda característica, esencial, como hemos señalado, en la narratividad hay que tener en cuenta que los conceptos estructurales oscilarían entre la temporalidad, la unidad temática, un punto de partida, la unidad de acción y la causalidad que permite al lector reconstruir nexos. Al escritor de microrrelatos, según Merino, no le interesa el desarrollo, sino el momento climático de la historia, algo que lo diferencia del cuento más clásico, y

por supuesto contar con lectores con un estado mental muy particular, dispuestos a rellenar cuantos vacíos de información le proporcione un texto de semejante naturaleza.

Una vez expuestos los conceptos de una teoría que bien pueden servir para ilustrar a ajenos, habría que hacer constar que el microrrelato puede constatar ya en algunos de los autores más notables de principio del siglo XX, concretamente Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna, quienes habían llegado a este género mediante la disminución de la descripción y el aumento de la narración en los poemas en prosa, y la compresión textual y pulimento del cuento clásico, respectivamente, según la editora de la presente selección. ¿Qué ofrece, por consiguiente, un libro como el presente, *Antología del microrrelato español (1906-2011)*, subtítulo, *El cuarto género narrativo* (Cátedra, 2012), en una colección de clásicos anotados como «Letras Hispánicas»? sin duda, todo un acierto, para disponer de una amplia perspectiva, aunque en estos últimos tiempos la proliferación de libros de microrrelatos, antologías, compilaciones, estudios y otras visiones del género, han puesto de manifiesto ese «cuarto género» del que hace gala la editora, por otra parte, especialista y antóloga desde hace décadas en este tipo de relato.

La editora divide una extensa «Introducción» en «Teoría», «Trayectoria del microrrelato español» y «El siglo XXI», para contextualizar y poner de manifiesto la importancia del género a lo largo de más de un siglo. Esta *Introducción* se completa con una justificación, una amplia bibliografía y la procedencia de los microrrelatos seleccionados que, de alguna manera, sintetizan esa visión general y pormenorizada pretendida sobre el género, sus posibilidades y las repercusiones en el futuro. Los autores seleccionados son setenta y tres que abarcan más de un siglo, todos son españoles, por lo general narradores, que cultivan, indistintamente, novela y cuento, con excepciones, como la de Ángel Olgoso, dedicado a la minificción y Julia Otxoa, también a la poesía. Se ha seguido un orden cronológico que se inicia con Juan Ramón Jiménez y termina con el más joven, Manuel Espada. Se antologan autores que se han dedicado al micro con asiduidad, además de privilegiar, en todo momento, la calidad de los textos, así como la diversidad de las tendencias, formas y estilos, para que lector pueda apreciar, en todo momento, la evolución del género y los planteamientos temáticos y formales de sus autores. Enumerar a todos los autores se convertiría en una extensa lista que, sin duda, se podrá leer directamente en el índice de la edición, pero sí habría que reseñar algunos de los curiosos clásicos que practicaron este difícil arte, además de Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna, citados, no resultan menos sorprendentes los nombres de Moreno Villa, Bergamín, García Lorca, Luis Buñuel, Padrós de Palacios o Sánchez Silva, muchos de ellos con una clara influencia surrealista de la época, fecundo movimiento de experimentación que, sin duda, hubiese llegado aun más lejos, de no haber sido por las sacudidas de la Guerra Civil (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), postergando las técnicas de la literatura española e iniciando nuevos caminos en el futuro bajo el régimen franquista. Realismo y testimonio caracterizan la literatura de 1939 a 1965, aunque un aire de viento fresco se asomaba a partir de esa década que intenta abogar por una fantasía y una experimentación que queda bien reflejada en el microrrelato y en algunos libros de autores que se alejaban entonces de ambas tendencias, Matute, Aub, Aldecoa, entre otros, que aluden a un carácter más emotivo y lírico, sustento de ese posterior microtexto ensayado a lo largo de las siguientes décadas: Cunqueiro, Sastre, Gonzalo Suárez, Ayala, y todo un amplio catálogo de obras y autores que Fernando Valls enumera en *Soplando vidrio y otros estudios sobre el microrrelato español* (2008), cuyos textos no sobrepasan una página, Ros, Olmo, Pilares, Padrós de Palacios, Quiñones, Quinto, Sánchez Silva y otros que por edad y estética, de alguna manera descubrieron después el género, Zúñiga, Fraile, Gil Novales y Pereira. La representación de las dos últimas décadas del siglo XX es bastante nutrida, Escudero, Tomeo, Ugarte, Mateo Díez, Jiménez Lozano, Pérez Estrada, Otxoa, Hipólito G. Navarro o Millás entre otros, y en el presente, con autores más jóvenes, nacidos entre 1960 y 1975, los casos de Olgoso, Neuman, Roas, Zapata, Muñoz Rengel, Moyano, Fuentes Guzmán, Cutillas, Cristina Grandes, Lara Moreno o las valiosas contribuciones de José María Merino, Juan Pedro Aparicio o Luciano G. Egido.

Irene Andrés-Suárez documenta, teoriza y hace historia de un género cada vez más practicado, y ejemplifica cuanto dice con la extensa antología de lo mejor que, durante más de un siglo, se ha venido escribiendo y practicando en este país, con autores que se ha servido de estrategias diferentes para ensayar y poner en práctica la esencia de su imaginación.

© Pedro M. Domene



TANTAS LÁGRIMAS HAN CORRIDO DESDE ENTONCES, de Alfons Cervera

Editorial Montesinos
Colección: Narrativa
Fecha de publicación: 2012
160 páginas
ISBN 978-84-15216-37-7

* * *

Ya nadie se acuerda de las ratas. Ni del miedo agazapado en las cajas de cartón atadas con cuerdas de esparto. Ni de cuando entrar en una estación de trenes era como llegar a un tiempo desconocido lleno de peligros.

Tantas lágrimas han corrido desde entonces es una novela sobre la memoria y sus estragos, el olvido y la distorsión histórica. *La memoria se construye a saltos, dejamos en su relato huecos inmediatos, como si al final fuera posible una solución de continuidad entre lo que existió de verdad y lo que imaginamos.* Sobre las heridas que dejan los exilios, las huidas, lo que se pierde en ellas y solo la mente es capaz de recuperar, temas queridos por el autor valenciano Alfons Cervera que tiene sobre sus espaldas una obra sólida y coherente.

No es habitual encontrar dentro del panorama literario español, fundamentalmente light, salvo excepciones, hondura literaria, un autor que se cree lo que escribe, que no banaliza en absoluto sobre su oficio, que se lo toma en serio y que vuelca en sus páginas su extraordinario talento literario y pedazos de su alma. Este autor es Alfons Cervera finalista del Premio Nacional de Literatura 2010 con *Esas vidas*.

Siempre se dice que las guerras las pierden todos. Pero no es verdad. Unos las ganan y otros las pierden. La nobleza será para quienes consigan la victoria. Sólo para ellos. No habrá redención posible para la derrota. El tiempo no cambiará nada. Aunque pasen años, muchos años, la derrota seguirá ahí, en las calles y en las casas, en la mirada incolora de quienes la sufrieron...

El valenciano de Gestalgar, pueblo de la serranía, autor de *De vampiros y otros asuntos amorosos*, *Fragmentos de abril*, *Nunca conocí un corazón tan solitario*, *La ciudad oscura*, *El domador de leones*, *Nos veremos en París*, *seguramente*, *La risa del idiota*, *Maquis*, *La noche inmóvil* y *Aquel invierno*, entre otras, construye en *Tantas lágrimas han corrido desde entonces*, un título tan bello como su contenido, una novela sobre la triste memoria de este país que es la España derrotada y que lo sigue siendo después de tantos años de terminada la guerra civil porque las heridas siguen sin restañar y los verdugos sin pedir perdón.

Lo que duró el tiempo aquel de trenes abarrotados y exilios franceses salta por encima de las leyes que ordenan cuánto tardan las cosas y la gente en desaparecer de la memoria.

Habla Cervera, en esta novela lírica, breve pero intensa, de sus recuerdos, de la tristeza del desarraigo, de los escenarios que desaparecen y le dejan a uno un vacío absoluto difícil de llenar, del sentido de la muerte, y lo hace con frases breves pero llenas de contenido que el lector debe apurar con lentitud, saboreando su contenido palabra a palabra.

El Cine Musical es ahora una ruina llena de hierbas podridas y pájaros muertos. Una valla de hierros oxidados, las paredes llenas de raspaduras provocadas por las excavadoras, el pequeño escenario enterrado obscenamente bajo los cascotes.

Hay en sus páginas explosiones de lirismo, poemas en prosa concentrada sin expresiones rimbombantes sino que nacen de la sencillez más absoluta.

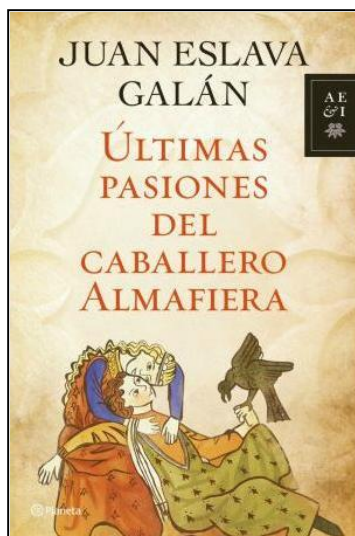
Ha empezado a caer una lluvia fina y febrero tiene esta tarde el color del miedo extranjero y el de los entierros llegados a deshora, como todos los entierros.

Encontrar un escritor de raza como Alfons Cervera en un mundo literario como el presente, dominado por la frivolidad, la mercadotecnia, las modas, la banalidad más absoluta y el reinado de los idiotas es un premio que encontrará el lector que se acerque y disfrute de esta novela sencillamente magistral que es una lección de literatura con mayúsculas.

La muerte está cuando nosotros nos estamos. Ése es quizá su mejor momento, el del éxito absoluto de lo desconocido.

© José Luis Muñoz

<http://lasoleadadelcorredordefondo.blogspot.com>



ÚLTIMAS PASIONES DEL CABALLERO ALMAFIERA,
de Juan Eslava Galán

Editorial Planeta

Colección: Autores Españoles e Iberoamericanos

Fecha de publicación: 2012

520 páginas

ISBN 978-84-08-11073-6

«No es lo que parece» resumiría sin dudarlo la primera lección que todo estudiante de Historia recibe, a la hora de abordar la Edad Media. Especialmente en nuestra Península, convertida en territorio de frontera, donde esa época atrasada y plena de oscurantismo que la historiografía tradicional nos enseña se transforma, a poco que nos fijemos en ella, en un periodo apasionante que tiene mucho que decirnos. Y con tal propósito educativo, pero sin dejar en ningún momento de

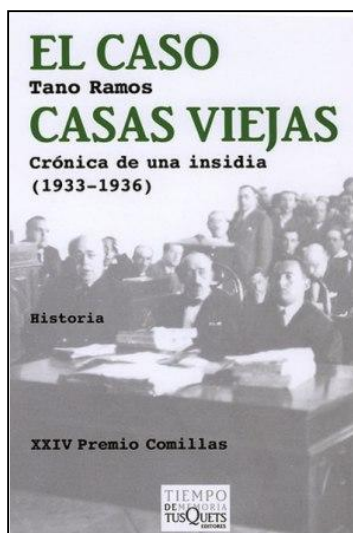
emplear un tono jovial y lúdico, se ha escrito esta novela genial, una de las mejores novelas de su autor, tal vez la mejor, la más lograda.

Pues con ella no echaremos de menos esas carcajadas que todos dejamos escapar al leer *En busca del unicornio*, ni tampoco esa atención constante que nos exigió *Señorita* hasta terminarla, sin poder soltar el libro. Y es que esta feliz novela, destinada a explicarnos cómo se desarrolló la batalla de las Navas de Tolosa, recoge bastantes virtudes presentes en la prolífica obra de Eslava, además de verse enriquecida con un vocabulario exacto y sustancioso, al que lamentablemente no solemos estar acostumbrados en nuestra narrativa de los últimos años. Sin olvidar que el libro incluye también un post scriptum, un censo de personajes, un glosario, bibliografía y breves apéndices explicativos.

Pero hay mucho más para conseguir que esta novela se aleje del típico producto conmemorativo de bicentenarios al que ya estamos acostumbrados. Y no sólo porque de los hechos referidos nos separe esta vez un milenio, sino por las lecciones implícitas o explícitas que podemos encontrar en ella: esa llamada a la concordia de los pueblos cristianos peninsulares, representada en la figura de unos reyes emparentados y en discordia perpetua que deciden unirse; esa mirada lúcida ante hispánicos conflictos bélicos que, analizados con rigor, dejan de ser tan nuestros y no más crueles, ni peores, que los que se llevan a cabo en cualquier otro país europeo; esa sociedad abierta y desvergonzada, de lenguaje bronco y directo, donde el predominio de la religión no impide en absoluto dar satisfacción al cuerpo, y finalmente, esos tronchantes guiños anacrónicos, dirigidos al lector atento, para que no pierda ripio entre guisos desestructurados, los versos de maese Lorca el trovero o la fugaz aparición del caballero Pérez Reverter, más comedido que de costumbre, presto a conseguir la gloria en el campo de batalla.

Hasta tal punto me ha gustado esta novela que no voy a lamentar que la crítica española académica, tan seria y grave, no haya otorgado todavía, y a lo grande, el reconocimiento que la obra de Eslava merece, al igual que ocurriera antes con otros espíritus, afines y alegres, como Francisco García Pavón o Fernando Quiñones. Porque este libro parece escrito, pese al bagaje que contiene y gracias a los cielos, no por un consagrado autor campanudo, sino por un jovenzuelo goliardo, desenvuelto y procaz, que acaba de descubrir cuan hermosa es la existencia. Tal es la alegría y la esperanza que maese Johannes transmite. No sé si le compensará que, en vez de estar recorriendo el país para recoger placa tras placa, hasta la placa final, nosotros prefiramos verdaderamente que siga escribiendo como hasta ahora, progresando y creciendo. Y por nosotros que no se entienda en ningún momento un «público», mayoritario o de culto, sino sus activos, divertidos, agradecidos, fieles y desprejuiciados lectores. Los que él mismo se ha buscado desde siempre.

© Ángeles Prieto Barba



EL CASO CASAS VIEJAS. CRÓNICA DE UNA INSIDIA (1933-1936), de Tano Ramos

Editorial Tusquets
XXIV Premio Comillas de Historia
Fecha de publicación: 2012
443 páginas
ISBN 9788483833919

* * *

ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Es extraño, pero muy gratificante debido a esta sociedad consumista y hueca que se nos derrumba, abrir un libro y encontrarte dentro de un viaje necesario hacia nosotros mismos profundamente ético. Lo que a mí me ocurrió tras el periplo por varios libros publicados con anterioridad sobre Casas Viejas. Y es que no me quedaba otra que leer este también, toda vez que mi apellido materno es Barba, como el autor de la frase maldita protagonista del caso, y mi abuelo, que murió antes de que yo naciera, fue guardia de asalto y natural de Medina Sidonia, tan cerca de los hechos. Es sólo que, una vez descartado el temor de que mi familia tuviera ningún tipo de relación con estos crímenes horrendos, conservé la curiosidad apremiante por saber la verdad sobre lo ocurrido, como le sucede a quien se acerca a este tema apasionante, tras tantas falacias vertidas encima y por tantos nombres ilustres como Ramón J. Sender, Federica Montseny o el gran historiador Eric Hobsbawm.

Es sólo que gracias a esa nobleza, honesta y ética (insisto) que aquí desborda y que ciertamente caracteriza al autor, nacido no por casualidad en Asturias, me quedo con este estudio precisamente no sólo por ser el más completo sobre el caso, incorporando el importantísimo sumario del juicio y los diarios de Azaña, ambos perdidos, sino por su lucha contra la *damnatio memoriae* y por su coraje en defender a algunos hombres buenos.

Un libro que pone punto y aparte en un camino hacia la verdad iniciado por Jerome R. Mintz, modesto antropólogo norteamericano, quien en los años sesenta y bajo el régimen de Franco, realizó en Benalup un excepcional trabajo de campo entrevistando a los protagonistas de aquella revuelta, en realidad un auténtico desatino, que desembocó en el asalto fallido al cuartel de la Guardia Civil del pueblo. Es sólo que tras el correspondiente sofocamiento y dominio de la situación, refugiados algunos anarquistas en las chozas del anciano e inocente Seisdedos, apareció el capitán Manuel Rojas que, ansioso de gloria y de furia asesina, ordenó arbitrarias detenciones y el posterior fusilamiento de doce hombres, a sangre fría.

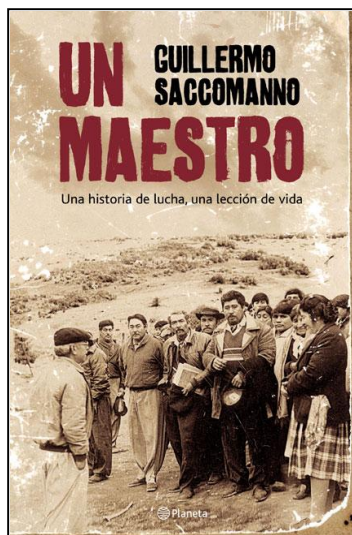
Pero sigamos. Porque tras la detención de Rojas y su encarcelamiento provisional en el Castillo de Santa Catalina, fue juzgado en mi barrio, el barrio de la Viña, en la Audiencia Provincial de Cádiz, justo en el mismo lugar donde yo estudiaría y celebraría muchos años después el final venturoso de un 23-F. Lugar donde apareció para testificar, desde Madrid, un tipo infame que ostentaba mi apellido materno, Bartolomé Barba, quien no tuvo empacho en declarar que Rojas sólo obedecía órdenes de un Manuel Azaña absolutamente desbordado y desconocido para todo aquel que lo haya leído o estudiado: «Los tiros, a la barriga», frase prefabricada con astucia, impactante e inolvidable, que se le atribuyó falsa y criminalmente con clara intencionalidad política desde la derecha y la extrema izquierda anarquista.

Desmentir dicha falacia gracias a los diarios robados de Azaña, propiedad luego de la familia Franco, así como incorporar el sumario completo del juicio a Rojas, para luego rememorar los avatares del destino de todos estos personajes tras el estallido de la Guerra Civil, es lo que realiza Tano Ramos en este libro: parece una pieza más, rigurosa e imprescindible, para aclarar los hechos. Pero no. No es una pieza más. Porque los fantasmas ensangrentados permanecen acusadores durante mucho tiempo en la memoria de los vivos exigiendo justicia, la que aquí reciben, y porque para poder continuar, con esperanza, necesitamos conocer la existencia de «algunos hombres buenos», esos que Tano nos da a conocer emocionado y conmovido: Manuel Azaña, quien siempre dijo la verdad sobre lo ocurrido, el valiente guardia civil Juan Gutiérrez, natural de Chiclana, que salvó a dos inocentes del fusilamiento, arriesgando su propia vida para luego perder la

suya en julio del 36 a manos anarquistas, y el abogado, riguroso y honrado, López Gálvez, representante de las víctimas, perseguido por ello toda su vida.

Y para finalizar, tan sólo desear que ojalá todos los libros se escribieran en España con los mismos propósitos nobles, sinceros y valientes de Tano, porque quizá nuestra historia también hubiera podido ser diferente.

© Ángeles Prieto Barba



UN MAESTRO, de Guillermo Saccomanno

Editorial Planeta
Fuera de colección
Fecha de publicación: 2011
264 páginas
ISBN 9789504926405

* * *

Es el argentino Guillermo Saccomanno (Buenos Aires, 1948) un narrador sólido que lleva muchos años publicando (*Bajo bandera*, *Animales domésticos*, *El pibe*, *El buen dolor*, *La lengua de Malón*, *El amor argentino*, 77). Con una novela, tan modélica como breve, contundente en sus pocas palabras, *El oficinista*, se alzó muy merecidamente con el premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Ésa, dije en su momento, era una novela necesaria, escrita con una depuración de estilo

asombrosa y una profundidad inversamente proporcional a su brevedad. Con otra obra, 77, se hizo con el premio Dashiell Hammett.

Un maestro, titulada *Una historia de lucha, una lección de vida*, libro que obtuvo, exaequo, el premio Rodolfo Walsh (*Walsh decía que cuando el obrero se empieza a vestir como el patrón, es porque ya adoptó la ideología del patrón*) en la Semana Negra del 2012, y de cuyo jurado formé parte, puede ser leída como libro periodístico, crónica de una época o novela emotiva. Sigue el autor de *El oficinista* la andadura vital de Orlando Balbo, «Nano», compañero de armas, militante represaliado y torturado (*Me llevaron a un sótano. Me vendaron los ojos. Desnudo, me ataron a una silla metálica. Las manos esposadas atrás, en el respaldo. Toda la mañana me golpearon fuerte. Después, por la tarde, trajeron la picana*), sobreviviente de esa etapa negra de las juntas militares argentinas, pero quedando sordo por las torturas (*Con la corriente eléctrica en los oídos, el cerebro se desespera porque recibe información desquiciada del centro del equilibrio que está en el oído. Me sacudía como un títere. Y ellos se burlaban*) y renacido de nuevo a la vida, tras su exilio en Roma, como maestro en una remota región argentina, la Patagonia (*El aire de la Patagonia no es el mismo que el de otras geografías. Tampoco su cielo. Un aire crudo, de intemperie. Y un cielo que abisma*), para enseñar a campesinos el saber, que es el arma que más detestan los totalitarios.

Hasta que un día la dirección del penal seleccionó un montón de libros. «Esto es lo que envenena las cabezas», dijo un carcelero. Nos formaron a todos. Y quemaron los libros. Me acordé de Giordano Bruno. El que quema un libro, quema a una persona.

«Yo cuento, vos escribís» le dijo el maestro al escritor cuando se pusieron en el libro. Y eso ha hecho Saccomanno, poner fielmente negro sobre blanco las experiencias extremas que le cuenta este héroe anónimo que vive con sus heridas y al que no le vence el odio.

Podría reprochársele al libro un cierto desinflamiento hacia el final, porque empieza con mucha fuerza, con las dramáticas experiencias de esa salvaje guerra contra la subversión que iniciaron los milicos argentinos en su reinado de horror, y acaba con esa existencia plácida del «Nano» dedicado a lo que supo hacer toda su vida, enseñar a los humildes, pero Saccomanno es fiel a la realidad y a su amigo y no hace otra cosa que recoger los gestos, inflexiones de voz, reflexiones, pausas y silencios de un hombre que resume en su vida buena parte de la última historia argentina.

Utiliza con eficacia Guillermo Saccomanno su estilo sencillo y directo, que no se ve, su característica frase corta desprovista de adjetivos y artificios con la que llega directamente al corazón del lector. Es

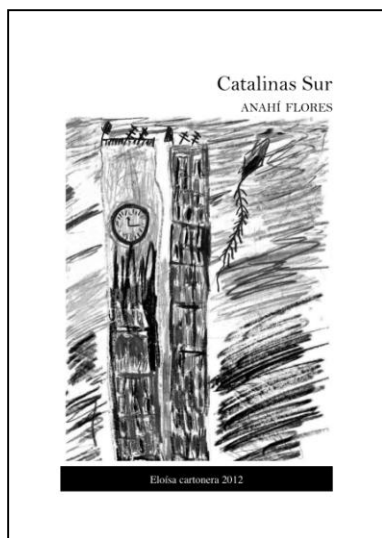
Un maestro una lección magistral de narrar de manos de un autor que dice tanto con tan poco y hace del laconismo su bandera literaria.

Hay que ser apasionado de lo que se está enseñando. Si no hay pasión, se dificulta el aprendizaje. La pasión por enseñar despierta la pasión por aprender.

Y la pasión por leer, la de escribir.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



CATALINAS SUR, de Anahí Flores

Eloísa Cartonera

Fecha de publicación: 2012

* * *

Tan breve es *Catalinas Sur* que te deja con ganas de volverlo a leer al Segundo de terminar el último renglón. Tal como *The Sea* de John Banville, es un libro que te envuelve en la cadencia, que se mueve como el viento y las olas del mar; es un relato circular. Podría incluso ser un extracto de cualquier fragmento de García Márquez, salvo que esto no es Macondo; es Buenos Aires...

y *Catalinas Sur*
está vivo

Nos encontramos ante la descripción narrativa de un *rioba* musical, un momento redondo, una memoria aromática. Donde las paredes finas de las construcciones al sur de la ciudad enamoran a los desconocidos. Ahí toda la gente se pierde entre calles sin nombre, porque no consigue ubicarse o porque le gusta bailar en el río cuando suben las aguas.

Catalinas Sur, en la memoria de su autora, Anahí Flores, es un lugar del realismo mágico porteño. Un espacio en la frontera cultural de miles de inmigrantes que pusieron los primeros ladrillos y los primeros fideos de esta fantástica experiencia social.

*Pasa un barco.
Desde el barrio, se escucha la sirena.
Los vecinos se toman un segundo:
recuerdan
el día que llegaron al puerto
más de un siglo atrás
aunque nunca
hayan cruzado el océano.*

Cambiar de página es ser bombardeada dulcemente por ojos soñadores, trasnochados, efervescentes, almas nostálgicas que quieren vivir cerca del mar pensando que eso los mantendrá cerca de sus recuerdos.

Así es Buenos Aires en el imaginario colectivo de varias generaciones de inmigrantes —habidas y por haber. Cualquiera que haya vivido lejos de su país podrá identificarse con este compendio de versos libres. Quien escribe, personalmente confiesa que devora una vez por semana los poemas simples y melódicos de Anahí Flores como para ratificar la idea de que Buenos Aires, como idea de ciudad, es un lugar fantástico, infinito, que vale la pena explorar.

Suspirando por la noche que se escapa por la ventana, los árboles que se abrazan en la plaza, los olores de la nostalgia centroeuropea que invaden las cocinas paralelas de la pampa, y las viejas que caminan al sur del mundo. *Catalinas*...

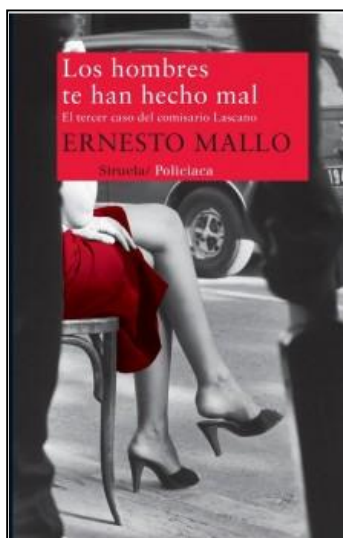
Doble aplauso merece este compendio de poemas al estar impreso y encuadernado por Eloísa Cartonera. Una editorial que literalmente recicla cartones para dignificarlos envolviendo poemas hermosos por su liviandad y franqueza.

La poesía es una cosa de todos los días, que está enmarañada con la ficción, la nostalgia, la magia y la música.

Imposible no pensar en el gran maestro Ray Bradbury que prologó *Fahrenheit* con la siguiente frase «si os dan papel pautado, escribir del otro lado.»

*pasa el mate de la mano de él a la de ella,
deja un vapor en el aire.*

© Vanessa Alanís Fuentes Oliver



LOS HOMBRES TE HAN HECHO MAL, de Ernesto Mallo

Editorial Siruela
Colección: Nuevos Tiempos
Fecha de publicación: 2012
187 páginas
ISBN 978-84-9841-706-7

* * *

Tras dos novelas de éxito protagonizadas por ese singular policía llamado Perro Lascano, *Crimen en el Barrio del Once* y *El policía descalzo de la Plaza San Martín*, el escritor argentino Ernesto Mallo (La Plata, 1948) nos obsequia con esta tercera entrega de su personaje. Aquí Lascano, y por ende Ernesto Mallo que ha estado investigando sobre este tema, se sumerge en el mundo de la prostitución, uno de los tres negocios más rentables del mundo (el de armas y las drogas serían los otros dos) y nos ofrece un universo desolado por el que proxenetas, despiadados criminales y políticos corruptos campan a sus anchas.

Rocha dispara. La cabeza de Abeledo se parte y se baña en sangre. Cae. El Pardo enfunda el arma, toma el cadáver por las axilas, lo mete en el maletero, cierra, y se ubica al volante.

Hace alarde el escritor argentino de un estilo seco y directo que se apoya en frases cortas y contundentes, no rehúye un sesgo narrativo próximo al cinematográfico y consigue desconcertar al lector con esos diálogos comprimidos, unidos en el mismo párrafo y en cursiva, que quien lee debe dilucidar a qué personaje pertenecen, una técnica que se me antoja insólita y dilata la lectura.

Que la literatura argentina negracriminal está en un buen momento es algo evidente. A los nombres de Rolo Díez, Raúl Argemí, Guillermo Saccomanno y Guillermo Orsi hay que añadir el padre de Perro Lascano. Temas no les faltan a los narradores argentinos aunque uno, como lector, eche en falta la gran novela negra sobre ese período atroz de las juntas militares que todavía está por escribir y quizá deba pasar todavía cierto tiempo porque la herida está tierna y hay temas escabrosos que requieren la distancia.

Tras leer *Los hombres te han hecho mal* quiere el lector una nueva aventura de ese desencantado personaje que es Lascano, quizá un alter ego simulado del propio Ernesto Mallo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>

Jamás el fuego nunca

Diamela Eltit

Editorial Periférica, 2012

El título de esta subyugante y demoledora novela nace de un enigmático verso del poeta César Vallejo y anticipa, de algún modo, la historia de una pasión (de un fuego) nacida bajo el signo del fracaso, además de esa otra historia, más allá del umbral de la muerte, de un proyecto revolucionario de izquierda derrotado. Los protagonistas, una mujer (que relata para nosotros) y su compañero, parecen instalados en un tiempo que ya no es su tiempo, el nuevo siglo, el nuevo milenio y, desde él, revisan la futilidad de su aventura y la muerte de su hijo. Todo ello en el espacio reducido de una habitación que es un mundo con un orden, diríamos, propio y casi fantasmal: el espacio adecuado quizá para hablar de decadencia de las ideologías y de los cuerpos.



El país imaginado

Eduardo Berti

Editorial Impedimenta, 2012

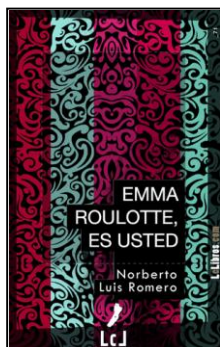
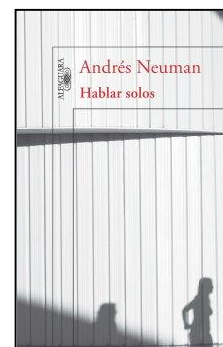
El país imaginado narra una historia que nos traslada a la China de los años treinta del siglo XX, repleta de fantasmas, de bodas entre vivos y muertos, de supersticiones y ritos ancestrales. En medio de todo ello se encuentra la protagonista, una joven que vive atemorizada por el compromiso nupcial que para ella desean pactar sus padres y que, mientras, solo tiene ojos para la hija de un vendedor de pájaros ciego, una chica hermosísima llamada Xiaomei, con quien inicia una tímida relación de amistad y dependencia. En sus citas en el parque al que los ancianos van a pasear a sus pájaros, las dos descubren la importancia de lo que se cuenta y de lo que no, de la lealtad y de la belleza, con todo su poder para huir de los abismos abiertos por los demás.

Hablar solos

Andrés Neuman

Editorial Alfaguara, 2012

Un viaje. Dos triángulos. Tres voces. Una vuelta de tuerca matriarcal a la road movie: padre e hijo salen a la carretera juntos, por primera y quizás última vez; mientras la madre toma la palabra y emprende por sí misma una segunda exploración, incluso más arriesgada. Lito acaba de cumplir diez años y sueña con camiones. Mario está enfermo y tiene deudas con su memoria. Antes de que sea tarde, ambos inician un decisivo viaje en el que compartirán mucho más que tiempo y espacio. Acosada por la idea de la pérdida, Elena se sumerge en una catártica aventura capaz de desafiar sus límites morales. Adicta a la lectura, no dejará de toparse con su propia vida en los libros, o viceversa. Alternando ternura y crudeza, *Hablar solos* se desplaza de la infancia a la perversión, de la familia al duelo. Una novela perturbadora que indaga en las relaciones entre Tánatos y Eros, planteando una pregunta de profundas consecuencias: ¿cómo afecta la enfermedad a nuestra forma de leer y de vivir el sexo?



Emma Roulotte, es usted

Norberto Luis Romero

LcLibros.com, 2012

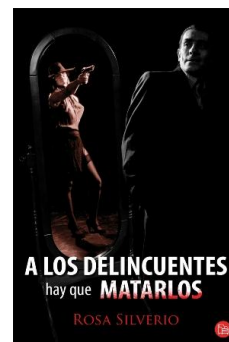
Emma Roulotte, es usted es todo un despliegue de fantasía creativa, un ejercicio metaliterario en el que se rompe cualquier barrera entre géneros, estilos, tiempo... cualquier circunstancia que pueda condicionar una narración para lanzarse por un terreno explanado y sin fronteras. Siempre con el humor como único requisito, las páginas de esta magnífica y originalísima novela de Norberto Luis Romero nos guardan una sorpresa en cada renglón, un giro brusco en el momento más inesperado, una carcajada estruendosa cuando la historia parece tomar por el derrotero más serio. Cuentos de princesas y genios al estilo de *Las mil y una noches*, relatos futuristas de robots que exploran un remoto planeta, historias de amor con trasfondo decimonónico, medicamentos milagrosos que devuelven la inspiración a los escritores... *Emma Roulotte, es usted* nos hace un guiño cómplice y bienhumorado y nos invita a disfrutar, reír y fantasear con la mejor literatura.

A los delincuentes hay que matarlos

Rosa Silverio

Editorial Punto de Lectura, 2012

En este libro se encuentran trece historias sobre el lado oscuro de la condición humana, en las que predominan la violencia, el engaño, el amor y la decepción. Los protagonistas, de personalidad compleja, se encuentran en situaciones retorcidas con desenlaces inesperados y sorprendentes. Algunos de los cuentos que integran este libro son: «La viuda negra», «La mano que me toca de noche», «Obsesión», «La canción rota», «La venganza de la Señora Mo», «El falso suicida» y el que da título al libro, «A los delincuentes hay que matarlos». Rosa Silverio es periodista, escritora y animadora cultural. Ha publicado los libros de poesía *De vuelta a casa* (2002), *Desnuda* (2005), *Rosa íntima* (2008), *Selección poética* (2010) y *Arma letal* (2011, Premio Nacional de Poesía Salomé Ureña de República Dominicana).



El pulso del azar

Ana Rodríguez Fischer

Editorial Alfabet, 2012

En la cárcel de mujeres de Wad-Ras, una joven recibe un abultado paquete de sobres: «Aquí está tu historia», le dice una de las guardianas. La lectura de esas cartas irá tejiendo la narración de unas vidas y unos hechos en un tiempo tan acotado como intenso: los días del Alzamiento y de la guerra civil, y cómo el conflicto bélico y su doloroso desenlace condicionarán la deriva existencial de los diferentes personajes, hombres y mujeres de todas las edades que desde Asturias o Málaga confluyen en la

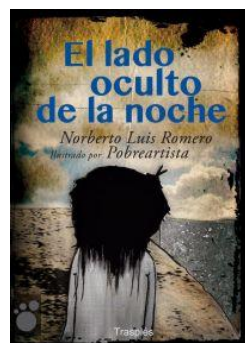
Barcelona agitada y convulsa de aquellos años, la Barcelona de los movimientos obreros y los sueños revolucionarios, teniendo que lidiar también con sus batallas personales y con las escisiones y conflictos dentro del bando republicano. Novela epistolar, *El pulso del azar* traza con fineza y maestría la marca indeleble del tiempo perdido, y es a su vez un réquiem por todo lo que pudo ser y nunca fue. .

Volver. Primero estaba el mar

Paula Carrasco

Fondo de Cultura Económica, 2012

Una historia de amor y soledad, un viaje real e imaginario de regreso al origen. Greta, una joven que vive en el desamparo desde la muerte de Dante, su hermano, decide retornar a la isla donde creció para enfrentar su pasado y a sus padres, a quienes no ha vuelto a ver desde que ella y su hermano intentaran huir de la isla. Crecidos bajo la única compañía de una madre hermética y silenciosa, y de un padre enigmático que cada tanto viaja al continente, los niños van configurando una especial realidad psíquica. Este aislamiento genera entre ellos un vínculo cada vez más estrecho, una alianza que les permite sobrevivir y darle sentido a sus vidas. Sin embargo, alimentada por lecturas y relatos de mitos griegos, esta relación se tornará más intensa y los hará tantear el riesgo. Escrita en un estilo íntimo, con la sobriedad y naturalidad del mismo paisaje que describe, esta primera novela de Paula Carrasco deslumbra. Tras personajes y circunstancias en aparente sordina, se revela la sobrecogedora cercana realidad. Los hechos, concatenados de forma de mantener al lector suspendido en un hilo, nos sitúan en las rompientes del mar de la vida.



El lado oculto de la noche

Norberto Luis Romero

Editorial Traspies, 2012

La noche en apariencia eterna encubre verdades incoherentes e inmutables. Una guerra cíclica y absurda se cierne sobre gentes obsesionadas por coleccionar los más variopintos e inútiles objetos. Bajo el gobierno del despótico «hombre gordo», un ejército de extravagantes sirvientes y crueles guardianes, atiende a la élite de poderosos cuyo único propósito es saciar sus bajos instintos. Inmerso en una atmósfera de sensualidad y hedonismo extravagantes, el protagonista se mueve entre la pesadilla y el ensueño.

Las leyes de la frontera

Javier Cercas

Editorial Mondadori, 2012

En el verano de 1978, cuando España no ha salido aún del franquismo y no termina de entrar en la democracia y las fronteras sociales y morales parecen más porosas que nunca, un adolescente llamado Ignacio Cañas conoce por casualidad al Zarco y a Tere, dos delincuentes de su edad, y ese encuentro cambiará para siempre su vida. Treinta años más tarde, un escritor recibe el encargo de escribir un libro sobre el Zarco, convertido para entonces en un mito de la delincuencia juvenil de la Transición, pero lo que el escritor acaba encontrando no es la verdad concreta del Zarco, sino una verdad imprevista y universal, que nos atañe a todos. Así, a través de un relato que no concede un instante de tregua, escondiendo su extraordinaria complejidad bajo una superficie transparente, la novela se convierte en una apasionada pesquisa sobre los límites de nuestra libertad, sobre las motivaciones inescrutables de nuestros actos y sobre la naturaleza inasible de la verdad. También confirma a Javier Cercas como una de las figuras indispensables de la narrativa europea contemporánea.



Yo, profesor, me confieso

Carlos Feal

Ediciones Alfaro, 2012

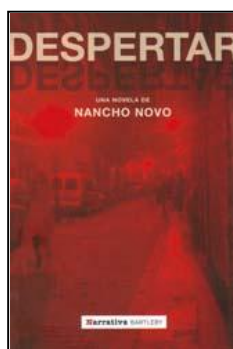
Yo, profesor, me confieso es una colección de relatos o, tal vez mejor, unas memorias en forma de relatos. A través de la figura de un yo narrador se exponen sucesos que abarcan un período muy amplio: infancia, juventud, edad madura, aunque sin seguir un estricto orden cronológico y mezclando con frecuencia en un mismo relato tiempos diversos. Junto a la vida de un individuo, se retrata aquí un grupo generacional inmerso en específicas circunstancias históricas, políticas y sociales. Asimismo se registran sueños y fantasías, vistos como parte indispensable de toda vida humana. Carlos Feal, nacido en La Coruña, es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Autor de numerosos estudios literarios, relatos en *La voz de Galicia* y en obras colectivas publicadas por Vagadamia / Ediciones del Viento, y de una novela, *Vidas y muertes mías* (Ediciones Alfaro, 2010). Vive en Nueva York

El cocinero del Papa

Javier Guzmán

Ediciones La Discreta, 2012

El cocinero del Papa, o sea, Iñaki recibirá dos terribles encargos de ETA a lo largo de su vida. Uno, siendo un joven aprendiz de cocinero en el País Vasco, con mucho futuro por delante. Otro, ya en la madurez, cuando la organización lo descubra al frente de un exquisito restaurante en un pueblo de Teruel, tras haber vivido en México y Venezuela y haber rehecho su vida con Jeny, una bella venezolana de armas tomar. Pero ¿cómo iba a imaginarse Iñaki que el Papa querría pasar por allí y que él tendría que ocuparse de la comida? Y es que la cocina es otro protagonista de la novela, junto con una magnífica corte o cohorte de secundarios que, con su intervención, irá preparando lo que el lector adivina como un desastre.



Despertar

Nancho Novo

Bartleby Editores, 2012

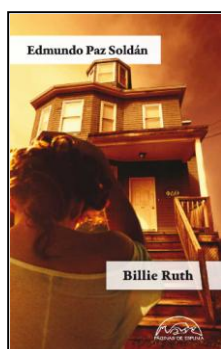
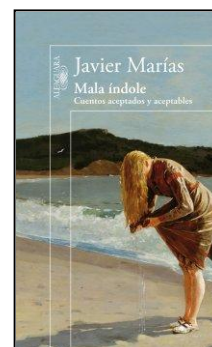
El fantasma de mujer que surca las venas de Jaime se ha enamorado de su creador, y ambiciona un insólito deseo: *Despertar*. Su apasionado propósito quebranta el fabuloso Mundo de Fantasía, donde conviven en quimérico equilibrio los imaginarios entes recreados por la humanidad. En tanto, la vida de Jaime discurre de la inclemencia de sus años universitarios, a la plácida actualidad. *Despertar* es una novela de contrastes: descarnada y auténtica, desinhibida y onírica, romántica y erótica. Un perfecto colage amalgamado por un sentido del humor/horror irreverente y tierno. Un colage solidamente sustentado por una estructura malabar que mantiene al lector en expectación constante.

Mala índole

Javier Marías

Editorial Alfaguara, 2012

Mala índole reúne, así, casi todos los relatos escritos por Javier Marías, los que él considera «aceptados y aceptables» y el lector encontrará deslumbrantes. Excelente puerta de entrada al universo Marías, *Mala índole* pone al alcance del lector, además de los que conformaron *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal*, varios cuentos hasta hoy inencontrables, entre los que destaca el que da título al libro, casi una novela corta sobre las divertidas y espeluznantes andanzas de un viejo conocido, Ruibérriz de Torres, durante el rodaje en México de una película con Elvis Presley. Además, médicos misteriosos, guardaespaldas, fantasmas, dobles, una aspirante a actriz porno, una mujer y un hombre asesinados por una lanza africana, un mayordomo neoyorquino encerrado en un ascensor, el adorador de una joven a la que filma sin cesar, una pareja mafiosa caída en desgracia, un asesino a sueldo que trata de disuadir a quienes quieren contratarlo... El mundo de los cuentos de Javier Marías es tan inquietante y cautivador que apenas permite apartar la vista de ellos, en un permanente estado de encantamiento y zozobra.



Billie Ruth

Edmundo Paz Soldán

Editorial Páginas de espuma, 2012

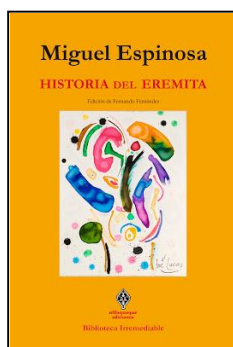
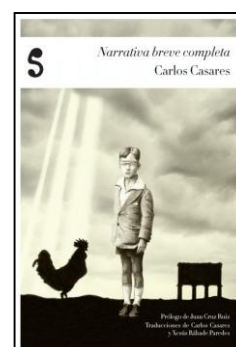
Un niño que descubre fascinado que el hermano mayor de uno de sus amigos es un asesino; un padre que obliga a su hijo a acompañarlo a vender droga; una adolescente que trabaja clasificando restos de seres humanos en una fosa común en los Balcanes; un maestro de escuela enviado a las minas bolivianas que aprende que tiene por vecino a un minero violento; un estudiante latinoamericano en una universidad del Sur de los Estados Unidos, enamorado de Billie Ruth, una chica perturbadoramente despreciada. Los magníficos relatos que componen este libro de Edmundo Paz Soldán son un catálogo del horror contemporáneo: la violencia de sus personajes descubre el intenso desasosiego existencial que los anima.

Narrativa breve completa

Carlos Casares

Editorial Libros del Silencio, 2012

Ambientadas en una Galicia cambiante, las dos colecciones que conforman el grueso de este libro muestran a un autor tan singular como polifacético. Si *El juego de la guerra y otros cuentos* narra, entre lo parco y lo poético, episodios de crueldad y violencia en un marco cuya depauperación y aislamiento se concretan en un clima tenso y enrarecido, *Los oscuros sueños de Clío* dibuja un escenario más luminoso, patentando una historiografía falaz, mágica y sutilmente humorística que permite la proliferación de judíos inmortales, alquimistas ponedores, santos paganos y misteriosos nigromantes. El volumen se completa con *Relatos dispersos*, que recoge todas las ficciones publicadas por Casares en revistas, periódicos y antologías: lejos de constituir piezas epigonales, entre ellas encontramos algunas de sus mejores páginas, que dan nuevas muestras de un estilo guiado siempre por la claridad y la transparencia, y que ponemos, ahora, a disposición de los lectores en lengua castellana.



Historia del Eremita

Miguel Espinosa

Alfabeta Ediciones, 2012

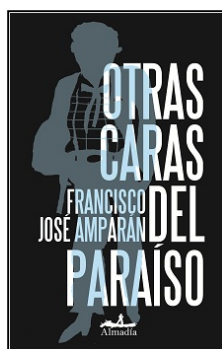
A lo largo de dieciocho años, Miguel Espinosa escribió hasta tres versiones de *Escuela de mandarines*, y, de cada una, varias redacciones. Con el título de *Historia del Eremita*, se ofrece aquí la versión primera —compuesta entre enero de 1954 y diciembre de 1956, cuando el autor apenas contaba treinta años—, que difiere sustancialmente de la definitiva. Aun así, ya muestra la gracia en el decir y el sistema de ideas que sostendrán el libro, con la distinción fundamental entre cosas primeras, últimas y contradictorias. La edición incluye, como apéndices, pertenecientes a esa época, una breve pieza, *El bufón y el príncipe*, y un texto sobre la filosofía política de los mandarines, preparado para el Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, que por entonces dirigía Enrique Tierno.

La canción de Brenda Lee

Miguel Ángel Muñoz

Editorial Menoscuarto, 2012

El gran Leonardo Veneroni es un cantante de jazz, hijo de una recordada estrella de la canción melódica de los setenta, que falleció en accidente en la cumbre de su éxito. Su entrega a la música es incondicional. Mientras prepara con su grupo *Veneroni's Quartet* un disco con el que pretende marcar un hito en el *jazz* español, aparece por azar en su vida Mariam, una dominante diosa del sexo que trastoca su existencia y pone en peligro su carrera musical, sometiéndolo a todo tipo de vejaciones. Miguel Ángel Muñoz, además de narrar esta historia actual con una prosa precisa y elegante, se aventura en un apasionante recorrido por las canciones del pasado siglo. Toda una apuesta por la capacidad de la buena música para iluminar las zonas oscuras de la condición humana.



Otras caras del paraíso

Francisco José Amparán

Editorial Almadía, 2012

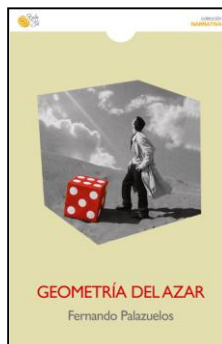
Por azar, el ingeniero Francisco Reyes Ibáñez —ocurrente y espabilado catedrático universitario de la Comarca Lagunera— resuelve casos policiales en sus ratos libres. Un letárgico día de verano, una alumna suya interrumpe el aburrimiento del profesor para pedir que resuelva una urgencia familiar: su prima, Helena Salgado, desapareció hace varios días sin dejar rastro. Paco acepta, sin pensar en las posibles consecuencias. Y éstas no se hacen esperar: su novia Alejandra amenaza con dejarlo debido a su peligrosa afición, su jefe lo pone en jaque por sus constantes ausencias, políticos y juniors intentan humillarlo, el aguerrido judicial apodado El Burro lo adopta como su ayudante, y un enigmático personaje que se siente amenazado por sus pesquisas atentará contra su vida. Las desapariciones siguen sucediendo. Ocurren asesinatos que tienen inminente relación con los hechos. Las cúpulas locales de poder defienden sus oscuros intereses. Esta novela es una reflexión sobre el mal. El que nos convierte víctimas, el mal cotidiano que no se oculta y al que el protagonista define como la negación de nuestra capacidad para hacer lo correcto. Una novela que va de la ciudad al golpeado campo mexicano en busca de las claves de un caso que, lejos de aclararse, se enreda cada vez más.

Seres desconocidos

Mariano García

Adriana Hidalgo Editores, 2012

Un argentino emigra a Madrid, siguiendo a su pareja. Tras un confuso incidente con una alumna, debe abandonar el colegio religioso donde da clases. El incidente altera su personalidad (o termina de desarrollarla) y su pareja lo abandona. Por un tiempo logra mantenerse, económica y espiritualmente, a costa de una galerista mormona. Pero el chantaje de un portero perverso, y el descubrimiento de cierto libro vampírico, lentamente allanan el camino de su ruina, que él irá regando con pétalos de albarada venganza. En la línea (la enrevesada, gótica línea) de su anterior novela, Mariano García profundiza con *Seres desconocidos* lo que ya puede considerarse una fenomenología de la paranoia, el resentimiento y la autoconmiseración. Con honestidad infrecuente, y la natural elegancia de una prosa nacida para cautivar, esta confesión ácida y erudita despliega la ciega ira de un hombre contra sus semejantes, mientras deambula por una ciudad ajena, hablando en una lengua que no termina de ser la suya.



Geometría del azar

Fernando Palazuelos

Editorial Baile del sol, 2012

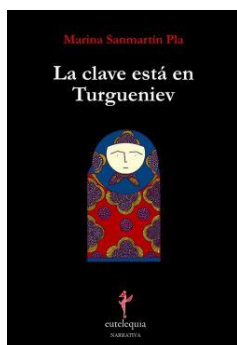
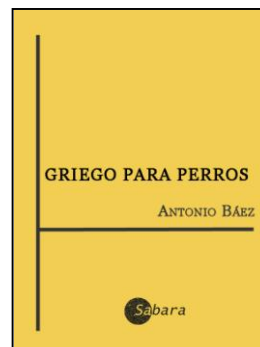
¿Qué es lo casual? ¿Qué lo define o limita? ¿Somos hijos del azar? Estas preguntas y otras muchas se agazapan en este singular texto híbrido, una especie de libro de bitácora dedicado a los sucesos casuales y a los hechos paralelos. Sus páginas estimulan la perplejidad, la reflexión y la risa. Con eficacia narrativa Palazuelos ha elaborado un texto ameno y conciso; un placentero recorrido por la duda del ser, del destino y del futuro; una comedia personal (a la vez que cósmica) acerca de lo fortuito y lo inesperado, esos dos espectros que a menudo sentimos pulular sobre nosotros.

Griego para perros

Antonio Báez

Sabara Editorial, 2012

Griego para perros es un recorrido largo en trayectos cortos, que nos asoma al paisaje de una serie de vidas que son como piezas de un puzzle que encajan mal o que simplemente se amontonan. Relatos fragmentados y microrrelatos que van conformando un clima de soledades, truculencias, sueños, ilusiones y pesadillas. Los viajes y los lugares; el alcohol y el tabaco; la basura, las mutilaciones; los bares, vicios, mujeresperro, un alfabeto griego que va desplegándose como un catálogo de víctimas; la familia: padres e hijos; un intento de huir estancándose en el parking de un centro comercial; pseudoaventuras amorosas y, como en cualquier tragedia, matar a un hombre por un quitame allá esas pajas, viudez, cárcel y una resolución de última hora a la altura de una comedia petarda.



La clave está en Turgueniev

Marina Sanmartín Pla

Editorial Eutelequia, 2012

Eli es crítica literaria y esconde un secreto. Se adentra en la treintena, es verano, está trabajando en un reportaje sobre novela negra y, mientras oscurece, se arregla en su ático nuevo para reencontrarse con su mejor amiga de la facultad, Lucía, que trabaja con Reporteros Sin Fronteras y ha aterrizado en Madrid para asistir, en la sede de la ONG que representa, a la inauguración de una exposición fotográfica a la que ha invitado a Eli. Este es el punto de partida de la noche que las dos mujeres, después de años sin verse, van a pasar juntas recorriendo la ciudad; una noche en la que el secreto no revelado de Eli, relacionado con la ausencia de su última pareja,

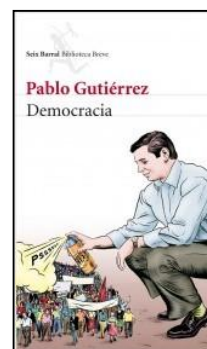
Miguel Echarte, adquirirá en la imaginación de Lucía la magnitud de un crimen; y en la que realidad y ficción se irán encadenando sin límite, planteándole al lector un extraño juego de muñecas rusas, cuya solución parece esconderse en las páginas de la novela policiaca que Eli lleva en el bolso. La novela, escrita por un autor anónimo, se llama *La clave está en Turgueniev*.

Democracia

Pablo Gutiérrez

Editorial Seix Barral, 2012

Septiembre de 2008: la caída de Lehman Brothers hace temblar al mundo. Marco tiene una hipoteca y muchos planes de futuro, pero ese mismo día es despedido. Su tragedia no es peor que la de millones de personas; su reacción sí lo es: de noche, Marco sale a la calle y comienza a escribir versos en las paredes de la ciudad, convirtiéndose en fuente de inspiración para tres jóvenes anarquistas. George Soros, el mega inversor antisistema que amasó una fortuna con la burbuja financiera, inspirará a Marco para vengarse de su jefe. *Democracia* es la intrahistoria de una prosperidad simulada que acabó destruyendo miles de vidas anónimas como la de Marco. Un brusco despertar al fin del mundo ficticio de la felicidad instantánea, el dinero fácil y la hipoteca abierta.



La deriva

Osvaldo Aguirre

Ediciones El Aleph, 2012

La deriva relata la iniciación de un joven cronista en el mundo de los sucesos policiales. Un mundo que transcurre en los márgenes de la gran ciudad y se despliega con violencia y crudeza a medida que el protagonista, Daniel Arnaut, alias Sanata, comienza su andadura. Sanata pertenece simultáneamente a dos lugares muy distintos, que se enfrentan casi como bandos enemigos: el del periódico en el cual trabaja, alineado con la policía y las ideas más conservadoras, y el del ambiente de los pequeños traficantes y consumidores de drogas, del que proviene. La historia de la novela despliega esta contradicción hasta llegar a un punto límite en que el personaje debe

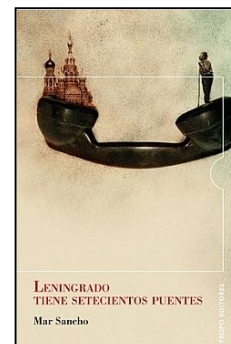
resolver de qué lado está. En un recorrido vertiginoso, sumergido en la más completa desorientación, el personaje se desprende tanto de sus amigos como de sus enemigos y su desesperada búsqueda de una salida se convertirá en una situación de vida o muerte.

Leningrado tiene setecientos puentes

Mar Sancho

Tropo Editores, 2012

Una mujer desayuna con un Maharajá amenazado. El vendedor de huesos enseña su mercancía el último día de cada mes. Un pastor hereda manuales para aprender ruso. Pero Rusia es el enemigo. Con la cadencia de la oralidad y el pulso de los insectos sigilosos, los personajes de Mar Sancho transitan en un mundo de secretos y sorpresas, emanan felicidad detenida en fotografías y ciudades caminadas. Las dieciocho historias de Mar Sancho, ganadoras de los principales premios que se convocan en España, conforman una casa donde permanecer y nos enseñan que añorar el pasado es correr tras el viento. Porque a fin de cuentas, lo único que dura toda la vida es la vida misma.



Los que duermen

Juan Gómez Bárcena

Editorial Salto de página, 2012

Una recóndita ciénaga de Germania, donde los cuerpos de cientos de prisioneros sacrificados a los dioses emergen a la superficie siglos más tarde, devolviendo al presente el enigma de su existencia. Un reino remoto donde los mercaderes comercian con palabras. Un Aquiles cobarde que abandona Troya para disfrutar la vida que los dioses no quieren dejarle vivir. Un simulacro de campo de concentración construido por Hitler para burlar las inspecciones de la Cruz Roja Internacional. Una comunidad de robots abandonada que sigue anhelando el regreso de sus creadores. Juan Gómez Bárcena nos sorprende con una extraordinaria colección de relatos que, en la mejor tradición del fantástico, nos

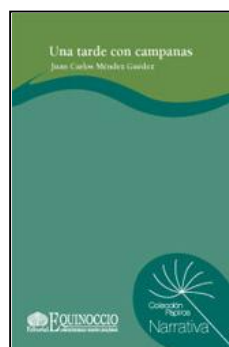
invita al extrañamiento para devolvernos una mirada más lúcida sobre nosotros mismos.

Los hombres te han hecho mal

Ernesto Mallo

Editorial Siruela, 2012

Lo que no lograron asesinos y sicarios lo consiguen oscuros burócratas: quitar a Lascano de en medio mediante un retiro forzado de la policía. Pero la tranquilidad no es para El Perro: una millonaria lo contrata para encontrar a su nieta perdida. Las pistas lo conducen al submundo de la trata de mujeres para la prostitución. Este ámbito desolado, donde convergen los políticos más corruptos y los más despiadados criminales, pondrá a prueba la sagacidad y el ingenio del personaje que hace de cada caso una cuestión de honor. La tercera aventura del Perro Lascano está basada en una profunda investigación realizada por el autor, que pone al descubierto la red de complicidades que han permitido que la trata se haya convertido en el segundo negocio ilegal más importante del mundo.



Una tarde con campanas

Juan Carlos Méndez Guédez

Editorial Equinoccio, 2012

Una mañana, José Luis, un ingenuo pero despierto niño sudamericano, toma un avión junto a su familia y viaja a España desde su Latinoamérica natal. Al contemplar Madrid, José Luis llora porque ignora qué significa la palabra otoño y piensa que ha llegado a una ciudad llena de árboles enfermos. Se inicia así una aventura en la vida de este niño que desconoce tantas nuevas palabras —ilegal, extranjero, emigrante...—, pero que al mismo tiempo descubrirá en su nueva existencia el valor de la amistad y el nacimiento de un apenas intuido sentimiento amoroso. El niño recupera de inmediato la memoria del país que ha dejado atrás y aprende a pasos agigantados las cla-

ves que le permiten sobrevivir dentro de una nueva realidad, en la que las pequeñas tragedias cotidianas como jugar mal al fútbol o padecer el inicial rechazo por su peculiar manera de hablar se convierten en motivos para un humor sutil. *Una tarde con campanas* es una novela llena de emociones, de iniciación a la vida, en la que desde la mirada ingenua de un niño asistimos a las peripecias de su mundo familiar, plagado de anécdotas tristes y risueñas, en la realidad española y europea de hoy.

Dándole pena a la tristeza

Rafael Pinedo

Editorial Salto de Página, 2012

Esta novela relata los avatares de una acaudalada y muy limeña familia. El autor nos ofrece el vívido retrato del fundador de esta saga —un minero de finales del siglo XIX que con enorme creatividad y no poco sacrificio funda un gran imperio financiero— y de sus descendientes. A juzgar por el dramático curso que toman las vidas de éstos, el barniz de civilización con el que adornan sus vidas no los libra de los instintos más primarios que laten en su ser. Sólo ello explica que el juego de la vida consista, para algunos de los personajes, en dirigir otras vidas, contrariar destinos y, en un extremo sobrecogedor, deshacerse de quienes ponen en riesgo el orden señorial. Con esta novela Bryce logra el retrato tierno, violento, feroz e incluso inmisericorde de una familia que lo pierde absolutamente todo y cuyos últimos descendientes encarnan la más atroz decadencia de un linaje.



Memorias de la salamandra

Rosario Curiel

Ediciones La Discreta, 2012

Memorias de la salamandra, en palabras de la propia autora, se centra en una serie de personajes que frecuentan uno de estos nuevos centros de *wellness* que se han puesto tan de moda, conocido por el nombre de Utópolis y situado en la ciudad de Lleida. Allí todo el mundo trabaja su cuerpo para encontrarse mejor. En cierto modo, es una crítica a la sociedad de consumo y una reflexión sobre la capacidad de supervivencia. Por una parte, cuenta la realidad cotidiana, con sus protagonistas, sus problemas, sus afectos... y por otra, describe una especie de mundo paralelo en la que la búsqueda de la perfección acaba convirtiéndose en un verdadero infierno. Una

perfección que no existe y que hace infelices a los personajes, al tiempo que crea historias que parecen unirlos en una lucha por la supervivencia, tanto física como psíquica, que algunos consiguen y otros no. Un libro que alerta de los peligros de una sociedad que robotiza al hombre y lo convierte en un producto típico del consumismo y que lo lleva a ser capaz de autodestruirse y elimina su propia ansiedad por ser feliz.

Videojugarse la vida

Daniel Cotta Lobato

Funambulista, 2012

Esta novela es un juego. Un videojuego más bien. Sí, un videojuego de verdad, con sus reglas y sus jugadores, sus niveles y sus fases, sus extras y sus sorpresas. Aquellos que aborrezcan jugar deben alejarse inmediatamente de ella. Esta novela es también una burla. Aquellos que detesten las bromas, que la arrojen al fuego sin contemplaciones. Para jugarla hay que tener algo de extraterrestre y algo de poeta, algo de hombre y algo de mujer, algo de vivo y algo de muerto. El protagonista eres tú, un alienígena que viene a exterminar a la Humanidad. Antes, sin embargo, de ejecutarlos, debes oír qué alegamos en nuestra defensa. Esto es *Videojugarse la vida*. Si no quieres ver en ridículo a tipos muy prestigiosos y aplaudidos ni verte obligado a decidir sobre la suerte de tu vecino o tu mejor amiga, no leas este juego, o mejor dicho, no juegues a esta novela.



Las gemas del falsario

Raúl Brasca

Cuadernos del Vigia, 2012

Los tortuosos rodeos que hace el deseo sexual para satisfacerse, sobre todo cuando encuentra bloqueado su cauce natural, así como los atajos que suele tomar; las ambigüedades propias de nuestra lengua, de las palabras y de las series de palabras según cómo se las ordene, son algunos de los terrenos en torno a los que se estructuran las cincuenta y cuatro historias que, entre la narración y el microensayo, componen este libro donde la necesaria desnudez, la obligada ausencia de adornos, pone en evidencia su intrínseca singularidad. Escribir en las fronteras del género con formas menos narrativas o no narrativas de la brevedad; refugiarse en la belleza sonora

que parece esconder un sentido y explorar márgenes temáticos y formatos orales no transitados anteriormente son caminos posibles que Brasca ha utilizado con extraordinario resultado.

El León Errante

Santiago González Carriedo

Editorial Intangible, 2012

El inspector Vilecha y Lemi, su robótico asistente, son llamados para resolver un delicado caso de robo de nanotecnología. Todo parece esconder una trama de espionaje internacional contra los Estados Unidos de León, pero nada es lo que parece y todo desemboca en una sangrienta revolución de sabor gatopardesco. Se mezclan, en la inconclusa trama policial del inspector Vilecha, personajes dispares, científicos locos, animales parlantes, mutaciones genéticas, potentes dinastías modernas y prejuicios con sabor atávico: la discriminación de los robots, la marginación de los diferentes. Tras el velo de la acción trepidante *El León Errante* termina ofreciéndonos una cortante reflexión sobre el poder y sus sistemas de pervivencia y la parcialidad de la experiencia personal, en definitiva, de nuestra capacidad personal de conocer la verdad y actuar en consecuencia. *El León Errante* es, a la par de una parodia que apareja los géneros de la ciencia-ficción y la novela policíaca, un homenaje a la literatura francesa de Stendhal a Vian.



Efectos secundarios

Rosa Beltrán

451 Editores, 2012

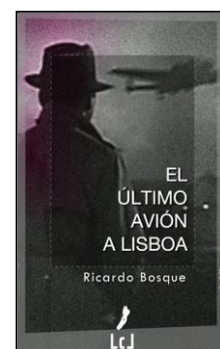
El personaje principal de esta novela ejerce el peculiar oficio de presentar libros comerciales por encargo. Cada paquete que recibe resulta ser inequívocamente *la mejor novela del año*. Esto resulta absurdo, pero lo importante es seguir leyendo porque leer es su razón de ser. Habita la piel de Orlando, sufre la metamorfosis de Kafka, ríe con el cinismo de Wilde... Entre las páginas de esta novela estamos a salvo, mientras que afuera reina el caos de la realidad mexicana. Rosa Beltrán (Ciudad de México, 1960) es una de las escritoras mexicanas más prestigiosas, autora de novelas como *La corte de los ilusos* (Premio Planeta-Joaquín Mortiz 1995), *El paraíso que fuimos* (2000), *Alta infidelidad* (2006), así como del libro de relatos *Amores que matan* (2005).

El último avión a Lisboa

Ricardo Bosque

LcLibros.com, 2012

En la triste y depauperada España de posguerra, donde aún colea la escasez, el racionamiento y la grisura, Antonio es un bedel de ministerio pluriempleado por las tardes y noches como acomodador en un cine. En medio de una vida anodina, apretado además por las sospechas de su jefe, que piensa de él que no es muy afecto al régimen, Antonio contempla con envidia las vidas y los heroicos caracteres de los personajes de la pantalla. Hasta que un día, Rick, el protagonista de Casablanca, esa película que tantas veces ha visto y se sabe de memoria, suelta de pronto una lágrima cuando el avión en que se va Elsa despegue rumbo a Lisboa... Fascinante juego entre la realidad real y la realidad fingida, que llegan a entremezclarse de una forma sorprendente, *El último avión a Lisboa* es una pregunta abierta sobre nosotros mismos y el papel que a veces nos obligan a cumplir en la vida, sobre el guion ajeno que parecemos tener que seguir y la manera en que, quizás, pudiéramos huir de él.



Las tetas de Perón

Roberto Gárriz

Libros del Zorzal, 2012

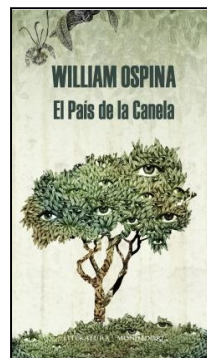
El servicio secreto alemán sabe que el General Perón está en poder de un dispositivo para manejar el tiempo y que lo utiliza para atrasarlo, lo que le permite vivir replicando el pasado. La fórmula del dispositivo se encontraría tatuada en el pecho de El Hombre, sobre su corazón. Es por eso que los alemanes envían a un agente a intentar copiar la fórmula. Pero en medio de la misión, el agente descubrirá el secreto peor guardado de la historia argentina. *Las tetas de Perón. Una novela peronista hasta las manos*, se publica en este volumen junto a las novelas cortas *Formosa* y *El caballo de Troya*.

El País de la Canela

William Ospina

Editorial Mondadori, 2012

Un grupo de hombres, guiados al principio por Gonzalo Pizarro y después por Francisco de Orellana, emprende una expedición en busca de un soñado bosque de canela. Bajo su mando, los doscientos cincuenta españoles, los cuatro mil indios y los dos mil perros de presa, llamas y cerdos que forman parte de la expedición encontrarán increíbles parajes, seres nunca vistos y el más caudaloso de los descubrimientos: el río Amazonas. Premio Rómulo Gallegos 2009, *El País de la Canela* es la historia de una expedición fracasada, ejemplo perfecto de la locura que se apoderó de aquellos conquistadores del Nuevo Mundo delirantes por las promesas de oro y opulencia.



El público

Bruno Galindo

Editorial Lengua de trapo, 2012

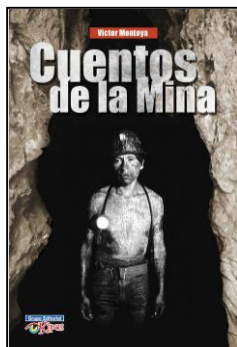
Un importante periódico de izquierdas descubre que ha perdido a su público de 25 a 40 años. Un exhaustivo estudio de mercado inspira en sus directivos la decisión de lanzar un nuevo producto: una revista dedicada al mundo del lujo más descabellado. Un periodista cuarentón, fuera de juego y entregado a las más ardientes teorías conspiratorias, recibe una oferta para trabajar en ella. Nuestro Hombre se verá dividido entre sus ideas contra el sistema y la necesidad de aceptar lo que parece su última oportunidad laboral. La llegada del éxito le ayudará a decidirse. Le espera otra sorpresa: la recepción de una serie de desconcertantes anónimos.

Sentido sin alguno

Agustin Martinez Valderrama

Editorial Talentura, 2012

En pleno auge del microrrelato aparece la voz diferente de Agustín Martínez Valderrama, que debuta con un libro sin instrucciones que no dejará indiferente a nadie. Y para muestra, el micro que aparece en la contraportada: «O (Del lat. aut) La probabilidad estimada de ser alcanzado por un rayo si uno luce bigote, juega al pádel, tira gatos por la ventana, sostiene un huevo con la punta de la nariz, fornicación con un finlandés o finlandesa todos los lunes, miércoles y viernes, cuenta olas, se corta una oreja, es más tonto que un zapato, veranea en Northwick, coge aire y no lo suelta, se le lengua la traba si dice tres tristes tigres comen trigo en un trigal, se enamora de una farola, duda si pegarse un tiro o pegarse dos, vive en una casa sin suelo, abre la nevera y descubre dentro a Superman, tiene un amigo que cuando era pequeño se le secó un huevo, domestica metáforas, tararea ojos verdes, un día la vida quitarse decidió, sopla el clarinete o clarín, dice the sea, admira a don Enrique Castro Quini, sueña con o sin calcetines, se llama Matthew y pasea a un perro que no es un perro sino un trozo de aire con forma de perro, es la misma que no ser.»



Cuentos de la mina

Víctor Montoya

Grupo Editorial Kipus, 2012

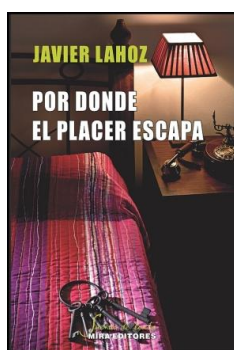
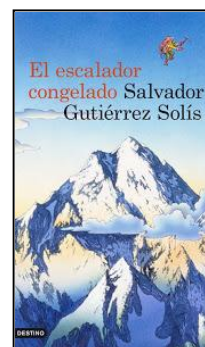
Cuentos de la mina, compuesto por 25 relatos de extensión variada, es un regío escarpado donde se exponen las vertientes más fascinantes del mundo minero, cuyas creencias están vinculadas tanto al paganismo de las culturas ancestrales como a la religión católica llegada de allende los mares. El libro, además de contar con el prólogo del español Benigno Delmiro Coto, está ilustrado con fotografías de Jean-Claude Wicky, Stanislas de Lafon, Barbara Lindell, Christopher Hines, Joson Devit y Manuel L. Acosta, entre otros. En *Cuentos de la mina*, como en toda obra de creación literaria, se explayan las modernas técnicas narrativas, a partir de un eje temático que pone en primera plana las aventuras y desventuras del Tío de la mina; un personaje que simboliza el sincretismo religioso y el mestizaje cultural desde la época de la colonia.

El escalador congelado

Salvador Gutiérrez Solís

Editorial Destino, 2012

A Ana le obsesiona la soledad. Jesús pretende transformar sus anhelos en realidad. Amadeo sigue esperando el amor arrebatado. Luna sueña con un hogar y una familia que certifiquen su identidad. La juventud es el reto imposible de Mario. Susana espera, acompañada de un Orfidal, un cambio en su vida... *El escalador congelado* nos muestra una instantánea en la vida de un grupo de personas asomadas a ese precipicio vital que nos indica que el camino ha terminado o que es necesario arriesgarse, y mucho, si queremos alcanzar la meta soñada. Las cimas que pretendimos alcanzar en la juventud pueden llegar a convertirse, en demasiadas ocasiones, en el escenario sobre el que se representan los sueños incumplidos. El atrevimiento del escalador que la altura congela. Una novela sobre la insatisfacción, el amor, los celos, la impotencia, la indignación, la frustración y la melancolía que cada día pueden desembarcar en nuestras vidas. Un retrato generacional de aquellos que no se resignan a despedir definitivamente a la juventud y a asistir, en la primera bancada, al entierro de Peter Pan.



Por donde el placer escapa

Javier Lahoz

Mira Editores, 2012

Raquel Osuna abandona el hotel Meridiano al amanecer, tras acostarse con un desconocido. Julia Sanders escribe sus memorias eróticas observada por la atenta mirada de Bienvenido Soria, su compañero de piso, al que todavía no ha logrado seducir. Alicia Burdeos teme lo que su marido, Felipe Simancas, va a proponerle cuando llegue la noche. O incluso antes. Arturo Casals ha de tomar una decisión con respecto a su relación con Néstor Alias. Cuatro historias. Tres días. Tres noches. Algunas reflexiones. Otros tantos encuentros. Y el riesgo de que el placer se escape... Esta novela, inédita hasta hoy, fue una de las seis finalistas del Premio La Sonrisa Vertical en

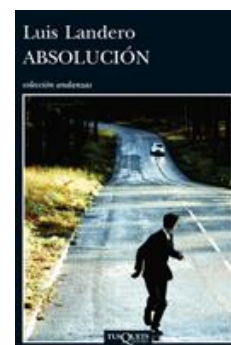
2003. Para la presente edición, ha sido corregida y revisada por el autor.

Absolución

Luis Landero

Editorial Tusquets, 2012

Tras una vida errática e insatisfecha, Lino ha conseguido finalmente ser un hombre feliz. Es un jueves de mayo, y ante él se abre un futuro espléndido. El domingo se casará con Clara, y hoy, como anticipo de ese día venturoso, se celebrará una comida familiar. Todo invita, pues, a la armonía y a la dicha. En la cuenta atrás de esa mañana, Lino recapitula su pasado, desde que constató en su adolescencia que vive en un mundo hostil, hasta que, unos meses atrás, entró a trabajar en un hotel y allí conoció a Clara, y al señor Levin, y se inició un periodo que lo llevaría hasta este milagroso día de primavera. Pasea confiado por Madrid, aunque de vez en cuando lo asaltan presagios inquietantes. De pronto se ve envuelto en un altercado callejero, a partir del cual el feliz día de mayo se irá convirtiendo en una pesadilla que lo lanzará a la aventura del camino y a las desventuras de la culpa, y también a la búsqueda desesperada de una posible absolución que le otorgue un remanso de paz consigo mismo y con el mundo.



Contrapunto

Ana Ubé y Elifio Feliz de Vargas

Libros Certeza, 2012

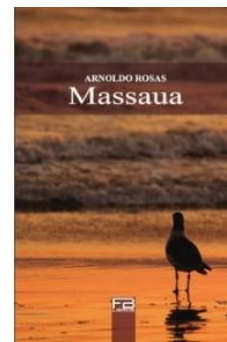
Este libro recoge un experimento literario, un reto narrativo. Ana Ubé ha escrito unos relatos, publicados durante los últimos años en la sección dominical «Albadas» del Diario de Teruel, y Elifio Feliz de Vargas, tras la lectura atenta y analítica de los mismos, elabora una réplica, hasta ahora inédita, sobre el mismo tema y con su óptica personal como contrapunto. De la técnica musical así denominada, Contrapunto, que evalúa la relación existente entre dos o más voces independientes con la finalidad de obtener cierto equilibrio armónico entre ellas, nace este intento de coordinar dos razones literarias de hondura, matices y sensibilidad contrastadas. El volumen cuenta con un prólogo de Fernando Aínsa.

Massaua

Arnoldo Rosas

FB Libros, 2012

En 1934 un grupo de buzos y marinos margariteños (Isla de Margarita, Venezuela) fueron contratados para pescar perlas en India, quedaron abandonados a su suerte en Massaua, colonia italiana de Eritrea, en la antesala de la II guerra italo-abisinia, episodio poco conocido, excepto en el estado Nueva Esparta, donde a lo acontecido por el grupo se le conoce como la aventura de los margariteños. «En *Massaua* Arnoldo Rosas hace un gran homenaje al uso de la imaginación al igual que lo hicieron otros escritores como Julio Verne en *El soberbio Orinoco* y Bram Stoker en *Drácula*. Basándose en largas investigaciones sin conocer territorio alguno realiza una descripción gustosa de las ciudades, paisajes y de las diferentes actividades comerciales de la época.» (Jonathan Bustamante)



El joven Nathaniel Hawthorne

Victor Sabaté

Editorial El rayo verde, 2012

Un ya no tan joven aspirante a escritor, a quien la rutina y la necesidad de ganarse la vida han hecho desistir de sus aspiraciones, descubre que uno de sus viejos textos de juventud ha sido plagiado. ¿Cómo conseguir que los demás crean en lo que dice cuando ni él mismo se atreve a hacerlo? La cuestión resulta especialmente difícil si el supuesto plagario es un autor fallecido hace un siglo y medio. Nuestro primer descubrimiento, publicado con licencia Creative Commons, nos habla de las frustraciones y dificultades de quienes intentan adentrarse en el mundo de la literatura, a la vez que reflexiona sobre las influencias, la inspiración y el plagio literario. Un texto

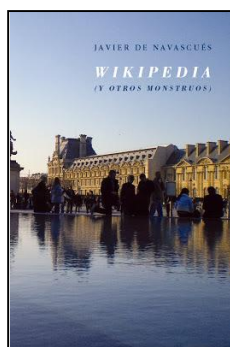
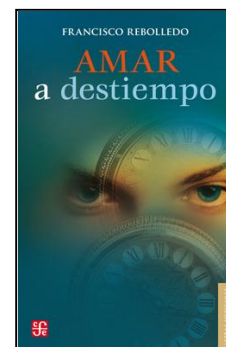
impecable que trata a través de preguntas, citas y juegos autorreferenciales, sobre el difícil placer de ser publicado. Con curiosas anécdotas que incluyen a Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Vargas Llosa, Poe o Melville, el autor consigue dar veracidad a esta ficción imposible. ¿A cambio de qué venderías tu alma al diablo? Premio de Narrativa Breve Ciudad de Amposta 2010.

Amar a destiempo

Francisco Rebolledo

Fondo de Cultura Económica, 2012

Amar a destiempo muestra una idea diversa del amor; de un amor no correspondido hasta que llega su momento: el que Pedro siente hacia Victoria y que es desdeñado, el amor que el hijo de Pedro (Nicolás) siente hacia la hija de Victoria (Isabel) y el amor aún no consumado casi tres generaciones después, cuando Adriana (hija de Isabel) se enamora de Nicolás. Con la calidad narrativa que le caracteriza, Francisco Rebolledo logra crear en estas páginas una historia original y conmovedora a partir de un argumento clásico. El propio Rebolledo afirma: «... desde que la empecé a escribir yo quería hacer algo, una especie de guiño al romanticismo, que gire en pleno romanticismo la historia de mi novela y que la historia fuera una historia romántica, es decir un amor imposible, que es uno de los clichés del romanticismo.»



Wikipedia (y otros monstruos)

Javier de Navascués

Editorial Los papeles del Sitio, 2012

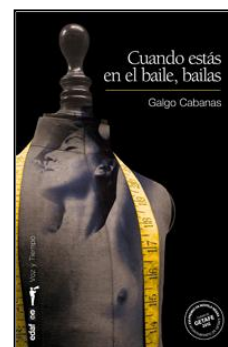
La vitalidad del género del microcuento queda patente ya no sólo en el fiel y cada vez mayor número de lectores que agrupa sino también en el manifiesto afán de quienes se atreven a aventurarse en su escritura. En ocasiones ese fervor deviene logro, el género se reinventa, halla nuevos cauces, despierta nuevas preguntas y traspasa fronteras que lo engrandecen. Temáticamente orquestados en torno a los mitos, actuales y clásicos, que configuran parte de nuestro imaginario cultural, estos cuarenta y cuatro breves textos suponen una lectura y una reflexión más que sugerentes.

Cuando estás en el baile, bailas

Galgo Cabanas

Grupo EDAF, 2012

En una ciudad enroscada en sí misma, donde las clases acomodadas acuden a bailes de etiqueta, ajenas a la insurrección que nace en sus cloacas, con revolucionarios propensos a la melancolía y la dinamita, y mafiosos más acostumbrados a abrir hombres que libros, el sastre Carlo Montelongo no tiene enemigos y lleva una vida tranquila y ordenada. En el momento en que sus amigos comienzan a morir, el tiempo se convierte en una carrera para evitar ser el siguiente cadáver. Con *Cuando estás en el baile, bailas*, Mario de los Santos y Óscar Sipán obtuvieron por unanimidad el XVI Premio de Novela Negra Ciudad de Getafe.



Contra las cuerdas

Susana Hernández

Alrevés editorial, 2012

Contra las cuerdas es una nueva entrega de la serie iniciada con *Curvas peligrosas* (Odisea Editorial 2010) y protagonizada por las subinspectoras Rebeca Santana y Miriam Vázquez. Santana y Vázquez se enfrentan a un violador y asesino en serie que actúa en la Costa Dorada y la ciudad de Barcelona. La sexta víctima del asesino es alguien del entorno más cercano de Santana. La complejidad del caso, sus implicaciones emocionales y la carrera desesperada por salvar a una persona querida no son los únicos obstáculos que deberá sortear la subinspectora. Conflictos sentimentales, un misterioso acosador y un giro inesperado en la complicada relación con su madre,

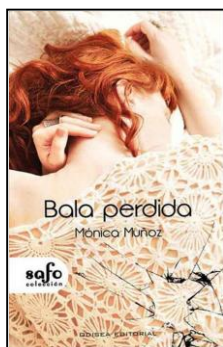
acorrallarán a Santana contra las cuerdas. Humor, acción, misterio y peripecias personales de las protagonistas, forman el fresco de esta nueva entrega.

Pesos plumas, pesos medios y un peso pesado

Alejandro Lérica

Editorial Hipálage, 2012

«El cuento —escribe Andrés Neuman— es el género que mejor sabe guardar un secreto». En este libro asistimos, antes que a nada, a la explotación máxima de los matices y contradicciones de un fragmento temporal muy limitado. Se ha escrito: «Si alguna vez Napoleón dijo “vísteme despacio, que tengo prisa”, quizá muchos cuentistas escribimos pensando “narremos lentamente, que tenemos poco tiempo”». Breves piezas, en muchos casos, y verdaderas miniaturas en otros, que buscan simultáneamente, a través de diferentes formas y estrategias narrativas, la emoción y la experimentación, donde el vértigo, la concentración, la intensidad y la sugerencia adoptan además otro modo de deslumbramiento.



Bala perdida

Mónica Muñoz

Odisea Editorial, 2012

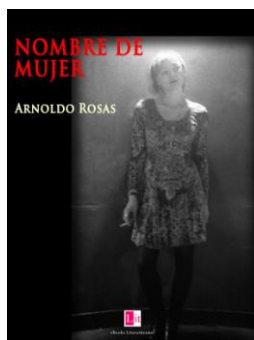
En el Hotel Continental se reúnen dos mujeres con un oscuro pasado. Una es Marta Dickter, propietaria de una agencia de modelos que su marido utiliza como tapadera para la prostitución de lujo; y la otra es Claudia Chambre, redactora jefe del diario Pluralidad, quien huye de un amor no correspondido y de las heridas de un pasado demasiado traumático para recordar. Claudia Chambre amanece desnuda en la cama de la habitación 103 del Hotel Continental sin recordar nada de lo ocurrido la noche anterior. Marta Dickter, por su parte, no ha tenido tanta suerte y tres balas han terminado con su vida en la misma noche y en la misma habitación de hotel. Para los subinspectores Sánchez y De Marcos de la comisaría Casadela no cabe la menor duda, Claudia Chambre es culpable. Solo falta demostrarlo. Así que Claudia recurrirá a la ayuda de su inseparable amiga Lara para encontrar la verdad que la conducirá a descubrir secretos que quizá hubiese sido mejor no desvelar. Mónica Muñoz (Madrid, 1975) es licenciada en Derecho y una apasionada de la poesía y de las novelas de misterio. *Bala perdida* es su primera novela en la que ha volcado sus pasiones literarias para narrarnos una historia de intrigas con un inesperado final.

Cuatro por cuatro

Sara Mesa

Anagrama, 2012

Cuatro por cuatro arranca con la historia de un grupo de chicas, lideradas por Celia, que se han fugado de un colegio pero que son atrapadas y devueltas a la institución. El colegio del que huían, el Wybrany College, es un internado completamente incomunicado del exterior y destinado a los hijos de familias acomodadas, los únicos que pueden aspirar a salvarse de un mundo en descomposición en el que la vida en la ciudad se ha hecho imposible. Pero el Wybrany College también acoge a los llamados «especiales», chicos becados cuyos padres trabajan al servicio del proyecto. Las relaciones entre ambos grupos y entre ellos, los profesores y los miembros de la Dirección —el Sr. J., la Culo o el Guía— internarán al lector en un microcosmos dominado por la manipulación y el aislamiento. Con una narrativa fragmentaria, indirecta y muy depurada, la primera parte de la novela es una suerte de enigma cuyo sentido se completará más adelante.



Nombre de mujer

Arnaldo Rosas

eBooks Literáturame!, 2012

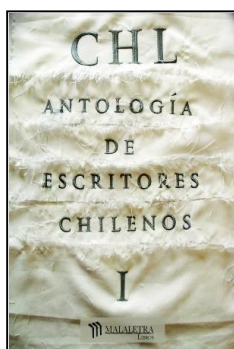
Nombre de Mujer es una novela de múltiples voces y diferentes estratos que se ambienta en la Venezuela de las últimas tres décadas del siglo XX, donde los personajes —un grupo de jóvenes de clase media de diversas procedencias geográficas— fluyen, se entrelazan, se afectan arrastrados por el constante cambio político de los países latinoamericanos, descubriendo en con ello el amor, el sexo, la independencia, no siempre libres de escoger vicios, pasiones, afectos, ideales, en esa cotidiana telenovela que es la vida. *Nombre de Mujer*, editada originalmente en 2005, es ahora reeditada en formato digital por eBooks Literáturme!

Accidente

Juan Abreu

Editorial Sigueleyendo, 2012

Amado u odiado pero nunca cómodo, Juan Abreu es actualmente el autor cubano vivo más relevante en España. Erotómano, culto, exquisito y tajante en los argumentos, cuenta con una obra escrita y pictórica inapelable. Su *Accidente* define un modo literario de retratarse. «*Accidente* es mi libro más personal. Todo en sus páginas tiene que ver con la realidad y con acontecimientos reales. El 22 de marzo de 1995 mi madre murió atropellada por un coche, en Miami. Poco después, decidí escribir la historia de una madre y sus hijos escritores, y escribir la historia de un hijo que decide vengar la muerte de su madre. La literatura no sirve para nada, pero en contadas ocasiones, como esta, ayuda a un hombre a salir de un agujero oscuro y seguir adelante.» (Juan Abreu).



Antología de escritores chilenos

VV.AA.

Mala letra Libros, 2012

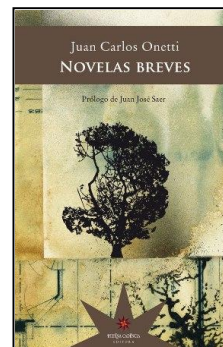
«El gran tema secreto de la literatura chilena es ese abismo entre lo que se dice y lo que se escribe. Así somos en Chile» escribe Alejandro Zambra con una visión casi antropológica, «desconfiamos de la fluidez, de la facilidad de palabra». Es quizá por esa desconfianza que esta antología está lejos de quienes han tenido tan claro qué hacer con Chile y sus representaciones imaginarias. Encontrarán aquí la prosa sucia y humorística de Marcelo Mellado, el estilo velocísimo con que Álvaro Bisama escribe sobre la juventud abandonada de Valparaíso, el proyecto de Nona Fernández, atenta a los fragmentos de identidad y memoria que dejan los signos en su desperdicio por la ciudad, la escritura de esa viajera vertical que es Cynthia Rimskey, su mirada milimétrica, acompasada y extraña. La sordidez del relato de Lina Meruane, Antonio Gil y los enigmas de una momia precolombina, Oscar Barrientos y su invención: Puerto Peregrino. La difuminación genérica en Alameda tras las rejas de Rodrigo Olavarría y, claro, los materiales de las periferias santiaguina en la prosa poética áspera, feísta, ridícula y crítica de Yuri Pérez.

Novelas breves

Juan Carlos Onetti

Editorial Eterna Cadencia, 2012

En los sesenta, señala Juan José Saer en su prólogo, la novela breve se constituyó en la máxima aspiración estética de los narradores jóvenes. Por un lado, su extensión tenía la ventaja de permitir muchas opciones constructivas. Por otro, los atributos propiamente poéticos y retóricos, como el ritmo, el cuidado verbal, el laconismo, la sugestión —en contraposición a la discursividad, el prosaísmo, las convenciones estructurales y el conceptualismo de la novela— estimulaban especialmente la imaginación. Onetti, considerado uno de los escritores modernos más originales, utilizó todos los elementos del relato de manera novedosa y compleja. Y las siete novelas que conforman este volumen, sin dudas, confirman esa «unicidad vívida que justifica a toda obra de arte» que menciona Saer. Pero estas novelas ofrecen también una muestra de los temas predilectos de Onetti: la desgracia y la crueldad, la resignación y el fracaso, la rabia y la autodestrucción, pero también el amor, la culpa, la nostalgia, a veces la esperanza y, sobre todo, la compasión.



Cuentos en el exilio

Víctor Montoya

eBooks Literatúrame!, 2012

Víctor Montoya, con la fuerza en el arte narrativo y la experiencia en el oficio escritural, condensa imágenes y situaciones en contraste, que generan una visión sintética de hechos y sucesos tanto individuales como colectivos. Y una de sus excelencias radica en optar por la vía del arte en general, como posibilidad de superar el dolor de lo inmanente que asfixia en la repetición en lo mismo. En el discurso literario se capta de inmediato el refugio lenitivo del sueño. Y es por este medio que alcanza la ubicación de las fuerzas ocultas que producen el poder destructor y la forma de vencerlos. Así, *Cuentos en el exilio* nos presenta no sólo registros nuevos y sorprendentes en la prosa de uno de los mejores narradores latinoamericanos en la diáspora, sino

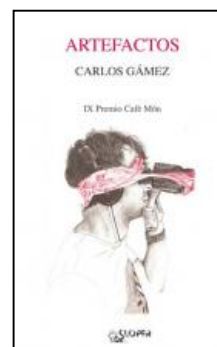
también una temática poco frecuente en la literatura universal, como es el tema de la enajenación subconsciente que provoca el exilio.

Artefactos

Carlos Gámez

Editorial Sloper, 2012

¿Cómo satisfarán los seres humanos en el futuro su necesidad de drogarse? ¿Qué niveles de perdición y adicción nos permitirán los avances tecnológicos? Y ¿será posible vivir sin ellos? *Artefactos* es una novela de ciencia ficción que describe con ironía un futuro en el que a la extinción de las fronteras y la identidad geográfica hasta ahora conocidas, se une la pérdida de la conciencia individual. En esa nueva Humanidad rastreamos el retrato de una sociedad en vertiginosa transformación y, a la vez, hondamente marcada por las huellas de la historia reciente: las cicatrices de la Segunda Guerra Mundial, la paradoja de la inmigración y el racismo, la deshumanización y el aislamiento. La fórmula narrativa propuesta por Carlos Gámez, un sorprendente puzzle de personajes y cambios de voz, refuerza este sentimiento de desolación y pérdida, aunque con una saludable dosis de sentido del humor.



Laberinto de fortuna

Medardo Fraile

Editorial Menoscuarto, 2012

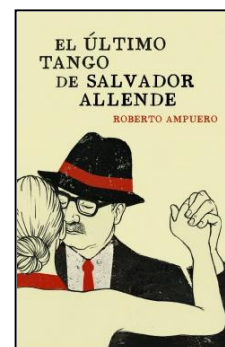
En esta singular novela, el escritor narra con precisión la atmósfera de un entrañable Madrid, aún provinciano. Este sugestivo cuadro de época magistralmente descrito —por donde desfilan cafés y cines de la Gran Vía, verbenas populares, patios de veci nos...— podría ser el arranque de una literatura siempre vigente. Medardo Fraile pertenece al grupo de escritores denominado Generación del Medio Siglo, que incluye otros nombres esenciales de las letras hispanas del último siglo (Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, Rafael Sánchez Ferlosio...).

El último tango de Salvador Allende

Roberto Ampuero

Editorial Plaza & Janés, 2012

Ninguno de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas chilenas responde en su domicilio la mañana del 11 de septiembre de 1973. Todo indica que el golpe de Estado está en marcha. Salvador Allende se dirige al Palacio de La Moneda. Y Rufino, asistente personal del presidente, viejo compañero de un taller anarquista y gran amante del tango, afición que comparte con el mandatario, escribe en un cuaderno escolar la historia de la tragedia que se avecina. Muchos años después, ya derrumbados los muros de la Guerra Fría, el mismo cuaderno ve la luz cuando inesperadamente llega a las manos de David Kurtz, ex agente de la CIA, quien a través de sus páginas irá descubriendo no solo la vida íntima del presidente, sino también secretos inimaginables de su propio pasado. Con talento y maestría, Roberto Ampuero nos entrega una novela apasionante sobre la lealtad y la traición, la honestidad y la impudicia, el amor y el desamor, el bien y el mal que anidan en el alma y la historia de los hombres.



El hombre de hojalata

Mari Carmen Moreno Mozo

eBooks Literatúrame!, 2012

Todos los seres humanos intuimos que la vida es una «fracción de instantes», una fracción que cada cual adereza con sus presentimientos, sueños, emociones, dudas o caprichos. No es un camino fácil y por eso, durante el trayecto, nos enfrentamos a diversos territorios que se bifurcan, como espadas duales: el mundo interior, rodeado de palabras, en el que nos encerramos; una burbuja, desprotegida e insomne, que choca una y otra vez con la experiencia engañosa y el mundo exterior, un paisaje lleno de espejismos, ruido y silencio que nos obliga constantemente a posicionarnos y tomar decisiones. Una lectura silenciosa nos invita a sentir que el libro es como una especie de correveidile que nos susurra al oído las preguntas eternas, viejas y contemporáneas. La vida oscila como un péndulo, mientras nosotros intentamos salvaguardarnos las espaldas y seguir adelante; en ocasiones hasta nos creemos hombres de hojalata, sin corazón. Pero, en el fondo, no carecemos de músculos o valentía, seguimos luchando, nos emocionamos, nos arriesgamos y sentimos cómo «el ajetreo de nuestras emociones sigue creciendo».

Amor y otros suicidios

Ana Clavel

Ediciones B, 2012

El amor no es como lo pintan, tiene garras, unas veces es ingenuo y otras metafórico, pero casi siempre emerge fascinante y, a la vez, terrible. Desde distintos laberintos y pliegues, los cuentos de Amor y otros suicidios se rebelan contra la idea de un paraíso convencional y reclaman, con fiereza y cierta dosis de ironía, un pequeño lugar entre las arenas del desencanto y el deseo. La experiencia narrativa de Ana Clavel queda vertida en estos relatos, en donde los personajes descubren que el amor parece ser un homicidio que perpetramos cada día o una condena asumida de manera voluntaria. Si Thomas de Quincey vio en el crimen una de las bellas artes, la autora retrata al amor como una de las bellas muertes que, una vez asumida la expulsión de todo paraíso, sobrevive como una instantánea de la eternidad.



Safaris inolvidables

Fernando Clemot

Editorial Menoscuarto, 2012

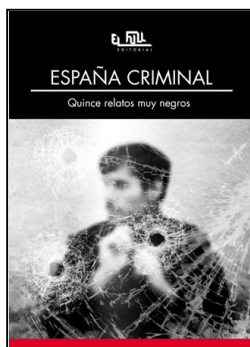
Con *Safaris inolvidables* Fernando Clemot regresa al cuento, tras ser reconocido —entre los nuevos nombres de la narrativa en español— como uno de los mejores cultivadores del género. La trama de este libro se disgrega en múltiples acciones que convergen por fin en una sola: un marinero es interrogado por la muerte de un capitán, tres personas buscan a través de la red un lugar que les aleje de la soledad y el hastío, el secreto de una isla perdida en el Índico y del tramo de una autopista alemana... La soledad, la insatisfacción y la memoria son los ejes de esta aventura que nos lleva a lo más hondo de nuestros recuerdos y obsesiones.

El marido americano

Joaquín Berges

Editorial Tusquets, 2012

«Carla es una joven abogada argentina exiliada en los Estados Unidos desde la debacle argentina del 2001. Allí conoció a Ron, el esposo americano con el que ahora se encuentra en trámites de divorcio, y allí también es donde, cansada de la profesión, se convierte en traductora literaria de autores rioplatenses y hace migas con una vecina. Pero podríamos decir que esto es apenas el núcleo argumental del que Paula Winkler se vale en *El marido americano* para poner en foco la idiosincrasia de dos naciones dominantes y abordar temas como el exilio, la identidad, los afectos, el malestar en la cultura, los problemas de la traducción, la naturaleza de los felinos y otros de metafísica más vasta como el amor. [...] Con una escritura que sorprende por su vitalidad e inteligencia, la autora analiza con ojos inmigrantes y despiadada crudeza el estilo de vida y el pensamiento del norteamericano promedio.» (Walter Iannelli)



España criminal. Quince relatos muy negros

VV.AA.

Editorial El Full, 2012

España criminal es una antología de relatos negros tan gamberra como ambiciosa. El sexo, la muerte y la crítica social más descarnada, como no podía ser de otra forma, se dan cita en una obra coral que aúna la rebeldía de la beat generation con el talento de 15 periodistas, escritores y plumas de diverso pelaje y condición que, por uno días, han dejado de lado sus quehaceres cotidianos para centrarse en el mundo del lumpen y sus trágicas consecuencias. *España criminal* no deja indiferente a nadie. Algunos relatos son más tiernos, otros más crudos. Los hay que entran de lleno en el género pulp, cohabitando con otros tan violentos que apenas quedan

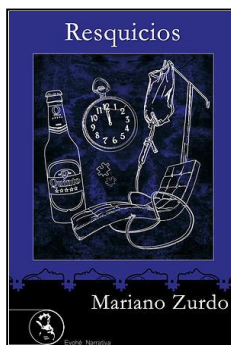
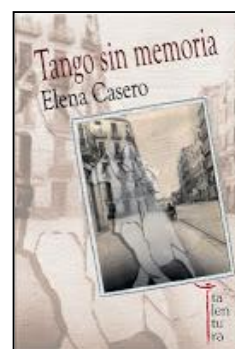
adjetivos para calificarlos. En cualquier caso, a buen seguro el lector encontrará entre sus páginas diversión a raudales.

Tango sin memoria

Elena Casero

Editorial Talentura, 2012

Gracia vive acomodada a una vida que no es suya. Una vida anodina, sumida en la monotonía y en el aburrimiento de unos días que se suceden a otros, teniendo como único aliciente la radio, las confesiones y los rosarios. Una vida carente de toda clase de recuerdos en una ciudad que, a la fuerza, ha hecho suya. En un país de mentalidad gris que sobrevive como puede a una época de cerrazón. La historia de Gracia es la del amor ausente o imaginado, la culpa por el pasado perdido y la hipocresía que la rodea hasta que un aroma se incrusta en su conciencia y remueve los cimientos de su vida, lo que le impulsa a recobrar el tiempo perdido y escribir sus recuerdos frenéticamente ante la atónita mirada de Julia, la mujer que la ha alojado en su casa y con quien mantiene una relación difícil.



Resquicios

Mariano Zurdo

Ediciones Evohé, 2012

Si piensas que tu nueva y flamante puerta acorazada es infranqueable, ponla a prueba pasando una nota por debajo de ella. Así es la vida, una sucesión de puertas que creíamos cerradas, pero por cuyos resquicios se cuelan historias que vienen a alterar un presente más o menos rutinario. *Resquicios* es una novela con forma de ovillo que los lectores tendrán que ir devanando con paciencia. Pero tranquilo, si el argumento se te hace un nudo no es que la estés leyendo mal, la culpa será del autor. El pobre es zurdo.